CRANE BRINTON

ANATOMIA
DE LA
REVOLUCION

Traducción del inglés por
GONZALO GUASP



AGUILAR

MADRID - 1962

ANATOMIA
DE LA
REVOLUCION



La edición original de este libro ha sido publicada por Prentice Hall, Inc., Nueva York, en 1938 y en 1952 (edición revisada), con el título de

THE ANATOMY OF REVOLUTION

SEGUNDA EDICION

NÚM. RGTRO.: 2562-57.
DEPÓSITO LEGAL. M. 1516.—1962.

Printed in Spain. Impreso en España
por Gráficas Dirección, Alonso Núñez, 31, Madrid.

DEDICATORIA

A

ALDEN Y HELEN HOAG

NOTA EDITORIAL

CRANE BRINTON es profesor de Historia Antigua y Moderna en la Universidad de Harvard y está especializado en el estudio de Francia, Inglaterra y Alemania en los siglos XVIII y XIX, y muy especialmente en el período de la Revolución francesa.

«Como muchos de mi generación—ha confesado—, me considero un antiintelectual, no en el sentido selváticamente romántico de aborrecer la razón, sino en ese sentido escéptico de dudar, obedeciendo a la experiencia real, de la amplitud con que la razón—en la acepción que a esta palabra dan los intelectuales—puede afectar a las acciones de los hombres en el marco de la sociedad.»

El público de lengua española conoce ya varias importantes obras de Brinton, entre ellas las vidas de Talleyrand *(Espasa-Calpe),* Nietzsche *(Losada) y* Las ideas y los hom-

bres: Historia del pensamiento de Occidente, *publicada por nosotros en nuestra colección Cultura e Historia.*

Anatomía de la revolución *es uno de los libros fundamentales de Brinton. Su primera edición se publicó en 1938, y en 1952 conoció los honores de la reimpresión.*

«Nuestra finalidad en el presente estudio—según dice su autor—es establecer, como lo haría un científico, ciertas aproximaciones primeras a las constantes observadas en el curso de cuatro revoluciones triunfantes en los estados modernos: la Revolución inglesa de 1640, la Revolución americana, la gran Revolución francesa y la reciente Revolución rusa.»

ANATOMIA
DE LA
REVOLUCION

PROLOGO

Al repasar cuidadosamente el texto original de esta obra he introducido muchas correcciones y puesto al día las indicaciones bibliográficas. Naturalmente, la Revolución rusa es la que me presentó mayores dificultades. He tratado de describir el recrudecimiento del terror en 1936-1939, así como el continuo y anormal aislamiento de Rusia, en una nueva sección del capítulo VIII, sección V, «Rusia: ¿una revolución permanente?» Me inclino a creer, no obstante, que la gran Revolución rusa *ha terminado* —en el sentido en que puede decirse de los grandes movimientos sociales que *han terminado*—. El capítulo I, en parte, lo he redactado de nuevo, para tratar de poner en claro, en lo posible, lo que entiendo por carácter *clínico* de las ciencias sociales. No hay duda de que en los últimos cincuenta años ha aumentado el virus *anticientífico,* al

menos en la superficie del pensamiento occidental. Pero sospecho que, de mis lectores, solamente los más exaltados de opiniones—o los muy detallistas—mantendrían que defiendo puntos de vista científicos pasados ya de moda, como una forma, es decir, como la forma de la verdad absoluta. La ciencia, no cabe dudarlo, posee su propia metafísica, pese a que, como ocurre con un traje corriente, su metafísica no es fácilmente visible. En la breve exposición intentada en el capítulo I he señalado cuidadosamente sus fundamentos.

Me complace mostrar aquí mi agradecimiento, en adición a quienes mencioné en el prólogo a la primera edición, a Mrs. Bernard Barker, Mr. Franklin Ford y Mr. Henry Vyverberg, tres discípulos míos, cuyas investigaciones han enriquecido mi conocimiento del siglo XVIII francés y los *primeros síntomas* de la gran Revolución francesa; así como a miss Elizabeth F. Hoxie, a cuya discreción se deben muchas correcciones del texto original, las cuales han hecho posible esta edición revisada.

CRANE BRINTON.

GRACIAS

Deseo expresar mi agradecimiento a los autores y editores que me concedieron permiso para sacar pasajes de las siguientes obras, cuyos derechos les pertenecen:

F. BECK y W. GODIN: *Russian Purge and the Extraction of Confession.* The Viking Press, Nueva York, 1951.

W. H. CHAMBERLIN: *The Russian Revolution, 1917-1921.* The Macmillan Company, Nueva York, 1935.

WALDEMAR GURIAN, editor: *The Soviet Union: Background, Ideology, Reality.*

UNIVERSITY OF NOTRE DAME PRESS, Notre Dame, Indiana, 1951.

ERIC HOFFER: *The True Believer.* Harper & Brothers, Nueva York, 1951.

A. M. SCHLESINGER: *The Colonial Merchants and the American Revolution.* Columbia University Press, Nueva York, 1918.

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCION

I. EL CAMPO DE ESTUDIO

REVOLUCIÓN es una de las palabras más ambiguas: la gran *revolución* francesa, la *revolución* americana, la *revolución* industrial, una *revolución* en Honduras, una *revolución* social, una *revolución* en nuestro pensamiento, en el vestuario femenino o en la industria del automóvil... La lista es casi inacabable. Claro que, en uno de los extremos del espectro de sus significados, el término *revolución* ha invadido el uso común para apenas constituir más que un enfático sinónimo de *cambio,* quizá con un matiz brusco o repentino, pero incluso esto no en todos los casos.

Los editores de *Fortune,* en su reciente libro *U. S. A.: The Permanent Revolution* (1), pese a tomar el título de

(1) *Los Estados Unidos de Norteamérica. Una revolución permanente.* Publicado en nuestra Biblioteca de Ciencias Sociales. *(Nota del Editor.)*

León Trotsky, es evidente que solo se refieren a «un cambio permanente en el buen sentido», a *una revolución* o *desarrollo.* Ni siquiera pretenden lo que Jefferson daba a entender en su carta a Samuel Kercheval, en 1816, cuando decía que una *revisión* cada diecinueve años, o cosa parecida, sería conveniente. Está claro que Jefferson pensaba en un cambio total del equipo gobernante de una nación, del complejo de costumbres e instituciones políticas—y, en cierta medida, sociales, económicas y culturales—bajo las que vive un pueblo.

Pero, aunque usemos el sustantivo *revolución*—y tal vez más el adjetivo *revolucionario*—para designar un diverso conjunto de cambios, conservamos en lo más recóndito de nuestro pensamiento un significado más preciso, una idea fija enterrada en los más profundos estratos de nuestra mente. Pensamos en las grandes mutaciones acaecidas en el pasado en sociedades políticas anteriormente estables: la Revolución inglesa de 1640 y su escuela de 1688; la Revolución americana; la Revolución francesa y sus consecuencias en el siglo XIX; la Revolución rusa de 1917 y su estela en el siglo XX. Podemos también pensar en violencias, terror, depuraciones y guillotinas, pero nuestro foco está centrado en la sustitución drástica y repentina del grupo rector de un territorio político por otro grupo distinto.

Existe un ulterior supuesto: la sustitución revolucionaria de un grupo por otro, de no obedecer a un levantamiento violento, ha de conseguirse mediante un *coup d'Etat, pustch* o cualquier otra artimaña por el estilo. Si el cambio se introduce sin violencias, en unas elecciones libres como las inglesas de 1945, que dieron el Poder al socialismo (algo revolucionario para la mayoría de los americanos), en tal caso la expresión más fuerte que los comentaristas pueden permitirse es la de «revolución británica por consentimiento». Pero ¿es verdadera revolución una revolución consentida?

El término *revolución* perturba al semántico, no ya por la amplitud de su significado en el uso común, sino también por ser una de esas expresiones cargadas de contenido emocional. Evidentemente, una completa sociología

de la revolución en nuestro mundo occidental—lo que en modo alguno es este libro—habría de tener en cuenta la forma según la cual unos grupos distintos, en momentos y lugares diferentes, fueron desplazados por las asociaciones complejas de la *revolución* y lo *revolucionario.* Las Hijas de la Revolución Americana hallarán un motivo de contento y elevación al pensar en lo ocurrido en América en 1776, pero no en lo sucedido en Rusia desde noviembre de 1917, ni en lo que hoy ocurre en China. Las viejas clases superiores de Francia nunca se recuperaron por completo del golpe del reinado del Terror; nada—ni en su alianza con el Derecho ni con el nacionalismo integral, ni siquiera con *Nous, Philippe Pétain*—puede hacer que un aristócrata francés se sienta a gusto en una revolución. En Rusia la palabra recibe adoración, como algo sagrado.

En cualquier caso, la palabra *revolución,* en su acepción más estricta y más amplia, es una vez más, en nuestro medio siglo XX, un puro tópico. El siglo XIX que se figuraba estar próximo a abolir las guerras exteriores, creyó también que podría acabar con esa especie de guerra interna o civil que asociamos a la revolución y que, claro es, la haría innecesaria. Siempre el cambio sería lo característico de nuestra cultura, pero habría de ser una evolución ordenada, pacífica, gradual. La frase favorita de nuestros abuelos *evolución,* no *revolución,* suena hoy más lejana. Vivimos en medio de rebatos de guerra y revolución. Vivimos, sin duda, en un mundo en que, en verdad, el Gobierno, la Constitución, toda la estructura moral, jurídica y política de los Estados Unidos es casi la más antigua, la de funcionamiento más continuado entre los grandes estados de nuestro mundo. La paradoja es insoslayable; este país nuevo es, en ciertos aspectos, uno de los más viejos: anterior a la Inglaterra socialista, a la cuarta República francesa, a cualquier república soviética, anterior, increíble, a cualquiera de los gobiernos de esas inmemoriales tierras del Este, La India y China.

Parece, pues, que los americanos somos, en muchos aspectos, una sociedad estable en medio de otras que experimentan un cambio revolucionario. Tenemos cierto temor a las revoluciones. A las revoluciones equivocadas, como

la comunista o la fascista. Naturalmente, algunos de nuestros críticos sostienen que somos esencialmente revolucionarios, que declaramos intangibles aquellas esperanzas y aspiraciones de otros pueblos que llevaron al nuestro a la revolución. Tales críticas son, a todas luces, injustas. Pero *somos* una sociedad estable, dada la marcha de las sociedades occidentales, y, pese a todo lo ocurrido desde entonces, continuamos fieles a la prometedora frase del XIX: *evolución,* no *revolución.* Tal vez por el momento no nos sea dado hacer gran cosa para regular los procesos del cambio social. Tal vez, durante un largo período, la regulación de lo que va implícito en las relaciones entre grupos humanos sea para nosotros algo tan imposible de gobernar como el tiempo. Las revoluciones pueden ser tan *inevitables* como las tormentas y a menudo tan útiles como ellas en un país sediento.

Pero sabemos qué es una tormenta, o así hemos de creerlo, de no dar de lado dos siglos de estudios científicos en Occidente, mejor que los pueblos primitivos que veían en ellas la mano de Thor o de Júpiter; podemos adoptar ciertas medidas para precavernos contra ellas. Cuando menos, podemos tratar de entender una revolución, tanto si ansiamos una como si no. Sin embargo, no debemos ir muy allá en la comprensión de una determinada, a menos que podamos mantenernos respecto de ella, sino indiferentes, al menos apartados.

Esta última palabra—cabe esperar—no es precisamente un modo de decir favorablemente lo que *indiferencia* expresa desfavorablemente. El médico puede estar muy lejos de sentir indiferencia hacia su paciente, pero no será buen médico si no se mantiene *apartado* en sus observaciones y en el tratamiento de la enfermedad. Hemos de evitar aquí enredarnos en una compleja maraña de dificultades filosóficas y decir, llanamente, que lo que de ordinario llamamos ciencia moderna tiene como uno de sus elementos básicos el *apartamiento* del científico. Este, *como persona particular,* podrá amar y odiar, esperar y temer; *como científico,* debe tratar de desembarazarse de todo ello al penetrar en su laboratorio o en su estudio.

Es muy difícil intentar mantener en el análisis de las

cuestiones humanas el apartamiento del médico o del químico, y para una gran mayoría de personas rectas y cabales resulta contraproducente, incluso una traición. Se debe, piensan ellas, odiar a Hitler o a Stalin —o a Churchill, desde la acera de enfrente— antes, durante y al finalizar su examen; de otro modo, la explicación puede trocarse en agotamiento.

Pero comprender todo no significa perdonar todo. El sabio que descubre el papel del mosquito en la fiebre amarilla no nos induce, en modo alguno, a tolerar ni a ser indiferentes frente a un determinado tipo de mosquito. Todo lo contrario. Desde luego, no podemos esperar resultados tan inmediatos y en apariencia tan espectaculares como, en el caso de la fiebre amarilla, del estudio del hombre en sociedad, de lo que, con cierto optimismo, se llaman ciencias sociales: Antropología, Economía, Ciencia política, Historia, Sociología y análogas. Pero bien podemos examinar la posibilidad de acercarnos al estudio de las revoluciones con algo de espíritu del naturalista al realizar sus tareas.

Nuestra finalidad en el presente estudio es más modesta: conseguir establecer, como lo haría el científico, ciertas primeras aproximaciones a las constantes observadas en el curso de cuatro revoluciones triunfantes en estados modernos: la Revolución inglesa de 1640, la Revolución americana, la gran Revolución francesa y la reciente—o actual—Revolución rusa. Hemos de aclarar desde un principio algunas de las limitaciones de este trabajo: no es el único camino, ni siquiera el mejor, para estudiar revoluciones; no pretende una completa sociología de las mismas; de propio intento se limita a cuatro revoluciones relativamente bien estudiadas; debe entenderse que sus conclusiones se refieren a estas cuatro revoluciones y que toda extensión de aquellas a otras distintas, o a las revoluciones en general, ha de hacerse con cautela y modestamente.

Si nuestro intento fuera encontrar un tipo ideal de revolución, o dar con una especie de idea platónica de las revoluciones, podría reprochársenos el escoger cuatro de ellas perfectamente delimitadas, que constituyen un ejem-

plo casi perfecto, un modelo demasiado acabado. Pero nuestro objetivo no es tal. Ha de quedar bien claro que no todas las revoluciones, pasadas, presentes o futuras, han de adaptarse al diseño que aquí se traza. Ni siquiera nuestras cuatro revoluciones son por necesidad *típicas*, en el sentido que la palabra *típico* tiene para el crítico literario o el moralista. Son, sencillamente, cuatro revoluciones importantes, seleccionadas para iniciar un trabajo de sistematización todavía en su infancia. Más adelante llegarán otras sistematizaciones más sútiles, obra de distintos y más agudos especialistas. Sobre todo, no se pretende aquí ninguna visión profética; no pretendemos estar en situación de predecir, partiendo de este estudio, cuándo y dónde estallará la próxima revolución sobre este mundo.

Podrá objetarse a este respecto que, puesto que las ciencias sociales han estado imitando las ciencias naturales durante varios siglos, sin conseguir progreso ulterior, debieran trabajar y estarse quietas elaborando sus propios métodos, sin irrumpir en las conquistas de las ciencias naturales. Hay una base de verdad en esta objeción. Ciertos escritores como Fourier o Herbert Spencer, que se proclamaron a sí mismos—literalmente—los Newtons o los Darwins de la ciencia social, parecen haberse equivocado desde el comienzo. Un espíritu profético aplicado a cultivar la filosofía o el arte—un Spengler, un Toynbee, por ejemplo—obtendría probablemente el mismo provecho, cuando menos, del estudio del hombre en sociedad que el sociólogo que trata de aplicar *inalterados* los métodos y materiales de la física o de la biología. No obstante, uno se resiste a dejar por completo a los Spengler o a los Toynbee el estudio de los hombres de sociedad. La larga tradición de lo que puede llamarse racionalismo ha hecho conquistas en nuestra sociedad que no pueden abandonarse a la ligera, ni siquiera en este mundo de la posguerra; esa tradición nos exige continuar y ampliar el tipo de trabajo que llamamos científico.

Hay, sin dudarlo, una extraordinaria profusión de insensateces arropadas bajo el nombre protector de ciencia. Es fácil suscribir el *ex abrupto* de Max Lerner:

Me siento francamente escéptico cuando la gente dedicada al estudio de las sociedades empieza por armarse de escalpelos, reglas de cálculo y tubos de ensayo. Y ello porque prometen más de lo que, posiblemente, podrán cumplir. Las protestas de total objetividad que venimos oyendo de los estudiosos de la sociedad en el último cuarto de siglo revisten un matiz religioso: es como si se lavasen con la sangre del cordero científico.

Algunas de las objeciones de Mr. Lerner contra el llamamiento a la ciencia y a la objetividad científica son propias, tal vez, de un amante romántico del género humano y casi por completo irrebatibles por la lógica o la experiencia; pero otras son las del escéptico y el crítico, y estas, puede demostrarse, se deben en buena parte a una mala inteligencia del método científico, incomprensión que en modo alguno se limita a Mr. Lerner. Tan frecuente es, que debemos aquí intentar plantear la cuestión lo más claramente posible y en pocas palabras. Ello no impone desviarse, y constituirá una aproximación esencial a nuestra materia.

II. ELEMENTOS SIMPLES DE LOS METODOS CIENTIFICOS

En primer lugar, ni aun las ciencias *exactas,* como la Astronomía o la Física, son tales en el sentido de *absolutas* o *infalibles.* Sus uniformidades o leyes más firmes han de considerarse como tentativas: una investigación ulterior puede dar al traste con ellas. Pero no hay por qué arrinconarlas en un momento determinado, a menos que demuestren ser inaceptables *en relación con los hechos observados.* Unos cuantos místicos, a quienes nuestra torpe sociedad ha prohibido los deleites de la vida contemplativa, han hecho la mayor parte de la revolución en la física contemporánea. Las leyes de Newton no han sido *desmentidas,* ni se ha afirmado tan rotundamente el principio de indeterminación como para igualar a todos los hombres ante una mesa de juego. Lo que ocurre en la

física moderna, en lo que el hombre de la calle puede juzgar, es que ha recordado al físico, de modo rotundo, que incluso sus más precisas uniformidades no son absolutas, sino sujetas a corrección; que será más seguro considerar tales uniformidades como basadas en la observación antes que en la voluntad de Dios, la naturaleza de las cosas o la realidad.

Esto nos lleva de la mano a un segundo punto. La ciencia no intenta estudiar ni describir la realidad; entiéndase, la realidad última. A la ciencia ni siquiera le atañe la verdad, en el sentido que esta palabra tiene para los teólogos, para la mayoría de los filósofos, para otra mucha gente y tal vez para el sentido común. El deseo de hallar una causa final, un animador inmutable, un *Ding an sich*, resulta tan frecuente en el hombre que debemos suponer constituye, en una u otra forma, una constante apreciable de la sociedad humana. Tan solo el científico, *como científico*, no puede tomar parte en tal investigación, sin que este aserto suponga que deba considerársela necia ni que deba suspenderse. Ultimamente algunos científicos han estado muy atareados, *como personas particulares*, en dicha investigación y, sin duda, con éxito, desde su punto de vista. De antiguo la fe ha encontrado a Dios en sitios más inverosímiles que el átomo, pero tales descubrimientos no son de la ciencia. Eddington, Jeans, incluso Whitehead, interrumpieron la práctica científica mientras se dedicaron a la Teología. La ciencia se basa no en la fe, sino en el escepticismo; en un escepticismo que ni siquiera se preocupa de su propio *status* en el universo. Y así el científico labora serenamente, sin estar perturbado por la verdad final del filósofo: que ser constantemente escéptico es creer en la duda, lo cual, después de todo, es una forma de fe.

Tercero. Es falso que se trace el científico su propia limitación: «Hechos y solo hechos.» Hay en este punto peligrosos abismos epistemológicos; pese a ellos, hemos de esforzarnos por seguir adelante. La divulgación de las ideas de Bacon sobre la inducción es quizá la fuente de la principal noción equivocada de que el científico no tiene nada que hacer con los hechos que, con trabajo y pa-

ciencia, saca a la luz, a no ser dejarlos caer lisa y llanamente en el lugar en que ellos mismos se sitúan. En realidad, el científico no puede trabajar sin un esquema de conceptos y aunque la relación entre hechos y esquemas conceptuales no esté clara, sí es cierto, cuando menos, que tal esquema supone algo más que hechos, supone, sin duda, una inteligencia que trabaja.

Nadie se asuste del término técnico *esquema conceptual*; su significado es, en realidad, bien sencillo. El trueno y el relámpago hieren nuestros sentidos auditivo y visual: la mera diferenciación de este sonido y este destello de otros sonidos y destellos dice ya, probablemente, que estamos empleando un esquema conceptual. Ciertamente, al pensar en Júpiter con sus rayos, en Thor con su martillo o en la descarga eléctrica de la física moderna, hemos adaptado, sin duda, nuestras percepciones sensoriales a un esquema conceptual determinado. Poseemos los elementos básicos de tres teorías diferentes sobre el trueno y el relámpago; tres distintas uniformidades sobre tales fenómenos. Pero el único motivo por el cual preferimos la descarga eléctrica a Júpiter o a Thor *como esquema conceptual* estriba en ser más útil y en que al emplearlo podemos proseguir usando otros esquemas conceptuales para fines análogos. Pero en el sentido que la palabra *verdad* tiene para el teólogo, como para la mayoría de los moralistas y filósofos, la descarga eléctrica no es ni un ápice *más verdad* que las antiguas ideas sobre Júpiter o Thor.

Podemos, incluso, valernos de dos esquemas conceptuales contradictorios escogiendo uno u otro por conveniencia o por costumbre. Todos nosotros estamos educados fuera del viejo esquema conceptual de Tolomeo, para el cual el Sol se movía alrededor de una Tierra estacionaria y adoptamos el esquema copernicano que contempla la Tierra moviéndose alrededor de un Sol quieto. Naturalmente, Einstein empleó un esquema conceptual algo distinto de los dos anteriores, pero la mayoría de nosotros no ha llegado aún a Einstein. Sin embargo, en la vida diaria todos nos contentamos con decir «el sol sale», y pedante sería afirmar, siguiendo la terminología de Copérnico, que «la Tierra ha girado hasta dar vista al Sol».

Mayor importancia tiene la situación actual respecto de los esquemas conceptuales en la física moderna. Sabemos —en lo que el hombre medio puede saber de tales cuestiones—que los físicos encuentran conveniente para el estudio de ciertos problemas considerar el electrón como una partícula o, cuando menos, un punto, y en otros casos tratarlos como una onda. Algunos físicos, entre ellos muchos de auténtica valía, están perturbados por esta contradicción y han tratado de laborar un esquema conceptual único que haga otra vez del electrón una exacta unidad lógica. Cabe sospechar, no obstante, que tales físicos conservan aún algo de filósofos y que es su sentido filosófico el que exige la unidad del electrón. Por supuesto, sin sentido filosófico es más estimable, y no hay duda que incita de la forma más fructífera en su sentido científico. Pero otros prosiguen sin dificultad con este electrón lógicamente imposible: onda cuando conviene que sea onda, partícula cuando así interesa. Como científicos se sienten del todo satisfechos, sin atender a la verdad última, con resolver sus problemas relativos por completo a este mundo, en el que han de resolverse, sin duda, y no en el otro.

Así, pues, el científico se lanza a trabajar en forma, más o menos, como esta: parte de cierto esquema conceptual y de cuestiones, e incluso hipótesis, que enmarca dentro de tal esquema. Se lanza luego en busca de un conjunto apropiado de hechos. De acuerdo con J. J. Henderson, definimos un hecho dentro de las ciencias naturales como «una afirmación sobre ciertos fenómenos empíricamente comprobable según un esquema conceptual». Intenta luego disponer tales hechos en uniformidades o teorías que respondan a sus preguntas y quizá sugieran otras nuevas. Vuelve de nuevo a la caza de hechos, y encuentra otras uniformidades nuevas o modificadas. No interesa al científico conocer de dónde procede su esquema conceptual, si precede o sigue a los hechos, ni si se trata de algo *subjetivo* y los hechos son *objetivos*. Deja estas cuestiones a los filósofos, quienes, tras dos mil años de debates, siguen aún sin aclararlas. Pero el científico, al admitir que su esquema conceptual es tan imprescindible para su actividad como los hechos que observa, se emancipa por completo de los

que a sí mismos se califican de *científicos* materialistas, positivistas o empíricos, los cuales aseguran candorosamente que nuestras percepciones sensoriales son, en cierto modo, en sí mismas una realidad única y ordenada o un *reflejo* de tal realidad. Porque—obsérvese especialmente—los hechos de que se ocupa el científico no son fenómenos, ni percepciones sensoriales, ni *mundo exterior* —esos adorados absolutos del positivista inocente—, sino *meras afirmaciones respecto* de unos fenómenos. Cualquier afirmación adecuadamente comprobable sobre Cromwell es, por tanto, tan hecho como la lectura de un termómetro en el laboratorio.

Cuarto. Aunque el científico sea, sin duda, muy cuidadoso en cuestiones de definición, y tan dado a rehuir de las mentiras como cualquier historiador y del error de pensamiento como cualquier lógico, desconfía de la rigidez y de los propósitos de perfección. Más que la belleza y la precisión de las definiciones le interesan que estas se adapten, no a sus sentimientos y aspiraciones, sino a los hechos. Sobre todo, no discute las palabras. Se preocupa menos por la precisa distinción teórica entre una montaña y una colina cuanto por cerciorarse de que lo que tiene delante es una determinada elevación del suelo. Cuando distingue en clase entre una planta y un animal, no pretende que sus palabras sean perfectas ni exclusivas. No se ofende si se le llama la atención sobre un ser vivo que parece encajar simultáneamente en ambas clasificaciones. Se pone a estudiar esa cosa viva y, si fuera necesario, modifica su explicación. Pero también está dispuesto, si resultara más conveniente, a emitir una nueva explicación de la línea divisoria entre animal y planta. Esta sencilla voluntariedad a dejarse guiar por lo que conviene es una de las cualidades más admirables del científico y a la que, los que carecemos de preparación científica, nos cuesta más trabajo adaptarnos. La mayoría de nosotros aprendimos desde bien temprano a preferir nuestras opiniones a nuestra conveniencia.

Quinto. Una tarea científica del todo respetable puede realizarse, y así ocurre de continuo, en terrenos donde no es posible el tipo de experimentación regulada, clásica-

mente asociada, por ejemplo, a las ciencias físicas y químicas. Podemos llamar *clínica* a este tipo de labor científica, que se basa, sin duda, en una labor experimental accesoria, pero que en sí misma no consiste en una serie de experimentos regulados. El clínico es más conocido en la ciencia médica, donde su aparición se remonta con Hipócrates a la Grecia del siglo v, y trabaja siguiendo el método llamado del caso. Sus datos están recogidos, no mediante experimentos que puede regular, sino a lo largo de una serie de casos que observa y compara. Tampoco el clínico es mentiroso, pero rara vez puede ser tan rigurosamente exacto como las ciencias físicas. Recibe una gran ayuda cuando puede acudir a las ciencias experimentales (por ejemplo, la Química orgánica); pero, a su modo, un buen clínico es un buen científico. Es obvio que las ciencias sociales solo pueden confiar en la experimentación regulada dentro de unos límites reducidos, *pero pueden ser ciencias clínicas.*

Por último, el pensamiento científico no puede ser, excepto tal vez para sugerir problemas, lo que la mayoría de nosotros conocemos bastante bien como vehemente juicio. Las esperanzas y temores del científico como tal, sus ideas propias sobre lo que debiera prevalecer en este mundo, han de mantenerse tan alejadas como sea posible de su tarea y, especialmente, de sus observaciones o su tratamiento de los hechos. Hasta dónde resulta influida la elección de sus esquemas conceptuales por aquellas esperanzas, temores o ideas, hasta dónde influyen estas sobre la índole de las cuestiones que formula, son problemas difíciles que ha de permitírsenos eludir. Ha de bastarnos con los numerosos ejemplos de las formas más crudas de partidismo intelectual que aparecen en las técnicas de la mayoría de las ciencias actuales. La Historia, que por haber sido durante largo tiempo un arte y un oficio, es, tal vez, la más respetable de las ciencias sociales, ofrece, durante el período de capacitación técnica a que han de someterse la mayoría de sus cultivadores profesionales, una comprobación sorprendentemente eficaz y no del todo distinta del más violento partidismo escrito o pensado.

En resumen: no hay motivo para lamentar que el cien-

tífico naturalista utilice métodos o implante niveles siempre inasequibles para el sociólogo. Las ciencias naturales, tal como las veían los más incautos materialistas del siglo pasado—exactas, infalibles, un cosmos edificado sobre la inducción—han de resultar remotas en la batalla economista o del sociólogo. Pero las ciencias naturales, como las entendieron siempre sus cultivadores más capaces y es hoy de uso general—como metodológicamente fueron expuestas por un Poincaré—, no son un débil sustituto de la Divina Providencia, ni semejante abstracción metafísica. Sólo Dios es exacto, infalible, omnisciente e inmutable, y la ciencia moderna ha de contentarse con dejar la investigación sobre Dios en manos de aquellas disciplinas que por una larga cadena de éxitos demuestran ser más adaptadas para tal fin.

III. APLICACION A ESTE ESTUDIO DE LOS METODOS CIENTIFICOS

De los elementos simples del conocimiento científico —esquema conceptual, hechos, especialmente las «historias de casos», operaciones lógicas, uniformidades—, las ciencias sociales, en general, obtienen buenos frutos de los hechos registrados. Incluso en el campo de la Historia, donde no se dispone de laboratorios ni son posibles los cuestionarios de investigación, nuestro acervo de hechos es sorprendentemente bueno. No es posible dar vida de nuevo a Cromwell, como tampoco resucitar a un dinosaurio; pero lo que sabemos del primero es, en muchos aspectos, tan digno de confianza como lo que conocemos del segundo. Afirmar que la Historia es una fábula aceptada o un conjunto de trucos con los muertos, es difamar o, cuando menos, menospreciar a la gran masa de laboriosos y pacientes investigadores que han cultivado el estudio histórico. Sobre todo, el último siglo, aproximadamente, ha presenciado la formación de un cuerpo de historiadores que, con todos sus defectos, se mantiene a un nivel com-

parable al de grupos análogos en las ciencias naturales. Aquellos investigadores, sin duda, no se limitan a descubrir la materia prima de los hechos. El más humilde archivero dispone los que extrae de sus documentos con arreglo a cierto modelo. Su sistema, sin embargo, no es la meticulosa teoría del científico naturalista, ni siquiera fue aprendido como el científico aprende los fundamentos de su ciencia, sino que fué logrado casi como el trabajador manual aprende un oficio. Esta técnica artesana para seleccionar, entresacar y analizar los hechos relativos al comportamiento del hombre en el pasado es la gran fuerza del historiador profesional. Si se le pregunta de qué hecho se trata, probablemente quedará bastante perplejo y, a menudo, será por completo incapaz de responder en términos generales aceptables. Cualquier buen filósofo podría tacharle de una absoluta *naiveté* epistemológica; pero en su labor diaria el historiador demuestra una estimación muy precisa de la diferencia entre los hechos y la teoría y una auténtica habilidad para manipular y disponer aquellos.

Hemos, pues, de confiar en los historiadores para facilitarnos los hechos necesarios. En lo relativo a las revoluciones inglesa, americana e incluso francesa, es muy abundante, sin disputa, el volumen de literatura histórica depurada y razonablemente objetiva. Todavía no se han calmado las pasiones suscitadas por la Revolución francesa, pero se enfrían lentamente bajo la continua inundación de tinta de imprenta, y el problema principal estriba en seleccionar entre esa enorme masa de materiales. La Revolución rusa está aún muy próxima a nosotros para que los historiadores profesionales la consideren susceptible de ser tratada en la forma aceptada por la comunidad. Sus fuentes materiales están dispersas, y gran parte de ellas, en fase escolar; el idioma es una barrera que solo poco a poco se va superando en el Oeste, y el telón de acero ha aislado al investigador occidental. A pesar de ello, la masa de hechos que conocemos sobre la Revolución rusa no es, en modo alguno, tan escasa, ni de calidad tan pobre que haga imposible nuestra empresa. Son muchos treinta y cinco años, y los primeros estadios de la Re-

volución rusa han sido analizados, si no *sine ira et studio,* al menos con relativa objetividad, y, por consiguiente, amantes y detractores del régimen actual de Rusia están articulados casi por igual y pueden compensarse unos con otros por quien se preocupe de hacerlo.

Muchas más dificultades nos causará nuestro esquema conceptual que nuestra masa de hechos. Por lo menos, todavía es bastante insegura en las ciencias sociales la distinción entre un esquema conceptual y una metáfora, y no hay gran riesgo en considerar nuestro problema como la búsqueda de un marco sin demasiada metáfora literaria donde mantener unidos los detalles de nuestras revoluciones. Incluso una de las metáforas más evidentes, la de una tormenta, tiene varios defectos. No es difícil de perfilar: en primer término están los rumores lejanos, los negros nubarrones, la temible calma que precede al estallido; todo lo que en nuestros libros de texto se clasificaba, con cierta inocencia, como *causas* de la revolución. Viene luego el súbito desatar del viento y de la lluvia: inequívocos principios de la auténtica revolución; sigue el momento cumbre: el viento, la lluvia, el trueno y los relámpagos, con toda su violencia, signos aún más evidentes del reinado del Terror. Llega, por último, el apaciguamiento gradual: el cielo se aclara, el sol luce de nuevo, como en los tranquilos días de la Restauración. Pero todo esto es demasiado literario y dramático para nuestro propósito; está demasiado cerca de la metáfora utilizada por profetas y sacerdotes. De poder utilizarlo como un esquema conceptual, pertenece a otra ciencia, la Meteorología, que, sin duda, no es ningún auxiliar directo del sociólogo.

En el extremo casi opuesto se encuentra el esquema conceptual del equilibrio de un sistema social, tal como lo expuso Pareto en *The Mind and Society.* A los timoratos les disgusta con frecuencia el término *equilibrio,* por los tintes mecanicistas que le encuentran, perjudiciales para la dignidad humana. Sin embargo, en la ciencia moderna, la expresión ha demostrado su utilidad en el campo de la Química y en el de la Psicología, aparte de la Mecánica, en que tuvo su origen. Además, tal como emplea

la palabra el científico moderno, no envuelve ninguna notación metafísica. Conceptos como el de un sistema físicoquímico en equilibrio, el equilibrio de un sistema social, el equilibrio del organismo de Juan Pérez, no perjudican en absoluto a la inmortalidad del alma de nadie, ni siquiera a la victoria de los vitalistas sobre los mecanicistas. El concepto de equilibrio nos ayuda a entender y, a veces, utilizar o regular ciertas máquinas, productos químicos e incluso medicinas. Tal vez algún día contribuya a hacernos entender, y, dentro de ciertos límites, a moldear a los hombres en sociedad.

Su empleo en el estudio de las revoluciones es claro en principio. Se podría definir una sociedad en equilibrio perfecto—en pura teoría—como aquella en que cada miembro de la misma, en un momento determinado, tuviera todo cuanto pudiera posiblemente desear y se encontrara en un estado de absoluta satisfacción; o también pudiera definirse como una sociedad semejante a la de ciertos insectos, como las abejas o las hormigas, en que es posible prever la respuesta de cada miembro a determinados estímulos. Es evidente que una sociedad humana solo puede estar en equilibrio imperfecto, situación en la cual los varios contrapuestos deseos y hábitos de los individuos y los grupos sufren un ajuste mutuo y complejo, tanto que ningún tratamiento matemático del mismo parece posible por el momento. Conforme surgen nuevos deseos, o se fortalecen los antiguos deseos de los distintos grupos, o a medida que cambian las condiciones del ambiente sin que logren hacerlo las instituciones, puede surgir un desequilibrio y estallar lo que llamamos una revolución. Sabemos, por ejemplo, que en el cuerpo humano el desequilibrio que llamamos enfermedad va acompañado de ciertas reacciones definidas que tienden a restaurar en el organismo una situación parecida a lo anterior a la enfermedad. Parece del todo probable que en un sistema social desequilibrado se produzca una reacción parecida en favor de las condiciones anteriores, y que esto ayude a explicar por qué los trastornos revolucionarios nunca sean tan completos como quisieran los revolucionarios. Los viejos ajustes tienden a restablecerse por sí mis-

mos y se origina lo que en la Historia se llama reacción o restauración. En los sistemas sociales, como en el organismo humano, una especie de fuerza impulsora, una *medicatrix naturae,* tiende, casi de modo automático, a compensar cierto cambio con otro de carácter restaurador.

Este esquema conceptual del equilibrio social es, probablemente, a largo plazo, de la mayor utilidad para el sociólogo de las revoluciones. Para nuestros fines actuales es, sin embargo, excesivamente optimista. Para su pleno éxito requiere una fórmula más precisa y de variables más numerosas que las que hoy podemos manejar. Aunque no precise necesariamente una formulación más o menos matemática, debiera expresarse en términos más próximos a la Matemática de lo que nosotros honradamente podemos hacer. En otras palabras: se adapta mejor a una sociología completa de las revoluciones, o a una «dinámica de la revolución», que a nuestro modesto estudio de la anatomía de cuatro revoluciones específicas. Aquí solo se pretende un análisis preliminar, un intento de clasificar y sistematizar sin demasiada complejidad.

Aunque con un defecto muy grave, el mejor esquema conceptual para nuestro propósito parece ser uno tomado de la Patología. Consideramos a las revoluciones—entiéndase, solo por motivos de conveniencia, sin ningún supuesto de validez eterna y absoluta y sin matices morales—como un tipo de fiebre. El esquema de una gráfica de temperatura puede servir bastante bien. Durante la gestación o antes de estallar la revolución, en el antiguo régimen, aparecerán en la sociedad signos de la perturbación que se acerca. En rigor, tales signos no son del todo síntomas, ya que cuando estos están bastante desarrollados la enfermedad ya está presente. Mejor será llamarlos signos prodrómicos, que indican al especialista que una enfermedad está en marcha, pero no lo suficientemente desarrollada para ser considerada como tal. Viene luego un período en que los síntomas se declaran, y es cuando podemos decir que ha empezado la fiebre de la revolución. Esta no actúa con regularidad, sino que adelantamos y retrocedemos hasta llegar a la crisis, acompañada con frecuencia de un delirio, norma de los revolucionarios más

violentos: el reinado del Terror. Tras la crisis viene un periodo de convalecencia, a menudo interrumpido por una o dos recaídas. Por último, la fiebre cesa y el enfermo queda inmunizado—tal vez, en ciertos aspectos, realmente fortalecido por la experiencia—frente a un ataque similar pero sin convertirse, ciertamente, en un nuevo hombre. El paralelismo llega hasta el final, puesto que las sociedades que soportan el ciclo completo de la revolución son quizá las más fuertes frente a ella, pero sin resurgir en modo alguno transformadas por completo.

El esquema conceptual puede emplearse sin que sus seguidores tengan que atarse, en ningún sentido, a una teoría orgánica de la sociedad. La teoría orgánica, la noción de un *organismo político,* es una metáfora convertida por los filósofos de la política en una especie de metafísica. Cierto tipo de filosofía política puede encontrar casi todo lo que necesite en la teoría orgánica, desde el imperativo categórico hasta una justificación del antisemitismo y una condena de la democracia parlamentaria. La palabra *sociedad* se emplea en este estudio como un medio conveniente para designar la conducta observada de grupos humanos, sus mutuas reacciones, y nada más. Nos resulta conveniente aplicar a ciertos cambios observados en determinadas sociedades un esquema conceptual tomado de la Medicina. Nos parecería impropio y perturbador ampliar tal esquema conceptual y hablar de un organismo político dotado de un alma, una voluntad general, corazón, nervios, etc. Cuando, por ejemplo, aplicamos expresiones tales como *pródromo, fiebre, crisis,* a la Revolución francesa, de ninguna forma pensamos en una Francia personificada que los padezca. Para algunos, este distingo podrá parecer solo verbal y carente de importancia. Sin embargo, está basado en una de las distinciones más importantes del pensamiento humano: diferencia esencial entre Metafísica y ciencia.

El verdadero defecto grave de esta gráfica de temperatura es más profundo y radica en el hecho, en apariencia inalterable, que nuestro lenguaje habitual—al cual pertenecen sin duda esas palabras *fiebre, enfermedad y crisis*—no es lógico más que en una pequeña parte. Los intelec-

tuales de nuestra generación se lamentan con frecuencia de los matices ilógicos de las palabras, lo que es quizá un buen signo para las ciencias sociales. Los matemáticos, la mayoría de los científicos e incluso los lógicos simbolistas se las arreglan para decir lo que quieren significar y pueden comunicarse entre sí con exactitud. Sin embargo, cuando cierto acto de determinada persona, Juan Pérez, es calificado por cinco periodistas distintos como perseverante, enérgico, determinado, obstinado y terco, se aprende, sin duda, tanto de los sentimientos de los periodistas hacia Juan Pérez como del propio Juan Pérez. Los periodistas logran mejor dar a conocer sus propios sentimientos que describir a Juan Pérez. Mucha gente, desde Tucídides hasta Pareto, pasando por Bacon y Maquiavelo, han comprendido este empleo de las palabras. En nuestros días una docena de disciplinas, desde la Psicología y la Filología hasta la teoría de la Política, nos han puesto en guardia contra la propaganda encubierta en cada sílaba, en cada acento. Esta prevención no parece haberse traducido en ninguna disminución de la propaganda.

Ahora bien: nadie quiere tener fiebre; la propia palabra está llena de desagradables sugerencias. Al utilizar términos sacados de la Medicina es probable, cuando menos, despertar en muchos lectores sentimientos que inducen otras falsas interpretaciones. Parece como si condenáramos las revoluciones al compararlas con una enfermedad. A los simpatizantes con las ideas y aspiraciones liberales les parecerá que condenamos de antemano aquellos grandes esfuerzos del espíritu humano libre, como la Revolución francesa. Para los marxistas, toda nuestra labor resultará sospechosa desde un principio y nuestro esquema conceptual habrá de parecerles simplemente la consabida falta de probidad burguesa. Sin embargo, no hay por qué ofender a nadie sin necesidad, ni siquiera a los marxistas. Probablemente será inútil hacer protesta de nuestra buena intención, pero no podemos por menos de dejar constancia de que de ninguna manera se nos puede atribuir una idea de repulsión por las revoluciones en general. Claro que reprobamos la crueldad, tanto en las revoluciones como en las sociedades estables; pero pensar en una no nos induce a ninguna idea repelente. Inscons-

ciente y subconscientemente podemos sentir horror de la revolución a causa de nuestro meollo enteramente burgués; pero con permiso de Freud, no nos hacemos responsables de nuestro inconsciente. Tal vez tenga mayor fuerza persuasiva para los desconfiados el hecho de que, biológicamente, la fiebre es en sí misma algo conveniente, antes que lo contrario, para el organismo que la supera. O dicho en términos oratorios: la fiebre destruye a los malvados y a las instituciones dañinas o inútiles. Si se analiza más de cerca y con ecuanimidad, nuestro esquema conceptual puede incluso ofrecer aspectos más bien favorables que lo contrario respecto de las revoluciones en general.

Así dispuestos los hechos y el esquema de conceptos, falta examinar la posibilidad de encontrar algún tipo de uniformidades en la forma, según la cual nuestros hechos se adaptan a nuestro esquema conceptual. La mayoría de nosotros aseguraría que, con un vulgar sentido común, pueden discernirse en la Historia algunos tipos de uniformidades. Pero como la tendencia, al menos entre los historiadores profesionales, es negar que tales uniformidades sean reales e importantes, hemos de prestar una somera atención a este asunto. En un examen de la magistral edición que W. C. Abbott hizo de los discursos y escritos de Cromwell, escribía un docto y convencional historiador inglés:

> Es lástima que el profesor Abbott haya pensado aclarar la Revolución inglesa comparándola con las revoluciones americana y francesa. La técnica revolucionaria interesa, sin duda, a un mundo familiarizado con los escritos de Marx y Trotsky y con el método de Lenin; pero las comparaciones en Historia, como en cualquier parte, son odiosas, y las revoluciones son más notables por sus particulares diferencias que por sus elementos comunes.

Esto es, en verdad, una posición extrema. Los ingleses han insistido durante el último siglo, y más aún, que su revolución fue única: tan única que, prácticamente, no fue revolución.

Sería tarea larga examinar por completo el problema de las uniformidades históricas y bien pudiera finalizar en las nebulosas de la Metafísica. Hemos de conformarnos con la afirmación escueta de que la doctrina de la indivi-

dualidad absoluta de los acontecimientos históricos parece carecer de sentido. La Historia es, en esencia, una contabilidad de la conducta del hombre, y si el comportamiento de este no admitiera ninguna sistematización, este mundo sería entonces más estrábico que lo son los videntes.

Pero basta mirar una página de Teofrasto o de Chaucer para comprobar que los griegos de hace más de dos mil años y los ingleses de hace seis siglos resultan, en varios aspectos, extraordinariamente parecidos a los americanos de hoy. Las comparaciones serán odiosas, pero constituyen la base de la literatura y de la ciencia y son una buena parte de los temas de la conversación diaria.

Como hemos visto, un elemento esencial para cualquier intento de labor científica es el apartamiento del científico. Esto, en un historiador, depende de su aptitud para resguardar sus observaciones sobre lo ocurrido sin dejarlas influir por lo que hubiera preferido que sucediera. Ya hemos encontrado esta dificultad al discutir un esquema conceptual en el cual, al comparar una revolución con una fiebre, parece, a primera vista, una manera de condenar aquella o de aplicarle un mal calificativo. Ha de repetirse que en todas las ciencias sociales es difícil conseguir un auténtico apartamiento científico, y en sentido *absoluto* o *puro* es de todo punto imposible. Incluso en las ciencias naturales, el deseo de demostrar una hipótesis o teoría propia puede hacer desfigurar o no tener en cuenta hacer intervenir algunos de los sentimientos humanos más poderosos para disfrazar o despreciar los hechos. Pero el científico naturalista no precisa mejorar una molécula ni una ameba; por lo menos, «moralmente». Sin embargo, sobre el sociólogo recae toda la fuerza de aquellos sentimientos que llamamos morales, lo mismo que la de aquellos otros que calificamos de egoístas. A duras penas se puede evitar el deseo de modificar lo que se estudia: no de cambiarlo como el químico cambia la forma de los elementos que combina, sino al modo del misionero, que transforma al hombre que convierte. Sin embargo, esto es precisamente lo que debe tratar de evitar el sociólogo, como el justo huye del diablo. Una de las cosas más difíciles de hacer en este mundo es describir hombres o ins-

tituciones sin sentir el deseo de cambiarlos; tan difícil, que la mayoría de la gente ni siquiera advierte que los dos procesos son separables. Y, sin embargo, así han de estar si hemos de conseguir algún provecho de las ciencias sociales.

En este estudio intentaremos describir sin valorar. No será un completo éxito, porque en este mundo es rara la perfección. El apartamiento absoluto es como una región polar: inadecuada para la vida humana, pero bien podremos hacer un esfuerzo para salir de la selva virgen y acercarnos algo al polo. En lenguaje menos figurado: es imposible estudiar revoluciones sin experimentar algún sentimiento hacia ellas, pero sí es posible mantener estos sentimientos más bien fuera que dentro del estudio. Y un centímetro que aquí se gane representa varias leguas en las fronteras menos fértiles de la inteligencia.

IV. LIMITACIONES DEL TEMA

Estudiaremos, pues, cuatro revoluciones que, en apariencia, parecen tener ciertas semejanzas, y de propio intento evitaremos algunos otros tipos de revolución. Las cuatro que estudiamos ocurrieron en el mundo occidental posterior a la Edad Media; fueron revoluciones *populares*, realizadas en nombre de la *libertad* por una mayoría contra una minoría privilegiada, y triunfaron; es decir, acabaron cuando los revolucionarios se convirtieron en la autoridad legal. Si se tratara de una sociología completa de las revoluciones, habría que tener en cuenta otros tipos de revolución y, en especial, tres de ellas: la revolución iniciada por los autoritarios, las oligarquías o los conservadores; esto es, la revolución *derechista*; la revolución territorial nacionalista y la revolución abortada.

Hay, sin duda, cierto disfraz sentimental al calificar de *populares* a nuestras cuatro revoluciones, pero incluso las palabras más profundamente incrustadas en los sentimientos hacen referencia a cosas concretas. Las revoluciones inglesa, francesa, americana e incluso la rusa fueron in-

tentos para asegurar un tipo de vida distinto del que se pretendía en las revoluciones fascista de Italia y nacional-socialista de Alemania. Tropezamos aquí claramente con una de nuestras mayores dificultades, la Revolución rusa, que, para nuestra mentalidad occidental, no ha demostrado ser ni *popular* ni *democrática*. Pero si en ciertos aspectos el comunismo ruso ha llegado a resultarnos tan totalitario y antidemocrático como el fascismo italiano o el nazismo alemán, queda el hecho de que la Revolución rusa empezó como heredera de la Ilustración del siglo XVIII, al paso que las revoluciones italiana y alemana comenzaron por repudiar aquella.

No obstante, si tales revoluciones fascistas son demasiado recientes para ser juzgadas, e incluso catalogadas con propiedad, podemos encontrar en los momentos tormentosos de Atenas, a fines del siglo V a. J. C., una prueba menos discutible. En este caso, la revolución del año 411 antes de Jesucristo fue obra del grupo conservador u oligárquico y dirigida contra la antigua constitución democrática que regía en Atenas desde Clistenes, y tal vez de Solón. En el Consejo de los Cuatrocientos, establecido por los revolucionarios triunfantes, los oligarcas extremistas acabaron con los moderados. Después del asesinato del extremista Frínico y de la llegada de malas noticias desde el frente, pudo el moderado Terámenes hacerse con el poder y establecer una constitución *mixta*, en la que se pretendía combinar lo mejor de la democracia y de la oligarquía. Posteriormente, la Marina, en general muy demócrata, ganó la batalla de Cizico y preparó el camino para una completa restauración de la democracia en el año 410.

La victoria decisiva de Esparta, el año 404, produjo en Atenas un ciclo revolucionario similar, que empezó con la extremada oligarquía de los treinta tiranos, para acabar de nuevo con la restauración de las formas democráticas. En estos movimientos, la secuencia—usando analogías con la política moderna, quizá equivocadas—va desde la derecha al centro y a la izquierda, o bien desde los conservadores extremistas a los moderados y al antiguo equipo radical, secuencia evidentemente distinta, por completo, de la que encontraremos en Inglaterra, Francia y Rusia. Los

amantes del concepto de equilibrio social observarán que en estas revoluciones atenienses la tendencia parece encaminarse a la restauración de los antiguos hábitos e instituciones, y hay aquí algo muy familiar—el papel de las asociaciones políticas, por ejemplo, y el distinto empleo de la violencia—para cualquier estudioso de las revoluciones modernas. Sin embargo, la secuencia del poder, su distribución en el tiempo, y otras muchas cosas de estas revoluciones atenienses, las apartan de las que hemos escogido para este estudio y sugieren que pertenecen, por lo menos, a una subclase distinta.

Los americanos estamos familiarizados con la revolución territorial nacionalista, ya que la nuestra fue, en parte, de ese tipo. Hombres como John Adams y Washington no pretendían cambiar por completo nuestro sistema social y económico, sino más bien hacer de las colonias inglesas en Norteamérica un Estado nacional e independiente. Lo mismo ocurre con la Revolución irlandesa de nuestra época. Según muchos y buenos observadores, el nacionalismo es más importante que el comunismo en la actual revolución de China. Pero es rara la revolución territorial nacionalista que es puramente territorial o puramente nacionalista. Sam Adams, Tom Paine, el propio Jefferson, trataban de conseguir algo más que nuestra mera segregación de la Corona británica; pretendían hacer de nosotros una sociedad más perfecta, siguiendo los ideales de la Ilustración. Los comunistas chinos podrán ser más chinos que comunistas, pero no son, ciertamente, mandarines ni siquiera partidiarios de Sun Yat-Sen.

Disponemos de numerosos ejemplos de revoluciones abortadas. Creo será innecesario decir que el aborto no se mide por el fracaso de los movimientos revolucionarios al vivir bajo los ideales profesados por sus dirigentes. Aborto significa, sencillamente, el fracaso de los grupos sublevados. Así, la guerra civil americana es, en realidad, un ejemplo casi clásico de revolución territorial nacionalista abortada. Las revoluciones europeas de 1848 resultaron, en apariencia, abortadas en su mayor parte, aunque muchos países contribuyeran a introducir cambios administrativos y constitucionales de importancia y, rela-

tivamente, permanentes. La Commune de París en 1871 es una revolución social abortada.

Una revolución de esta clase puede, claro es, empujar al grupo revolucionario derrotado a una determinación aún más heroica y preparar el camino para continuar la resistencia pasiva, el complot y la propaganda. Esto parece especialmente cierto en las revoluciones nacionalistas abortadas. Nuestro propio *camino de reunión,* tras la guerra civil, es un camino abandonado con frecuencia. La sangre de los mártires ha levantado tantos ayuntamientos y palacios presidenciales como iglesias. La revolución abortada es de especial importancia para aglutinar las nacionalidades oprimidas que, después de unos cuantos levantamientos heroicos, alcanzan una cima de exaltado patriotismo y de propia conmiseración que las hace casi invencibles. La Irlanda y la Polonia contemporánea nacieron de una larga serie de revoluciones que fracasaron, y al aparecer, al fin, como naciones indpendientes presentaban huellas evidentes y desagradables de estas grandes victorias morales. Desde 1945 Polonia ha debido soportar una revolución social y económica impuesta, en gran parte, al parecer, desde el exterior: he aquí otro tipo de revolución.

Tres de nuestras cuatro revoluciones—la inglesa, la francesa y la rusa—ofrecen líneas de una semejanza sorprendente. Todas tienen una base social o de clase antes que territorial o nacionalista, aunque Oxford y el Lancashire, la Vendée y Ucrania indican que no se deben despreciar por completo aquellos últimos factores. Todas nacen prometedoras y moderadas; todas alcanzan una crisis en un reinado del Terror y todas terminan en algo parecido a la dictadura: Cromwell, Bonaparte o Stalin. La Revolución americana, por no seguir completamente este modelo, es de especial utilidad para nosotros como una especie de comprobación.

La Revolución americana fue, con preferencia, una revolución territorial y nacionalista, animada enteramente por los patriotas americanos, oprimidos por los británicos. De otro lado, fue también, en parte, un movimiento social y de clase, y en el transcurso del tiempo su carácter social se destacó cada vez con mayor energía. No pasó nun-

ca por un reinado del Terror, aunque tuvo meros aspectos terroristas, que se dulcifican con frecuencia en los manuales de Historia. En resumen, la Revolución americana ofrece un conjunto de problemas interesantes, y el intento de integrar algunos de sus aspectos en las otras tres revoluciones promete extender, sin excesiva dilatación, los límites de este estudio. Pero siempre habremos de recordar que la Revolución americana fue, como revolución social, incompleta en cierto sentido; que no se adapta perfectamente a nuestro esquema conceptual y que no registra la victoria de los extremistas sobre los moderados. Debemos ser aún más cautos que con las otras revoluciones al intentar descubrir uniformidades en la anatomía de la Revolución americana.

De propio intento hemos preferido aislar cuatro revoluciones para análisis, aun dándonos cuenta de que hay muchas otras. No vamos a enzarzarnos, sin necesidad, en la definición exacta de *revolución,* ni en la línea divisoria entre lo que es un cambio revolucionario y los cambios de otra naturaleza. La diferencia entre revolución y los cambios de otras clases en las sociedades está lógicamente, a juzgar por el empleo del término, más próxima a la que existe entre una montaña y una colina que, por ejemplo, entre el punto de congelación y de ebullición de determinada sustancia. El físico puede medir con exactitud los puntos de ebullición; el sociólogo no puede medir el cambio con un termómetro tan preciso y decir exactamente cuándo el cambio ordinario se trueca en revolucionario. Podría bromearse con la noción de *punto de revolución* en diferentes sistemas sociales; el de Inglaterra estaría, por ejemplo, a doscientos grados de cierta escala convencional; el de Francia, a ciento cincuenta; el del Japón, a cuatrocientos, y así sucesivamente. Pero esto sería una insensatez de las que abundan en las ciencias sociales, en las cuales existe desde hace tiempo la costumbre de colocar falsas fachadas matemáticas.

En la práctica, a nosotros nos bastará con distinguir entre una montaña y una colina, y no hay riesgo en aceptar este criterio para señalar una revolución. El elemento importante de la definición científica es que esta debe

basarse en los hechos y permitirnos operar mejor con ellos; la precisión y la claridad ocupan definitivamente un lugar secundario, y son defectos si se alcanzan merced al enmascaramiento o al desprecio de los hechos. No hay duda de que el empleo actual del término *revolución* supone una expresión escolar que comprende un gran número de fenómenos concretos desde la invención de la hilatura mecánica hasta la destitución de Porfirio Díaz, y la tarea sistematizadora consiste en ascender al término general para introducir clasificaciones secundarias dentro de su acepción general.

Antes de entrar por completo en el estudio de las revoluciones actuales, estamos ya sometidos a simples verdades. Sin embargo, lo verdaderamente claro, el verdadero sentido común, no se encuentra a menudo en letra impresa. Abundan mucho más los lugares comunes literarios y las creencias que los hombres tienen de cosas y seres de los que nunca se preocuparon directamente.

El mundo de la masa periodística es un mundo de lugares comunes literarios. Más de un intelectual, harto de masa periodística, ha sido impulsado, por el horror justificado al tópico literario, hacia un horror igual a la claridad. El científico es la claridad, porque solo con este firme cimiento puede edificar con seguridad la fábrica más compleja de una ciencia desarrollada. Habrá, incluso, de ser un poco insistente y machacón sobre la claridad, ya que en este mundo actual, donde una gran parte de nuestra experiencia es la de los sermones, libros, películas y comedias, hasta los espíritus más sencillos, que adoran los lugares comunes, se hallan embaucados por los clisés literarios y no por la realidad.

Cabe, pues, esperar que, fueren las que fueren las analogías que descubramos en las revoluciones objeto de nuestro análisis, siempre resultarán claras, y serán lo que cualquier persona sensible sabía ya sobre las revoluciones. Nos causaría una auténtica insatisfacción si la anatomía de las revoluciones no resultara algo familiar. Sería de bastante provecho si estas analogías pudieran catalogarse y registrarse como tales. Así, pues, quedan ya advertidos los que sueñan con grandes descubrimientos:

poco van a encontrar aquí, dicho sea sin falsa modestia. Existe una fábula, hoy casi del dominio popular, sin dejar de ser literaria, que se burla de la montaña que engendró y dio a luz un ratón ridículo. Tal vez, nunca se haya agradecido bastante a esa montaña lo que con seguridad fue un acontecimiento biológico de mucha importancia, porque, al menos, aquel ratón estaba vivo; al paso que la mayoría de las montañas en trance semejante solo producen lava, vapor y aire caliente.

CAPITULO II

LOS ANTIGUOS REGIMENES

I. EL DIAGNOSTICO DE LOS SIGNOS PRELIMINARES

La frase *antiguo régimen* fue acuñada en Francia, país que ha practicado desde antiguo una especie de libre cambio lingüístico. Aplicada a la historia de Francia, hace referencia al sistema de vida de las tres o cuatro generaciones anteriores a la revolución de 1789, especialmente a la última de aquellas. Podemos razonablemente hacer extensivo su empleo para describir las diversas sociedades de las que surgieron nuestras cuatro revoluciones. Siguiendo nuestro esquema conceptual, hemos de buscar en esas sociedades algo parecido a un pródromo revolucionario, un conjunto de signos preliminares de la revolución futura.

Tal investigación no debe acometerse sin tomar una precaución importante. El desorden, en cualquier sentido, parece ser endémico en todas las sociedades y, cierta-

mente, en nuestra sociedad occidental. El historiador, trocado en investigador, hallará muestras de desórdenes y descontentos en casi cualquier sociedad que elija para estudiar. El profesor P. A. Sorokin, en un apéndice al tercer volumen de su *Social and Cultural Dynamics*, registra en Inglaterra—país clásico de sobriedad política—ciento sesenta y dos «perturbaciones internas en las relaciones entre grupos» entre el año 656 y el 1921. ¡Esto representa un promedio de una de las tales *perturbaciones* cada ocho años! Su gravedad oscila desde la gran rebelión y la guerra civil de la década de 1640, de las que nos ocuparemos en este libro, hasta episodios de relativa trivialidad, como la insurrección de los cuerpos de alabarderos en Wessex el año 725. En un audaz intento de estimación cuantitativa, Sorokin evalúa las primeras en 77,27, y la segunda, en 2,66. Pero todas ellas están registradas en los libros de Historia. Si una sociedad estable o sana se define como aquella en que no hay muestras de descontento en el Gobierno o las instituciones existentes, en que no se infringe nunca la ley, no existe entonces ninguna sociedad estable ni sana. Sospecho que ni siquiera el Estado totalitario y monopolista puede subsistir a ese nivel.

Por tanto, nuestra sociedad normal o sana no será aquella en la que no se critica al Gobierno o a la clase dirigente, ni se predica adustamente sobre la decadencia moral de la época, ni se sueña con un utópico mundo mejor, donde no hay huelgas, ni despidos, ni paro, ni olas de criminalidad, ni ataques a las libertades civiles. Todo lo que podemos esperar de la llamada sociedad sana es que esas tensiones no se traduzcan en excesos violentos y, quizá también, que la mayoría de la gente se conduzca como si sintiera que, a pesar de todos sus defectos, la sociedad fuera una empresa en marcha. Podemos, pues, contemplar los signos acabados de describir —descontentos expresados en palabras o hechos—y tratar de valorar su gravedad. Como es natural, pronto habremos de ver que estamos operando con un gran número de variables; que, para ciertas sociedades estudiadas en sus antiguos regímenes, estas variables se combinan de diverso modo y en distintas proporciones, y que,

en algunos casos, ciertas variables han desaparecido, al parecer, de forma total o casi absoluta. Lo que con seguridad no encontraremos nunca en todos los casos que estudiemos es un síntoma claro, omnipresente, tal que podamos decir: cuando X o Y aparezcan en una sociedad sabremos que habrá una revolución al cabo de un mes, de un año, de una década o en cualquier momento futuro. Por el contrario, los síntomas tienden a ser múltiples, variados, y sin que su combinación se ajuste a modelo alguno. Suerte tendremos si, utilizando otra expresión médica, forman un síndrome reconocible.

II. DEBILIDADES DE LA ESTRUCTURA ECONOMICA Y POLITICA

Como buenos hijos de nuestra época, estamos obligados a iniciar un estudio de esta clase con la situación económica. Todos nosotros, por poca simpatía que mostremos hacia el comunismo organizado, reconocemos la extensión de la influencia de Marx en los estudios sociales—y las influencias que actuaron sobre Marx—por la naturalidad con que formulamos la pregunta «¿Qué tuvieron que ver los intereses económicos con todo esto?» Desde el estudio de Beard sobre nuestra Constitución, muchos estudiantes americanos juzgan, sin duda, que esta es la única pregunta que necesitan hacer.

Ahora bien: es incuestionable que, en las cuatro sociedades que estamos estudiando, los años anteriores al estallido de la revolución fueron testigos de cierta clase de dificultades económicas, o, por lo menos, financieras, de una gravedad desacostumbrada. Los dos primeros Estuardos estuvieron en perpetuo conflicto con sus parlamentos por cuestiones tributarias. Los años anteriores a 1640 están llenos de quejas contra el *Ship Money* (1), mercedes, tonelaje y derecho de tanto por libra, así como otras expresiones hoy extrañas para nosotros, pero que,

(1) Ley inglesa sobre la tasa impuesta en los puertos, ciudades marítimas, etc., en tiempo de guerra.

en tiempos, fueron capaces de hacer un héroe de un rico caballero del Buckinghamshire, llamado John Hampden, el cual estaba en situación económica de pagar muchos más impuestos de lo que hizo. A los americanos no hay que recordarles la participación que los impuestos fiscales tuvieron en los años justamente anteriores al tiro disparado en Concord y que desafió todas las leyes acústicas. «Ningún impuesto sin ley» es una frase que todos los historiadores actuales podrán rechazar por no constituir en sí misma una explicación adecuada del principio de la Revolución americana; pero subsiste el hecho de que en la década de 1770 fue una consigna capaz de incitar a nuestros padres a la acción. En 1789, a causa de la mala situación económica del Gobierno, fue imposible evitar la formación de los Estados Generales franceses, cuya reunión precipitó la revolución. La Francia oficial estaba en 1789 en una situación económica tan deplorable como, hasta nuestros días, nunca pudiera sospecharse que lo estuviera un Gobierno. En 1917, el colapso financiero de Rusia no fue, quizá, tan importante, porque el régimen zarista había llegado ya a un colapso general en todos los campos de la actividad estatal, desde la guerra hasta la administración rural. Pero los tres años de guerra representaron tal exceso para la hacienda rusa que, a pesar del apoyo de los aliados, la elevación de precios y la escasez fueron, en 1917, los factores más importantes de la tensión general.

Sin embargo, en todas estas sociedades, es el Gobierno el que se encuentra en dificultades económicas, no las sociedades en sí. O, para expresarlo en forma negativa, nuestras revoluciones no estallaron en sociedades atrasadas ni bajos los efectos de depresión o miseria económica generalizada. No se encontrará en esas sociedades del antiguo régimen nada semejante a una necesidad económica de extensión desusada. Claro que, en casos especiales, el nivel para medir la necesidad o la depresión ha de ser el nivel de vida más o menos aceptable para determinado grupo en un momento dado. Lo que satisfacía a un campesino inglés de 1640, sería miseria y necesidad para un agricultor inglés de 1952. Es posible que ciertos grupos de una sociedad puedan estar en situación de excepcional necesidad, aunque estadísticamente esa abstrac-

ción *sociedad en conjunto* disfrute de una creciente y casi igualmente abstracta *renta nacional.* Sin embargo, cuando la renta nacional aumenta con rapidez, alguien ha de recoger el beneficio.

Francia en 1789 era un ejemplo sorprendente de una sociedad rica con un Gobierno empobrecido. El siglo XVIII empezó a recoger estadísticas, y aunque no sean satisfactorias para un economista actual, nos permiten estar seguros de la creciente prosperidad de Francia en el siglo XVIII. Cualquier serie de índices—comercio exterior, aumento de población, edificación, manufacturas, producción agrícola—ofrece una tendencia general ascendente durante todo el siglo XVIII. He aquí unos pocos ejemplos: en toda Francia se araron grandes extensiones de tierra, y en la *élection* de Melun solo en dos años, de 1783 a 1785, las tierras sin cultivar se redujeron de 14.500 a 10.000 *arpents.* Ruan, en 1787, producía anualmente tejidos de algodón por valor de 50 millones de *livres,* doblando por menos su producción en una generación. El comercio francés con Africa del Norte (la costa de Berbería) aumentó desde un millón de *livres,* aproximadamente, en 1740, hasta 6.216.000 *livres* en 1788; la totalidad del comercio exterior francés había aumentado en 1787 casi hasta 100 millones de *livres* en los doce años que siguieron a la muerte de Luis XV en 1774.

Pese a lo imperfecto de las estadísticas, podemos apreciar algunas variaciones cíclicas a corto plazo, y parece claro que en ciertos aspectos, especialmente la cosecha de trigo, el año 1788-89 fue un mal año. Sin embargo, no fue de ninguna manera un año catastrófico, como lo fue 1932 en los Estados Unidos. Si los negociantes de la Francia del siglo XVIII hubieran confeccionado gráficos, las líneas hubieran ascendido con una alentadora persistencia durante la mayoría del período anterior a la Revolución francesa. Sin embargo, esta prosperidad estaba distribuida muy desigualmente. La gente que parece haberse llevado la parte del león fueron los comerciantes, los banqueros, los negociantes, los abogados y los campesinos que explotaban sus predios comercialmente; es decir, la clase media, como hemos dado en llamarla. Fueron precisamente estas gentes prósperas quienes en 1780 gri-

taban más alto contra el Gobierno, negándose la mayoría a salvarlo mediante el pago de impuestos o prestándole dinero.

A pesar de todo, persiste la idea de que, en una u otra forma, los hombres que hicieron la Revolución francesa tuvieron que sufrir graves privaciones económicas. Un estudioso contemporáneo y muy distinguido, C. E. Labrousse, que se ha pasado la vida tratando de investigar las series de precios, índices económicos y temas análogos correspondientes al siglo XVIII en Francia, en su afán de demostrar la existencia de precios abusivos que presionaban de tal forma a la gentes humildes o medias, se vieron obligadas a hacer la revolución por efectiva necesidad o, cuando menos, por cansancio. A pesar de lo ardua de su labor, su tesis general no es convincente. Los hombres que hicieron la Revolución francesa obtenían una renta real cada vez mayor, tanto que todavía necesitaban mucho más. Y, sobre todo, como veremos, necesitaban mucho más de lo que un economista puede medir.

En América, naturalmente, con un continente vacío a la disposición de los necesitados, las condiciones económicas generales en el siglo XVIII muestran un creciente aumento de la riqueza y la población, siendo la penuria económica una cuestión puramente relativa. No puede hablarse de hambre, de pobreza asfixiante en la nueva Inglaterra de la ley del Timbre. Incluso las fluctuaciones menores del ciclo económico no coinciden con la revolución, y los primeros años de la década de 1770 fueron de evidente prosperidad. Como pronto hemos de ver, hubo fracasos económicos y penurias en la América colonial, pero nunca pobreza de clase.

Tampoco es admisible argumentar que la Inglaterra de los primeros Estuardos fuera menos próspera que lo había sido bajo los últimos Tudores. Hay pruebas suficientes de que especialmente en los años de gobierno personal que precedieron al Parlamento Largo, Inglaterra era notablemente próspera. Ramsay Muir escribe que «Inglaterra nunca había conocido una prosperidad más firme ni de mayor difusión, y que la carga tributaria era menor que en cualquier otro país. La ulterior revolución no se debió, ciertamente, a penurias económicas». Incluso

en la Rusia de 1917, salvo la estrepitosa quiebra de la maquinaria de gobierno por causa de la guerra, la capacidad productiva de la sociedad en conjunto era, sin disputa, mayor que en cualquier otro momento de la historia rusa, y examinando nuevamente la cuestión a distancia, los gráficos económicos habrían sido todos ascendentes para la totalidad de Rusia en los finales del siglo XIX y los comienzos del XX, ya que el progreso comercial y de la producción desde la revolución abortada de 1905 había sido notable. Apenas si algún historiador no marxista discute el hecho de que Rusia, con las primeras tres Dumas (1906-12), llevaba un camino ascendente como sociedad occidental.

Por tanto, y claramente, nuestras revoluciones no se originaron en sociedades económicamente atrasadas; al contrario, se produjeron en sociedades económicamente progresivas. Esto no significa, claro es, que ningún grupo dentro de esas sociedades sufriera penalidades de carácter principalmente económico. Dos focos principales parecen destacarse como motivos económicos de descontento. El primero, y con mucho el menos importante, es la miseria efectiva de ciertos grupos en determinada sociedad. Sin duda, en todas nuestras sociedades, hasta en América, existía un grupo inframarginal de gente pobre cuya liberación de ciertas formas de penurias es una circunstancia muy importante de la propia revolución; pero al estudiar los signos preliminares de aquella, estas gentes carecen de importancia. Los historiadores republicanos franceses han insistido desde hace mucho tiempo en la importancia de la mala cosecha de 1788, el crudo invierno de 1788-89 y los ulteriores sufrimientos de los humildes. El pan era relativamente caro en la primavera en que se reunieron por primera vez los Estados Generales. Al parecer, en 1774-75 hubo un endurecimiento de las condiciones económicas en América; pero, ciertamente, nada parecido a una gran escasez o un paro forzoso. Los sufrimientos locales de Boston, considerables bajo el *Port Bill,* fueron realmente una parte de la propia revolución y no un signo de ella. El invierno de 1916-17 fue, en realidad, muy malo en Rusia, con racionamiento alimenticio en todas las ciudades.

Sin embargo, lo que importa anotar es que la historia de Francia y la de Rusia están llenas de hambres, plagas y malas cosechas, a veces locales, a veces de carácter nacional, muchas de las cuales fueron acompañadas por revueltas esporádicas, pero en cada país solamente una por revolución. Ni en la Revolución inglesa ni en la americana encontramos este grado de necesidad o hambre localizada. Por tanto, es claro que la penuria económica de los menesterosos, aunque bien puede ir acompañada de una situación revolucionaria, no es uno de los síntomas que debamos tener en cuenta. Esto lo reconocen hasta los marxistas más sutiles, y Trotsky ha escrito: «En realidad, la mera existencia de privaciones no es bastante para provocar una insurrección; de lo contrario, las masas siempre habrían estado en agitación.»

De mucho mayor importancia es la existencia entre un grupo o grupos de un sentimiento de que las condiciones existentes limitan o perturban su actividad económica. Este elemento se observa especialmente en nuestra Revolución americana, y el profesor A. M. Schlesinger, Sr., ha demostrado cómo los comerciantes prósperos, cuyos intereses inmediatos resultaban perjudicados por la nueva política imperial del Gobierno británico, determinaron una agitación contra las medidas legislativas de 1764 y 1765 y contribuyeron a sembrar el descontento entre los menos afortunados, que los mismos comerciantes encontraron más tarde algo embarazoso. También es indudable que muchos de los puntos más firmes de la muy desigual y tortuosa política del Gobierno británico —la ley del Timbre y los ulteriores desórdenes, el anunciado proyecto de reformar el Acta de Navegación y otras— tuvieron momentáneos efectos perjudiciales sobre los negocios y determinaron un paro. La cuestión monetaria estaba, sin duda, mal llevada en una época en que el sentido común no suplía muy eficazmente la ignorancia de los procesos económicos. Las colonias estaban siempre faltas de dinero metálico, y la actividad económica padecía con ello. La moneda de papel, a la que fue necesario recurrir, fue también origen inevitable de ulteriores luchas entre gobernantes y gobernados.

La acción de los motivos económicos en la revuelta

entre las clases acomodadas, normalmente inclinadas a soportar las instituciones existentes, es clara, en especial entre los aristócratas de las plantaciones de Virginia. Dependiendo casi por completo de un monocultivo (el tabaco), acostumbrados a un alto nivel de vida y endeudados cada vez más con los banqueros de Londres, muchos de los plantadores esperaban rehacer sus fortunas en las tierras del Oeste, que ellos consideraban como pertenecientes, sin duda, a Virginia. La propia actuación de Jorge Washington en las especulaciones con las tierras del Oeste constituyó uno de los tópicos favoritos de los *debunkers* (1). Por el acta de Quebec de 1774, el Gobierno británico, pese a todo, se apoderó de las tierras situadas más allá de los Allegheny, al norte del Ohío, desde Virginia, y de otras colonias demandantes y las incorporó al Canadá. Este acto molestó a otros, además de los colonos especuladores. El cierre de esta frontera fue también un insulto para una clase tal vez inclinada normalmente a la revuelta: los inquietos madereros y traficantes de pieles y los pequeños agricultores, solo algo menos inquietos, que ya habían ocupado los valles Apalaches y estaban dispuestos a extenderse por las tierras de Kentucky y Ohío. Naturalmente que el acta de Quebec no explica por sí misma la Revolución americana; pero unida a una larga serie de otras leyes—la ley del Timbre, el Acta de Navegación y el Acta de las Melazas—, vigorizó el sentimiento, tan evidente entre los grupos activos y ambiciosos de América, de que el dominio británico era un freno innecesario e incalculable, un obstáculo para su completo éxito en la vida.

En Francia, los años anteriores a 1789 van marcados con una serie de medidas que enfrentaban a distintos grupos. Con sorprendente torpeza, el Gobierno ofrecía con una mano lo que quitaba con la otra. Los esfuerzos para la reforma fiscal, nunca ultimada por completo, hirieron a los grupos privilegiados, sin agradar a los menesterosos. El intento de Turgot por introducir el *laissez-faire* perjudicó todos los intereses creados de los viejos

---

(1) Individuos dedicados a eliminar falsos sentimientos, opiniones, etc.

gremios, y su fracaso en llevar a cabo sus reformas disgustaron profundamente a los intelectuales y a los progresistas en general. El famoso tratado de reducción arancelaria con Inglaterra en 1786 afectó directamente a los fabricantes de tejidos franceses, debido al grave y creciente paro en Normandía y otras regiones, y dio a la clase patronal un motivo de queja contra el Gobierno. Es indudable que, de forma análoga, en la Inglaterra del siglo XVII, el intento de revivir formas anticuadas de tributación resultó, para los comerciantes de Londres y Bristol, una amenaza a su creciente prosperidad e importancia.

Vemos así que cierto malestar económico—por lo general, no es forma de penuria económica, sino más bien una creencia por parte de algunos de los principales grupos de empresarios de que sus oportunidades para mejorar en este mundo se ven indebidamente limitadas por medidas políticas—pudiera ser uno de los síntomas de la revolución. Es evidente que estos sentimientos han de elevarse a un nivel social efectivo por medio de la propaganda, la acción de los grupos de presión, las reuniones públicas y, con preferencia, por unos cuantos motivos bien dramáticos, como la Boston Tea Party. Como hemos de ver, estas molestias, por mucho que afecten al bolsillo, han de presentarse de un modo respetable, deben llegar al alma. Lo que en realidad no es más que un freno para un grupo en auge y ya triunfante, o para varios grupos análogos, debe aparecer en la sociedad como una gran injusticia hacia todo el mundo. Los hombres pueden alzarse de cierto modo o incluso violentamente por estar constreñidos, o, utilizando la expresiva frase del doctor George Pette, por sufrir dificultades en sus actividades económicas; pero para el mundo—y, salvo unos cuantos hipócritas, también para ellos—deben aparecer como equivocados. La *dificultad* debe encerrar una transfiguración moral antes que los hombres se alcen. Las revoluciones no se pueden hacer sin la palabra *Justicia* y los sentimientos que ella despierte.

Sin embargo, todo esto es bastante menos de lo que los marxistas parecen dar a entender cuando hablan de las revoluciones de los siglos XVII, XVIII y XIX como la

obra de una burguesía o espíritu de clase. No pudiendo echar mano de los escritos de Marx ni, claro es, de los del menos conocido Adam Smith, incluso los revolucionarios y los espíritus descontentos del siglo XVIII empleaban un vocabulario muy poco económico. Claro que los marxistas, con la ayuda de Freud, pueden repetir limpiamente que los motivos económicos llevaron a esos burgueses a una actitud inconsciente o subsconsciente. Lo malo de esto, desde el punto de vista de la persona familiarizada con las convenciones de la investigación histórica profesional, es que el subconsciente nunca, o raras veces, escribe documentos o pronuncia discursos. Si nos limitamos a lo que los burgueses dijeron e hicieron, encontramos pruebas abundantes de que unos grupos aislados—por ejemplo, los comerciantes americanos—experimentaban molestias económicas específicas; pero ningún signo de que los burgueses, patronos y hombres de negocios se dieran cuenta de que sus intereses, como clase en la libre expansión económica, fueran bloqueados por medidas *feudales* existentes. Sin duda, muchos hombres de empresa en Francia estaban más preocupados por el tratado de 1786 sobre el semilibre tráfico con Inglaterra que por ninguna otra decisión oficial. No se hallan rastros de que alguien dijera con certeza en Inglaterra, América o Francia: «El feudalismo organizado está impidiendo el triunfo del capitalismo de la clase media. Alcémonos contra él.» Ni tampoco, en realidad, había en aquellos países, precisamente antes de las revoluciones, barreras *económicas* serias que impidieran al individuo inteligente, aun en las clases inferiores, hacer dinero si poseía dotes para ello; docenas de casos—un París-Duverney, un Voltaire, un Edmund Burke, un John Law, un John Hancock—lo prueban. Cierto que no se puede negar que existieran en esos países antagonismos de clase; pero si se investigan a fondo estos antagonismos, no parecen tener una base económica clara y simple. Naturalmente que en el siglo XX en Rusia aquellos antagonismos se expresaban en lenguaje económico, aunque también aquí habremos de encontrar, probablemente, que hay implícitos tantos sentimientos humanos como intereses humanos.

Resumiendo lo dicho hasta aquí, si contemplamos la

vida económica en tales sociedades durante los años anteriores a la revolución, observaremos, en primer lugar, que, en conjunto, eran prósperas; en segundo término, que sus gobiernos tenían una escasez monetaria crónica; es decir, todavía más escasez de la que por lo general padecen la mayoría de los gobiernos; en tercer lugar, que ciertos grupos creían que las medidas políticas del Gobierno dañaban sus particulares intereses económicos, y cuarto, que, excepto en Rusia, los intereses económicos de clase no habían sido propagados abiertamente como un motivo para intentar trastrocar los dispositivos políticos y sociales existentes. Es interesante observar aquí que R. B. Merriman, en un estudio de seis revoluciones en el siglo XVII—en Inglaterra, Francia, los Países Bajos, España y Portugal y Nápoles—, observa que todas ellas tienen en común un origen financiero: todas se inician como protestas contra los impuestos.

Si pasamos ahora de las penurias y dificultades de la vida económica a la actuación efectiva de la maquinaria de gobierno, apreciaremos una situación mucho más clara. Tampoco aquí podemos postular que la perfección sea una condición normal. En este mundo el Gobierno es, en el mejor de los casos, algo rudo y desagradable, y los gobernados siempre encontrarán por qué gruñir, bien por el favoritismo en la distribución de automóviles, bien por las plumas de las oficinas de correos. Pero existen grados evidentes de ineficacia gubernamental y grados de paciencia por parte de los gobernados. En nuestras cuatro sociedades parece que los gobiernos han sido relativamente ineficaces y los gobernados relativamente impacientes.

Evidentemente, en una sociedad próspera la proximidad a la bancarrota de un Gobierno pudiera considerarse como una buena prueba *a priori* de su ineficacia; por lo menos, en los tiempos antiguos, cuando los gobiernos tenían a su cargo pocos servicios sociales o *socializados*. Los métodos totalitarios en Alemania y Rusia sugieren que quizá, de aquí en adelante, la bancarrota meramente financiera no tiene por qué preocupar nunca a un Gobierno, ya que la realidad de su hacienda no puede conocerse. Francia en 1789 es un ejemplo sorprendente de

sociedad cuyo Gobierno ha dejado de actuar bien. Durante generaciones, los reyes franceses y sus ministros habían combatido las tendencias particularistas de las provincias para escapar a la intervención de París, creando toda una serie de oficinas de centralización que, en cierto sentido, puede decirse iban desde los *missi dominici,* de Carlomagno, hasta los *intendans,* de Richelieu y Luis XIV. Sin embargo, y casi como si hubieran sido anglosajones, destrozaron muy poco de lo antiguo en el proceso, con lo cual Francia en 1789 era como una buhardilla repleta de toda clase de muebles viejos, incluyendo algunas buenas sillas nuevas de Turgot que desentonarían en el cuarto de estar. No es preciso profundizar demasiado en los detalles de la situación, que tal vez podamos resumir gráficamente, en el sentido de que, si se puede hacer un mapa de los Estados Unidos en el que aparezcan todas nuestras zonas administrativas, ciudades, provincias y estados, no sería posible hacer *un mapa* de las zonas administrativas de la antigua Francia. Incluso la confusión que pudieran representar para un mapa administrativo de los Estados Unidos las diversas y relativamente nuevas comisiones federales, oficinas, dependencias y administraciones no se parecen ni por asomo a las de Francia en 1789. Se necesitarían, cuando menos, media docena de mapas para poner de manifiesto el entresijo de *paroisse, seigneurie, baillage, sénéchaussée généralité, gouvernement, pays d'étal et d'élection, les cinq grosses fermes, pays de grande et de petite gabelle,* y esto no es más que el principio.

Todo esto significa que en el siglo XVIII en Francia era muy difícil la actuación del Gobierno, que es una de las más importantes formas de la dificultad del doctor Pettee. Se cuenta de Luis XVI una de esas anécdotas reveladoras, cuya autenticidad histórica no tiene importancia, ya que refleja determinada situación de la opinión contemporánea. Viajando por una provincia, su majestad observó que un Ayuntamiento o edificio análogo, en el que iba a ser recibido, tenía goteras en el tejado. «¡Ah, si yo solo fuera ministro, tendría eso arreglado!», observó. Un Gobierno del que se puede contar tal historieta sería, quizá, despótico; pero, sin duda, ineficaz. En ge-

neral, parece que la ineficacia es reconocida más prontamente por los que la padecen que el despotismo.

La incompetencia del Gobierno inglés bajo los dos primeros Estuardos es mucho menos clara, pero puede decirse con seguridad que el Gobierno central no había sido tan bien llevado, especialmente bajo Jacobo I, como la había sido con la Reina Isabel. Lo que más sorprende en la situación inglesa es la completa falta de adaptación entre el Gobierno moderno y un sistema tributario basado en las molestas necesidades de un Gobierno central de carácter feudal. Porque el Gobierno de Jacobo I empezaba a ser un Gobierno moderno, a hacerse cargo de ciertos servicios sociales y elementales y a descansar en una burocracia, en un ejército y una marina profesionales que tenían que ser pagados en metálico; la necesidad crónica del dinero con que se enfrentaron Jacobo I y Carlos I no fue, en modo alguno, resultado de una vida levantisca ni de extravagancias de la corte, sino ocasionada en la mayor parte por gastos que ningún Gobierno moderno hubiera podido evitar. Y, sin embargo, sus ingresos se fijaban y se recaudaban totalmente según unos métodos medievales anticuados. En cualquier caso, está claro que los Estuardos necesitaban dinero, pero sus intentos para llenar sus arcas eran absurdos: medidas de fortuna que los llevaron a discusiones enconadas con la única gente de la que en aquellos días hubieran podido recaudar dinero fácilmente: la nobleza y la clase media. Sus luchas con el Parlamento estropearon por completo el mecanismo del Gobierno inglés.

En América, el fracaso del mecanismo fue doble. Primero, la administración central de las colonias en Westminster se había desarrollado en forma atolondrada, que los anglófilos han considerado desde hace tiempo como la cumbre de la prudencia política. No obstante, en esta crisis no existía bastante claridad en medio de tanta confusión.

La proyectada reforma en la administración colonial, después de la guerra de los siete años, solo contribuyó a empeorar las cosas, lo mismo que las pretendidas reformas de Turgot en Francia, ya que se llevó a cabo con una serie de avances y retrocesos, de promesas y amena-

zas, y con una mano de cal y otra de arena. En segundo lugar, dentro de la mayoría de las colonias, la maquinaria oficial nunca había funcionado con propiedad hasta la frontera. Las regiones más nuevas del occidente de muchas colonias se quejaban de que los elementos representativos, los tribunales y las zonas administrativas estaban pensados para favorecer únicamente a los antiguos establecimientos de la costa.

La catástrofe de la administración zarista es hoy un lugar tan común que se está tentado a sospechar que ha sido exagerada un poco. Mirando a las décadas anteriores a 1917—porque en todos estos países hemos estado examinando el trasfondo de las revoluciones y no sus verdaderos estallidos—, parece posible sostener que el Gobierno de Rusia, en tiempo de paz, cuando menos, era quizá un conjunto más útil que cualquiera de los otros gobiernos que hemos venido estudiando. Desde Catalina la Grande hasta Stolypin, puede apreciarse en el Gobierno ruso una grande y efectiva mejora; pero una cosa es clara en los cien años anteriores a 1914: Rusia no podía organizarse a sí misma para la guerra, y su fracaso en esta, especialmente en 1905, trajo aparejado un colapso parcial del mecanismo de la administración interna. Hemos de tener cuidado aquí y limitarnos a los hechos para evitar juicios que, formando parte de nuestra desconfianza hacia Rusia, los consideremos como hechos. Para nuestros fines, basta observar que el fallo *gubernamental* ruso, evidente en 1917 e incluso en 1916, no aparece claro en modo alguno, por ejemplo, en 1912.

Por último, una de las uniformidades más evidentes que podemos registrar es el esfuerzo hecho en cada una de nuestras sociedades para reformar el instrumento de gobierno. Nada puede ser más erróneo que el cuadro del antiguo régimen como tiranía imposible de regenerar y precipitándose hacia su fin, en un máximo de indiferencia despótica, ante el clamor de sus oprimidos súbditos. Carlos I trabajó para *modernizar* su Gobierno, tratando de introducir en Inglaterra algunos de los métodos eficientes de los franceses. Strafford fue, en ciertos aspectos, un desafortunado Richelieu. Jorge III y sus ministros trataron muy seriamente de agrupar los órganos dispersos

del Gobierno colonial británico. Fue, sin duda, este intento reformador, este deseo de elaborar un nuevo *sistema colonial,* el que dio un punto de partida al movimiento revolucionario en América. Tanto en Francia como en Rusia, hubo una serie de reformas intentadas, que va unida a los nombres de Turgot, Malesherbes, Necker, Witte y Stolypin. Cierto que tales reformas fueron incompletas, que fueron rechazadas o saboteadas por algunos de los privilegiados. Pero hay que registrarlas como parte esencial del proceso iniciador de la revolución en dichos países.

III. LA DESERCION DE LOS INTELECTUALES.

Hasta aquí hemos fijado nuestra atención en el mecanismo de la vida económica y política, tratando de reconocer los signos de una catástrofe que se aproximaba. Vayamos ahora al estado de pensamiento—o, mejor, de sentimientos—de los distintos grupos dentro de estas sociedades. En primer lugar, podemos preguntarnos si la desorganización del Gobierno encuentra alguna contrapartida en la organización de sus oponentes. Más tarde, habremos de ocuparnos de los hoy bien conocidos *grupos de presión,* hombres y mujeres organizados en sociedades con objetivos especiales, sociedades que ejercen para el logro de sus fines toda clase de presiones, desde la propaganda y el amañamiento hasta el terrorismo. Estos grupos de presión son, al parecer, en una u otra forma, una parte integrante de todos los estados modernos, y el simple hecho de su existencia no puede tomarse como síntoma revolucionario, so pena de considerar a la Sociedad Protectora de Animales, el Sindicato de Autores o las asociaciones anti-carteleras como signos de una futura segunda Revolución americana. No parece existir una prueba única y sencilla para determinar cuándo y en qué condiciones la existencia de grupos de presión puede tomarse como síntoma de una cercana inestabilidad política. Sin embargo, las décadas anteriores a la revolución

en nuestras cuatro sociedades ofrecen un incremento de actividad por parte de los grupos de presión, una acción cada vez más encaminada, al correr del tiempo, hacia la radical alteración del Gobierno existente. Ciertos grupos, en verdad, empiezan a ir más allá del amañamiento y la propaganda; comienzan a planear y organizar acciones directas, o, cuando menos, la sustitución del Gobierno en cualquier forma dramática. Son el principio de lo que más adelante llamaremos *Gobierno ilegal.*

En América, las agrupaciones de comerciantes, organizadas para resistir las medidas de regulación imperial, hicieron una gran parte de la labor de los modernos grupos de presión, desde la mera propaganda hasta las demostraciones populares y la cooperación entre las colonias, valiéndose de resoluciones, conferencias, etc. Constituyen el preludio de aquellas eficientes células revolucionarias, de las comisiones de correspondencia que también manejó Sam Adams en la década de 1770. Organizaciones similares aparecen en lugares más inferiores de la escala social, donde se convierten en partidas tabernarias bulliciosas. Para la actividad en muchas colonias, las legislaturas de los grupos de presión contra el Gobierno imperial pudieron utilizarse en una forma que no era posible en las demás sociedades que estudiamos. Las reuniones municipales en New England ofrecían un marco hecho a medida para este tipo de agitación.

En Francia, la obra de Cochin demuestra cómo lo que él llamaba *sociétés de pensée,* grupos de confianza reunidos para discutir la gran obra de la Ilustración, fueron desviándose gradualmente hacia la agitación política y contribuyeron, por último, a la elección de los Estados Generales en 1789. Aunque la escuela oficial de los historiadores, en la Tercera República, ha desmentido siempre la idea de que su gran revolución fue planeada de antemano por completo, es difícil para un profano no creer que Cochin ha puesto el dedo sobre la forma esencial de la acción de grupo que trocó la mera conversación y la especulación en una tarea política revolucionaria. Hasta los historiadores republicanos franceses admiten que la masonería desempeñó un papel en la preparación de la revolución. La actividad masónica en la Francia

del siglo XVIII era bastante clara y conocida, pero estuvo muy lejos de tener un carácter puramente social, recreativo o educativo. Casi todos los nobles y los banqueros ambiciosos, casi todos los intelectuales, eran masones. Incluso en aquel tiempo, los conservadores clericales fueron sorprendidos por lo que consideraban aspectos subversivos de la masonería.

En Rusia habían florecido, desde hacía mucho tiempo, sociedades hostiles en distinto grado al estado de cosas existente. Nihilistas, anarquistas, socialistas de todos los matices, liberales, occidentalistas, antioccidentalistas, se expresaron en distintas formas: desde el lanzamiento de bombas hasta el voto en las elecciones de la Duma. Se aprecia, al examinar los últimos años del régimen zarista, que la diversidad y los antagonismos de sus contrarios contribuyeron mucho al mantenimiento de aquel régimen, aunque también es cierto que la Revolución rusa tuvo mucha propaganda previa y que el papel de los grupos de presión, en su preparación, es singularmente claro.

En este aspecto, Inglaterra es un caso menos claro, aunque existan indicaciones definidas de una oposición sistemática por parte de los comerciantes y clase acomodada a ciertas medidas, como el *Ship Money* (1), y las mayorías parlamentarias, que arrollaron a Carlos tras el período de gobierno personal, fueron consecuencia de grupos de presión embrionarios, como lo demuestra una ojeada a la abundante literatura impresa de la época. Además, la Revolución inglesa fue la última de las grandes conmociones sociales dentro de la dominación activa de las ideas específicamente cristianas. En cierto aspecto, los grupos de presión más evidentes en el siglo XVII en Inglaterra son sencillamente las iglesias puritanas y, en especial, las llamadas independientes. Su mera existencia representaba tal amenaza para el rey Carlos como el partido bolchevique para el zar Nicolás.

Debe observarse que alguno de estos grupos de presión —las juntas de comerciantes americanos, las *sociétés de pensée* francesas y los masones, por ejemplo— no hubieran admitido nunca en el apogeo de su actuación que

---

(1) *Vide* nota de la pág. 47.

trabajaban en pro de la revolución y, desde luego, menos para una revolución violenta. Lo que tal vez los separa de ciertos grupos de presión, como el A. S. P. C. A. o las asociaciones anticarteleras (1)—que de seguro aceptamos no han de ser considerados como síntomas de revolución—es su objetivo básico de un cambio radical en procesos políticos importantes. Así, los comerciantes americanos ansiaban realmente volver del revés toda la nueva política imperial de Westminster; los franceses que prepararon las elecciones para el Tercer Estado, buscaban una nueva *Constitución* para Francia. Por otro lado, algunas de las organizaciones rusas fueron desde su inicio violentamente revolucionarias; pero no fueron estas los elementos importantes en la situación rusa desde 1905 a 1917, lo mismo que los antagonismos o la anarquía de las sectas religiosas fueron en Inglaterra antes de 1639.

Hubo, pues, en todas las sociedades grupos de presión más o menos revolucionarios. Su actividad se aprecia sobre un trasfondo de divergencias políticas y morales que en aquellas sociedades parecen especialmente intensas. Llegamos ahora a un síntoma de revolución bien destacado en la obra de Lyford P. Edwards *Natural History of Revolution* y que allí se describe como la *transferencia de lealtad a los intelectuales.* Aunque la palabra *deserción* tenga quizá matices morales poco afortunados, la frase más breve *deserción de los intelectuales* es así mucho más conveniente, por lo que en este estudio la emplearemos con preferencia a la más extensa.

Hemos de aclarar, no obstante, lo que estamos diciendo antes de utilizar la deserción de los intelectuales como un síntoma. Sin preocuparnos demasiado de la precisión, podemos definir los intelectuales como escritores, artistas, músicos, actores, profesores y sacerdotes. No tiene aquí mayor importancia introducir una subdivisión ulterior entre el pequeño grupo de dirigentes que inicia, o al menos se destaca preferentemente, a la atención pública, y el grupo más extenso que actúa sobre los materiales que aquel le suministra. Lo que sí es importante y

---

(1) Asociaciones cuyos componentes se negaban a poner anuncios en las pizarras.

algo embarazoso es la posición general de los intelectuales en nuestra sociedad occidental a partir de la Edad Media. Es claro que no nos es dable admitir el acuerdo entre intelectuales antes de decidir si una determinada sociedad es razonablemente estable. Incluso en el siglo XIII, en el cual tantos de nuestros pensadores contemporáneos encuentran una envidiable unanimidad en las creencias fundamentales, la cantidad de disputas entre los intelectuales fue, en realidad, muy considerable. Hubo profusión de rebeldes y profetas durante la Edad Media. Esperemos que en los tiempos modernos los intelectuales no se pongan de acuerdo entre ellos y ciertamente discrepen de los no intelectuales: el vulgo, los filisteos, los Babbits o el nombre que los intelectuales acuñen para ellos. Además, por ciertas razones, los escritores, los maestros y los sacerdotes están obligados por su misión a adoptar una actitud crítica frente a la diaria rutina de los negocios humanos. Al carecer de experiencia de acción, bajo el peso de la responsabilidad, no saben cuán escasa es usualmente la acción *nueva* posible o eficaz. Un intelectual, tan satisfecho del mundo como de sí mismo, no sería simplemente un intelectual.

En esto, tan frecuente en las ciencias sociales y, sin duda, en las naturales, nos enfrentamos con una cuestión en donde las diferencias cualitativas y cuantitativas se entremezclan del modo más confuso. Nuestra distinción entre las dos no es, en realidad, sino cuestión de conveniencia; una imagen mental compleja para fines de investigación.

Cuantitativamente, podemos decir que, en una sociedad marcadamente inestable, parece haber más intelectuales en cifras absolutas y, sin duda, en las relativas, que atacan acremente las instituciones existentes y desean una modificación a fondo de la sociedad, los negocios y el Gobierno. En pura metáfora, podemos comparar este tipo de intelectuales a los corpúsculos blancos, guardianes del torrente sanguíneo; pero puede haber un exceso de glóbulos blancos, en cuyo caso se está enfermo.

Cualitativamente, podemos distinguir una diferencia de actitudes debida en parte, sin duda, al número y unidad de esos intelectuales atacantes, pero producida, en parte

también, por una realidad más sutil. Por ejemplo, la Inglaterra victoriana era una sociedad en equilibrio, un equilibrio que retrospectivamente aparece algo inestable; pero equilibrio, al fin. Aquí Carlyle alimentó una generación adicta a las píldoras de Morison en vez de a los héroes; Mill se lamentaba de la tiranía de la mayoría; Matthew Arnold encontraba a Inglaterra falta de dulzura y claridad; Newman pensaba en Roma como antídoto para el veneno del liberalismo inglés; Morris alentaba a sus campesinos para que rompieran las máquinas y volvieran a las condiciones de la Edad Media, e incluso Tennyson lamentaba su fracaso en conseguir algo más útil que un descontento general, ambiguo y filosófico.

Muchos intelectuales de la época victoriana, aunque no todos, claro es, estaban en desacuerdo entre ellos, unidos solo en apariencia por un profundo disgusto hacia el medio que los rodeaba. Sin embargo, si se los examina cuidadosamente, se apreciará un curioso acuerdo, de poco valor, para remediar las cuestiones. Además, como Mr. Alan Brown ha destacado significativamente en su estudio de la Sociedad Metafísica, en realidad podían reunirse en medio de la comodidad victoriana para discutir las diferencias. No es, como tan a menudo se nos dice de los intelectuales escolásticos de la Edad Media, que esos victorianos estuvieran de acuerdo sobre los supuestos fundamentales de la metafísica y la teología. No había tal, sino más bien que estaban conformes sobre las menos dignas, aunque en ciertos aspectos más importantes, rutinas y costumbres de la vida diaria, y no esperaban que el Gobierno modificara tales cuestiones.

La diferencia entre la atmósfera intelectual de un grupo como los victorianos, escritores de los que no puede decirse que desertaran en conjunto, y otro grupo desertor, se aclara en un momento si miramos aquel famoso grupo del siglo XVIII, en Francia, que forma el núcleo de la gran Ilustración. Al principio se tiene la impresión de un inmenso grupo de intelectuales, grandes y pequeños, dedicados todos al estudio de cuestiones políticas y sociológicas, y convencidos en su totalidad de que el mundo, y Francia en especial, necesita rehacerse desde los detalles más nimios e insignificantes hasta los principios morales

y jurídicos más generales. La lista puede encontrarse en cualquier libro de texto: Voltaire, Rousseau, Diderot, Raynal, D'Holbach, Volney, Helvétius, D'Alembert, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Beaumarchais; todos ellos rebeldes, hombres que asestaban su ingenio contra la Iglesia y el Estado o que buscaban en la Naturaleza una perfección que debiera estar en Francia. Difícilmente se hallarán escritores conservadores activos, como Sam Johnson o sir Walter Scott, o neutrales en literatura, que busque en las letras la belleza o el entendimiento completamente ajeno a la política. Incluso los hoy casi olvidados antagonistas de los *filósofos,* aun los pesimistas que niegan la doctrina del progreso, son intelectuales doctrinarios, tan irracionalmente devotos de la *raison* como los radicales.

La literatura del siglo XVIII en Francia es abrumadoramente sociológica. Si se mira en los amarillentos restos periodísticos de entonces, si se trata de reconstruir las conversaciones de salones y círculos, se observará el mismo coro de quejas y críticas en las instituciones existentes, análoga búsqueda de un sencillo plan de perfección política en la Naturaleza. Hay en este coro de quejas una amargura y unanimidad que no se aprecia en las quejas victorianas. Estadísticamente se podría establecer el hecho de que había, proporcionalmente, más intelectuales *contra el Gobierno* en la Francia del siglo XVIII que en la Inglaterra del XIX. Pero la diferencia escapa a la estadística y entra en lo que hemos llamado diferencia cualitativa. Los franceses tienen un tono, a la vez amargo y esperanzado, distinto de los victorianos. Pero no es por completo una diferencia nacional como claramente se aprecia en la lectura de los folletos de la época de Milton, en la cual los intelectuales habían desertado, lo que no ocurrió con la reina Victoria.

También Rusia es un claro ejemplo de esta deserción de los intelectuales. Hay ciertamente algo más que propaganda política en la serie de novelistas que hicieron de la literatura rusa una parte de la educación de todos nosotros. Pero hay también una inconfundible crítica política y social de la Rusia zarista, aun en la obra del escritor más apartado y olímpico de todos ellos: Tur-

gueniev. La impresión que se saca, incluso de un simple vistazo a la vida intelectual rusa en el siglo XIX y principios del XX, es inconfundible: escribir o enseñar en aquellos días significaba necesariamente ser marxista. Cierto que Marx pesó mucho menos en las vidas de los intelectuales de la Rusia prerrevolucionaria que los escritores de la Ilustración y los filósofos románticos del siglo XIX.

América no es un caso tan claro. Por ejemplo, en Boston, durante las décadas de 1760 y 1770, una gran parte del tipo de gentes a que nos referimos—*intelectuales* habían de ser—estaban, como muchos lo están hoy, tan firmemente en contra de una actividad tan antibostoniana como la sedición. Es claro que Harvard no estaba en modo alguno unánimemente contra la Corona, sino solo en favor de las maquinaciones democráticas de su distinguido alumno Sam Adams. Pero si la producción literaria y periodística en las colonias, entre 1750 y 1775 —aun incluyendo los sermones—pudiera clasificarse estadísticamente como a favor o en contra de la efectiva política del Gobierno imperial, poco se podría dudar del considerable balance contra esa política. La Ilustración, en especial a través de Locke y Montesquieu, había llegado a las colonias americanas. Los derechos naturales e inalienables del hombre fueron, como en Europa, conceptos introducidos por los intelectuales.

A primera vista, Inglaterra parece ser una excepción en la deserción de los intelectuales. Lovelace, Suckling, aun Donne, parecen preocuparse poco de sociología. Sin embargo, en una segunda ojeada se ve con claridad que la literatura inglesa bajo los dos primeros Estuardos está lejos de ser el coro de leales alabanzas que fue en los días de Isabel I. Un vistazo a la obra del profesor Grierson *Gross Currents in English Literatura in the Seventeenth Century* pondrá de manifiesto hasta qué punto esa literatura fue un corrosivo de la alegre Inglaterra del Renacimiento. Aún más importante es el hecho de que en aquellos días no hubiera verdaderos periódicos; el folleto ocupaba su lugar. Ahora bien: la literatura impresa de principios del siglo XVII en Inglaterra, cuantitativamente enorme, aun para el nivel de hoy, se preocupaba casi por

completo de religión o política—mejor religión y política—y es un ejemplo de deserción intelectual casi mejor de lo que podía esperarse. Ciertamente, como escribe el profesor Gooch, en el reinado de Jacobo I «una proclamación seguía a otra contra la venta de *libros sediciosos* y puritanos y se hablaba mucho de libelos y escritos peligrosos».

Lo mismo ocurre hoy en los Estados Unidos, a mediados del siglo XX. Esta sencilla afirmación nos recuerda las dificultades de diagnosticar las inminentes revoluciones, la necesidad de considerar todos los aspectos del síndrome y no uno solo, aunque se trate de uno tan fascinador como el que hemos llamado *deserción de los intelectuales.* Porque podríamos aferrarnos al hecho de que, desde 1900, aproximadamente, en adelante, ha habido una deserción intelectual en los Estados Unidos y, sin embargo, no parece que estos estén maduros en el siglo para una revolución, ni resultan ser una sociedad en marcado desequilibrio. Tal vez los intelectuales americanos del siglo XX, como los de la época victoriana que hemos examinado, protesten desde un sólido fondo de acuerdo básico con sus propios Babbits. Hay, no obstante, cierta amargura en muchos escritores americanos; una sensación de estar fuera de las cosas en un país regido por negociantes no intelectuales, que no se aprecia por completo ni siquiera en los Matthew Arnold, los Morris o los Carlyle. Los intelectuales americanos tienden a juntarse, como una clase contra otras, lo cual explica, tal vez, que no muestren signos de estar próximos a inspirar una revolución. Sin embargo, no debemos enfrascarnos aquí con la dificultad y los problemas, todavía poco comprendidos, de *Wissenssoziologie,* que van implícitos en el comportamiento de las clases intelectuales en la América contemporánea. Es suficiente que desde Dreiser y Lewis hasta Hemingway, Farrell y Mailer, la mayoría de nuestros escritores más leídos se muestren hostiles al estado de cosas en los Estados Unidos, a pesar de lo cual las cosas han permanecido tal como son, sin ninguna amenaza de trastorno revolucionario.

¿Adónde desertaron nuestros triunfantes intelectuales revolucionarios? A un mundo distinto y mejor que los

corrompidos e ineficaces regímenes antiguos. Miles de plumas edificaron en los años anteriores al verdadero estallido revolucionario lo que hoy podemos llamar adecuadamente fundamentos del mito revolucionario, o folklore, o símbolos, o ideología. Algo de este mundo mejor del ideal contrasta con este otro mundo inmediato e imperfecto, en todos los sistemas éticos y religiosos, bajo los que han vivido los occidentales, y especialmente el cristianismo. No es del todo exacto afirmar que, para la cristiandad medieval, el otro, el mundo ideal, está seguro en el cielo. No obstante, es cierto que con la Reforma y el Renacimiento los hombres empezaron a pensar más seriamente en traer una parte de ese cielo a la tierra. Lo que distingue ese mundo ideal de nuestros revolucionarios del mundo mejor concebido por gentes más vulgares es un apasionado sentido de la proximidad del ideal, un sentimiento de que hay algo en todos los hombres mejor que su sino actual y un convencimiento de que lo que es no solo no debiera, sino que no es preciso que sea.

Cierto que, tal vez, es la ausencia de tal mundo mejor inmediato en el pensamiento de los intelectuales americanos lo que explica que no jueguen hoy el papel que Voltaire y Locke desempeñaron en el siglo XVIII. Los intelectuales americanos nunca compartieron, en realidad, el sueño marxista; su sueño—Parrington es testigo—ha sido el viejo sueño del siglo XIX, que en nuestros días no puede ser verdaderamente revolucionario.

Más tarde habremos de encontrarnos estos ideales revolucionarios en sus formas plenamente desarrolladas. Aquí solo precisamos observar que en los escritos y oraciones de los puritanos ingleses—y en menor extensión en los legisladores constitucionales—, en los de los *filósofos* del XVIII, en los de los marxistas de los siglos XIX y XX, el régimen existente, malvado e ilegítimo sin duda, se contrasta con el conveniente, y desde luego inevitable, predominio del derecho futuro. En Inglaterra, en América y en Francia, el principio esencial a que apelaban los hombres contra las condiciones existentes fue la Naturaleza, con sus leyes claras y sencillas. El Ship Money en Inglaterra, la Ley del Timbre en América, las patentes

de nobleza en Francia, eran todas contrarias a las leyes naturales. Incluso en Inglaterra y América, donde tanto se apelaba a los derechos contenidos en la Carta Magna o la ley común, la aspiración final era siempre una ley de la Naturaleza *grabada en el corazón de los hombres*. Como escribía el puritano Henry Parker, en Inglaterra los tribunales ordinarios «solo disponían de unas reglas de justicia particular, las cuales, al ser demasiado angostas para una cuestión tan amplia (la relación entre la Corona y el pueblo), nos obligan a referirnos a aquellas que las leyes originales de la Naturaleza mantienen para nosotros». En el siglo XVIII este tipo de lenguaje llegó a ser casi universal entre los intelectuales. Una observación, que debemos estar siempre dispuestos a notar en aquellos tiempos, es que la Naturaleza siempre dictaminaba lo que los intelectuales en revuelta necesitaban. Parece probable, sin embargo, que para la mayoría de los que acudían a ella la Naturaleza era algo tan definido y explícito como Dios lo fue en tiempos y como lo había de ser el materialismo dialéctico.

Para los escritores y agitadores rusos del régimen zarista la Naturaleza no desempeñó un papel tan importante. No es que la Naturaleza estuviera ausente de las páginas de Tolstoi y sus colegas ni que el contraste entre sociedad *artificial* e instintos *naturales* fuera desdeñado incluso en la propaganda socialista. Para los liberales, una mezcla bastante indigesta del pensamiento avanzado occidental, desde el Renacimiento hasta Darwin, les dio más entusiasmo que base sólida. Pero la ideología oficial de los radicales triunfantes en Rusia era el marxismo, y este encuentra que la existencia de los capitalistas, el dominio de la burguesía, es del todo natural. Solo que también es natural su destrucción por el proletariado y que esta destrucción está determinada por fuerzas existentes mucho más allá del dominio capitalista. La marcha inevitable de las fuerzas económicas realizaría, por tanto, para los marxistas, lo que los puritanos ingleses esperaban de Dios, y el *filósofo* francés, de la Naturaleza y la razón. El elemento esencial que todos estos agitadores prerrevolucionarios tienen en común, el ingrediente esencial, al menos intelectualmente, en el mito revolucionario,

es esta fuerza abstracta, todopoderosa: esta perfecta aliada.

Un punto especial merece nuestra atención por un momento. No es solo Dios, la Naturaleza o el materialismo dialéctico quienes hacen segura la victoria de los *underdogs* (1). El actual *upperdogs* puede parecer—y tal vez para fines de propaganda *debe* parecer—que adquiere su preponderancia por un accidente, o por una maniobra especialmente sucia, mientras Dios, o la Naturaleza, están, de momento, fuera de servicio. Así, en la Revolución inglesa, los realistas y, desde luego, la clase acomodada, fueron llamados *normandos,* descendientes de un grupo de invasores extranjeros sin ningún derecho al suelo inglés. John Lilburne, el *Nivelador,* llega hasta afirmar que todo el derecho común era un distintivo de esclavitud impuesto al libre pueblo de Inglaterra por la conquista normanda. El odio americano por el ausente Gobierno británico apenas necesitaba de tal estimulante artificial. A los franceses se les dijo, nada menos que por Sieyès, que todas las penalidades venían de la usurpación de los francos hacía más de mil años. Los nobles franceses de 1789 descendían de los bárbaros germanos, mientras que los plebeyos franceses descendían de galos y romanos, gentes civilizadas. La Revolución solo fue la restauración de las condiciones del año 450 d. J. C. El marxismo explicaba la explotación de clase sin recurrir a semejantes nociones seudohistóricas. Y, sin embargo, hay multitud de referencias, en la agitación revolucionaria rusa, a la usurpación de la tierra por los nobles y a su ascendencia varangia, tártara, occidental o, en cualquier caso, extranjera. Los actuales males, como los futuros bienes, precisan de la fuerza robustecedora que Sorel llama el *mito.*

Por último, una gran cantidad de energía se ha gastado en preguntar si esta ideología revolucionaria *es causa* de la acción revolucionaria o si es meramente una especie de decorado superfluo con el que encubren los revolucionarios sus verdaderos actos y motivos. La mayor parte de esta discusión es fútil en alto grado, ya que se basa en

---

(1) Personas que, en su lucha por sobrevivir, ponen lo peor de sí mismas.

una burda noción de causalidad insostenible por completo más allá de cierto nivel, muy limitado en una tarea científica provechosa. Discutir si Rousseau hizo la Revolución francesa o esta hizo a aquel, es lo mismo que disputar sobre quién fue antes, el huevo o la gallina. Nosotros observamos que en nuestras sociedades prerrevolucionarias la clase de descontento, las dificultades específicas en las condiciones económicas, sociales y políticas, que ponían en ebullición a los modernos focos, van invariablemente acompañadas por un gran volumen de literatura y conversaciones sobre los ideales, sobre un mundo mejor y sobre ciertas fuerzas muy abstractas que tienden a instaurar ese mundo mejor. Es, por tanto, la *expresión* de las ideas, más que estas en particular—las cuales pueden variar enormemente en las diferentes revoluciones—lo que hace la uniformidad. Encontramos que las ideas son siempre una parte de la situación prerrevolucionaria y no precisamos ir más allá. No habiendo ideas, no hay revolución. Esto no quiere decir que las ideas sean *causa* de las revoluciones, ni que la mejor manera de evitarlas sea censurar las ideas. Significa únicamente que las ideas forman parte de las variables mutuamente dependientes que estamos estudiando.

IV. LAS CLASES Y SUS ANTAGONISMOS

Ciertos grupos de nuestras cuatro sociedades de los antiguos regímenes provocaron sentimientos de disgusto, con o sin mezcla de contento, en otros grupos. Si hacemos caso omiso de los angostos límites económicos del término, podemos denominarlos clase de grupos; si comprobamos que la lucha no fue única entre dos clases contendientes—feudalismo contra burguesía o burguesía contra proletariado—, podemos incluso hablar de lucha de clases. Este tipo de lucha, en una forma o en otra, parece tan endémico como muchas otras clases de violencias en la más estable de las sociedades occidentales.

De nuevo, aquí no debemos pretender, para la sociedad

normal que nos sirve de contraste de nuestras sociedades prerrevolucionarias, la presencia conjunta del león y el cordero. Cierto que tal vez hayamos de pretender que la relación entre los privilegiados, las clases más elevadas o directoras y el resto de la gente, que Toynbee llama *mimesis,* sea una repartición de ideales, una mirada de los grupos inferiores hacia los de arriba, el tipo de relación que Burke y John Adams—Platón incluso—creyeron expresar. De nuevo aquí estamos en un terreno de difícil diagnóstico, porque no podemos estar del todo seguros de cuál es el actual estado de salud. En la mayoría de las sociedades occidentales parece prevalecer algo menos que una perfecta *mimesis,* incluso en la Atenas del siglo V y en la Europa occidental del siglo XIII, que hoy nos resultan edades doradas. El grito

Cuando Adán cavó y Eva hiló,
¿quién era entonces el caballero?,

parece dispuesto siempre a resurgir. Pero aun así, pronto se advertirá que esos odios de clases surgen y se exacerban en los viejos regímenes en grado apreciable. Las discriminaciones de clases no aparecen como barreras que pueda cruzar el más inteligente, audaz o ambicioso, sino como privilegios injustos y antinaturales, establecidos por hombres malvados contra la expresa intención de Dios todopoderoso, la Naturaleza o la ciencia. Estas luchas de clases no son, en modo alguno, simples duelos; son grupos contra grupos, corrientes contra corrientes. Debemos intentar analizar algunas de estas corrientes

En primer lugar, lo que pudiera llamarse la clase dirigente aparece, en todas y cada una de nuestras cuatro sociedades, dividida e inepta. Entendemos por clase dirigente las personas que el público ve: los políticos, los funcionarios públicos importantes, los banqueros, los hombres de negocios, los grandes terratenientes nobles, los militares, el clero e incluso, tal vez, algunos intelectuales. La nobleza formal de la sangre ha sido, por lo regular, en el mundo occidental, una parte muy escasa de miembros en una clase directora. Aun en los primeros tiempos modernos, la clase dirigente era algo parecido a lo que he-

mos bosquejado antes como una minoría de hombres y mujeres que parecían llevar una vida dramática, de la que se cuentan los más excitantes escándalos, que imponen las modas, que están a la cabeza de la riqueza y la posición social, o cuando menos con cierta reputación; en una palabra: los que mandan. Son la *clase política* de G. Mosca. Es evidente que en una sociedad socialmente estable parece probable que las grandes masas de gente pobre y desdichada, así como los fracasados y oscurecidos que por nacimiento y capacidad pudieran parecer pertenecientes a la clase gobernante, acepten, en realidad, la dirección de aquellos colocados en la cima de la pirámide social y sueñen más con *unirse* a ellos que con apartarse de ellos, aunque esta afirmación resulte a los idealistas una considerable reducción de la *mimesis* de Toynbee.

Ahora bien: las clases gobernantes en nuestras sociedades parecen haber fracasado en el desempeño de sus funciones, y no simplemente *a posteriori*, por haber sido efectivamente desplazadas. No es probable, a pesar de Esparta y Prusia, que las solas virtudes militares sean bastantes para una clase dirigente. Esta, sin embargo, no debe rehuir el uso de la fuerza para sostenerse y no debe valorar demasiado alto el talento y la originalidad de sus miembros. Por otra parte, el talento puede obtenerse adecuadamente de otras fuentes. Una mezcla de las virtudes militares con el respeto hacia las métodos establecidos de pensamiento y conducta y la voluntariedad de comprometerse y—si fuera necesario—innovar, es, probablemente, una aproximación bastante adecuada de las cualidades de una clase directora para triunfar, cualidades que, sin duda, poseían los romanos de los tiempos de las guerras púnicas y los ingleses del siglo XVIII, aunque estos últimos fracasaran en sus relaciones con América.

Cuando un gran número de los miembros influyentes de semejante clase empieza a creer que detenta el poder injustamente, o que todos los hombres son hermanos, iguales a los ojos de la eterna Justicia, o que las creencias que los encumbraron eran tonterías, o que «después de nosotros, el diluvio», no es probable que resistan con

éxito ningún ataque serio contra su posición social, económica y política. El problema de la decadencia de una clase dirigente es fascinador y, como tantas otras cosas de la sociología histórica, materia relativamente inexplorada. Aquí no podemos hacer sino sugerir que esta decadencia no es, necesariamente, una decadencia *moral*, si por *moral* entendemos lo que un buen cristiano evangélico da a entender con esa palabra. Es corriente que las clases directoras triunfantes hayan sido aficionadas a los deportes cruentos, a la bebida, el juego, el adulterio y otras ocupaciones semejantes, que, sin duda, todos estamos conformes en condenar. La Fayette es para el mundo un ejemplo mucho más claro de inadaptación de la aristocracia francesa que la Pompadour o la Du Barry.

En esto, los rusos nos facilitan un *locus classicus.* A juzgar por lo que se dice en letra impresa, los aristócratas rusos durante decenios, antes de 1917, tenían la costumbre de lamentarse de la frivolidad de la vida, el atraso de Rusia, la tristeza eslava de su condición; pero, sin dudarlo, una gran parte de las clases directoras rusas tenía un sentimiento incómodo de que sus privilegios no habrían de durar. Muchos de ellos, como Tolstoi, se pasaron al otro lado. Otros se hicieron liberales y empezaron a otorgar concesiones aquí y a quitarlas allí, proceso que ya hemos observado en Francia. Incluso en los círculos de la corte, la moda en 1916 era ridiculizar al zar y a sus íntimos. Como escribe Protopopov, un odiado ministro zarista:

> Incluso las clases más elevadas se convierten en *frondeurs* antes de la revolución; en los grandes salones y círculos, la política del Gobierno se critica en forma agria y poco amistosa. Las relaciones de parentesco establecidas dentro de la familia del zar eran objeto de análisis y habladurías. Pequeñas anécdotas circulaban sobre la Jefatura del Estado. Se hacían versos. Muchos grandes duques asistían sin recato a esas reuniones... Hasta el último momento no se apreció el peligro de este deporte.

Finalmente, cuando aquellos miembros de las clases directoras dotadas de poder político utilizaron la fuerza, lo hicieron de modo esporádico e ineficaz. Tendremos que insistir sobre este problema general del empleo de la

fuerza cuando lleguemos a los primeros estadios de la verdadera revolución. A este respecto será suficiente decir que las clases directoras en Rusia, en el siglo XIX, a pesar de sus antecedentes asiáticos, estaban medio avergonzadas del empleo de la fuerza, y, por tanto, la emplearon mal, de tal forma que, en términos generales, aquellos sobre los que se ejercía, antes resultaban estimulados que reprimidos. En la actual práctica de gobierno, la divisoria entre la fuerza y la persuasión es sutil, no puede establecerse en fórmulas, ni con *ciencia* o libros de texto, sino mediante hombres hábiles en el arte de gobernar. Uno de los signos mejores de la incapacidad de la clase dirigente para gobernar es la carencia de esta habilidad entre sus componentes. Y esta falta aparece en la Historia en el cúmulo de pequeños disturbios y descontentos que preceden a la revolución.

Rusia es el ejemplo clásico de una clase directora inepta. Pero Francia es otro casi tan bueno. Los salones en que se destrozaba el antiguo régimen—de palabra, claro—estaban presididos a menudo por una mujer de la nobleza y frecuentados por los nobles. Príncipes de sangre real se hicieron masones, y si no fraguaban el destronamiento con todo decoro, como los atemorizados *tories* a la manera de Mrs. Nesta Webster parecen creer, al menos suspiraban con medrar en sus privilegios y rangos. Tal vez se aprecie aquí mejor que en Francia una de las concomitancias del tipo de desintegración de la clase directora que venimos discutiendo. Se trata de la adopción deliberada, por miembros de la clase gobernante, de la causa de las clases descontentas o reprimidas; es decir, los *upperdogs,* voluntariamente al lado de los *underdogs.*

No es del todo cínico aventurar la sospecha de que esto es, a veces, una indicación de que está próximo a producirse un cambio completo en la posición de los *dogs.* En algunos aspectos, La Fayette es un buen ejemplo de esta clase de *upperdog,* ya que parece haber sido un hombre ambicioso y no inteligente, cuya carrera fue determinada en gran parte por estar de moda. La Fayette trató de hacer lo que su círculo admiraría más, y ya que no sabía bailar bien—y su círculo admiraba a los buenos bailarines—, se fue a luchar por la libertad de América, que era

algo que su círculo también admiraba. Pero las clases directoras no pueden sacar provecho de la lucha por la libertad, la libertad, claro es, de los demás.

Una vez más, sin embargo, es necesario destacar que la existencia de radicales rebeldes en las clases más elevadas es solo un síntoma de un complicado síndrome. Tales mostrencos de la clase superior deben ser tan numerosos como conspicuos en una sociedad en desequilibrio. Ellos, lo mismo que los derrochadores y los cínicos, han de *dar el tono* de la clase. Los *poderosos descarriados* individuales, como Lothrop Stoddard llama a esos *upperdogs* de la banda de los *underdogs*, no eran raros, de ninguna manera, en una sociedad tan estable como la Inglaterra victoriana; pero no daban el tono a la sociedad, como tampoco pasa hoy en América, donde la mayoría de los Lamonts y los Vanderbilts no son en modo alguno radicales, cuanto más, marxistas. Además, nuestros *poderosos descarriados* en la América contemporánea parecen incapaces de agruparse bajo un programa o una plataforma, a diferencia de los atacantes del orden establecido en el siglo XVIII; ni siquiera superficialmente están unidos; como los victorianos, vagan a través de la fe y el pensamiento occidentales. Solo si nuestros *poderosos descarriados* fueran todos comunistas de Stalin—lo que no son—podría considerarse su existencia en 1952 como un signo revelador para diagnosticar un desequilibrio prerrevolucionario.

En el siglo XVIII, en América, esta decadencia de una clase gobernante no es síntoma fundamental de la revolución futura. Nuestra clase directora indígena era aún joven, todavía en proceso de formación y, considerada como clase, no presentaba la ineptitud que hemos observado en Rusia y Francia. Pero, sin duda, una gran parte de nuestra clase dirigente abrazó la causa de la Revolución americana, lo que probablemente es una de las razones por las que nuestra revolución se detuvo antes de llegar a un sangriento reinado del terror. En la que se refiere a la clase dirigente de Inglaterra, en los momentos de nuestra revolución, estaba muy lejos de ser capaz de adoptar una conducta resuelta respecto de América. Se las arreglaron para mantenerse en Inglaterra durante los

siglos XVIII y XIX, pero solo a fuerza de concesiones a la clase media, concesiones que sus colegas franceses se negaron a otorgar. A pesar de ello, muchos de esos ingleses no eran partidarios del orden establecido en lo relativo a las relaciones con América. Fox, Burke y, en general, los *whigs*, se pusieron al lado de los americanos, aun después de 1775, y su actitud envalentonó, sin duda, a los rebeldes americanos. Incluso en el siglo XVIII, en Inglaterra, esta clase de síntomas ha de percibirse. En la aristocracia inglesa de la época jacobea no aparece, naturalmente, la misma mezcla de debilidad, dudas, esperanzas humanitarias e irresponsabilidad que hemos encontrado en Rusia o en Francia. Sin embargo, la mayoría de esos elementos pueden encontrarse en el grupo conocido más tarde como los caballeros. Por pintorescos, románticos y atractivos que puedan resultarnos los caballeros en la literatura y la tradición, sería difícil mantener que desplegaron la solidaridad y el equilibrio necesarios para una clase directora. Y la leyenda caballeresca no es del todo un producto de los años siguientes a la gran rebelión. Los caballeros eran románticos aun para ellos mismos, y en un mundo austero de puritanos y negociantes ya habían empezado a buscar un pasado dorado, tan característico de los *émigrés* de las revoluciones posteriores. Y tampoco faltan en las clases directoras inglesas de la época los iluminados o los inspirados: los La Fayettes o los Tolstois. Aun aceptando la valoración de los ingleses en el siglo XIX como testarudos, prácticos y amantes del compromiso, bueno será recordar que un caballero Tudor aportó al pensamiento político la palabra *utopía*, y que la famosa utopía de Harrington, *Oceana*, es un producto del siglo XVIII.

Pero lo que nos extraña de que muchos caballeros ingleses, capaces y ambiciosos, abandonaran el orden establecido en los primeros tiempos de los Estuardos, no es que lo hicieran, como La Fayette, hacia América y los derechos abstractos del hombre, sino hacia Dios y el camino de salvación. El puritanismo, en una u otra de sus múltiples formas, demostró ser atractivo no solo para las gentes humildes e incluso para comerciantes y banqueros, sino para muchos de la clase acomodada o de la noble-

za. No se olvide que el propio Cromwell era un caballero. Por último, lo que podemos llamar oposición político-legal a los dos primeros Estuardos—aunque la separación, en esa época, de política y religión es una pura cuestión de análisis, ya que ambas están estrechamente mezcladas en el pensamiento de la época—, esta oposición político-legal fué, como el caudillaje, reclutada por completo entre la clase acomodada y la nobleza. Hombres como Hampden y Essex recuerdan a Washington por ser esencialmente conservadores; impulsados a la rebelión por la ineptitud de sus superiores inmediatos, no son, a semejanza de La Fayette, desertores sentimentales de su clase.

Excepto quizá en América, las clases directoras aparecen en los antiguos regímenes marcadamente divididas, marcadamente inapropiadas para llenar sus funciones de clase directora. Algunos se han unido a los intelectuales y han desertado del orden establecido, y a menudo, ciertamente, se han convertido en cabezas de la cruzada en pro de un nuevo orden; otros se han trocado en rebeldes, más por hastío hacia el orden actual que por esperar más del futuro; otros, en mansos, indiferentes o cínicos. Muchos, posiblemente incluso la mayoría de la milicia de la clase directora, los *squire* ingleses, la nobleza rural francesa y la rusa mantuvieron la fe simple en ellos mismos y en su posición, lo cual es aparentemente necesario para una clase dirigente. Pero el tono de vida en las clases superiores no lo determinaban estos. La elegancia había desertado con los intelectuales. Las virtudes sobrias, toda la serie compleja de juicios valorativos que conserva una clase privilegiada de sí y de los otros, todo esto pasó de moda en Whitehall, en Versalles y en la antigua corte de San Petersburgo. El *esprit de corps* es una cosa sutil, difícil—por no decir imposible—de analizar con los métodos del químico o del estadístico. El intrincado equilibrio de sentimientos y costumbres, que mantiene unidos a los hombres en cualquiera de esos grupos que venimos examinando, puede alterarse por cambios insignificantes en apariencia y en extremo difíciles de reconocer. Pero la realidad de la alteración es clara. Lo muy ingenioso, los refinamientos, las gracias culturales, tan evidentes en lo que sabemos de los caballeros, los aristócratas franceses

de Versalles y de los salones, las clases superiores rusas del *ballet,* la ópera y novela, son signos de decadencia, no necesariamente moral, pero sí política, de una clase directora.

Y tampoco es posible, incluso para los que entienden que las formas simplistas de la interpretación económica de la Historia son inadecuadas y perturbadoras, negar que en tres de nuestras cuatro sociedades—Inglaterra, Francia y Rusia—hay signos claros de que las clases directoras estuvieran en una situación económica poco firme. En todos los casos se ha registrado un aumento notable en los niveles de vida de la nobleza y de la clase acomodada: mejores casas y ropas; el lujo de las nuevas artes decorativas, la escultura, la pintura y la música son cosas costosas y, en puro sentido económico, no constituyen buenas inversiones. Aunque la prohibición de que un caballero ganara dinero en los negocios no era, de ningún modo, tan absoluta como a veces aparece en los *manuels* de Historia, la realidad es que la mayoría de los caballeros carecían de dotes y de capacitación para tal actividad. La mayoría vivía de las rentas de la agricultura—a las que no se podía forzar para ponerse a tono con sus mayores gastos—y de las pensiones, sinecuras y otras concesiones del Gobierno, que carecían de elasticidad, dadas las crecientes dificultades financieras de aquellos. Es hecho cierto que Luis XIV explotaba a su nobleza, de reciente creación, revocando con frecuencia sus patentes y volviéndoselas a vender. No hay duda que, sobre todo para las clases superiores de Francia y Rusia, algo del descontento que socavaba su *esprit de corps* al estallar la rvolución tuvo su orign en las dificultades económicas.

Esto, para las clases superiores o dirigentes. Las clases inmediatamente inferiores a ellas en la estructura social muestran en Inglaterra, Francia y Rusia, y en grado menor en América, un disgusto más que común para con sus superiores. Otra vez nos enfrentamos aquí con el problema de qué es lo normal en las relaciones entre clases en las sociedades occidentales. La opinión de que en una sociedad normal no existen antagonismos de clases debe rechazarse lo mismo que el punto de vista mar-

xista de que en tales sociedades—al menos hasta el presente—la lucha de clases ha sido tan incesante como amarga y feroz. Por ejemplo, un cuadro del antiguo sudamericano, que represente esclavos contentos y bien alimentados, prósperos artesanos y comerciantes, a gusto con sus señoriales amos, y una serena aristocracia rural noblemente patriarcal, es pura tontería. Pero lo mismo ocurre con la otra pintura, que solo descubre un latente descontento entre los esclavos y orgullo y temor entre los plantadores. En las sociedades occidentales, los hombres nunca han sido libres, ni iguales, ni hermanos; siempre han existido desigualdades políticas, sociales y económicas entre los grupos integrantes de tales sociedades, grupos que comúnmente llamamos clases. La existencia de antagonismos entre clases es una realidad, por mucho interés que la clase o las clases directoras tengan en negarlo. Pero en una sociedad normal, los distintos antagonismos, de ningún modo puramente económicos, que enfrentan una clase contra otra están subordinados a otros compromisos, más o menos amplios, cruzados por otros conflictos subordinados a otros intereses. En modo alguno están concentrados, amargados ni fortalecidos por el apoyo casi unánime de los intelectuales, como habremos de ver que ocurrió en los antiguos regímenes que estamos estudiando.

En Inglaterra, donde usualmente se nos ha enseñado a creer que los odios de clases eran mínimos por las buenas relaciones existentes entre los señores rurales y los villanos, por la absorción por la clase media de los hijos más jóvenes de la nobleza, por algún sentido inglés de solidaridad y decencia, el siglo XVIII presenció una amarga lucha de clases. La cita que sigue, de Mrs. Lucy Hutchinson, no solo es un buen ejemplo de los sentimientos de una clase media puritana hacia la nobleza; constituye también una muestra de la intensidad, y siempre de altura moral, de esos antagonismos de clase en otras sociedades prerrevolucionarias:

> La corte del rey (Jacobo I) era un nido de codicia e intemperancia..., la nobleza campesina estaba totalmente envilecida... La generalidad de la burguesía campesina aprendió en seguida las modas de la corte y todas las grandes

casas del país se convirtieron en zahurdas de inmundicia. Empezaron los asesinatos, incestos, adulterios, borracheras, blasfemias, fornicaciones y toda clase de bellaquería que fomentaba los vicios, porque ayudaban así al ejemplo de la corte.

O menos crudamente:

... presente más cortesía, en las humildes cabañas
de ennegrecidos maderos, que en los tapizados aposentos
y cortes de los príncipes, en los que por primera vez sonó
y todavía se afecta. [su nombre

Esto no lo escribe ningún discípulo de Rousseau en el siglo XVIII, sino John Milton.

Apenas será necesario insistir en que las clases medias, tanto en Francia como en Rusia, odiaban, envidiaban y se sentían superiores a sus aristocracias, y sus escritos están llenos de pasajes reveladores de la fortaleza y amplitud de tales sentimientos. A los catorce años, Manon Philipon—conocida luego por madame Roland, una especie de ninfa Egeria del partido girondino—decía a su madre, después de una semana al lado de una dama de la cámara del delfín: «Unos cuantos días más, y aborreceré tanto a esas gentes que no podré moderar mi odio.» Y al preguntarle su madre qué daño le hacían esos aristócratas, respondió: «Es, precisamente, el darse cuenta de la injusticia; el pensar a cada momento en lo absurdo de todo ello.» Cuanto más se elevaba la burguesía francesa, cuanto más se aproximaba su vida a la de la aristocracia, más intensamente apreciaba, en ciertos aspectos, la diferencia que la separaba de sus vecinos, nobles por los cuatro costados:

Salvo quizá en Rusia, no está del todo claro hasta qué

No fueron los impuestos—escribe Rivarol en sus *Memorias*—, ni las *lettres de cachet*, ni todos los demás abusos de autoridad; no fueron las vejaciones de los *intendents*, ni las dañinas demoras en la administración de justicia lo que más irritaba a la nación; fueron los prejuicios de la nobleza. Esto lo prueba el que fueran los burgueses, la gente de pluma, los financieros, en fin, todos aquellos que envidiaban a la nobleza, los que alzaron contra ella a la pequeña burguesía de las ciudades y a los campesinos en el campo.

punto las clases inferiores o el proletariado estaban realmente irritadas contra sus superiores en esas sociedades. En Inglaterra hay pocas dudas de que las clases artesanas más prósperas de las grandes ciudades y el campesinado de ciertas regiones, como East Anglia, fueron ganados por el puritanismo, y esto significa hostilidad para las clases superiores anglicanas. En los folletos y literatura hay una mezcla muy íntima del fervor y la fraseología religiosa con una gran cantidad de odio social que más tarde habría de manifestarse por completo, a medida que la revolución se desplazaba hacia su extremo más radical. En muchas regiones, quizá en la mayoría, los campesinos franceses demostraron con su actuación en 1789 el odio que sentían hacia sus propietarios ausentes o hacia la institución de la propiedad agraria; pero hay pruebas decisivas de que este odio fue mucho más fuerte y generalizado del que se había producido durante varios siglos. No podemos estar seguros si lo que odiaban era a las personas o a su situación. La antigua idea, evidente incluso en la obra de Taine, de que los campesinos franceses estaban en 1789 dañados a causa de una aguda y doble opresión del Gobierno y de los *seigneurs* es, ciertamente, un mito revolucionario y no un hecho histórico. Hay mucho que hacer en el estudio objetivo de los sentimientos auténticos de las clases suprimidas u oprimidas en el fondo de la escala social.

El proletariado ruso, al menos en las ciudades, había estado expuesto, sin duda, durante varias generaciones, a la propaganda marxista y había adquirido, en lo que a su mejor sector se refiere, un sentido misional frente a los nobles y también la clase media. En el primer manifiesto del partido socialdemócrata, publicado en 1898, antes del fraccionamiento en mencheviques y bolcheviques, se lee:

> Cuanto más nos acercamos al este de Europa, la burguesía se va haciendo más débil, humilde y cobarde, y las mayores tareas políticas y culturales caen del lado del proletariado. La clase trabajadora rusa debe llevar y llevará sobre sus fuertes hombros la causa de la conquista de la libertad política. Esto es necesario, pero solo como primer paso hacia el logro de la gran misión histórica del proletariado: la creación de un orden social en el que no habrá

lugar para la explotación del hombre por el hombre. El proletariado ruso se arrancará el yugo de la autocracia para continuar, con la mayor energía, la lucha contra el capitalismo y la burguesía hasta la victoria final del socialismo.

Es un problema difícil saber lo que los campesinos rusos sentían hacia las clases situadas por encima de ellos. Cabe suponer que, a semejanza de Francia en el siglo XVIII, habría una gran variedad de apreciaciones, según las condiciones locales, el temperamento del proletariado y la prosperidad de los propios campesinos. Por ciertos indicios cabe arriesgar una generalización, relativa al siglo XX: cuanto más prósperos los campesinos, más descontentos. Pero en esto, como en todo este estudio, son escasos los materiales de confianza; ni los historiadores ni los sociólogos han dedicado una atención sistemática suficiente a los *sentimientos* que parecen prevalecer en un determinado grupo o clase social frente a otro.

Ya hemos observado la inepcia de las clases rectoras y la existencia, entre la clase media y ciertos sectores de las inferiores, de unos sentimientos hostiles, más de lo normal, hacia las clases dirigentes. Falta examinar hasta dónde era rígida la línea divisoria entre clases; sobre todo, hasta dónde existía en tales sociedades «la carrera abierta a los talentos». Bien puede suponerse *a priori* que en las sociedades occidentales todo lo que se aproxime a un sistema rígido de castas, que trabe la posibilidad de ascender a los aptos de humilde cuna, y cualquier paralización de lo que llama Pareto *circulación de las minorías selectas,* será un síntoma preliminar muy importante de la revolución. Los hombres capaces y descontentos habrán de constituir un semillero de magníficos y verdaderos dirigentes de los grupos resentidos y dispuestos a la revuelta. Sin embargo, esta prueba de la carrera abierta al talento es una de las más difíciles de aplicar a las sociedades. El nivel normal para una sociedad de Occidente es en esto muy difícil, sin duda, de diseñar, incluso con la imprecisión que hemos utilizado para nuestras otras variables.

Podría partirse de un supuesto americano característico y decir que en este país tenemos, cuando menos, com-

pleta libertad de oportunidad. Pues bien: tomaremos al azar algunos americanos del siglo XX educados por sí mismos: Ted Williams, Henry Ford, Bob Hope y Theodore Dreiser. Sería confortante poder afirmar que en las sociedades de los antiguos regímenes estos hombres capaces habrían permanecido oprimidos por duros e inflexibles privilegios de castas, condenados a la oscuridad o a la rebelión. Por desgracia, no sería cierto. Naturalmente, no debemos estar desbocadamente seguros sobre cuestiones tan hipotéticas. El atleta profesional, como tal, probablemente no habría alcanzado en otra sociedad distinta a la nuestra la riqueza que posee Mr. Williams, ni los honores—atención pública, si se prefiere—, salvo, quizá, en la Roma de los gladiadores. Sin embargo, en los comienzos de la sociedad feudal, la completa fortaleza y habilidad físicas le habrían valido la nobleza, e incluso en ulteriores sociedades, el patronato de los nobles le habría llevado lejos. Ford puede considerarse como el patrono-inventor, y aunque se puede dudar si cualquier otra sociedad que no fuera la nuestra habría hecho de él un héroe nacional, es probable que en la Francia del XVIII o en los primeros años del siglo XX en la Rusia zarista podría haber obtenido un éxito financiero de importancia. Mr. Hope es el hombre que divierte y, por lo general, las sociedades occidentales han recompensado adecuadamente y a veces con largueza a los que las divertían. Tal vez las aristocracias no hayan ocultado nunca por completo su desprecio, y las democracias no hayan hecho ningún intento de ocultar su admiración hacia los que las divertían. Pero los actores, músicos, juglares y análogos no parecen haber sufrido mucho en el pasado, a pesar del ejemplo de Fígaro, de Beaumarchais, por su situación social. Sin duda el siglo XVIII francés fue muy amable con ellos y los pagaba bien en dinero y atenciones. En cuanto a Dreiser, cabe presumir que se habría encontrado en su elemento entre los *philosophes,* y, salvo las necesarias correcciones nacionales y raciales, entre los Gorkis y los Chejovs. Proporcionalmente, habría ganado el mismo dinero e incluso recibido más honores.

Estamos operando con variables muy sutiles de los sentimientos humanos. Es probable que en todas las épo-

cas y sociedades, algunas personas se sintieran dotadas de aptitudes cuyo libre ejercicio les estaba vedado por las restricciones sociales, políticas y económicas existentes. Algunos hombres se sienten siempre fracasados, atados, oprimidos, y algunos de ellos lo están realmente. Es probable que en sociedades al borde de la revolución haya un número muy grande de tales personas. Sin embargo, es muy difícil poner el dedo sobre tales clases de actividad, esos campos de distinción, donde más se aprecia esta restricción. Aquí, como en todas partes, la situación dada es siempre un complejo de restricciones; no una, ni dos, ni tres, que sin elementos perturbadores adicionales no sería un hecho social normal por completo. Hay, además, otros elementos aparte de la restricción. Los hombres obligados por lealtad pueden sobresalir con gran trabajo. Hechos y sentimientos parecen variar con independencia. Así, en las sociedades occidentales ha habido siempre—en comparación, por ejemplo, con la sociedad hindú de castas—un grado muy alto de «carrera abierta a los talentos». La circulación de las minorías selectas ha continuado siempre. Aquí solo podemos dar un vistazo a nuestras sociedades y ver si hubo alguna limitación especial a esa circulación en los años anteriores a la revolución.

En el siglo XVIII, en Francia el camino a la riqueza y a la fama está prácticamente abierto a los negociantes, aventureros y aventureras, actores, artistas y escritores: Samuel Bernard, Paris-Duverney, Cagliostro, madame Du Barry, Fragonard, Voltaire. El camino del poder político era mucho más difícil, aunque el abate Dubois, hijo de un boticario, pudo alcanzar su cima más elevada. En general, el poder para confeccionar, redactar, dictar programas y políticas estaba abierto a los talentos cortesanos aún más que a la nobleza de nacimiento; el poder administrativo estuvo siempre por entero en las manos de la *noblesse de robe,* burocracia hereditaria, consciente y capaz. La posición social, los máximos honores, se nos dice con frecuencia, iban solo a los que podían probar que eran nobles por los cuatro costados. Hay, además, signos de que bajo la dirección de la *noblesse de robe,* la nobleza francesa del siglo XVIII iba cerrando positivamente sus

líneas, haciendo más difícil el acceso a los ambiciosos ajenos a ella. Sin duda, existió una nobleza privilegiada que, en abstracto, disgustaba a más de un burgués que nada sabía en concreto de ella.

Rusia en el siglo XX es, en muchos aspectos, un próximo paralelo en esta cuestión. Una nobleza privilegiada detenía el sistema social y cerraba los máximos honores sociales a los talentos plebeyos. Esta clase era aborrecida —y mucho—por los que la veían desde fuera y, sin duda, muchos de sus miembros individuales eran insufriblemente soberbios, despóticos, disolutos, envanecidos, sin nada en la cabeza y todo lo demás, exactamente como arrancados de las páginas de *Historia de dos ciudades*, de Dickens. No obstante, el camino a la fama y la fortuna no está cerrado, ni mucho menos, en la Rusia prerrevolucionaria, con el auge de nuevas industrias, con una vida activa en el teatro, el baile y la música, con situaciones universitarias y administrativas abiertas a los jóvenes capaces y ambiciosos de los pueblos. Tal vez se considere a Rasputín como un ejemplo perturbador de carrera abierta al talento; pero no se puede negar que el monje siberiano llegó a la cumbre.

Una clave para este problema de la circulación de las minorías selectas puede estar en una paralización de esa circulación en un aspecto particular y muy delicado tal como en las profesiones *y*, especialmente, en las profesiones *intelectuales*, es decir, entre la gente marcadamente susceptible al sentimiento de fracaso, de estar excluidas de las cosas buenas. Sorprende al estudiar la sociedad francesa en los años anteriores a la revolución encontrarse con una especie de congestión en la corriente de jóvenes brillantes que descienden a París ansiosos de ganar fortuna. Mercier, en su *Tableau de Paris*, cuenta cómo todas las mañanas soleadas podía verse en los muelles a jóvenes lavando y poniendo a secar su única camisa, fruncida y con encajes, símbolo de su elevada condición social. Hay también en Rusia signos de presión en la competencia en las filas de los que los americanos llamamos *white-collar* (1), intelectuales, burócratas, empleados y

(1) Sobre los *white-collar*, véase el estudio a ellos enteramente dedicado por C. Wrigth Mills, *Las clases medias de*

análogos. Sabemos que una paralización similar en la sociedad de la República de Weimar tuvo gran influencia en la revolución nazi de 1933. Este síntoma, como muchos otros reveladores de una fuerte tensión social, falta casi por completo en el siglo XVIII en América, y es extremadamente difícil de situar en la Revolución inglesa, en una parte, por carencia de materiales históricos adecuados. Es bastante presumible que un alto en la circulación de las minorías selectas dentro del periodismo, la literatura y profesiones análogas ha de reflejarse rápidamente en la deserción de los intelectuales.

Por último, los antagonismos sociales parecen llegar al máximo cuando una clase ha alcanzado la riqueza; pero está, o se siente, apartada totalmente de la máxima distinción social y de los puestos de evidente y abierto poderío político. En términos generales, esto describe la situación de los burgueses y los comerciantes calvinistas del siglo XVIII en Inglaterra, de la aristocracia colonial y los comerciantes de América, al menos respecto de la clase dirigente británica, y de la burguesía francesa del siglo XVIII y de la rusa del siglo XIX y principios del XX. En toda sociedad las personas individuales podían elevarse desde unos niveles aún inferiores al de la clase media y remontar todas aquellas barreras. Incluso como clase, la burguesía de las cuatro sociedades tenía, realmente, una voz determinante en las decisiones políticas de importancia aun antes de la revolución; pero los países los *manejaban* otros seres privilegiados, y la burguesía, como clase, estaba irremisiblemente excluida de las máximas distinciones sociales. Además, esta exclusión estaba simbolizada y se manifestaba de continuo, salvo en los distritos rurales más remotos. Mucho antes que Marx, mucho antes que la *Oceana*, de Harrington, los hombres prácticos se dieron cuenta de que el poder político y la distinción social son los asistentes del poderío económico. Donde la riqueza, de seguro en la segunda o tercera generación de ricos, no puede comprar todo —todo lo de este mundo, en cualquier caso—, siempre hay un signo preliminar bastante aceptable de revolución.

Norteamérica, publicado en nuestra Biblioteca de Ciencias Sociales. *(N. del E.)*

V. RESUMEN

En resumen, lo más destacado que hemos de observar es que de todos esos signos preliminares—déficit del Erario, quejas contra los impuestos, favoritismo oficial de un sector de intereses económicos frente a otros, trabas y confusionismo administrativo, deserción de los intelectuales, pérdida de la confianza en sí mismos entre muchos miembros de la clase dirigente, conversión de muchos de los componentes de esa clase a la creencia de que sus privilegios son injustos o perjudiciales para la sociedad, intensificación de los antagonismos sociales, paralización en ciertos aspectos (usualmente en las profesiones, las artes, quizá en las tareas de los *white-collars* en general) de la carrera abierta a los talentos, separación del poderío económico del poder político y la distinción social—, algunos, si no la mayoría, pueden encontrarse en casi toda la sociedad moderna y en cualquier momento. Con el buen criterio que caracteriza a las miradas retrospectivas, podemos afirmar ahora que en cuatro, o al menos en tres de nuestras sociedades, tales signos—y sin duda otros que omitimos—han existido, combinados en forma e intensidad poco usuales antes de la llegada de la revolución. Pero claramente se deduce de lo dicho hasta aquí que el diagnóstico de la revolución en sus primeras fases es difícil en extremo y no puede, en verdad, reducirse a una fórmula simple, a una receta, a un conjunto de reglas. Esto es, asimismo, cierto del diagnóstico de las enfermedades humanas. Los mejores especialistas, según afirman las autoridades en la materia, acaso no podrían analizar y disponer, en una secuencia formalmente lógica, todas las medidas que adoptan en el diagnóstico clínico de una enfermedad.

Sin embargo, no estamos por completo inermes frente al místico don de la profecía a corto plazo de los sentenciados con éxito. Sus métodos no son los del mago, sino más bien la facultad de convertir la difícil y raramente

explícita síntesis de la pasada experiencia y la observación actual en una generalización acertada, o presentimiento si se prefiere. Y en este aspecto podemos aventurar algo más respecto de los signos de nuestras cuatro revoluciones. En todas ellas, y en especial en Francia y Rusia, a medida que la revolución se avecina, aumentan las conversaciones sobre ella, lo mismo que crece la conciencia de la tensión social, la *dificultad* y la irritación. Siempre hubo profetas de mal agüero, y no se debe confiar mucho en cualquier predilección específica de una revolución determinada, como la que el marqués de Argenson hizo cuarenta años antes de la Revolución francesa; pero cuando aquellos temores—o esperanzas—llegan a ser algo como una propiedad común, cuando—utilizando una vieja metáfora, a la que la invención de la radio ha dado un rasgo irónico—están en el aire, es asaz seguro tomar este sentimiento general como un signo revolucionario bastante concluyente. Sin embargo, incluso en ese caso, hay un signo difícil de utilizar, porque la gente nunca parece esperar la revolución para ellos mismos, sino solo para sus hijos. El estallido de la revolución es siempre una sorpresa. Esto es cierto hasta para Rusia, donde la revolución llevaba largo tiempo en el aire.

Es preciso, sin embargo, que esté realmente en el aire y no solo en boca de los adivinadores profesionales o de tímidos conservadores. Es preciso, sobre todo, que sobrepase a los intelectuales; porque, por valiosa que sea la deserción de los intelectuales como signo, de ir acompañado de otros, como parte de un síndrome, esta deserción no prueba nada por sí sola. Después de todo, una de las grandes funciones de los intelectuales en la sociedad occidental ha sido siempre sacar a los demás mortales de su irreflexivo optimismo. Tal vez tenga Casandra tanto derecho como Platón a que se la considere fundadora de una gran tradición académica. Pero los sucesores de Casandra no han conseguido por completo su desdichada infalibilidad.

CAPITULO III

PRIMEROS ESTADIOS DE LA REVOLUCION

I. EL ETERNO FIGARO

HAY en *Las bodas de Fígaro*, de Beaumarchais, representada por primera vez en París en 1784, un famoso monólogo de Fígaro, en el cual una gran parte del trabajoso análisis del capítulo anterior se centra, en forma dramática, en unas pocas páginas. El propio Fígaro es el joven capaz, injustamente postergado por la presión de un sistema social basado en el privilegio. Al levantarse el telón, está esperando en la oscuridad, para sorprender una cita entre su novia y su amo, el conde de Almaviva. Sus primeras reflexiones sobre la inconstancia femenina se tornan muy rápidamente en un violento ataque a su noble señor. «Porque eres un gran señor, te crees un gran genio... Nobleza, fortuna, rango, cargos públicos: todo esto constituye el orgullo del hombre. Pero ¿qué has hecho para merecer tanto bien? Tomarte la molestia de nacer.»

Repasa luego las luchas que llenan su vida: su oscuro nacimiento, su educación en la farmacia, la química, la cirugía, todo ello escaso, por la humildad de su cuna, para conseguir el privilegio de ejercer la veterinaria; su facilidad para escribir y su inevitable choque con el censor; sus escritos sobre finanzas públicas y el subsiguiente encarcelamiento; otro ensayo en la literatura, esta vez en el periodismo, y nueva suspensión; candidato rechazado para un empleo oficial, ya que, por desgracia, tenía condiciones para el puesto; una época de jugador, cuando sus nobles años se llevaron la mayoría de las ganancias, y su retorno final a su antigua profesión de barbero. Algo hay en esto de autobiografía, y, sin embargo, Beaumarchais, hijo de un modesto comerciante, había conseguido riquezas y honores en el antiguo régimen, pero contribuyó a impulsar la ayuda francesa a los revolucionarios americanos. El había prosperado, por medios profanos, en el antiguo régimen.

Dispersos en el monólogo hay un conjunto de epigramas que deleitaban al elegante auditorio y que se esparcían por todo el país. Las familias llegaban a París para ver *Las bodas de Fígaro* y oír una de las mejores burlas dirigidas contra un Gobierno malvado. He aquí algunos de los más famosos trozos de Beaumarchais: «No siendo capaces de degradar el espíritu humano, se vengan maltratándolo.» «Solo los hombres pequeños temen a los pequeños escritos.» «Se necesitaba un contable para el puesto: lo obtuvo un bailarín.» «Para triunfar en este mundo vale más *savoir faire* que *savoir.*» Y, claro es, aquella amarga diatriba contra la posición del conde: «Qu'avez-vous fait pour tant de biens? *Vous vous êtes donné la peine de naître.*» En este solo monólogo hay indicios de la vecina revolución, que con la sabiduría de las cosas pasadas, tan natural en el historiador, podemos decir: la revolución está casi íntegra en Fígaro. Incluyendo, naturalmente, el hecho de que el censor, tras largas vacilaciones, no *prohibió* la obra de Beaumarchais.

Los años inmediatamente anteriores al estallido real de la revolución presencian un *crescendo* de protestas contra la tiranía gubernamental; una lluvia de libelos,

comedias y anónimos; una explosión de actividad por parte de los grupos de presión interesados. Frente a todo esto, el Gobierno no se acomoda a la reputación que sus oponentes tratan de achacarle. Sus tiránicos intentos para suprimir la oposición rebelde podrán, tal vez, fallar porque la oposición sea demasiado fuerte, disponga de amplios recursos, o por sus virtudes; pero el fracaso puede depender de que sean realizados de una manera tibia e ineficaz por los agentes del Gobierno, medio ganados ya por la oposición. El hecho es que fracasan.

Incluso el período de gobierno personal de Carlos I, que precedió a la Revolución inglesa, no fue del todo tan tranquilo y fructífero como resulta en apariencia. Muchos teólogos puritanos escaparon al intento de Laud de separarlos de la Iglesia establecida, y los demás encontraron profusión de púlpitos e imprentas independientes. Strafford podía escribir en 1638 que «el pueblo está muy tranquilo y, si no me equivoco mucho, muy satisfecho, por no decir encantado, con el gobierno y la protección de su graciosa majestad». Pero se equivocó mucho, y, cuando menos, esos once años de gobierno personal no fueron más que la calma que precede a la tempestad.

En nuestras otras tres sociedades no se encuentra ni siquiera esta tranquilidad engañosa, sino un crecimiento continuo de la agitación revolucionaria. Casi ninguna colonia en América se libró de alguna clase de tumultos en el período comprendido entre la ley del Timbre y Lexington, y todas ellas presenciaron un profundo aumento de la agitación ejercida a través de las comisiones de comerciantes y de correspondencia, de los Hijos de la Libertad y de grupos análogos. El Gobierno francés, en la década de 1780, se acercaba cada vez más a la bancarrota, y cada fórmula para evitarla aproximaba más la convocatoria de los Estados generales y la señal para la revolución. En cuanto a Rusia, era una sociedad extrañamente consciente de las posibilidades revolucionarias. Las clases superiores rusas, durante más de una generación, convertían su incomodidad en frases vulgares: «Sentado sobre un volcán», «Después de nosotros, el di-

luvio», «La tormenta se avecina». En 1905 y 1906, bajo la presión de la derrota infligida por los japoneses, se produjo una especie de ensayo general de la revolucion. El entusiasmo patriótico de 1914 detuvo durante un tiempo la asidua preparación revolucionaria; pero la derrota militar de 1915 y 1916 volvió a implantar las mismas condiciones que, de día en día, se asemejaban más a las de 1905.

II. LOS ACONTECIMIENTOS DE LOS PRIMEROS ESTADIOS

La Revolución rusa tuvo un comienzo más dramático y definido que un simple suceso—los tumultos callejeros de Petrogrado en marzo de 1917—e inigualado por nuestras otras revoluciones. Pero incluso en Rusia fueron precisos cuatro o cinco días para que los propios revolucionarios percibieran que el confuso alboroto de las muchedumbres en Petrogrado podía producir la caída de los Romanoff. El ritual histórico y patriótico ha destacado ciertos episodios dramáticos—las batallas de Lexington y Concord, la toma de la Bastilla—como el principio de las revoluciones. Pero aunque los contemporáneos se dieran cuenta de la calidad dramática de tales sucesos, no siempre estuvieron seguros de que habían convertido la agitación revolucionaria en revolución. Los primeros pasos en la revolución no son, en modo alguno, claros siempre para los propios revolucionarios, y el tránsito de la agitación a la acción rara vez es algo súbito y definido.

Carlos I subió al trono en 1624 y casi inmediatamente se vio envuelto en una lucha con la Cámara de los Comunes, relacionada principalmente con los impuestos. Aparte de este conflicto, surgió la petición de derechos, en 1628, por lo cual los Comunes forzaron el consentimiento del rey para una declaración de las precisas limitaciones del poder real; Carlos I prometió suprimir los empréstitos forzosos, no reclutar soldados a la fuerza,

no permitir que los oficiales ejercitaran la ley marcial en tiempo de paz y no enviar a nadie a la cárcel sin decir las causas. Envalentonados por este éxito, los Comunes, bajo la dirección del sentimental sir John Eliot, llegaron a rechazar conceder al rey la forma habitual de los ingresos aduaneros—tonelaje y *poundage* (1)—y a insistir en forma agresiva y sin duda revolucionaria en sus privilegios. En un debate final, el 2 de marzo de 1629, dos hombres, Denzil Holles y Valentine, obligaron al presidente a continuar sentado en su sillón mientras Eliot proponía una resonante declaración sobre la ilegalidad del pago del tonelaje y *poundage* sin la aprobación del Parlamento. Los conservadores lucharon por liberar al presidente. Siguió luego un debate tumultuoso, digno émulo de los que más tarde registraría la Asamblea nacional en Francia; pero de una forma u otra, en la confusión, las decisiones de Eliot fueron aprobadas antes que la orden real disolviendo el Parlamento pudiera obtenerse. Los parlamentarios habían realizado un gran gesto de protesta. Desde aquel día, y durante once años, no se reunió ningún Parlamento en Inglaterra. Eliot, encarcelado por rebeldía, sostenía que el rey no tenía poder sobre un miembro de la Cámara de los Comunes. Murió como un auténtico mártir en 1632.

En los años del absolutismo de Carlos I, ayudado por sus dos grandes partidarios Strafford y Laud, el rey hizo lo que pudo para organizar el Gobierno de Inglaterra, de acuerdo con las ideas de eficiente centralización y administración experta que constituían la principal herencia política del Renacimiento. En ciertos aspectos, su labor fue sorprendentemente buena. Pero—como son aficionados a creer los historiadores liberales del siglo XIX—pudo haber dañado el núcleo esencial del carácter inglés y el molde básico de las instituciones inglesas; lo más cierto es que se precipitaba hacia la bancarrota. Un choque con los presbiterianos escoceses probablemente solo aceleró lo inevitable. El rey convocó un Parlamento en la primavera de 1640; pero lo disolvió en menos de un mes. Para conseguir dinero tuvo que reunir otro Parla-

(1) Derecho de tanto por libra esterlina.

mento. Por tanto, el Parlamento Corto no fue sino la preparación del terreno para el Parlamento Largo, que, reunido el 3 de noviembre de 1640, fue disuelto el 20 de abril de 1653 y resucitado por breve plazo en 1659, precisamente antes de la restauración de los Estuardos. La vida de esta extraordinaria asamblea llena así, casi por completo, los veinte años de la Revolución inglesa.

El Parlamento Largo empezó a trabajar inmediatamente, ya que el 11 de noviembre de 1640, una semana después de su primera reunión, Pym lanzó la acusación contra Strafford por alta traición. La acusación, apoyada por la Cámara de los Lores, más conservadora, pronto se convirtió, al principio del año 1641, en una amenaza de muerte civil. La acusación suponía, cuando menos, la formación de una acción judicial, mientras que la muerte civil era una simple medida legislativa. Los lores estaban bastante dispuestos a abandonar a Strafford, si no a traicionarle, y el 12 de mayo cayó bajo el hacha del verdugo. No habían transcurrido ocho años cuando esa hacha iba a alcanzar a su real señor.

El verdadero estallido de las hostilidades armadas entre el rey Carlos y el Parlamento había de tardar aún más de un año. Por una mayoría de once votos, el Parlamento aprobó la Gran Demostración, un largo resumen de todos los agravios acumulados contra el rey en los diecisiete años de su reinado. Carlos I replicó a ese voto de desconfianza intentando detener a seis miembros del Parlamento: lord Kimbolton, en la Cámara de los Lores, y Pym, Hampden, Haselrig, Holles y Strode, en los Comunes, todos los cuales se habían comprometido al entablar negociaciones técnicamente traidoras con las tropas escocesas invasoras. El propio rey, temerariamente, entró en la Cámara de los Comunes con gente armada y trató de detener a los diputados. Se encontró con la misma resistencia pasiva que el Tercer Estado francés desplegó en la sesión real del 17 de junio de 1789, cuando Luis XVI les ordenó que se marcharan, intentando formar una Asamblea Nacional. Los diputados amenazados huyeron a la City de Londres, y el rey, una vez más, resultó chasqueado. Los Comunes habían logrado tanto éxito, que decidieron hacerse cargo del

ejército, nombrando oficiales en las milicias y guerrillas. El rey, a su vez, empezó a formar su propio ejército, y en agosto del año 1642 estableció su cuartel general en Nottingham. La guerra civil había comenzado.

Es, en parte, una cuestión subjetiva situar entre esta larga y entramada serie de acontecimientos el principio claro de la Revolución inglesa. Los primeros pasos críticos de la revolución fueron dados en algún momento entre la convocatoria del Parlamento Largo, en 1640, y el comienzo de la guerra dos años más tarde. Tal vez la ejecución de Strafford sea un dato bueno y dramático, o el fútil intento del rey Carlos para apresar a los cinco miembros de los Comunes. En todo caso, hacia el verano de 1642, la Revolución inglesa había tomado una forma inconfundible

Los acontecimientos en América tampoco sucedieron con mayor rapidez. En cierto sentido, se puede sostener que la Revolución americana empezó, de hecho, en 1765, con la ley del Timbre, o, cuando menos, que la agitación que culminó en la repulsa del Acta fue una especie de ensayo para el gran movimiento de la década del 1770. El Gobierno imperial estaba decidido a hacer algo con los colonos americanos, y los suaves derechos de Townshend sobre el té, el vidrio, el plomo y otros pocos artículos de importación fueron acompañados por el intento de recaudarlos de un modo eficiente y moderno. Bajo la ley Townshend, las aduanas inglesas en América fueron equipadas con una burocracia voluntariosa y prometedora. El resultado fue una serie de choques con los grupos de americanos bien organizados y cada vez más importantes. El linchamiento de los confidentes, el robo de mercancías aprehendidas en las mismas narices de funcionarios de aduanas, el abucheo a las tropas británicas, condujeron a los más dramáticos incidentes, que ensalzan en los manuales de texto: la captura del *Gaspee*, en Providence; la matanza de Boston, en 1770; el Boston Tea Party, el incendio del *Peggy Stewart*, en Annapolis.

El cierre del puerto de Boston, el envío de Gage y sus tropas a Massachusetts, la propia Acta de Quebec, fueron todas ellas, en realidad, medidas adoptadas por el Gobierno imperial contra unas colonias ya en rebel-

día. Se puede, si se está interesado en tales cuestiones, discutir de largo el asunto de cuándo ha de considerarse formalmente el momento preciso de la iniciación de la Revolución americana. Se puede retrasar hasta el I Congreso continental, en 1774, o a las batallas de Lexington y Concord, en 1775, o incluso hasta el más famoso Cuatro de Julio de 1776. Pero las complejas luchas de grupo, de las cuales surgen en realidad las revoluciones, no se convierten hasta más tarde en fuentes formales del ritual patriótico. Los primeros pasos de la Revolución americana fueron múltiples y diseminados durante una década, aproximadamente. Solo una mentalidad absolutista podría insistir en aislar de este largo proceso cierto detalle como indicio de la Revolución americana. Puede decirse que la Revolución francesa de 1789 estuvo incubándose durante varias décadas. La resistencia abierta y definida frente al Gobierno real, como en los parlamentos de Carlos I y en las asambleas coloniales en América, no se encuentran en Francia, que, en general, carecía de tales organismos representativos. Lo más parecido a estos fue el *Parlement de Paris,* una especie de tribunal supremo compuesto por jueces que pertenecían a la nobleza y detentaban sus puestos por herencia. Fue precisamente este *Parlement,* secundado por los *Parlements* provinciales, el que empezó, en la década de 1780, una lucha abierta contra la Corona, que culminó en un dramático desafío al poder real y el destierro de los jueces. La opinión popular, al menos en París, estaba en su inmensa mayoría al lado de los jueces, y, por nobles privilegiados que fueran, se convirtieron en héroes y mártires de un día.

Mientras tanto, la bancarrota que se avecinaba había obligado al rey a reunir en 1787 una Asamblea de Notables, una especie de comisión especial de urgencia formada por nobles prominentes, de los cuales Luis XVI, conforme al estilo del siglo XVIII, esperaba sin duda la ilustración. Ciertamente la obtuvo, porque en la Asamblea figuraban muchos intelectuales de la clase alta, como La Fayette, que estaban convencidos de que Francia debía dejar de ser un *despotismo* y otorgarse a sí misma una constitución moderna del tipo de la que, con acierto,

estaban elaborando los nuevos Estados de la Union Americana. En consecuencia, la Asamblea de Notables estaba dividida y perpleja sobre los procedimientos para llenar la exhausta tesorería, pero no dudaba que era necesaria la ulterior consulta a la nación. Por último, ganó la Corona; volvió a incluir en el Gobierno al plebeyo suizo Necker, que tenía una reputación de brujo financiero, y convocó una reunión de los Estados generales para la primavera de 1789.

Los Estados generales se habían reunido por última vez en 1614, y existía cierta incertidumbre respecto de cómo iban a ser elegidos. No obstante, los covachuelistas buscaron precedentes, y 300 representantes del Primer Estado, o clero; 300 del segundo, o nobleza, y 600 del Tercero, o pueblo, fueron elegidos a tiempo, prácticamente, para la primera reunión. La doble representación del Tercer Estado no tenía precedente, ni en 1614 ni antes. Fue, en verdad, un paso revolucionario, una concesión forzada por el rey, una aceptación de que, en el aspecto que fuere, el Tercer Estado era más importante que los demás.

Sin embargo, en la vieja constitución las decisiones finales se adoptaban por los órdenes considerados unitariamente; es decir, si el clero y la nobleza, como cámaras distintas, estaban de acuerdo en una determinada política, podían llevarla a cabo—dos contra uno—incluso frente al Tercer Estado en desacuerdo. Cuando los estados se reunieron en mayo de 1789, la gran cuestión era si seguir la vieja Constitución y votar por órdenes o votar en una gran asamblea de 1.200 miembros, en la cual la doble representación del Tercer Estado, más los *liberales* existentes en los otros dos órdenes, hubieran conseguido una neta mayoría. El rey Luis había permitido, con su peculiar característica, que este problema permaneciera vago y sin resolver, y solo después que el Tercer Estado hubo insistido en una gran asamblea hizo hincapié majestuosamente en tres distintos.

El acontecimiento del cual arranca formalmente la Revolución francesa fue esta simple cuestión de votar por órdenes o votar por individuos en una asamblea. El Tercer Estado se mantuvo firme y se negó a transigir

en cualquier asunto hasta que los demás órdenes se unieron a él en lo que había de llamarse—y el nombre era una buena propaganda para los revolucionarios—la Asamblea Nacional. Hubo ciertos momentos dramáticos en una lucha de dos meses que era esencialmente parlamentaria y carente de toda violencia física. Expulsados por un desatino real de su habitual lugar de reunión, el Tercer Estado, el 20 de junio de 1789, se apresuró a reunirse en un gran campo de pelota cubierto y juró no dispersarse hasta que hubieran dado a Francia una constitución.

Gracias en parte al famoso cuadro de David, más simbólico que realista, este episodio solo está superado en el ritual patriótico de la tercera República francesa por la toma de la Bastilla. En realidad fue más importante el vehemente desafío del Tercer Estado cuando en una sesión plenaria real, el 29 de junio, el rey apeló a todo el prestigio y pompa de la corona para forzar el voto por órdenes separados. En esta sesión, el Tercer Estado persistió en la abdicación del rey, y se dice que Mirabeau, a un requerimiento del gran maestre de ceremonias para que abandonaran el local, formuló su famosa réplica: «Nos hemos reunido aquí por voluntad de la nación, y no nos marcharemos más que por la fuerza.» Poco después el rey cedió, aunque probablemente no a la retórica de Mirabeau. Al comenzar el mes de julio, la Asamblea Nacional se había constituido debidamente y estaba preparada para poner en práctica la Ilustración, que hasta entonces había sido en Francia una cuestión teórica. Se habían dado los primeros pasos de la Revolución francesa.

Aquellos que insisten en la necesidad de que exista violencia antes de poder identificar el comienzo de una revolución, fecharán la gran Revolución francesa en el 14 de julio de 1789, cuando una turba de París, ayudada por soldados que se habían pasado al lado del pueblo, se apoderó de la sombría fortaleza-prisión de la Bastilla, en el sector oriental de la ciudad. El día de la Bastilla es el 14 de julio de la Francia republicana, un gran día de fiesta en una de nuestras religiones nacionalistas contemporáneas mejor organizadas. Como tal, ha sido au-

reolado por la leyenda, dotado de mártires y cautamente apartado del nada edificante tratamiento histórico. Para el profano, la toma de la Bastilla resulta un proceso complicado y confuso, resultado, cuando menos, de la debilidad del gobernador real, De Launay, tanto como de la fuerza de los sitiadores. Lo que importa para nosotros es que París estuvo durante tres días en manos de la plebe y que esta clamaba contra la Corte y en favor de la Asamblea Nacional. Pasada la revuelta, esta—o, mejor, la mayoría revolucionaria de la Asamblea—pudo seguir adelante con la seguridad de que el pueblo estaba a su lado, pudo sentir que tenía *carte blanche* para hacer caso omiso de las reales protestas en su tarea de rehacer Francia.

La revolución en Rusia se inició a gran velocidad. Como hemos visto en un capítulo anterior, había multitudes preferentes para un levantamiento en Rusia y varias generaciones de rusos habían venido discutiendo la inevitable llegada de la tormenta. Los primeros pasos que conducen a la revolución de febrero de 1917 (marzo en nuestro calendario), sorprendieron, sin embargo, a los dirigentes más avanzados, como Kerensky. Los partidos socialistas del mundo entero solían celebrar el 8 de marzo como el Día de la Mujer. En tal día—23 de febrero del antiguo calendario nuestro, y de aquí el nombre de revolución de febrero por el que se la conoce en la Historia—, masas de mujeres trabajadoras de los distritos fabriles se esparcieron por las calles pidiendo pan. En los días siguientes, la multitud aumentó. Oradores del grupo radical pronunciaban arengas en las esquinas. Soldados de la gran guarnición de Petrogrado se mezclaban con la muchedumbre, dando evidentes muestras de simpatía. Ni los cosacos mostraron hostilidad al pueblo o, en todo caso, no parecían tener ganas de luchar.

Mientras tanto, las autoridades se reunían en consulta y, como las medidas poco a poco fallaban, decidieron el 11 de marzo reprimir los disturbios de acuerdo con un plan muy definido que ya había sido elaborado en el papel, precisamente para tal ocasión. Pero el plan no funcionó. Los soldados de la guarnición, temerosos de ser enviados al frente, empezaron a moverse. El 12 de mar-

zo estalló el primero de los motines, y, uno tras otro, los famosos regimientos del ejército imperial salieron de los cuarteles, pero no para disparar sobre las masas, sino para unirse a ellas. Oscuros dirigentes, sargentos, capataces y gente análoga, levantaron y dirigieron sus pequeños grupos a puntos estratégicos. Sobre la confusión y la locura de los hechos de esta semana, cuyo registro detallado es la desesperación del historiador, un hecho claro se destaca: en la capital no quedaba ningún Gobierno, ni imperial ni siquiera formal. Gradualmente fue surgiendo el núcleo del futuro Gobierno soviético, organizado a través de los sindicatos, los grupos socialistas y otros procedentes de la clase obrera. El zar y sus consejeros, demasiado aturdidos e incompetentes para regular el movimiento, impidieron que la Duma legal tomara el mando. En su lugar se unieron moderados de toda clase para formar el núcleo del futuro Gobierno prvisional. En tan caótica condición parece sin duda que la acción de los moderados es un hecho uniforme de la revolución. Sus sentimientos y capacitación les impelen a intentar poner fin al desorden, a salvar lo que puedan de las antiguas rutinas.

Socialistas y liberales estaban de acuerdo en que el zar debía abdicar. El mismo Nicolás había salido del cuartel general para su palacio de Tsarkoie Tselo, cerca de Petrogrado, pero fue sorprendido en Pskov por los crecientes desórdenes. Aquí, el 15 de marzo, decidió abdicar en favor de su hermano el gran duque Miguel. Lo que había en Rusia de poder central parece que estaba en las manos de un comité de la Duma, el cual esperaba a Miguel en persona. Kerensky, que formaba parte del comité, aparecía en esta ocasión tan dramáticamente neurótico como de costumbre; cuando Miguel rehusó la Corona, Kerensky cayó en trance de deliquio: Rusia sería una república. La decisión del propio Miguel parece dictada por una personal cobardía. Uno de los bonitos problemas de la Historia, en condicional, se centra en saber lo que habría ocurrido si este Romanov hubiera sido un hombre de valor, decidido y apto. Nada puede decirse, pero la cuestión nos recuerda que, incluso en sus momentos más sociológicos, la Historia no puede

prescindir del drama de la personalidad ni del azar. Con la abdicación de Miguel, el 16 de marzo de 1917, la Revolución rusa había comenzado claramente. Hubo repercusiones en las provincias, y en algunos lugares apartados la salida de los Romanov no fue conocida durante varias semanas. Pero en aquellos ocho días se había destruido un Gobierno burocrático centralizado en su punto más vital: su cabeza y centro nervioso. La revolución de febrero dejó sin cambiar muchas cosas en Rusia; pero, políticamente, en una semana se había hecho lo que costó años en Inglaterra y Francia. Los Romanov se fueron con mucha más rapidez que los Estuardos y los Borbones.

III. ¿ESPONTANEIDAD O PLANEAMIENTO?

Incluso del anterior bosquejo de los primeros pasos de cuatro revoluciones, aparece claro que, para el historiador narrativo, las diferencias entre los cuatro fueron sorprendentes. La Revolución inglesa empezó en uno de los organismos representativos más antiguos y mejor establecidos. La Revolución americana empezó principalmente en Nueva Inglaterra, entre gentes acostumbradas a las reuniones municipales y las legislaturas coloniales; la Revolución francesa surgió de las reuniones de un órgano legislativo sin precedentes inmediatos, compuesto de personas no acostumbradas a la vida parlamentaria; la Revolución rusa empezó en las revueltas callejeras de la capital y prosiguió sin beneficio para ningún organismo parlamentario, ya que incluso la Duma solo se reunió en un comité de urgencia. Hay diferencias de personalidad, de tiempo y de lugar. El rey Carlos, plantando sus reales en Nottingham en 1642, resulta otro mundo distinto del abyecto Nicolás, facturado hacia las llanuras del Norte en un tren a merced de los trabajadores amotinados y de las tropas en revuelta, abdicando lleno de temor en la lobreguez campesina de Pskov. Puede haber incluso diferencias raciales. La guerra civil de los ingleses, ordenada y casi caballeresca, parece a primera vis-

ta algo muy distinto de la locura del 14 de julio o del espectáculo trágico de la ciudad de Petrogrado en las manos de una muchedumbre que carecía hasta de un buen lema.

Sin embargo, habremos de detenernos en esto último. Desde el nivel informal de las semejanzas meramente dramáticas o narrativas, estas primeras fases de la revolución ofrecen similitudes tan sorprendentes como sus diferencias. Lenthall, desafiando el intento del rey Carlos de apresar a cinco diputados; Mirabeau, tronando su desafío al desdichado gran maestre de ceremonias, en la sesión real del 23 de junio; Patrick Henry, advirtiendo a un rey sobre el destino desdichado de otros gobernantes, parecen estar hablando el mismo lenguaje y asumiendo las mismas posturas efectivas. La Cámara de los Comunes inglesa, en el pandemónium de su sesión final de 1629, resulta muy semejante a la Asamblea Nacional francesa durante sus frecuentes momentos acalorados, y no muy distinta de ciertas secciones importantes del soviet en Petrogrado.

Y es que las emociones de los hombres en grupos y la retórica y los gestos necesarios para despertar y hacer esas emociones efectivas para la acción son más uniformes de lo que los racionalistas gustan de creer. Cualquier organismo representativo compuesto por varios cientos de personas responde, según reglas definidas, a ciertos estímulos dados, y de modo claro e invariable, porque no pueden esconder a la lógica ni puede confrontar una nueva situación con una libertad experimental concreta. Esta semejanza se observa especialmente en los organismos representativos excitados, ya estén compuestos de rusos *irresponsables,* de franceses *excitables* o de ingleses *sensibles.* No hay por qué sorprenderse si en esos estadios preliminares de la revolución existen indudables paralelismos en el comportamiento de los hombres en tal forma agrupados.

Es, sin embargo, más importante para nosotros ver si no hay en esas cuatro revoluciones algunas uniformidades que puedan agruparse juntas, relativas al desarrollo total de los movimientos, dado un lugar en nuestro esquema conceptual de la fiebre. ¿Qué pruebas tenemos

aquí de que el proceso que nos ocupa tiene fases definidas y comunes? ¿Ocurren estos primeros pasos de la revolución en condiciones sociológicamente similares, aunque dramáticamente distintas?

Hay una uniformidad clara como el agua. En cada una de nuestras cuatro sociedades, el Gobierno existente intentó recaudar dinero que el pueblo se negaba a pagar. Todas ellas se iniciaron entre gentes que rechazaban ciertos impuestos, que se organizaron para protestar contra ellos y que, al final, alcanzaron el punto de agitación para eliminar y sustituir el Gobierno existente. Esto no quiere decir, necesariamente, que aquellos que se opusieron a los impuestos previeran ni desearan una revolución radical. Significa que la transición de hablar sobre los grandes cambios necesarios—puesto que, como hemos visto, en las cuatro sociedades algo estaba en el aire—a la acción concreta, se hizo estimulada por una forma impopular de tributación.

Existe una segunda uniformidad igualmente clara, aunque las consecuencias que de ella se derivan sean mucho más oscuras. Los acontecimientos de este período, estos primeros pasos de la revolución, surgen a buen seguro del descontento confuso de los dos partidos del viejo régimen en clara oposición, y, sin duda, en una violencia preliminar. Podemos llamar, para abreviar, a estos partidos el partido del viejo régimen y el de la revolución. Además, al final de este período de los primeros pasos, el partido de la revolución había ganado. Las turbias aguas de la duda y la discusión se aclaran momentáneamente. Apenas comenzada, la revolución parece terminada. En Inglaterra, después que el Parlamento Largo había acabado con Strafford y arrancado al rey sus concesiones; en América, después de Concord y la mayor de las victorias morales: Bunker Hill; en Francia, después de la caída de la Bastilla, y en Rusia, tras la abdicación, hay un breve período de alegría y esperanza, la luna de miel ilusoria, pero encantadora, de esa pareja imposible: la Realidad y el Ideal.

Ni los historiadores más anticuados niegan, por demasiado evidente, que nuestras cuatro revoluciones pasaron por una fase primera análoga a la anterior, en

la cual la oposición entre lo nuevo y lo viejo experimentó una dramática cristalización, con una sorprendente victoria de lo nuevo. Sin embargo, en lo que se refiere a las razones por las cuales esta fase se desarrolló como lo hizo, hay todavía disputa entablada entre los escritores que se dedican a tales cuestiones: historiadores, teóricos de la política, sociólogos y ensayistas. El nudo de la discusión es asunto que debe quedar claro antes que sea posible algo parecido a una sociología de las revoluciones. En pocas palabras: un bando mantiene que esos primeros y gloriosos pasos de la revolución son dados casi espontáneamente por una nación unida, que se levanta con todo su poderío y virtualidad frente a sus opresores; otros sostienen que tales primeros pasos son el fruto de una serie de proyectos urdidos, iniciados por grupos de descontentos, pequeños, pero resueltos. La primera opinión es, con mucho, la que adoptan las personas partidarias de una determinada revolución; la segunda, por las hostiles a ella o, cuando menos, no tan leales a la memoria del antiguo régimen; en Rusia, la firme creencia de Lenin en el papel de una ortodoxa minoría marxista, alentada por legalistas escrúpulos burgueses, ha consagrado como oficial la teoría del *planeamiento.* Por el contrario, las tradiciones americana y francesa, e incluso la inglesa, sostienen firmemente la creencia de que sus revoluciones fueron levantamientos espontáneos de pueblos oprimidos. Sin embargo, hay toda clase de variaciones sobre el tema, y los distintos comentaristas han valorado de modo diferente estos elementos de la espontaneidad y el planeamiento.

Esta oposición es más clara, y, en ciertos aspectos, del todo típica para nuestra finalidad en la historiografía de la Revolución francesa. Agustín Cochin acostumbra describir esta oposición como entre la *thèse de circonstance* y la *thèse du complot,* la explicación de las circunstancias y la explicación del complot. Aquellos que consideran que en general la revolución es algo bueno, sostenían que el pueblo francés, y especialmente el de París, fue lanzado a la revuelta por la opresión del rey y la corte, que las circunstancias de su vida social, política y económica en 1789 son, en sí mismas, explicación

adecuada de lo que sucedió. Dadas tales circunstancias y la sangre de los hombres y las mujeres francesas, la revolución es algo natural, *automático*, análogo, en cierto sentido, a la explosión de la pólvora sometida a una chispa.

Este símil puede aplicarse a la fases específicas del proceso revolucionario. De acuerdo con la tradición francesa republicana, las revueltas de la Bastilla no fueron en modo alguno planeadas. París se había enterado de la dimisión de Necker; observaba que el rey concentraba tropas alrededor de París, y en un millón de conversaciones perdidas se extendía el temor de que el rey y sus seguidores iban a disolver la Asamblea Nacional revolucionaria y a gobernar por la fuerza armada. En consecuencia, París se levantó con todo su poderío, y, con seguro instinto, se apoderó de la Bastilla, como un símbolo del odiado antiguo régimen, y la destrozó. El pueblo soberano actuó en todo esto bajo su propia guía; se movió, si se quiere, por una fuerza natural, por el odio a la injusticia, y fue guiado por cientos de hombres insignificantes, por oficiales de la revolución que nadie había logrado y no por ningún estado mayor ni tampoco por ningún grupo reducido que hubiera planeado deliberadamente la agresión.

La teoría opuesta sostiene que la totalidad del movimiento revolucionario en Francia fue obra de una minoría intrigante y sin principio, masones, *philosophes* y agitadores profesionales. Estas gentes, en la segunda mitad del siglo XVIII, lograron el dominio de la prensa y la tribuna, e imbuyeron con persistencia al sector literario de Francia en el odio a las instituciones establecidas, especialmente a la Iglesia. Como el Gobierno se encontraba en situación financiera cada vez peor, estos agitadores insinuaron sus propósitos en sus rumores y, por último, consiguieron la promesa de unos Estados Generales. Mediante inteligentes maniobras electorales en un populacho no acostumbrado a las asambleas representativas, llenaron el Tercer Estado con miembros de su secta, y tuvieron éxito para penetrar incluso en las filas del Primero y del Segundo Estados. Estaban acostumbrados a trabajar juntos, y gracias a los años de discusión de

la reforma política, sabían lo que querían. Por tanto, los más audaces y preparados de estos agitadores pudieron regular la actuación de la Asamblea Nacional, grande e informe, aunque ellos fueran una minoría entre sus 1.200 componentes.

Para los escritores de esta escuela, el día de la Bastilla resulta muy diferente. El rey Luis concentraba tropas para proteger y no para disolver la Asamblea Nacional; para protegerla de la minoría de feroces radicales que abusaban de su mecanismo. Temerosos de la derrota, estos radicales se esparcieron por París en muy distintas direcciones: enviaron oradores a las esquinas y a las calles y los cafés; distribuyeron hojas y libelos radicales; enviaron agentes para extender el descontento entre la Guardia francesa; subvencionaron incluso prostitutas para llegar a los soldados con mayor efectividad. Todo había sido planeado con antelación para un momento más propicio, y cuando la destitución de Necker proporcionó ese momento, se dio la señal y París se levantó. Pero no espontáneamente; en algún lugar, un Estado Mayor—Mirabeau pertenecía a él, representando los intereses de los orleanistas, y la mayoría de las figuras populares de la Asamblea Nacional—estaba funcionando, sembrando con cuidado las semillas de la rebelión.

Con las modificaciones adecuadas, esta clase de oposición entre la espontaneidad y el planeamiento puede introducirse en todas nuestras revoluciones.

Para los partidarios de los Estuardos—que aún encontraban apoyo en la imprenta—, la gran rebelión fue una desdichada conspiración victoriosa de los sombríos y avarientos calvinistas contra la alegre Inglaterra tradicional. Muy frecuentemente, dado que los *whigs* dieron el tono a la moderna Inglaterra, los parlamentarios son considerados como los hijos amantes de la libertad de la Carta Magna, que surgió de modo natural y espontáneo contra la insoportable venida de los Estuardos. Los realistas americanos mantuvieron siempre que lo mejor del país estaba con ellos, que los *whigs* habían ganado por triquiñuelas y mejor organización. Sin embargo, la mayoría de nosotros aprendimos a considerar

a Jorge III como un tirano personal, un servidor de Hesse, un hombre que pretendía someter a los americanos a una sumisión inhumana. Para nosotros, la Revolución americana fue la réplica espontánea de unos hombres libres injuriados frente a la insolencia británica.

Por último, algunos *émigrés* rusos parecen aún creer que una minoría de bolcheviques sin escrúpulos articularon de algún modo *ambas* revoluciones, la de febrero y la de octubre. El marxismo no atribuye ninguna vergüenza a la revolución y admite la importancia del planeamiento y la dirección en los movimientos revolucionarios. Por tanto, aunque las explicaciones comunistas oficiales no suavicen en modo alguno el yugo y la opresión zarista; aunque insistan en que el pueblo de Rusia, en febrero de 1917, se levantó contra el zar con toda su alma y casi unánimemente, admiten siempre y, claro es, glorifican el papel de los dirigentes, conscientes planeadores de la revolución. Al menos esta fue la explicación aceptada en los círculos marxistas ortodoxos y consta, de modo clásico, en el primer volumen de la *Historia de la Revolución rusa,* de Trotsky. Cierto que esas dos explicaciones de los primeros pasos de la revolución, contradictorias y antitéticas en su forma más exagerada, son, por sí mismas, una clara uniformidad, que se obtiene del estudio comparativo de nuestras revoluciones. Desde el primer momento surgen esas dos explicaciones: la de los revolucionarios victoriosos, que atribuyen su éxito al levantamiento de la mayoría contra la tiranía intolerable, y la de los derrotados partidarios del antiguo régimen, que atribuyen su fracaso a las tácticas sin escrúpulos de una minoría de hombres inteligentes y malvados. Ninguna explicación se interesa fundamentalmente en los hechos ni en su interpretación científica; ambas pretenden satisfacer sentimientos humanos. Es de interés observar que incluso la explicación de los revolucionarios trata de eludir la violencia, como si en cierto aspecto se avergonzaran del hecho de la revolución. También esto es perfectamente natural, ya que una vez en el poder los revolucionarios, desean permanecer en él. Una contribución útil para este fin es el sentimiento general entre los gobernados del error de resistir a

los que mandan. Los revolucionarios triunfantes no participan a menudo, ni mucho menos, del deseo de Jefferson de contemplar una revolución cada veinte años o plazo parecido; antes al contrario, se esfuerzan por hacer de su revolución un mito que se transforma en el único necesario. La teoría marxista incluso se anticipa a esto, ya que la revolución proletaria busca la sociedad sin clases, donde no habrá muchas de este tipo y será innecesaria la revolución.

Sin embargo, nosotros podemos ir más allá de la simple observación de esta división de opiniones entre los partidarios y los detractores de una determinada revolución. Podemos aventurar la generalización de que existe algo de verdad tanto en la explicación de las circunstancias cuanto en la explicación del complot. A muchos, esto podrá resultarles hoy una solución característicamente liberal y sin fuerza, una estúpida adhesión a una idea anticuada de un medio dorado. Pero parece tener una relación más satisfactoria con los hechos que cualquier otra explicación extremada.

El día de la Bastilla puede también servir de ejemplo. Una gran abundancia de pruebas muestra que unos grupos organizados contribuyeron a extender las perturbaciones en París durante aquellos días de julio. Sabemos que los grupos radicales, los *patriotas* de la Asamblea de Versalles, estaban estrechamente relacionados con políticos de París. Una esquemática organización política había trascendido desde las elecciones de París al Tercer Estado, y estos electores parisienses contribuyeron con mucho a implantar una nueva organización municipal y una nueva Guardia Nacional por encima de la confusión de las revueltas. La mayoría de las descripciones de los realistas, que hablaban de agentes circulando entre la multitud, de libelos excitadores e incluso de prostitutas subvencionadas, son ciertas en lo sustancial. Lo que no es verdad es que tales elementos de un planeamiento puedan encontrarse en uno o dos pequeños grupos revoltosos, en el duque de Orleáns o en algunos cuantos masones. La palabra *complot* es tal vez poco adecuada, excepto para los fines de la propaganda derechista, donde sin duda demuestra ser útil. Mejor diría-

mos que hay pruebas de la actividad de un número de grupos del tipo que cualquier observador cuidadoso de las sociedades conoce bien: grupos de presión, partidos políticos embrionarios y sectas semirreligiosas, entre las que abundan los lunáticos. Sin embargo, no hay pruebas de que tales grupos heterogéneos estuvieran manejados en julio de 1789 desde cualquier centro ni gobernados por ningún pequeño esquema dictatorial.

Por el contrario, hay pruebas palpables de que, una vez que la destitución de Necker fue conocida por esos distintos grupos citados, lo que siguió fue, en cierto sentido, una acción espontáneamente popular. Nadie ha dicho todavía la última palabra sobre la psicología de las multitudes; pero se acentúa en general que el comportamiento de aquellas no puede ser previsto con antelación ni por el más agudo de los dirigentes. De hecho, es claro que en el París de aquellos días no había una sola máxima, sino, cuando menos, varias docenas. La gente se echó a la calle porque sus vecinos lo habían hecho. Desfilaron arriba y abajo, vociferando y cantando, parando aquí y allá para tomar otro trago o para oír a otro orador callejero. Cierto que los dirigentes autoconstituidos de pequeños grupos adoptaron algunas acciones planeadas. La decisión de marchar sobre la Bastilla parece que fue adoptada con independencia en distintos barrios. Nadie sabe con certeza quién tuvo primero la brillante idea de marchar hacia el Hospital de los Inválidos para procurarse armas pequeñas. La revuelta parece que terminó más por cansancio de los revoltosos que por la caída de la Bastilla. Tres días es mucho tiempo para la revuelta, la borrachera o ambas cosas.

Lo dicho para la toma de la Bastilla es aplicable a la labor preparatoria general y a los primeros pasos de las revoluciones, tal como han sido examinados en este capítulo. La Revolución rusa de febrero se centró en Petrogrado en una semana, y se asemeja a los disturbios de la Bastilla en una escala mayor. Uno de los mejores escritos de Trotsky es su descripción de la revolución de febrero y su ponderado examen de lo que deben considerarse levantamientos populares espontáneos y de lo que ha de atribuirse a tácticas revolucionarias conscien-

tes. Kerensky escribe claramente que la revolución «surgió por sí sola, sin que nadie la manejara, y nació en el caos producido por el colapso del zarismo». Trotsky admite que nadie planeó ni esperaba la revolución cuando vino; que esta salió de unas manifestaciones socialistas ordinarias y una revuelta callejera. Pero ese desarrollo, añade, fue dirigido por «trabajadores conscientes y templados, educados en su mayoría por el partido de Lenin». Podremos poner en tela de juicio la última parte de esta afirmación; pero no puede quedar duda de que, en los últimos días de las revueltas de Petrogrado, los dirigentes del futuro Soviet de la ciudad y los del Gobierno provisional que se avecinaba, se unieron para expulsar al Gobierno zarista.

El papel de los grupos de presión es especialmente notable en las primeras fases de la Revolución americana. Ya en abril de 1763 los comerciantes de Boston organizaron una Sociedad para el Fomento Mercantil-Comercial con la provincia de la bahía de Massachusetts, con un comité permanente de quince miembros para vigilar los asuntos comerciales y convocar reuniones. Se enviaron resúmenes de sus actividades a los comerciantes de otras colonias. Para combatir la ley del Timbre, los radicales se organizaron como Hijos de la Libertad, una organización de masas que a veces se reunía abiertamente y a veces en secreto para fomentar la tarea revolucionaria. Sus comités de vigilancia «mantenían una especie de Santa Inquisición respecto a las ventas y compras de todo negociante, en los gastos y los ingresos de las casas particulares y sobre las opiniones conocidas individuales». La ciudad y el campo del Norte, y el campo del Sur, daban ocasión para reuniones y resoluciones públicas. Los Comités de Correspondencia se organizaron, en su origen, como grupos de presión particulares, para ser más tarde manejados hábilmente por Sam Adams, hasta que suplantaron, en parte, las reuniones municipales más conservadoras. Adams convocó en 1773 un Comité conjunto de Boston, Dorchester, Roxbury, Brookline y Cambridge, que fue capaz de echar a pique el veto de los comerciantes, en aquellos momentos francamente conservadores. Durante todo el movimiento se

empleó la violencia siempre que pareció necesario, tanto en el gran asunto de la Boston Tea Party como en palizas aisladas a los *tories*.

Ni el más *realista* de nuestros historiadores modernos llegaría hasta afirmar que la Revolución americana fue provocada por una escasa minoría. El efecto neto de una docena de años de errores vitales, de concesiones y retractos, de cal y arena, junto con una agitación americana muy variada, fue producir en 1775 un amplio respaldo popular al Congreso continental en su resistencia frente a Jorge III. Es del todo imposible decir cuántos *whigs*, cuántos legalistas y cuántos indiferentes o neutrales había en las trece colonias al iniciarse las hostilidades armadas. Probablemente había, en proporción, más legalistas que realistas extremados en Francia en 1789, y muchos más que zaristas en Rusia en 1917, y lo probable es que hubiera menos legalistas en la América revolucionaria que partidarios de los Estuardos en Inglaterra en 1642. Pero en todos estos casos es una cuestión de proporción. A semejanza de las demás, la Revolución americana fue, en parte, el resultado de una minoría activa, capaz y lejos de ser infinitesimal, que actuó sobre un gran grupo mayoritario, suficientemente descontento, para ser puesto en pie, efectivamente, cuando llegó el momento oportuno.

Resumiendo la cuestión en una metáfora: la escuela de las circunstancias considera las revoluciones como un crecimiento salvaje y natural; sus semillas nacen entre la tiranía y la corrupción, y su desarrollo está determinado del todo por fuerzas ajenas a ellas mismas o, en cualquier caso, fuera del planeamiento humano; la escuela del complot considera las revoluciones como un crecimiento forzado y artificial; sus semillas, cuidadosamente plantadas en un suelo trabajado y fertilizado por los jardineros revolucionarios, y maduradas misteriosamente por esos mismos jardineros contra la fuerza de la Naturaleza. En realidad, hemos de rechazar ambas posiciones extremadas por carentes de sentido, y afirmar que las revoluciones nacen de unas semillas lanzadas por hombres que quieren cambiar, y que tales hombres realizan un experto laboreo; pero también que los jar-

dineros no actúan contra la Naturaleza; antes bien, en un suelo y un clima propicios a su tarea, y que los frutos finales representan una colaboración entre el hombre y la Naturaleza.

IV. EL PAPEL DE LA FUERZA

Una última uniformidad que hay que discernir en estos primeros estadios de nuestras revoluciones es quizá la más clara e importante de todas.

En toda revolución hay uno o varios puntos donde la autoridad constituida es desafiada por los actos ilegales de los revolucionarios. En tales casos, la respuesta rutinaria de cualquier autoridad es tener que recurrir a la fuerza policíaca o militar. En nuestro caso, tales autoridades procedieron así; pero en todos los casos, con una sorprendente falta de éxito. Los componentes de las clases directoras, que en nuestras cuatro sociedades fueron responsables de tales respuestas, demostraron palpablemente ser incapaces de hacer de la fuerza el uso adecuado. Examinemos primeramente los hechos en los casos que nos ocupan.

En Inglaterra no había ningún ejército permanente considerable, y, desde luego, nada semejante a una moderna fuerza policíaca. Desde luego, la cuestión del mando sobre lo que había de ejército permanente fue uno de los mayores problemas entre los dos primeros Estuardos y sus Parlamentos. La Corona se había visto obligada a reclutar sus soldados entre los ciudadanos particulares con objeto de mantener algo parecido a un ejército, y este reclutamiento fue una de las quejas esgrimidas con más fuerza contra Carlos I. Cuando un ejército escocés cruzó la frontera, el rey Carlos se vio obligado a convocar el Parlamento Largo para obtener dinero con que comprar esta fuerza armada. Conforme se acercaba la ruptura efectiva entre realistas y parlamentarios, ambos bandos trataron de constituir un ejército. El rey tenía la ventaja de contar con una clase de nobles oficiales

adictos y los suficientes partidarios entre la nobleza y el campesinado para formar lo que constituyó, con notable diferencia, el ejército más fuerte a disposición del Gobierno, los conservadores o el partido en el Poder en cualquiera de nuestras cuatro revoluciones. Sin embargo, la guerra civil demostró que no tenía bastantes soldados buenos en comparación con los recursos humanos de que el Parlamento disponía. El rey Carlos fue derrotado, en primer lugar, por falta de un poder militar.

Análogamente, en la Revolución americana, ni los legalistas americanos ni los ejércitos británicos eran lo suficientemente fuertes como para emplear sus fuerzas armadas para intentar la represión de los revolucionarios. Sobre todo en los primeros momentos, los ingleses trataron de introducir en el Gobierno lo que sabían que eran modificaciones impopulares, cosa que hoy resulta un sorprendente error de visión política. Sin duda, la larga tradición de autogobierno legalista británico hacía difícil para un administrador colonial británico concebir otros métodos; pero lo cierto es que esas fuerzas de Norteamérica, en 1775, fueron del todo inadecuadas para reforzar la autoridad. Cuántos hombres más hubiera necesitado Gage de los que de hecho tuvo para mantener el orden real en la bahía de Massachusetts es una cuestión opinable o tal vez inútil. Sería, sin embargo, un cumplido inadecuado para el severo amor yanqui a la independencia suponer que ningún ejército hubiera sido bastante grande para ver dominado Massachusetts. Si Napoleón hubiera ocupado el lugar de Gage, tal vez el final de la lucha habría sido distinto. No obstante, no vamos a discutir si tal política de represión no habría producido, en definitiva, una revolución triunfante. Lo que les interesa es el simple hecho de que también en América el fracaso del Gobierno para emplear la fuerza adecuada y hábilmente fue debido a un importante error inicial.

Luis XVI contaba en 1789 con un ejército de bastante confianza. Sus normas tal vez fueran propicias a la propaganda de los patriotas; pero tenía considerables fuerzas de gobierno, mercenarios reclutados en el extranjero, suizos y alemanes sobre todo, que no eran accesibles

para los agitadores franceses. Que los suizos hubieran de morir por él o en el cumplimiento de su deber, se demostró tres años más tarde en la tormenta de las Tullerías. Sobre todo, en artillería tenía un conjunto de oficiales idóneos, la mayoría de los cuales eran dignos de confianza en esta fase. Sin embargo, en el momento definitivo, las revueltas de París en julio, él y sus asesores no supieron utilizar a los militares. Otra vez bordeamos la historia condicional; pero no podemos evitar preguntar: ¿qué hubiera ocurrido si unas pocas tropas disciplinadas hubieran intentado reducir con los fusiles los acontecimientos de París en julio de 1789? Napoleón habría de demostrar más tarde que una fuerza tal podía con facilidad dominar la resistencia civil, y este hecho iba a ser ampliamente confirmado en junio de 1848 y en 1871. El rey Luis pudo haber fracasado, pero la cuestión es que ni siquiera lo intentó. Una vez más falló un Gobierno al hacer uso conveniente de la fuerza.

Petrogrado en 1917 es el ejemplo más perfecto de este papel importante del ejército y la política. Todo el mundo, desde los zaristas a los trotskystas, admiten que lo que convirtió unas demostraciones callejeras, caóticas y sin finalidad, en una revolución, fue el fracaso del plan elaborado por el Gobierno para restaurar el orden en Petrogrado. Y ese plan falló porque en el momento crítico los soldados se negaron a luchar contra el pueblo, y, regimiento tras regimiento, se fueron uniendo a él. Es tal la ventaja que posee una fuerza disciplinada, con artillería moderna, incluso sobre los revolucionarios civiles más inspirados, que poca duda debe quedar de que si los cosacos y unos cuantos de los más famosos regimientos de línea, el Preobrazhensky, por ejemplo, hubieran sido decididamente leales al Gobierno, es probable que hasta los relativamente incompetentes gobernantes de Petrogrado hubieran acabado con los disturbios. No nos importa aquí que, dadas las condiciones creadas por la derrota en la guerra, fuera o no inevitable, en los meses siguientes, otra revuelta peor. Sin embargo, podemos hacer notar, entre paréntesis, que la opinión hoy generalizada de que las armas modernas han hecho im-

posible en el futuro los pronunciamientos callejeros es, probablemente, incierta. Hasta las armas modernas tienen que ser manejadas por la Policía o los soldados, cuya subversión también es posible.

Este sorprendente fracaso de los gobernantes para utilizar con éxito la fuerza no es probable, sin embargo, que constituya un fenómeno aislado y casual. Sin duda, parece íntimamente unido a esa general ineptitud y fracaso de la clase dirigente que hemos observado en el capítulo anterior. La disciplina de las tropas estaba minada por largos años de decadencia; los malos tratos habían conseguido que los soldados hicieran causa común con los civiles, y los oficiales habían perdido la fe en las convencionales y estúpidas virtudes militares. No existe obligación entre el mando, ni confianza, ni ganas de actuar, y, de existir alguna de estas cosas, es solo en individuos aislados, perdidos entre la incompetencia, la irresolución y el pesimismo generales. La causa conservadora—incluso la causa de Carlos I—resulta un caso perdido desde el principio. El caso americano es algo distinto: encontramos aquí un Gobierno *colonial* inepto, pero no una clase dirigente nativa inepta.

Podemos, por tanto, atribuir con cierta confianza el fracaso de los conservadores para el uso hábil de las fuerzas a la decadencia de una clase dirigente. Después de todo, estamos manejando grupos bastante grandes del tipo que acostumbramos tratar como sujetos de generalizaciones sociológicas. No obstante, cuando intentamos agrupar bajo una regla general semejante las cuatro parejas coronadas de nuestras sociedades, es difícil no pensar que carecemos de una base estadística adecuada. Sin embargo, Carlos I, Jorge III, Luis XVI y Nicolás II ofrecen tantas semejanzas notables, que se vacila antes de acudir a la casualidad como una explicación. Trotsky afirma confiadamente que una sociedad en decadencia se precipitará, de modo inevitable, en el tipo de incompetencia que ofrecen aquellos monarcas. No nos atrevemos a ser tan confiados; pero tenemos que destacar esas uniformidades en la conducta de cuatro hombres como una parte valiosa de las uniformidades que observamos. En todo caso, fueran lo que fueran,

desempeñaron una parte importante en aquel proceso, en el cual los revolucionarios consiguieron sus primeras y decisivas victorias sobre la autoridad incompetente.

Cuado menos, se pueden distinguir en todos aquellos monarcas errores que señalan su falta de algo razonablemente objetivo: la habilidad técnica necesaria para gobernar hombres. Si un jugador de pelota base falla el golpe, puede ser por un defecto de la vista, por preocupaciones familiares o por otra serie de razones; pero el hecho simple es que es un mal jugador. Nuestros cuatro reyes fueron unos reyes desdichados, aunque todos ellos fueran buenos padres de familia; gentes que, en general, probablemente consideraríamos buenas o, al menos, bienintencionadas. El zar Nicolás era trivial y celoso, a la par que ignorante y supersticioso, y con toda seguridad el peor del lote por el convencionalismo de su moralidad cristiana. Pero estaba muy lejos de ser un tirano cruel. El rey Luis era amable, bienintencionado, pero especialmente incapaz para los negocios del Estado. Ambos eran intelectualmente deficientes, agravado esto por el dominio de unas esposas apasionadas, orgullosas, ignorantes y tercas, y ambos han dejado diarios que ofrecen sorprendente paralelismo de estupidez. El día de la Bastilla, el rey Luis fue de caza, y en su diario registra: «Nada»; el zar Nicolás, en una crisis análoga, escribe: «Paseo largo, matados dos cuervos; tomé el té con luz del día.»

No podemos entrar aquí en la cuestión fascinante de las personalidades de estos monarcas. Jorge III era orgulloso, estúpido y obstinado; mala combinación, desde luego, de un gobernante. Humanamente, el rey Carlos es el más atractivo de los cuatro; no es infundada la leyenda romántica tejida alrededor de él. Pero fue un mal rey por cierto número de razones, de las cuales la principal fuera, tal vez, una casi completa incapacidad para entender lo que estaba ocurriendo en las cabezas y los corazones de aquellos sus súbditos, llamados, por lo común, puritanos—y esto incluye enfáticamente a los calvinistas escoceses—, y, segundo, una tendencia a la alta intriga. En política están mucho más seguros el orgullo y la intriga si se los mantiene discretamente apar-

tados. Esto es, en resumen, lo que podemos concluir respecto de nuestros cuatro reyes. Por distintos que fueren como hombres, todos ellos fueron iguales en su absoluta incapacidad para hacer un uso efectivo de la fuerza, aunque la hubieran poseído, en los primeros momentos de la revolución.

Por tanto, y en lo relativo a nuestras cuatro revoluciones, podemos establecer esta última uniformidad muy sencillamente: tuvieron éxito en sus primeras fases; se convirtieron en auténticas revoluciones en lugar de simples discusiones, quejas y revueltas, solamente cuando los revolucionarios habían batido o ganado a las fuerzas armadas del Gobierno. No podemos intentar deducir otras uniformidades para las demás revoluciones o estas en general; pero sí sugerir, en forma muy cautelosa e hipotética, la generalización de que ningún Gobierno ha sucumbido nunca ante los revolucionarios hasta que ha perdido el dominio de sus fuerzas armadas o la capacidad para usarlas de manera efectiva, y, a la inversa, que ninguna revolución tuvo nunca éxito hasta haber conseguido para su bando un predominio de la fuerza armada. Esto es válido tanto para las flechas y el arco como para la ametralladora y los gases.

V. LUNA DE MIEL

En nuestras cuatro sociedades la primera fase de la revolución termina con la victoria de los revolucionarios tras lo que es más dramático que el derramamiento de sangre. ¡El odiado antiguo régimen ha sido conquistado tan fácilmente! .. Está abierto el camino para la regeneración de que tanto han hablado los hombres y por la que tanto han esperado. Incluso la Revolución rusa de febrero, aunque surgió en medio de la miseria y la vergüenza de la derrota a manos de alemanes y austríacos, fue arrullada por la esperanza y la alegría, que parece una herencia natural en nuestras cuatro revoluciones. Los rusos de todo el mundo oyeron con agrado

las buenas noticias. Los liberales se sentían tan felices como sus antepasados de 1876 y 1889. Ya Rusia había sido limpiada de la mancha del absolutismo y podía con confianza ocupar su puesto en las filas de sus democracias hermanas de Occidente, uniéndose con una nueva efectividad en la cruzada contra las únicas fuerzas del oscurantismo que aún quedaban: los Hohenzollerns y los Hapsburgos.

El período de luna de miel de la revolución aparece desarrollado más perfectamente en Francia, donde aquella se produjo en tiempo de paz y al final de un gran movimiento intelectual llamado la Ilustración, que había preparado las mentes de los hombres para un milagro nuevo y práctico. Conocidas son las palabras de Wordsworth:

> Francia en la cima de sus honras doradas,
> y la naturaleza humana parece que vuelve a nacer.

Pero los poetas se pusieron a trabajar en una docena de idiomas para celebrar la regeneración de Francia y de la Humanidad. Y no solo los poetas: sobrios negociantes, profesionales, nobles campesinos, gentes que en el siglo XX tienden a mirar con horror a la revolución, se sumaron al regocijo. Muy lejos, en la sombría Rusia, los nobles iluminaron sus casas en honor de la toma de la Bastilla. El escritor danés Steffens cuenta cómo su padre llegó una noche a su casa de Copenhague, reunió a sus hijos a su alrededor y, con lágrimas de alegría en sus ojos, les dijo que la Bastilla había caído, que una nueva era empezaba, y que, si hubiera fracasos en la vida, suya era la culpa, porque, en adelante, «la pobreza se desvanecería, los más humildes empezarían a luchar por la vida en iguales condiciones que los más poderosos, con iguales armas y en el mismo terreno». Los americanos y los ingleses celebraron que el antiguo enemigo viniera a sumarse a los pueblos con autogobierno. Los mismos franceses se sintieron casi unánimes durante un breve y feliz momento. El rey había visto los errores de su conducta, había abrazado al paladín La Fayette y había llegado libremente a su amada ciudad de París

para escuchar los clamores de los héroes de la Bastilla.

Sin embargo, incluso en Francia, la luna de miel fue breve; más breve aún en Rusia, y en Inglaterra y en América nunca resultó tan clara y definida. En las primeras fases, y en el momento crítico en que se produce la confrontación de fuerzas, el antiguo régimen se enfrenta con una oposición sólida; lo cierto es que la oposición está compuesta de distintos grupos y no es nunca del todo esa simplicidad de *un pueblo unido.* Pero está aglutinado por la necesidad de oponer efectivamente al Gobierno una genuina unidad política y no una mera coalición casual de elementos mentales; su victoria es la victoria del *pueblo* sobre sus *opresores.* Ha demostrado ser más fuerte y capaz que el antiguo Gobierno en este momento de crisis. Se ha convertido ya en Gobierno y se enfrenta con una nueva serie de problemas. Cuando, de hecho, se pone a trabajar en aquellos, la luna de miel pasa pronto.

CAPITULO IV

TIPOS DE REVOLUCIONARIOS

I. LOS CLISES

AL llegar a este punto sería claramente útil para nuestra investigación poder aislar al revolucionario como un tipo. Prosiguiendo con nuestra analogía de la fiebre, ¿no podría ocurrir que ciertos individuos actúen como portadores y puedan ser clasificados, etiquetados y descritos en la terminología económica y sociológica lo mismo que en la sicología o el sentido común? En cualquier caso, es este un camino que parece que vale la pena seguir.

Hay, sin embargo, varias direcciones en las que una investigación semejante pudiera conducirnos al error. Habremos de evitar al considerar a los revolucionarios y, en particular, a los dirigentes, como portadores, literalmente, de gérmenes de la revolución. Aquí, como en todo este estudio, no habremos de permitir nunca que

nuestro esquema conceptual nos lleve al reino de la fantasía, sino que deberá ser un instrumento útil y no una obsesión. Más que nunca habremos de evitar el empleo de términos laudatorios o deprecatorios que abundan en todos los rincones de este particular terreno. Porque la simple palabra *revolucionario* es probable que despierte en el pensamiento de la mayoría de nosotros una personificación de escaso rigor crítico, algo parecido a las ambiguas expresiones de intercambio diario de que nos valemos para designar a *un poeta, un profesor* o *un francés*.

Incluso el pensador más sutil, el artista más delicado y consciente de las palabras, tiene que descender en la vida diaria a algo próximo a los clisés que utiliza el hombre de la calle. Claro que ninguno de nosotros retrata a los poetas como seres de pelo largo, delicados, bohemios y tuberculosos, ni a los profesores como personas imprácticas, distraídos, bondadosos y barbudos, ni a los franceses como amables, apuestos, con los bigotes engomados y mujeriegos. Pero no podemos penetrar en las sutilezas proustianas cuando utilizamos tales palabras ni valernos de ellas con el mismo rigor de un sistematizador científico. Continuamos con ellas lo mejor que podemos, ajustándolas toscamente a nuestra experiencia y sentimientos.

Ahora bien: lo que en este orden significa *revolucionario* para varias personas y grupos es, en sí mismo, un elemento importante para una sociología completa de las revoluciones. Lo que gentes de todas clases experimentan sobre la revolución, se estudia, tal vez más fácilmente, en los clisés derivados de palabras tales como *revolucionista*, o sus paralelos más concretos, *jacobino, comunista, rojo* y análogos. No podemos intentar aquí semejante estudio; pero debemos insistir un poco más en algunos de tales clisés, aunque solo sea como prevención y contraste.

Probablemente, para la mayoría de los americanos del siglo XX la palabra *revolucionario* encierra matices desagradables. Para el sector de la prensa ultraconservadora, un revolucionario aparece como un descamisado, de ojos desorbitados, sin afeitar, parlanchín, dado a la oratoria callejera y clamando contra el Gobierno, dispuesto a la violencia y, sin embargo, temeroso de ella. Incluso para

sectores algo más realistas cabe sospechar que muchos de nuestros compatriotas sienten lo mismo sobre los revolucionarios o, en cualquier caso, están convencidos de que son gente marcadamente levantisca, fracasados en las situaciones prerrevolucionarias, que sufren complejo de inferioridad, envidiosos de los mejores o solo claramente malvados, por principio o por disposición.

Sin duda, en otras mentes el retrato del revolucionario aparece distinto y más favorable. Juzgando por alguno de nuestros escritores proletarios—que no son tales proletarios—, el revolucionario es un trabajador recio, de anchas espaldas, sin corromper por las falsedades de lo que la burguesía llama educación, pero muy versado en Marx y Lenin, fuerte, amable y con un espíritu de lucha.

Ahora bien: los casos sociales de esta clase de creencias son bastante claros. En una vieja sociedad burguesa, como los Estados Unidos, la hostilidad de los sentimientos frente a los revolucionarios son, probablemente, factores importantes en el mantenimiento de la estabilidad social. Bien estaban los revolucionarios en 1776, pero no en nuestros días. Toda sociedad que constituya un concierto eficaz debe, en apariencia, contener gran número de personas que reaccione de esta manera frente a los revolucionarios. Incluso en Rusia, donde todavía está fresco el recuerdo de la revolución violenta, se lleva a cabo por el Gobierno un esfuerzo concertado para desacreditar a los revolucionarios activos, partidiarios de la sangre y el fuego. La revolución estuvo muy bien en 1917, pero no ahora; o, al menos, la revolución de hoy en Rusia, como en los días de los procesos de Kirov en la década de 1930, es *contrarrevolucionaria*. Por otro lado, no hay duda de que los radicales y los extremistas, que se imaginan a los revolucionarios como buenas personas, héroes y mártires, han ampliado también su propia disciplina social, refocilándose por la disputa.

Sin embargo, el científico social no puede abandonar aquí la cuestión. Debe intentar una clasificación objetiva de los revolucionarios, tan complicada como sus datos la hagan necesaria. Confiadamente podemos decir que ni siquiera un resumen tan apresurado de las cuatro revoluciones a que nos referimos están muy lejos de confirmar

cualquier tipo de los clisés que se han bosquejado, y especialmente, dado que el sector simplista es el más frecuente en este país, tal resumen no confirma en modo alguno la idea de que nuestros revolucionarios fueran descamisados, parlanchines ni fracasados terroristas en los antiguos regímenes.

Si, como debemos, incluimos a aquellos que dieron los primeros pasos en la revolución, así como a los que dominaron en el reinado del terror, nuestro tipo se hace todavía menos sencillo.

Tomemos unos cuantos nombres al azar, tal como se vienen a la imaginación: Hampden, sir Harry Vane, John Milton, Sam Adams, John Hancock, Washington, Thomas Paine, La Fayette, Danton, Robespierre, Marat, Talleyrand, Hébert Mliukov, Konovalov, Kerensky, Chicherin, Lenin y Stalin. Todos son revolucionarios; todos se opusieron a la autoridad constituida con la fuerza de las armas. En la lista hay grandes nobles, caballeros, comerciantes, periodistas, un seminarista, un profesor de Historia, abogados, un jefe político y un guardaespaldas. Hay varios hombres muy ricos y uno o dos pobres. Incluye muchos que resultan buenas personas al nivel de un cristianismo convencional, y hay varios que, juzgados por el mismo rasero, parecen haber sido gentes muy malvadas. Junto a algunos que fueron personas importantes en sus días prerrevolucionarios, otros eran del todo desconocidos y dos, tal vez tres, eran, en apariencia, fracasados de la vida hasta que la revolución les dio la oportunidad de elevarse. Con seguridad, no es fácil encontrar un denominador común para semejante lista.

No hay duda de que encontraremos ayuda estableciendo una distinción entre los hombres que predominaron en los primeros momentos de una revolución en general, los moderados—y los que dominaron en la fase de crisis—, los extremistas, por lo regular. Pero sería ocioso afirmar que solo los extremistas son auténticos revolucionarios. Después de todo, hasta Jorge Washington parece que prestó juramento de lealtad a la Corona británica y que la ruptura de tal juramento habría sido considerado traición de fracasar la revolución americana. Los historiadores *whigs* nos han enseñado a creer que Essex y Pym

defendían las sagradas leyes de Inglaterra y que, en consecuencia, no fueron verdaderos revolucionarios. Esta no era, en modo alguno, la opinión corriente en Europa durante la década de 1640, cuando los parlamentarios fueron considerados como rebeldes activos contra su rey, y la monarquía, en la Europa del siglo XVII, estaba tan sólidamente arraigada en los sentimientos, que daba fuerza a la ley, lo mismo que la constitución americana parece enraizar en nosotros en los momentos actuales. No debemos incluir a los moderados entre los revolucionarios, aun cuando estuvieran defendiendo la ley de los de arriba contra los de abajo y no fueran precisamente sucios anarquistas y rebeldes.

II. POSICION ECONOMICA Y SOCIAL: LOS AFILIADOS

Una de las aproximaciones más útiles al problema del elemento personal de los movimientos revolucionarios arranca de las indicaciones relativamente objetivas que se deducen del estado económico y social de aquellos que tomaron parte en los acontecimientos. Pero es muy difícil conocer muchas cosas relativas a la filiación de los revolucionarios. A semejanza del soldado raso en la guerra, el revolucionario común es inarticulado y anónimo. No obstante, para la Revolución francesa no es imposible semejante estudio. En los archivos que han llegado a nosotros de los círculos jacobinos, que sirvieron de centro de acción revolucionaria y que recuerdan a los independientes ingleses, los soviets rusos y sus correspondientes comités americanos, encontramos un gran número de listas de miembros, imperfectas, claro es, pero listas al fin. Hace años el autor hizo un estudio de tales listas y, ayudado por documentos fiscales o de otra naturaleza examinados en los archivos municipales de Francia, pudo llegar a ciertas generalizaciones estadísticas sobre esos revolucionarios; algunas de esas generalizaciones pueden

resumirse aquí tomándolas del libro del autor *The Jacobins: A Study in the New History.*

En general, es posible llegar a cierta aproximación estadística sobre las posiciones social y económica de aquellos jacobinos revolucionarios en la Francia anterior a la revolución. Existen documentos fiscales concernientes a diversos años, entre 1785 y 1790, en los cuales pueden encontrarse muchos de los jacobinos con las cantidades que les fueron asignadas. Como se trataba de impuestos directos no muy desproporcionados con la renta, es posible así lograr una estimación aproximada de la riqueza de los jacobinos. Por lo general, se hace constar las ocupaciones, lo que representa una posición social. Por último, es posible también estudiar determinados círculos en momentos específicos de la revolución, de tal forma que se puede tomar una muestra durante el período inicial o moderado y otra correspondiente al ulterior dominio de los extremistas. He aquí, brevemente, algunos de los resultados.

En 12 círculos, con un total de 5.405 asociados durante todo el desarrollo de la revolución, 1789-95, en sus fases moderada y violenta: el 62 por 100 de sus miembros pertenecía a la clase media; el 28 por 100, a la clase trabajadora, y el 10 por 100 eran campesinos. En 12 círculos, en período moderado, 1789-92, con un total de 4.037 miembros: el 62 por 100 eran clase media; el 26 por 100, trabajadores, y el 8 por 100, campesinos. En 42 círculos, en el período violento, 1793-95, con un total de 8.062 asociados: el 57 por 100 eran clase media; 32 por 100, trabajadores, y el 11 por 100, campesinos. Los documentos fiscales confirman lo que sugiere la clasificación, según las ocupaciones y el estatuto social. En ocho círculos, considerados durante todo el período revolucionario, sus miembros pagaban un impuesto medio de 32,12 *livres*, mientras que el promedio para todos los ciudadanos varones que pagaban esta contribución directa en las mismas ciudades eran de 17,02 *livres*; en 26 círculos, considerados solamente en el período violento, sus miembros pagaban 19,94 *livres* y los ciudadanos varones, 14,51 *livres*. Así, pues, aunque existía sin duda la tendencia a que los círculos se reclutaran, en el período violento, entre los

estratos sociales más bien inferiores, en general, hay que admitir la conclusión de que el jacobino no era ni un noble ni un mendigo, sino cualquier cosa intermedia. Los jacobinos representan una completa sección en alzada de sus comunidades.

Algo nos ayudan otros índices de relativa objetividad. A menudo ha sido posible conocer las edades de los miembros de los círculos durante la revolución. En cuanto a los afiliados, la idea de que los revolucionarios se reclutaban entre la juventud y los irresponsables no está confirmada.

En 10 círculos, la edad media varía de 33,03 años a 45,04 años para los 10, en conjunto, es de 41,08 años. Claramente se aprecia que no se trataba de jóvenes alocados, ni tampoco de vagabundos descarriados, ni de tropas de choque reclutadas en centros urbanos revolucionarios como París. De 2.949 asociados a 15 círculos, solamente 378, o sea un 13 por 100, se habían incorporado a las ciudades desde el principio de los disturbios de 1789. El número efectivo de los miembros de los círculos variaba a medida que el movimiento revolucionario crecía y se hacía cada vez más extremista, o, dicho en términos modernos, se desplazaba más hacia la izquierda. Muchos moderados emigraron o fueron guillotinados, y muchos de los extremistas peor reputados—a menudo, aunque no siempre, pertenecientes a las clases inferiores—solo más tarde *constituyeron* los círculos. Sin embargo, en seis de ellos, con un total de asociados, entre 1789 y 1795, de 3.000,28, algunos más del 31 por 100 se las arreglaron para permanecer en los libros registros durante todo el período, habiendo sido, sucesivamente, buenos monárquicos, buenos girondinos y buenos *montagnards*. No es cierto que la personalidad de estos círculos fuera descendiendo o se nutriera cada vez más de las clases trabajadoras tras la caída de la monarquía en 1792, ni tampoco que sus nuevos componentes procedieran en su mayor parte del proletariado, y es bien cierto que tales personas no fueron, por lo general, fracasados en su primitivo ambiente; antes al contrario, representan a los habitantes más capaces, ambiciosos y triunfadores de cualquier ciudad. Es como si los rotarios de nuestros días fueran revolucionarios

No es probable que pudiera hacerse un análogo estudio estadístico para la Revolución inglesa, ya que las listas análogas a las de los miembros jacobinos no están disponibles. El material para tal estudio existe, ciertamente, en la relación de asociados a los soviets; por ejemplo, para el año crucial de 1917; pero habría de recogerse en fuentes dispersas, disponibles solo en Rusia. Sabemos bastante acerca de los asociados a los grupos revolucionarios americanos; de las relaciones de los comités de comerciantes y de los comités análogos a los congresos continentales. Incluso para la Revolución inglesa hay bastante material disperso, que permite ciertas generalizaciones sobre el elemento personal del movimiento.

Hay pocas dudas respecto de la respetabilidad y prosperidad económica de los hombres que respaldaban el Parlamento de las primeras fases de la Revolución inglesa. Baxter, con cierta exageración, pero con visos de verdad, escribe que cuando estalló la gran rebelión «fueron los conformistas moderados y los protestantes episcopales, quienes hacía largo tiempo clamaban contra las innovaciones, el arminianismo, el paganismo, los monopolios, los impuestos ilegales y el peligro de la arbitrariedad oficial, los que promovieron la guerra». Los comerciantes de Londres, Bristol y otras ciudades, los grandes señores, la pequeña nobleza campesina, todos ellos se erigieron en rebeldía contra su rey. Aun en lo que podemos llamar el período extremista o de crisis de la Revolución inglesa, que empieza en 1646 ó 1647, cuando la tensión entre el nuevo ejército y los presbiterianos se hace más aguda, los revolucionarios están muy lejos de la gentuza. Incluso Baxter informa sobre ese ejército—que fue para la Revolución inglesa lo que los jacobinos y los bolcheviques para las Revoluciones francesa y rusa—que «encuentro que abundan los soldados rasos y los oficiales honrados, sobrios, ortodoxos y otros complacientes dispuestos a oír la verdad y de nobles intenciones». Un historiador ha estimado que cuando el nuevo ejército «entró en campaña en 1645, de sus 37 jefes principales, nueve eran de origen noble, 21 eran hidalgos y solo siete no eran caballeros por su cuna». Las clases inferiores inglesas, o al menos los elementos más proletarios opuestos a los artesanos inde-

pendientes, permanecieron, por lo general, apartados del conflicto. Hasta los más fanáticos sectarios parecen haber sido reclutados entre personas humildes; pero en modo alguno pobres de solemnidad, sino gentes que se habían acostumbrado a seguir las discusiones teológicas y que representaban, en conjunto, los sectores más activos y ambiciosos de su clase. Los campesinos más pobres, especialmente los del Norte y Noroeste, se colocaron decididamente al lado del rey y frente a los revolucionarios.

Ya hemos señalado para América el hecho bien conocido de que fueran los comerciantes quienes primero organizaron la oposición a la Corona. De esta oposición se hicieron eco muchos plantadores de la planicie costera meridional y muchos granjeros, respetables hacendados de Piedmont. Cierto es que hay numerosos signos de una apreciable participación activa de lo que un buen conservador llamaría la hoz de la población. Los Hijos de la Libertad, de Boston, quienes realizaron allí la mayoría de las violencias, fueron reclutados entre los trabajadores y se reunían habitualmente en la trastienda de una destilería. Los *tories*, a lo que es más elegante ahora llamar realistas, es natural que miraran a sus adversarios como a un conjunto bastante despreciable. Hutchinson escribe de los mítines en la ciudad de Boston que «están constituidos por personas de la clase más baja, bajo la influencia de unos cuantos de la clase superior, pero de temperamento irritable y furioso y en situación financiera desesperada. Los hombres de fortuna y los de buen carácter han desertado de tales reuniones, donde están seguros de encontrar oposición».

En realidad, la línea entre el *tory* y el *whig* es una divisoria muy regular, que además depende mucho del estatuto económico. como puede apreciarse en el libro de J. F. Jameson *La revolución americana considerada como movimiento social*. Si el opulento caballero de *Tory Row*, de Cambridge, estaba al lado de la Corona, hubo gran cantidad de agricultores, comerciantes y abogados, austeros y respetables, que se hicieron revolucionarios. Probablemente, estas personas se hallarían molestas entre los Hijos de la Libertad, por los procedimientos de los jóvenes aprendices fanáticos; pero ello no les hizo necesaria-

mente volverse hacia el lado británico, aunque sí criticar al Congreso. Un buen signo de la respetabilidad de la revolución es la adhesión del clero, general en la mayoría de las colonias, salvo en lo que respecta a los episcopalianos. Como afirma un enfadado legalista:

> Entre los Hijos de la Libertad más preeminentes se incluyen los ministros del Evangelio, quienes, en lugar de predicar a sus rebaños humildad, sobriedad, atención a sus distintas ocupaciones y a una firme obediencia a las leyes de la Gran Bretaña, eructan desde el púlpito libertad, independencia y una firme perseverancia en el esfuerzo para sacudir su independencia con la madre patria. Los sacerdotes independientes han sido siempre... los instigadores y cómplices de toda persecución y conspiración.

Resumiendo, habremos de convenir con Jameson que, a la larga, la fuerza del movimiento revolucionario está en la gente corriente; no con la plebe o *gentuza*, porque la sociedad americana era rural y no urbana, sino con los campesinos artesanos, pequeños granjeros y fronterizos. Pero habremos también de convenir con Alexander Graydon que «la oposición a las exigencias de la Gran Bretaña se originó en el mejor estrato: fue verdaderamente aristocrática en sus comienzos».

Parece que la revolución de febrero, en Rusia, fue bien acogida por todas las clases, excepto los más conservadores de los conservadores: unos cuantos oficiales del ejército, unos pocos cortesanos y la antigua nobleza. Nadie sabe quién hizo la revolución de febrero, pero no hay duda en cuanto a su popularidad. Casi todo el mundo, nobles liberales, banqueros, industriales, abogados, médicos, funcionarios, *kutaks* y obreros, se alegraban de cooperar en la tarea de dar al régimen zarista el golpe final. Hasta los bolcheviques, cuya súbita victoria en la revolución de octubre de 1917 hace que la cronología de la Revolución rusa sea tan distinta de las Revoluciones inglesa y francesa, no eran, en modo alguno, lo que los conocidos detractores de la revolución llaman la *canalla*, la *gentuza*, las *masas*. Parece que fueron reclutados, principalmente, entre los trabajadores más emprendedores, capaces y calificados de las fábricas de Petrogrado, Moscú y los centros industriales especializados, como Ivanovo-

Vosnessensk, de la cuenca del Don. Los más importantes procedían, en gran parte, de la clase media; tal vez se pueda argüir que los cadetes, capitaneados por Miliukov, se desanimaron tan pronto que no pueden computarse como un partido revolucionario. Pero los mencheviques y el partido S-R (socialista revolucionario), tachado más tarde de *transigente* por los historiadores bolcheviques triunfadores, son, con toda certeza, elementos revolucionarios. Los mencheviques podrán haber sido en su mayoría intelectuales, pero el S-R se nutría también de los campesinos prósperos, de la gente que administraba las cooperativas de los pequeños comerciantes y análogos

III. POSICION ECONOMICA Y SOCIAL: LOS DIRIGENTES

Hasta aquí hemos venido considerando las principales entidades de los revolucionarios y hemos visto que, en general, no representan de ninguna manera las escorias de la sociedad, ni siquiera en el gran levantamiento proletario, y que, por lo común, incluyen miembros de casi todos los grupos sociales y económicos de una determinada sociedad, excepto, posiblemente, la cúspide, la pirámide social. Y, sin embargo, los Essex, Washington y La Fayette están muy próximos a la cima. Incluso en Rusia, Brusilov, un distinguido general zarista, vivió para servir al Gobierno soviético durante la marcha sobre Varsovia en 1920.

Veamos ahora lo que podemos decir de los dirigentes, juzgándolos, en primer término, por los niveles relativamente objetivos de sus orígenes sociales y de su situación económica. En relación con los jacobinos, fue posible hacer algún estudio de los dirigentes meramente locales, hombres que, por lo común, no han trascendido a la historia general. Del examen de las carreras de una docena de tales subalternos de la revolución parece deducirse una conclusión clara: «los dirigentes son, en lo sustancial, del mismo nivel social que los afiliados. Es posible que entre los dirigentes, en el período del terror, 1789, haya más

personas que aparezcan como fracasadas sin remedio o, cuando menos, desplazadas de su ambiente. Sin embargo, la proporción de esos Marats aldeanos no es sorprendente».

En lo relativo a los dirigentes nacionales, en la Revolución francesa hay un lote variado, juzgando por los mismos patrones. En los años 1789-92, figuras nobles, como el primo del rey, el duque de Orleáns, Mirabeau, los Lameth y La Fayatte; gran número de abogados, desde los parisienses bien conocidos como Camus, hasta los oscuros, pero del todo respetables; abogados provincianos como el joven Robespierre, de Aprás (que en cierta ocasión escribía su nombre como De Robespierre), o abogados prometedores como Danton, llegado a París desde un escenario campesino en la Champagne; hombres de ciencia, como el astrónomo Bailly, el químico Lavoisier y el matemático Monge, y, amparados por el nuevo poder de la prensa, periodistas como Marat y Desmoulins, publicistas como Brissot, burgués provinciano de Chartres, y Condorcet, marqués y *philosophe*. Después de 1792, muy pocos dirigentes nuevos llegaron a la cumbre. Los hombres que gobernaron a Francia en 1793-94 tal vez fueran algo menos refinados o distinguidos que los prometedores intelectuales del salón de madame Roland, y en 1783 hubieran resultado muy fuera de lugar en Versalles. A pesar de ello, no eran de un origen social muy distinto de los hombres que, en realidad, dominaron en la vieja Francia: la burguesía literaria, de la cual se nutrió posteriormente la burocracia.

La mayoría de los americanos conocen bien la sorprendente respetabilidad y el excelente nivel social de los hombres que firmaron nuestra Declaración de Independencia. De los cincuenta y seis firmantes, treinta y tres eran graduados universitarios y solo cuatro tenían una educación escasa o nula. Había cinco médicos, once comerciantes, cuatro granjeros, veintidós abogados y tres sacerdotes; doce de ellos eran hijos de sacerdotes. Casi todos gozaban de gran influencia. Sam Adams, que figuraba entre los más radicales de nuestros dirigentes, procedía de una familia de comerciantes de cierta posición y se había graduado en Harvard en 1740, donde figuraba el

quinto entre veintidós en aquellas misteriosas listas que, antes de las averiguaciones del profesor S. E. Morison, todos hemos pensado que medían directamente la posición social. Hasta los legalistas, aunque con gran libertad lanzaran dicterios como *la gentuza,* solo pudieron reprochar verazmente a los dirigentes revolucionarios el ser puros aficionados en el arte de gobernar. «De tenderos, comerciantes y abogados se han convertido en estadistas y legisladores... Casi todo individuo del partido gobernante de América ocupa al presente, en su fantasía, un puesto no solo superior a cualquiera que antes tuvo, sino al que nunca hubiera esperado ocupar», escribe un conservador, o moderado, en el *Middlesex Journal,* del 6 de abril de 1776.

No necesitamos profundizar en los orígenes sociales de los dirigentes más elevados del país. Los no moderados ofrecen un interesante espectáculo: una mezcla de señores de buena cuna, gentes educadas y con carrera, que todo se lo debían a sí mismas, y de hombres sencillos, inspirados por una furia, hasta ahora divina, hasta ahora sin provecho del psicoanálisis. El mismo Cromwell, sin duda, era un noble campesino del Este, cuyo árbol genealógico se ramificaba en los sectores de los nuevos ricos nacidos de las confiscaciones de los Tudors. Ireton, su yerno, más tarde, tenía análogos antecedentes, lo mismo que muchos otros dirigentes dependientes en la vieja y la nueva Inglaterra. El regicida Ludlow era hijo de sir Henry Ludlow, de Wiltshire, y fue al Colegio Trinity, de Cambridge. Hasta John Lilburne, el *Nivelador,* se le describe como de *buena familia* que se remonta al siglo XIV, parece haber sido un producto típico de la nobleza, cuyos hijos se dedicaban con frecuencia al comercio. Poco sabemos de los orígenes sociales de ciertos hombres como Winstanley, el *Cavador,* o Edward Sexby, soldado del regimiento de Cromwell, que más tarde aparece como una especie de agente internacional del republicanismo. Robert Everard, junto con Winstanley, un dirigente del curioso grupo comunista conocido por *Los Cavadores,* fue capitán del ejército y se le cita como «un caballero de educación liberal». John Rogers, el *Milenario,* era hijo de un clérigo anglicano y una realista.

Rusia ofrece un ejemplo de mayor paralelismo frente a nuestros otros países, en lo relativo a los orígenes sociales de los dirigentes de su revolución, de lo que a primera vista parecía probable en una revolución proletaria. Tal vez, los moderados en Rusia mantuvieron el Poder tan poco tiempo y tan incómodos, que apenas cuentan. Cadetes, como Miliukov; un historiador de buena familia, Tereschenko; un azucarero millonario de Kiev, el octubrista Guchkov; un rico comerciante de Moscú y el pobre y anciano príncipe Lvov nos recuerdan a los ricos nobles y comerciantes puritanos de la Revolución inglesa y a los hidalgos *feuillants* de la Revolución francesa. Los dirigentes mencheviques y socialrevolucionarios eran, en su mayoría, intelectuales, suboficiales del ejército y directivos de los sindicatos y las cooperativas; algunos de sus oradores más elocuentes procedían de Georgia, «la Gironda de la Revolución rusa». Kerensky era un abogado radical, de origen provinciano y burocrático, en la pequeña ciudad de Simbirsk, en el Volga, llamada hoy Ulianovsk, en memoria de alguien más importante que Kerensky y que también salió de Simbirsk. En realidad, V. I. Ulianov, más conocido por su nombre revolucionario de Lenin, procedía de la misma clase social que Kerensky; su padre fue inspector de escuelas en Simbirsk, un puesto de mucho mayor relieve social en la Rusia burocrática zarista de lo que a nosotros nos resultaría ser, bien seguro, en la burguesía superior.

Los demás dirigentes bolcheviques forman un grupo muy variado: intelectuales, como Trotsky y Kamenev, los dos, personas cultas; Félix Dzerzhinsky, noble polaco lituano; Sverdlov, químico por estudios; Kalinin, al que podríamos llamar campesino profesional; Stalin (nacido Djugashvili), de origen artesano-campesino, de Georgia, destinado por su madre al sacerdocio y efectivo seminarista durante una temporada; Chicherin, de antecedentes suficientemente aristocráticos para considerarse de buena cuna, cuando menos como lord Curzon; Antonov-Ovseënko, dirigente del ejército rojo, heredero de un nombre compuesto de buena burguesía. Sin embargo, las negociaciones de Brest-Litovsk constituyen un cuadro representativo de la dirección bolchevique y prueban su carácter no

proletario. Cuando la primera delegación rusa fue enviada a dicha ciudad para reunirse con los alemanes, figuraban en ella, como muestras de las conquistas proletarias de la revolución, un representante de la marinería, de los trabajadores y de los campesinos. Se ha dicho del representante campesino, sin duda por malicioso enemigo de la clase trabajadora, que se distinguió principalmente por su interés en los suministros de licores. Cuando las negociaciones prosiguieron de hecho tras un retroceso, los rusos se desembarazaron de sus ornamentales marinero, trabajador y campesino y se hicieron representar por hombres no de la misma jerarquía social de los nobles alemanes antagonistas, naturalmente, pero sí, hay que sospecharlo, culturalmente superiores—Joffe, Kamenev, Pokrovsky, Karakhan—y por una dama bolchevique algo neurótica, Mme. Bitzenko, que había ganado sus entorchados disparando contra un oficial zarista en los tormentosos tiempos anteriores. Pero, claro es, aún el marxismo ortodoxo está dispuesto a admitir que el proletariado no puede elevarse a sí mismo con sus propios medios y que sus dirigentes deben, por tanto, proceder de clases suficientemente privilegiadas para tener una educación que les permita interpretar las sutilezas de la teología marxista.

Por último, la inexperiencia, la *novatada* de los dirigentes revolucionarios ha sido generalmente exagerada en nuestros textos. Sobre todo en Rusia, los grupos revolucionarios tuvieron una larga preparación al dirigir pequeñas sociedades disidentes y perseguidas. Y los revolucionarios, como grupo, son tan semejantes a cualesquiera otros seres humanos, que aprender el arte de dirigirlos es haber avanzado mucho en el aprendizaje político. Incluso en Francia, los miembros de la Asamblea Nacional no eran tan inocentes, políticamente, como se ha supuesto. Muchos tuvieron experiencia comercial, o habían sido diplomáticos, o funcionarios, o tomado parte en la política local de las provincias donde tenían sus propiedades rústicas. Todos ellos estaban acostumbrados a la política de los grupos de presión. Estos dirigenes revolucionarios están lejos de ser académicos, mundanos, teóricos puros; no subieron bruscamente desde el claustro

a los ayuntamientos. Su preparación es posible que no fuera apta para dirigir una sociedad estable; pero este es otro problema, por el momento insoluble. Lo cierto es que sí servían para la dirección de una sociedad inestable.

Hemos visto, pues, que tanto los afiliados como los dirigentes de los grupos revolucionarios activos no pueden catalogarse, pura y simplemente, como procedentes de ningún determinado grupo social o económico, ni siquiera son sorprendentemente jóvenes precoces. Sus dirigentes son, por lo común, de mediana edad, entre los treinta y los cuarenta años, y aún así, más jóvenes que la mayoría de los políticos prominentes de las sociedades estables que, naturalmente, se inclinan por el predominio de los viejos. Pero Saint Just y Bonaparte, muchachos de veinte años, son la excepción y no la regla. La dirección de la Revolución rusa, que, por la distorsión derivada de su proximidad, estamos propensos a considerar como la más *radical*, fue, de nuestras cuatro revoluciones, por término medio, la más vieja en años. Los revolucionarios tienden a representar una sección en alzada bastante completa de sus comunidades con un poco de las capas más altas de sus sociedades, hombres como La Fayette, por ejemplo, y en lo relativo a los grupos directores activos, muy poco de los estratos más inferiores y castigados. Esto es tan cierto de los bolcheviques como de los puritanos y jacobinos. Vagos, vagabundos, la chusma, la canalla, la gentuza, pueden ser reclutados para la lucha callejera y la quema de las propiedades; pero, positivamente, no hacen ni dirigen las revoluciones, ni siquiera las proletarias.

IV. CARACTER Y DISPOSICION

Llegamos ahora a una tarea más difícil, en que nuestra información no es tan objetiva ni tan fácilmente catalogada como la que disponemos sobre el estatuto social y económico de los revolucionarios. Es este el problema—psicológico, en el fondo—de ver hasta dónde esos revolucionarios pertenecen a los tipos que el hombre de la calle

considera normalmente raros, excéntricos o locos rematados. Se podría en este momento, y con plena justificación, argüir *a priori* que un hombre contento del todo no sería posiblemente un revolucionario. Pero la dificultad estriba en que en este mundo hay tantas maneras de estar descontentos como de estar contentos. Evidentemente, los marxistas más crudos y los más crudos economistas clásicos incurren en un error casi idéntico: las dos partes suponen que la Economía trata exhaustivamente de lo que hace a un hombre feliz o miserable. Los hombres tienen muchos incentivos para la acción, que el economista, limitado al estudio de las acciones racionales del hombre, no puede incluir fácilmente en su trabajo. La observación enseña que el hombre hace muchas cosas que en apariencia no tienen sentido, si suponemos que en su *totalidad* están guiados por algún motivo económico y racional concebible: por ejemplo: llegar casi a morirse de hambre en el Museo Británico para escribir *Das Kapital* o conquistando desiertos bajo la ilusión confortadora de que el comercio siga a la bandera, o para asegurar por completo la democracia en el mundo. Sin embargo, es claro que un hombre que toma parte en una revolución antes que haya tenido éxito—y es probable que cuando lo haya tenido se diga que ha dejado de ser tal revolución—, es un hombre descontento o, cuando menos, un hombre bastante perspicaz para estimar que hay suficientes descontentos que apiñar en un grupo que pueda hacer una revolución. Debemos hacer algún esfuerzo para estudiar la naturaleza de tales descontentos individualmente considerados.

Porque aquí el método del estudio estadístico de grandes núcleos de revolucionarios, como los jacobinos, no servirá. En su mayor parte, estos afiliados son hombres con una profesión y tal vez algún otro indicio de su estado social. El moderno interés por la historia social y el hombre ordinario ha hecho posible, en verdad, disponer de cierto número de viejos diarios y cartas de tales personas, y la Revolución rusa ha hecho todo lo que ha podido para mantener viva la memoria de aquel trabajador de la fábrica de Putilov o de aquel marinero del *Aurora*. El mismo Trotsky es muy elocuente sobre el papel de esos

heróicos trabajadores, marineros y campesinos en su *Historia de la Revolución Rusa*, y, sin embargo, se las arregla para gastar una gran parte de su tiempo en los grandes nombres, como si fuera un historiador burgués cualquiera. Tenemos, claro es, las delaciones encubiertas —apenas descripciones—, tanto de un lado como de otro. Son demasiado emocionales, por regla general, para atribuirles cualquier valor probatorio, excepto en lo relativo a la intensidad de las emociones evocadas durante la revolución. Incluso en una revolución tan aparentemente suave como la nuestra se encuentra un legalista del que afirma que dijo: «Sería una alegría caminar sobre sangre americana hasta los ejes de las ruedas de mi carruaje». Naturalmente, esos legalistas americanos pensaban que los revolucionarios eran salvajes radicales, intrigantes de ínfima categoría y envidiosa ralea. Por otra parte, la mayoría de nosotros, que fuimos educados sin disfrutar de la historia nueva, nos enseñaron en la escuela a considerar a los *tories* como meros villanos, traidores, gentes moralmente reprochables, sin ninguna característica económica o social que los distinguiera de los malvados de novela, como Simón Legree. Así, en la Revolución francesa, cada bando acusaba al otro de toda clase de deficiencias morales, pero descendiendo raras veces a los destellos efectivos de la vida diaria.

Si por tales razones no nos es dado hacer gran cosa en lo relativo a la psicología política y social de los grandes grupos de revolucionarios, podemos, cuando menos, considerar algunos de los dirigentes con la esperanza de que la lista que acojamos no será demasiado poco representativa. En esto contamos, al menos, con bastante información biográfica. Gracias a obras tan admirables como el *Diccionario de la Biografía Nacional* y el *Diccionario de la Biografía Americana*, podemos incluso destacar muestras de los dirigentes inferiores, los suboficiales de la revolución. Los franceses trabajan ahora en su *Diccionario Biográfico*, que promete ser aún más utilizable que sus análogos anglosajones; pero, como aún no han acabado la letra B, no es de gran utilidad para nosotros. Desde este punto de vista, Rusia es, sin duda, muy difícil; hay una plétora de brillantes comentarios, sobre Lenin, Trotsky y

Stalin, pero hay también muchos contradictores. Sobre las figuras inferiores no existen muchos escritos biográficos dignos de confianza en idiomas occidentales, ni para esta cuestión, en ruso. Sin embargo, podemos observar aquí que la extraordinaria proliferación de nombres supuestos en la Revolución rusa no exime a la mayoría de esos héroes que utilizaron seudónimos de cualquier sentimiento vergonzoso por su pasado criminal o repelente. Muchos fueron, sin embargo, sus crímenes; pero solo contra la opresión zarista. Tal vez, en su origen, existiera alguna idea suavemente melodramática de que esos alias eran útiles frente a la Policía zarista; pero pronto se convirtieron en una mera moda, una novedad revolucionaria.

En este punto, hay cierto peligro de que caigamos en un catálogo terrorista. A riesgo de apartarnos, en apariencia, de una sistematización estrictamente científica, habremos de agrupar los hechos a medida que nos encontremos con ciertos tipos o caracteres humanos. Existe un proceso, seguido con éxito por una gran mayoría de perspicaces observadores de la conducta humana, desde Teofrasto, pasando por Molière, hasta Sainte-Beuve y Bagehot. En ciertos aspectos es quizá un método más sutil para clasificar hombres que la psicología o la sociología normales. Cabe esperar que no sean estos caracteres imaginarios. Si tienen una décima parte de la realidad de Alceste o Harpagón, son más reales que cualquiera de los que se ocupa el sociólogo medio.

Podemos empezar con el gentilhombre-revolucionario, el *superior descarriado,* el hombre nacido en la cumbre, pero que por perversión no quiere continuar en ella. No es este, en modo alguno, una persona sencilla, sin duda, algunas veces resulta una combinación de rasgos revolucionarios en número sorprendente. Hay que admitir que en nuestras cuatro sociedades el disgusto de muchos de estos superiores descarriados frente a los caminos que su clase les ofrece está motivado, parcialmente en apariencia, por su incapacidad de triunfar en ciertas actividades honradas por la clase. No es preciso ser un historiador sagaz para admitir que La Fayatte se rebeló contra la corte de Luis XVI y María Antonieta en parte por lo desdichado de su figura. Por fortuna, la libertad no precisa ser cor-

tejada en un minué. No debemos resultar cínicos en estas cuestiones. El amor a la libertad de La Fayette fue, sin duda, moralmente, algo mucho mejor que si hubiera pretendido honores, mercedes o amantes. Pero debemos inferir de sus acciones que pronto se dio cuenta de que ninguna clase de amor a la libertad le llevaría muy lejos. Y hoy, cuando nos encontramos en alguno de nuestros colegios con un joven de buena crianza que se hace comunista o, cuando menos, marxista, se puede estar casi seguro de que no es capitán del equipo de balompié ni secretario de una de las hermandades colegiales de primer orden, aunque pueda serlo de alguna secundaria. No habremos aquí de aplaudir ni condenar este hecho, sino meramente observarlo.

No obstante, es cínico—y por ello del todo anticientífico—negar que muchos de esos descarriados superiores se movieron también por lo que tendremos que llamar sincero idealismo. Su propio grupo social llega a considerarlos frívolos, tristes, crueles o desalentados. Ellos ven las posibilidades de un mundo mejor. Están influidos por los escritos de los intelectuales que han comenzado a desertar del orden establecido. Vienen a luchar por el reino de Dios en la tierra. Por lo común, naturalmente, están incómodos en este mundo, pero por muchísimas razones, muchas de las cuales no pueden despreciarse simplemente achacándolas a la competencia del psiquíatra. Shelley, que en realidad nunca tuvo una oportunidad de revolución fuera de la poesía, es un ejemplo conocido de este tipo sensitivo, y a menudo, neurótico. Dzerzhinsky, el aristócrata polaco que dio vida a la terrible Cheka, fue un fanático delicado y sincero. El marqués de Saint-Huruge, que figura con mala reputación en los desórdenes y la lucha callejera de la Revolución francesa, estaba, en apariencia, bastante loco y ni siquiera era un caballero. Condorcet, también marqués, fue un caballero y un universitario, y si tenía la natural vanidad, que acompaña por naturaleza a ambas condiciones, y muy poco del sentido que a veces va unido a ella, fue un hombre de corazón amable y sensible.

Otros desertan de su clase y se unen a la revolución por la razón inconfesable, pero en ocasiones muy útil

socialmente, de creer que los síntomas señalan la victoria de la revolución. Estos hombres son, a veces, como Mirabeau, caracteres bastante sombríos, que durante algún tiempo se han comprometido por lo irregular de sus vidas. Otras veces son personas, como Talleyrand, cuidadosas, sensibles, cuyo principal deseo es sostenerse en una situación de honor e influencia y que carecen de todo sentido y lealtad a las nociones abstractas de lo justo y lo injusto. Y es claro, en las primeras fases de nuestras revoluciones, hasta los rusos, llenos de hombres ricos e influyentes, cuya inteligencia o estupidez no eran extraordinarias, se unieron a la revolución porque era la moda y un éxito aparente. A menudo, a estas gentes que nunca tuvieron directamente el Poder político, les halagaba la perspectiva de disfrutarlo: así, el duque de Orleáns, o Bailly, Tereschenko o Konovalov; pero en lo esencial eran seres humanos bastante ordinarios, no más dignos para la hagiografía—cristiana, freudiana o marxista—que cualquiera de nosotros.

Si dejamos de lado a los superiores, aquellos que pertenecen por nacimiento o crianza a las clases directoras y que la revolución aparta y nos volvemos hacia los dirigentes que proceden de clases por debajo de las dominantes, hallaremos la misma grandísima variedad de lo que habremos de llamar trivialmente naturaleza humana. Encontraremos locos, truhanes, idealistas, agitadores profesionales, diplomáticos, lunáticos, cobardes y héroes.

Pero sería inútil negar que entre los que llegan a la cima en los perturbados tiempos de la revolución hay muchos que probablemente nunca hubieran sido conocidos en épocas normales. Algunos, con certeza, habían fracasado en la antigua sociedad; hombres que fueron incapaces de alcanzar los objetivos de su ambición. A pesar de todo lo que ha escrito un defensor tan capaz como el profesor R. L. Gottschalk para demostrar los conocimientos y la respetabilidad de Marat, aún es cierto que, en general, el *Amigo del Pueblo* no fue un triunfador antes de la revolución. Marat fue un autodidacta de humilde extracción, que tenía la costumbre de presentarse con grados académicos y distinciones honorarias que sus biógrafos—e incluso su contemporáneos—no siempre pudie-

ron confirmar. Trató muy tenazmente de agitar el Parnaso de los *philosophes*; pero nunca fue admitido. Como la mayoría de los escritores del ilustrado siglo XVIII, chapoteaba en las ciencias naturales y emergía con una variante de la vieja teoría de la combustión, basada en el flogisto, cuya originalidad y certeza no fue debidamente apreciada por sus envidiosos contemporáneos. Lavoisier y la *nueva química* triunfaban en la década de 1780, y Marat no supo apreciar el significado de la revolución en esta ciencia.

Cuando los Estados Generales se reunieron en 1789, era un intelectual desconectado, un hombre al que se había negado a aceptar aquel pequeño sector de escritores y oradores que en las postrimerías del siglo XVIII disfrutó en Francia de una admiración más unánime por parte del público que la que gozó en ningún momento. En aquella época, ningún francés hubiera podido acuñar un término parecido al de Trust de los Cerebros; pero, de haberlo hecho, no hubiera sucitado comentarios tan irónicos como en la América del siglo XX. Marat, desdeñado por aquellos admirados dirigentes de la opinión, estaba en 1789 lleno de envidia y pleno de odio para todo lo que en Francia estuviera establecido y fuera estimado. Pronto el periodismo revolucionario iba a ofrecerle un extenso campo. Se convirtió en el cancerbero de la revolución, un cancerbero loco siempre en la brecha con su *L'Ami du Peuple,* urdiendo complots contra el pueblo; siempre odiando a los que estaban en el Poder, aun cuando pertenecieran a su propio partido; clamando de continuo por sangre y venganza. Sin duda, un individuo de lo más desagradable, aunque es difícil decir si lo fue más que ciertos periodistas americanos del normal y no revolucionario siglo XX. El periodismo era algo muy nuevo en la Francia de 1790, y la gente esperaba una buena labor. Marat, por lo menos, tenía una excusa: sufría de una enfermedad incurable en la piel, que dio a su vida una tensión nerviosa casi insoportable.

Pero los fracasados no son todos, en manera alguna, del tipo relativamente sencillo de Marat. Sam Adams fue, con certeza, un fracasado, si se le juzga por el patrón de la próspera y precavida Nueva Inglaterra. Sin embar-

go, Adams pudo hacer ciertas cosas perfectamente bien, y si tales cosas no fueron en la década de 1770 tan remuneradoras financieramente como lo son hoy, Adams, por lo menos, recogió recompensas menos tangibles en su propia época y llegó a ser gobernador de Massachussets. Sin duda que las dotes de Adams, como han sido hábilmente analizadas en el estudio de Mr. J C. Miller, son las del propagandista y organizador experto. Es difícil creer que el negocio de la propaganda hubiera dejado hoy sin descubrir y premiar a un hombre de sus cualidades.

Thomas Paine, que se las arregló para verse envuelto en dos revoluciones, la americana y la francesa, es también otro revolucionario que habría subido muy poco antes de la revolución. Cuando se embarcó para América en 1774 tenía treinta y ocho años; ya no era ningún joven. Procedía del sector de los cuáqueros artesanos de East-Anglian, y había recibido una educación superficial, al modo del siglo XVIII, especialmente en las ciencias y en la filosofía de la Ilustración, mientras desempeñaba media docena de trabajos distintos, desde armador hasta tendero. Hizo un matrimonio desgraciado; estuvo por dos veces dentro y fuera del servicio fiscal; adquirió cierta reputación como el *ateo* local de Lewes, en Sussex, y llevó a cabo un fracasado y algo prematuro intento de cabildeo en interés de su compañeros del Fisco.

Este intento, que se tradujo en su segunda y última separación del servicio, le atrajo tambien la atención de Benjamín Franklin, quien le alentó a emigrar. Pero Paine llegó a Filadelfia como muchos otros europeos: un hombre fracasado en busca de un nuevo camino. La revolución se lo proporcionó, y la revista *Common Sense* hizo de él un distinguido publicista. Paine fue el radical de profesión, el periodista batallador, el nacionalista religioso, un hombre que en épocas normales apenas habría sido más que otro Bradlaugh, otro Ingersoll.

Por otra parte, no es infrecuente que la revolución eleve a la cúspide a hombres de actitudes muy prácticas, gentes del tipo que aun los más cautos y tozudos conservadores deben reconocer dignas de respeto. Tales hombres pueden haber vivido en la oscuridad a causa, simplemente, de que nunca han sido molestados; pueden

haber sido víctimas de cierta paralización en la circulación de las minorías selectas, la carrera abierta al talento a que aludíamos en un capítulo anterior. Cromwell es un ejemplo clásico del hombre que pudiera haber permanecido siendo un mero noble rural, con una carrera sin relieve en la Cámara de los Comunes, de no haber sido por la revolución puritana. Del mismo Washington puede hacerse una generalización análoga. A esta cuestión de la pureza de la dirección revolucionaria hemos de volver con frecuencia.

Hasta aquí nada hemos dicho de los sanguinarios, de Carrier y los *noyades* de Nantes, de Collot d'Herbois y los *mitraillades* de Lyón, de aquellos para nosotros innumerables agentes de la Cheka, cuya labor hizo que el reinado del terror francés resulte pálido en comparación, o de aquellos agentes ingleses del llamado impuesto cromweliano de Irlanda, cuya larga efectividad les confiere quizá el máximo entre los terroristas. Más tarde habremos de volver al problema de los métodos terroristas durante el período de crisis de nuestras revoluciones. Lo que aquí meramente nos interesa es señalar que entre el personal de los revolucionarios existe un número de hombres que la posteridad ha aislado como ejemplos de la clase de monstruos que sale a la superficie en las revoluciones. Nadie puede negar este hecho ni tampoco que tales personas sean fáciles de entender, salvo acudiendo a la criminología o a la psicología de los anormales.

El mismo Carrier es un ejemplo del todo exacto de tales hombres. Por mucho que los apologistas republicanos traten de suavizar las melodramáticas relaciones que sus enemigos han acumulado sobre sus actividades en Nantes, queda el hecho que aceleró a tanto las actuaciones de los tribunales revolucionarios, que llegó a ser mucho más fácil arrojar a las personas convictas a las aguas del Loira que esperar por la lenta guillotina. Carrier era un abogado de provincias que había resultado elegido para la Convención al afiliarse a su círculo local y repitiendo los manidos tópicos de la Ilustración. Fue enviado como representante a una misión en Nantes, y parece ser que allí se le vino el poder a las manos. Además, Nantes estaba en el borde de la Vendée, siempre peligrosa, y

Carrier pudo muy bien verse obligado a desembarazarse de sus enemigos en grupo por el temor a la conspiración contra su propia vida. Levantó un audaz frente, fanfarroneó con la ciudad, procuró entretenimientos, habló alto y dejó tras él enconados odios, lo que dio lugar a su caída y condena a muerte cuando terminó el Terror.

Carrier recuerda a uno de los bandidos de Mr. James T. Farrell. Es el bravo, el amante de la vida vivida al borde del melodrama, el neófito ambicioso de poder, el temeroso a las represalias con fines de infantil urgencia. Lo que no se encuentra en Carrier es un amor patológicamente específico al derramamiento de sangre ni una mente desordenada del tipo asociado al nombre del marqués de Sade. Sin duda, esta última clase de locura se encuentra con más frecuencia entre los carceleros, criminales y parásitos de la revolución que entre sus dirigentes, aun siendo de la catadura de Carrier. Y, claro, para mucha gente los actos más turbulentos son obras, en general, de la plebe revolucionaria: por ejemplo, las matanzas de septiembre en París en 1792, que ofrecen cercano paralelo con la historia de los linchamientos en América. Aparece aquí uno de los más sorprendentes ejemplos de crueldad humana; pero no ha de asociarse específicamente con las revoluciones. Los *progroms* y los linchamientos son, por lo menos, tan malos.

La revolución y la plebe no son expresiones intercambiables; es posible, y a menudo así ocurre, encontrar la una sin la otra. La clase de crueldad que más propiamente se asocia a las revoluciones es la crueldad—para ciertas gentes más revolucionarias que la de la plebe—de los asesinatos legales hechos a sangre fría y por principio.

Hay otro tipo que con frecuencia, aunque erróneamente, está predispuesto a llegar a la cima en las revoluciones. Se trata del planificador descentrado, el doctrinario fantástico, el hombre que tiene unas ideas locas para implantar la utopía. Tal vez, durante un corto espacio de tiempo, durante la luna de miel, el lunático tenga influencia, al menos en la imprenta. Pero las revoluciones son asunto serio y que no pueden distraerse con excentricidades. Una vez que se ha establecido la línea de la ortodoxia revolucionaria—aunque, como veremos, es una línea

inflexible y rígida y no anormal y caprichosa—, una vez que esta ortodoxia está establecida, los lunáticos, pacíficos o curiosos, se guardan con siete llaves. Hay revoluciones marxistas, revoluciones en pro de los derechos naturales; pero ninguna por el impuesto único, crédito social, teosofía, vegetarianismo o percepción extra sensorial. Solo en sociedades muy estables, como la Inglaterra victoriana, pueden permitirse poner un Hyde Park a disposición de los locos. Aunque se piense que Cromwell, Washington, Robespierre, Napoleón, Lenin, Stalin, pertenecen todos a este gremio de los locos, habrá que admitir que, en sus momentos de poder, actuaron con bastante dureza sobre unos lunáticos discordantes.

Tampoco es posible aislar un tipo revolucionario con la etiqueta de *criminal, degenerado,* y que se adapte nítidamente a cierto patrón antropométrico. Cierto que se han hecho intentos de esta clase, probablemente por aquellos que mantienen que los revolucionarios poseen un índice encefálico determinado, o que son con preferencia morenos. Es cierto que hay muchos revolucionarios, como Carrier, cuyo comportamiento es el de los criminales en las sociedades estables; pero la proporción de los tales no parece extraordinariamente elevada. Un tipo más característico de revolucionario es el polemista, la persona de mente contradictoria a quien gusta enfrentarse con la muchedumbre de los conformistas. Sin duda, uno de nuestros grupos revolucionarios, los puritanos ingleses, estaba plagado de este anarquismo especialmente vigoroso. No son solamente los individuos los que adoptan esta postura; todo el grupo se opone deliberadamente a la mayoría y la moda. Como escribe un historiador social:

> Cualquier cosa que estuviera de moda es lo que el puritano no llevaría. Cuando estaban en boga las gorgueras, llevaba una gran banda cruzada; cuando las gorgueras estaban olvidadas (1638), y se pusieron de moda las anchas bandas cruzadas de delicado linon adornadas con finos encajes, él llevaba una banda muy pequeña. Los zapatos elegantes eran anchos de puntera; los suyos, estrechos. Las medias de moda eran, por lo general, de cualquier color, salvo el negro; las suyas eran negras. Llevaban las ligas cortas y, sobre todo, el pelo cortado. Incluso a fines del reinado de Isabel, el pelo corto era una señal de puritanismo.

Sin embargo, el tipo se aprecia más claramente en ciertos individuos. John Lilburne, el *Nivelador* inglés, es la virtud encarnada e incómoda. Parece descender de una familia de individuos ásperos, ya que su padre, un caballero de Durham, se dice fue el último inglés que recurrió al derecho feudal de solicitar el juicio por torneo en un pleito civil. Lilburne era firmemente adicto a la disputa, y atacó a los presbiterianos y a los independientes con la misma acritud con que anteriormente lo había hecho a los tribunales. Como escribe un historiador:

> Lilburne fue procesado en casi todos los tribunales del reino, por distintas condiciones, durante un período de unos veinte años, por libelos contra el gobierno del momento, el rey, el Parlamento, la Commonwealth y el Protector.
> Uno de los primeros deberes con que tropezaban los jueces de la Commonwealth era ocuparse de este caballero.

No obstante, parece haber conservado una buena dosis de orgullo social, junto a ese orgullo intelectual y espiritual que es uno de los signos del puritano inglés. En un proceso en 1653, dijo al Juez, un hombre hecho por su propio esfuerzo y de origen artesano, que había subido gracias a Cromwell, que «le iba mejor (al juez) vender dedales y agujas que sentarse a juzgar a una persona tan superior a él». El regicida Henry Marsten, que debía de ser un buen especialista en tales cuestiones, dijo que si el mundo quedara deshabitado y solo existiera John Lilburne se pelearía con John y John lo haría con Lilburne. Sus panfletos están llenos de la rectitud de aquellos que luchan siempre por el derecho y que parecen encontrarse a gusto en la incómoda posición a la que James Russell Lowell asignaba más tarde el derecho de que «la verdad está siempre en los andamios; la mentira, siempre en el trono». Estamos cerca de los mártires.

Sin duda, los motivos de Lilburne eran los más elevados. Creía en la democracia absoluta y sus ideas del sufragio universal, los parlamentos bienales, la tolerancia religiosa y la igualdad ante la ley, habían de conseguir un día una aceptación bastante general en Inglaterra. Pero en 1645 solo un persona muy doctrinaria, solamente un fanático, pudo haber supuesto que estas fases eran de

posible realización inmediata. Lilburne fue solamente un polemista, un cortesano del martirio; fue lo que el mundo llama, por lo general, un idealista, y pone de manifiesto un tipo que se presenta muy frecuentemente en estas revoluciones. No parece prudente aislar ningún ejemplar determinado, como el del revolucionario perfecto; pero si se quiere elegir alguno será mejor examinar, no al amargado por el fracaso, ni al arribista envidioso, ni al loco sanguinario, sino al idealista. Ciertamente, los idealistas son en nuestra época el aglutinante de una sociedad estable y normal. Es bueno para todos que existan hombres de nobles aspiraciones, hombres que hayan pospuesto la hez de este mundo por la pura palabra en aras de la idea y del ideal, tal como lo han conocido los filósofos más nobles. Pero en épocas normales no parece que tales idealistas, al menos en la sociedad occidental, ocupen puestos de mando y de responsabilidad. En los momentos actuales de normalidad estimamos a nuestros idealistas, y, en ocasiones, les otorgamos premios y honores; pero no los elegimos para que nos gobiernen. Y, sobre todo, no les permitimos elaborar nuestra política exterior.

Es evidente que una de las marcas distintivas de una revolución es la siguiente: en momentos revolucionarios el idealista quiere una oportunidad, cuando menos, de ensayar y contrastar sus ideales. Las revoluciones están llenas de hombres con patrones muy elevados de conducta humana; de la clase que ha sido descrita, durante miles de años, con algunas de las palabras o frases que implican los mismos matices que hoy se atribuyen a la palabra «idealista». No tenemos por qué preocuparnos del contenido metafísico ni siquiera semántico del término. Todos conocemos a un idealista cuando lo vemos y, sobre todo, cuando le oímos.

En cualquier sociedad, Robespierre habría sido un idealista. Hay una conocida anécdota referente a la dimisión del joven Robespierre de un juzgado, antes de castigar con una pena de muerte que se oponía a su humanitaria educación ochocentista.

Los historiadores han destrozado esa anécdota, como hicieron con muchas otras; desde las de Washington y el cerezo a la de Alfredo y los pasteles. Pero, salvo en los

aspectos literales más angostos y menos sutiles, tales anécdotas son por lo común «ciertas» en muchos aspectos importantes. La historia de Robespierre indica que fue un buen hijo de la Ilustración. Solo es preciso leer alguno de sus discursos, plenos de las simplicidades, los aforismos morales y las aspiraciones de aquella edad inocente, para darse cuenta de que era muy capaz de dimitir, o de comprar, un juzgado antes que abandonar sus ideales. Sin duda, hubiera matado por ellos.

Esos ideales, tal como se formaron en 1793, podrán resultarnos casi heroicos, y, sin duda, estaban amasados en Robespierre con una buena dosis de ambición personal y vanidad pura. Pero allí estaban: Robespierre quería una Francia donde no hubiera ricos ni pobres; donde los hombres no jugaran, ni se emborracharan, ni cometieran adulterios, estafas, robos ni muertes; donde, en pocas palabras, no hubiera vicios grandes ni pequeños: una Francia dirigida por los hombres más esclarecidos e inteligentes, elegidos por sufragio universal del pueblo, gentes sin deseo ni amor al oficio y que, gustosamente, desaparecieran a intervalos anuales para dar paso a sus sucesores, una Francia en paz consigo mismo y con el mundo; y, con seguridad, esto no es todo. La rectitud personal de Robespierre casi no se discute hoy ni siquiera por los historiadores hostiles a lo que el defendió; en su época, y en especial inmediatamente después de su caída, fue acusado de casi todos los crímenes posibles y delincuencia moral. En realidad no parece haber tenido ni siquiera alguno de los vicios elegantes; ni vino, ni juego, ni mujeres. Los historiadores modernos afirman tener pruebas de que, por breve tiempo, tuvo en París una amante. Si fue así, cabe suponer que habrá sido por motivos higiénicos o, posiblemente, porque durante unas pocas semanas el abogado rural tuvo la idea de vivir como lo hacían los elegantes parisinos. El Robespierre del Terror, sin embargo, se echó esas ideas a la espalda y fue, como el incorruptible, un símbolo vivo de la República de la virtud en su vida pública y privada.

Pero este tipo idealista no es sencillo, ni mucho menos. Cromwell, sin duda, no debiera ser incluido con primera intención en esta categoría, y, sin embargo, hay algo de

investigador puritano en Cromwell, algo que hace su tortuosa política—su doble baraja, sin duda—muy difícil de entender si se insiste en considerar a los seres humanos como entidades lógicamente consistentes. Tanto Lenin como Trotsky son extraños compuestos de idealismo y realismo. Este maridaje entre ambos no quiere decir solamente que uno y otro, en ocasiones, no se valieran de métodos realísticos para alcanzar fines dictados por su ideal. Robespierre, Cromwell, Gladstone o Woodrow Wilson pudieron haberlo hecho. Significa que también fueron capaces de perseguir fines realísticos inmediatos. Lenin fue, sin duda, un propagandista y organizador muy hábil con una gran dosis de lo que llamaríamos aptitud ejecutiva; pero parece, al menos en 1917, que pensó que la revolución mundial estaba a la vuelta de la esquina y que la igualdad económica absoluta podía introducirse inmediatamente en Rusia. La nueva política económica de 1921 es una clara muestra de que Lenin no perseguía en su ideales el amargo final de la derrota y el martirio.

Trotsky tenía una de las mejores inteligencias críticas de los marxistas, y en ciertos momentos era incluso capaz de una especie de escepticismo sobre sus propias finalidades. En la guerra civil de 1917-21 en Rusia, dio pruebas convincentes de sus aptitudes como orador y como hombre de acción obligado por las circunstancias. Sin embargo, el Trotsky de los años del exilio parece haber estado mirando a la luna, lo cual es una definición, tal vez poco amable, del idealismo. Si Trotsky hubiera continuado en el poder podría, sin duda, haber hecho las paces con la burocracia, la desigualdad, el socialismo campesino, la decadencia termidoriana y todos los demás males que más tarde asoció al nombre de Stalin. Y, sin embargo, no parece improbable que esta intransigencia de las obras de Trotsky, esta insistencia en traer inmediatamente el cielo a la tierra, esta disconformidad en acomodar sus objetivos a la debilidad humana o, si se prefiere, a la humana naturaleza, ayude a explicar por qué no se mantuvo en la Rusia posterior a la revolución.

Es evidente que el idealismo sentimental estaba del todo abandonado en la Rusia de 1917. Las ásperas realidades o, en cualquier caso, las ásperas *fórmulas* del socialis-

mo marxista habían sustituido a las ingenuas esperanzas con que la Revolución francesa se había dispuesto a hacer un mundo mejor. En Lenin y Trotsky se puede apreciar cómo este deseo se habían enraizado, y no hay duda de que hubiera triunfado de alguna forma. Es del todo claro que Stalin triunfó así. No obstante, hay un idealista puro entre los dirigentes rusos, que aparecen ante nosotros como una nueva variante del tipo. Se trata de Lunacharsky, durante largo tiempo comisario de Educación, el hombre artista y cultivado del movimiento. A pesar de su pasado como agitador revolucionario, era incuestionablemente un *blando*. Tenía la habilidad de hablar patéticamente sobre la vida, la educación y el arte y transferir un siglo en que resultaba extraño algo de Rouseau o de *Pablo y Virginia*. El mundo debiera estarle agradecido, no obstante, por su gran contribución a impedir la destrucción global de obras de arte identificadas de buenas a primeras con un disoluto pasado capitalista.

Mr. Eric Hoffer, en su interesante libro sobre los movimientos de las masas, *El verdadero creyente*, concluye que las revoluciones son preparadas por *hombres de palabras*—en nuestra terminología, los intelectuales que han desertado—, realizadas por fanáticos—Robespierre, por ejemplo—, y, por último, domeñadas, reducidas a la medida de las sociedades ordinarias por *hombres de acción prácticos*—Cromwell, Bonaparte, Stalin—. Según él, los *hombres de palabra* son intelectuales, desusadamente dotados, que cumplen el papel habitual del intelectual de la sociedad occidental, que se quejan contra este áspero mundo; pero que no todos son aptos para la ardua tarea de la revolución efectiva; y los *hombres de acción*, también según el mismo autor, son en esencia como los hombres de acción en todos los tiempos, ansiosos de ultimar las tareas prácticas de gobierno. El factor real de la dirección de las masas revolucionarias es el *fanático*, el cual es muy a menudo, afirma Mr. Hoffer, el frustrado creador intelectual, el hombre que no ha tenido éxito para impresionar a sus semejantes con su profundidad y visión como pensador y artista. Marat, el científico despreciado; Robespierre, el chapucero del ensayo y del verso en Arrás; Lenin, el ambicioso pensador político que

hubiera querido sobrepasar a Marx o, al menos, a Plejanov; Mussolini, el pretendido intelectual; Hitler, el pintor fracasado, y la mayoría de la muchedumbre de dirigentes nazis, todos encajan nítidamente dentro de esta categoría. Su fanatismo se nutre con su sensación de fracaso personal en el arte creador en el que pensaron sobresalir. Una vez en su papel revolucionario, quisieran destruir la sociedad que no les tuvo aprecio. Son, sin duda, idealistas; pero idealistas amargados, demoníacos, inhumanos, con un egocentrismo superior a toda filosofía aceptable.

Mr. Hoffer señala que los *hombres de palabras*, que tanto hicieron para preparar la revolución, no pueden hacer frente al desorden mismo de la revolución. Y continúa:

> No así el fanático, para quien el caos es su elemento. Cuando el viejo orden empieza a resquebrajarse, se abre camino con todo su poder y falta de escrúpulos para soplar al cielo todo su odio presente. Goza a la vista de un mundo que está llegando a un súbito final. ¡Al diablo las reformas! Todo lo que ya existe es ruina y no hay razón para reformar las ruinas. Justifica su deseo de anarquía con la plausible afirmación de que no puede existir ningún principio nuevo en tanto el viejo obstruya el paisaje. Aparta a un lado a los aterrorizados hombres de palabras, si aún están presentes, aunque continúa ensalzando sus doctrinas y vociferando sus consignas. Solo él conoce los más íntimos anhelos de las masas en acción: el anhelo de comunión, de agrupamiento de la multitud, de disolución de la individualidad maldecida en la majestad y grandeza de un todo poderoso. La posteridad es reina; y daña a aquellos que dentro y fuera del movimiento, halagan y se apoyan en el presente.

Hay, por último, el hombre que puede contener a la masa conjurada: el orador revolucionario. Puede catalogarse como un idealista, porque aunque una parte de su papel sea lanzar a la masa a los actos de violencia, es más típicamente el amansador, el sacerdote, el creador del ritual, el hombre que mantiene a las masas unidas. En este papel apenas es preciso que sus palabras tengan algún significado; aunque, por lo común, puedan ser analizadas más allá de las manifestaciones y aspiraciones agradables.

Una gran parte de Robespierre cae bajo esta rúbica, lo

mismo que Patrick Henry, Vergniaud, Tseretelli. El tipo, sin duda, existe en todas las sociedades normales y, por lo común, goza de estimación. Parece que en la revolución rusa Zinoviev desempeñó un papel parecido. Lenin se dio cuenta de la utilidad de Zinoviev como orador e incluso como una especie de amo de Petrogrado, pero parece haber sentido un desprecio total hacia su juicio e inteligencia.

V. RESUMEN

En resumen, parece claro que hacen falta tantas clases de hombres y mujeres para hacer una revolución como para hacer un mundo. Es probable, especialmente en sus períodos de crisis, que nuestras revoluciones empujaran a lugares de preeminencia, e incluso de responsabilidad, a hombres que en sociedades normales o sanas no hubieran alcanzado semejantes puestos. En especial, las grandes revoluciones parecen haber concedido el poder, durante los períodos de crisis, a idealistas extremados que, de ordinario, no lo hubieran alcanzado. Parece también haber facilitado el marco para algunos talentos especiales, como el de Marat, para el periodista sensacionalista y corruptor de una especie muy vivaz. Sin duda, los revolucionarios crean un número de lugares vacíos que hay que llenar, y ofrecen una oportunidad para los jóvenes despiertos, que también pueden ser gentes sin escrúpulos. Es probable que aseguren, asimismo, un poco más de atención pública, al menos durante cierto tiempo, para el rebelde y el descontento crónicos, así como a la lunática horda de buhoneros de las panaceas sociales y políticas.

Pero las revoluciones no rehacen a la Humanidad; ni siquiera hacen uso de un conjunto de hombres y mujeres completamente nuevo y hasta entonces ignorado. En las cuatro revoluciones que estudiamos, incluso en la rusa, el estado llano se componía de hombres y mujeres ordinarios por completo, tal vez un poco superiores a sus congéneres, menos activos en energía y voluntariedad para experimentar, y en las Revoluciones inglesa, americana y francesa, incluso en su períodos de crisis, eran

gentes acomodadas. Estos revolucionarios, en general, no padecían de nada que requirieran la presencia del psiquíatra. No eran, por cierto, gentuzas, ladrones, truhanes: la hez de este mundo. No eran tampoco gusanos revueltos. Ni tampoco, en modo alguno, fueron su dirigentes gentes inferiores elevadas repentinamente a puestos de mando que no pudieran ocupar por medios propios. Está fuera de duda que en el desorden de las revoluciones un gran número de truhanes llegan a la cima, aunque también puede ocurrir así sin beneficio para la revolución, como se demuestra ampliamente con un examen somero de algunas de las fases de la administración de los Grant o los Harding. Pero el nivel de capacitación, casi en sentido técnico; la aptitud para manejar hombres y administrar un sistema social complejo; el nivel de aptitud que sugieren nombres como Hampden, Pym, Cromwell, Washington, John Adams, Hamilton, Jefferson, Mirabeau, Talleyrand, Carnot, Cambon, Danton, Lenin, Trotsky y Stalin, es ciertamente muy alto.

Este no quiere decir, de ninguna manera, la paradoja que no existan diferencias reales entre las revoluciones y las épocas ordinarias. Por el contrario, especialmente en sus períodos de crisis, las revoluciones no se parecen a nada en este mundo. Pero no se pueden explicar, en general, las diferencias entre las sociedades en revolución y las sociedades en equilibrio, suponiendo que durante la revolución opera un equipo nuevo por completo; afirmando, si se siente aversión por una revolución determinada y por toda su obra, que los truhanes y los vagos han superado a las personas decentes; o si se siente agrado y aprobación por una determinada, que los héroes y los prudentes expulsaron al antiguo bando corrompido. No es tan sencillo como todo eso. Puesto que, por lo general, los elementos de prueba parecen demostrar que los revolucionarios son más o menos una representación intermedia de la humanidad común, una explicación del hecho indubitable de que, durante ciertas fases de la revolución, se comportan de forma que nunca se hubiera esperado se condujeran tales personas, tiene que ser los cambios operados en ellos por las condiciones de su bajo nivel de vida y de su medio ambiente revolucionario.

CAPITULO V

EL GOBIERNO DE LOS MODERADOS

I. EL PROBLEMA DE LOS MODERADOS

En el verano de 1792, La Fayette, con algunos de sus oficiales, abandonó el ejército francés y cruzó las líneas austríacas. Inmediatamente fue puesto en prisión por los austríacos, para quienes constituía un peligroso foco de infección. Sin embargo, La Fayette fue héroe mucho más afortunado que una gran parte de su camaradas de 1789, que prefirieron quedarse en Francia y fueron guillotinados como peligrosos reaccionarios y contrarrevolucionarios. Fedor Linde, un socialista moderado, que en abril de 1917 llevó al regimiento finlandés a una demostración tumultuosa contra Miliukov, aún más moderado y partidiario de los aliados, fue mas tarde enviado al frente como comisario del Gobierno de Kerensky y allí fue muerto en un motín de los soldados, que rehusaban obedecer sus órdenes. En 1647, Denzil Holles, que ya aparece pasaje-

ramente en 1629, cuando ayudaba a mantener sentado en su sillón al presidente de la Cámara, fue eliminado en el Parlamento junto con otros diez presbiterianos por «atentar a los derechos y libertades de los súbditos». Es verdad que retornó por breve tiempo a su escaño, en 1648; pero pronto tuvo que escapar a Francia para salvar la vida. Una frase famosa de Vergniaud, moderado francés, fija claramente la cuestión: «La revolución, lo mismo que Saturno, devora a sus hijos.»

En estas revoluciones fue corta la luna de miel; muy pronto, tras la caída del antiguo régimen, empezaron a aparecer signos evidentes de que los triunfadores no estaban tan unánimes sobre los procedimientos para rehacer el país como parecía en los primeros discursos y ceremonias triunfales. En nuestras cuatro sociedades, los que se hicieron cargo directamente del mecanismo de gobierno eran hombres de la clase llamada, por lo común, moderada. Representaban el sector más rico, mejor conocido y de mayor altura de la antigua oposición al Gobierno, y solo se esperaba que ellos pudiesen tomar posesión de aquel Gobierno. Cierto como hemos visto, que el asumir la responsabilidad fue un acto casi espontáneo. Tan fuerte en este sentimiento, que los moderados hubieran tomado para sí el poder que prevalecía, incluso en Rusia, en aquel febrero de 1917. Hoy nos resulta lo mismo que si una coalición socialista de cualquier clase—grupos de socialistas, revolucionarios y mencheviques, con la posible adhesión hasta de los bolcheviques—hubiera asumido el poder limpiamente en aquel mes. Los cadetes y otros grupos burgueses tenían, sin duda, poca raigambre en el país, a pesar de lo cual Lvov y sus bienintencionados moderados no tuvieron gran dificultad para asumir el mando, nominal cuando menos, en las primeras semanas.

Una vez en el poder, los moderados demostraron tener menos homogeneidad y disciplina de partido que la que parecía cuando estaban en la oposición. Se enfrentaron con la difícil tarea de reformar las instituciones existentes, o de elaborar una nueva constitución, cuidando al propio tiempo de la tarea ordinaria de gobierno. Muy pronto se enfrentaron con enemigos armados y se vieron envueltos en una guerra civil o con el exterior, o con ambas a un

tiempo. Tropezaron con un grupo cada vez más fuerte e intransigente de radicales y extremistas que insistían en que los moderados intentaban paralizar la revolución, que la habían traicionado, y que eran tan malvados como los dirigentes del antiguo régimen —mucho peor, sin duda, ya que eran traidores a la par que locos y truhanes—. Tras un período breve en Rusia, más dilatado en Francia e Inglaterra, vino una demostración de fuerza entre moderados y extremistas, muy semejante en muchos aspectos a la anterior entre el antiguo Gobierno y los revolucionarios, y los moderados fueron derrotados. Luego, el destierro, el encarcelamiento antes del final ante el verdugo, la guillotina o el pelotón de ejecuciones o, si tuvieron suerte o eran lo bastante oscuros, la desaparición del horizonte y el olvido. Los extremistas se hicieron, a su vez, cargo del poder.

Este proceso no fue exactamente igual en la Revolución americana, donde, en términos generales, puede decirse que los extremistas, análogos a los independientes, los jacobinos y los bolcheviques, no consiguieron el dominio indiviso. No obstante, como habremos de ver, ya en los primeros momentos del proceso revolucionario americano hubo lucha entre moderados y radicales, que terminó con la victoria de los últimos. El fruto de esa victoria fue la Declaración de Independencia.

Podemos, por tanto, decir que en nuestras cuatro revoluciones hay una tendencia a que el poder se desplace de la derecha hacia el centro y a la izquierda, desde los conservadores del viejo régimen a los moderados y de estos a los radicales o extremistas. A medida que el poder se mueve a lo largo de esta línea se hace cada vez más concertado, se estrecha de continuo en su base en el país y en el pueblo, ya que en cada crisis importante el grupo derrotado queda desplazado de la política. O, para decirlo en otras palabras, después de cada crisis los triunfadores tienden a fraccionarse en un sector más conservador, que retiene el poder, y otro más radical, que nutre la oposición. Hasta una cierta fase, cada crisis representa el triunfo de la oposición radical, aunque los detalles de este proceso varían naturalmente de una revolución a otra y sus estadios no tengan idéntica duración ni la misma

secuencia de tiempo. En América, el poder no se desplazó nunca a la izquierda tanto como en otros países.

Sin embargo, esta lucha entre los moderados y extremistas constituye una fase de nuestra revolución, tan definida como las que hemos estudiado en anteriores capítulos, y su misma existencia nos proporciona una uniformidad útil, aunque algo simplista. Antes de pretender introducir algunos refinamientos en esta observación, antes de intentar discernir uniformidades en la conducta de moderados y extremistas, debemos revisar brevemente el curso de los acontecimientos durante el gobierno de los moderados.

II. ACONTECIMIENTOS DURANTE EL GOBIERNO DE LOS MODERADOS

El estallido de la guerra civil en el verano de 1642 enfrentó con las armas a los realistas y a los parlamentarios. Los resultados de la batalla de Marston Moor en 1644, y sobre todo la de Naseby en 1645, hicieron que la causa realista fuera, en el sentido militar, cosa perdida. Pero los parlamentarios habían ganado su revolución casi desde que se produjo la primera ruptura franca con el rey Carlos. Los realistas no hicieron sino desempeñar, con mayor efectividad, el papel de los legalistas en América, el de los realistas y clericales en Francia, el de los *émigrés* en el extranjero y el de los numerosos ejércitos blancos que en Rusia se opusieron a los bolcheviques hasta 1921. Aquí no nos interesan tanto los realistas como los parlamentarios, dentro de cuyo grupo hay, desde 1642 en adelante, una escisión cada vez más evidente en fracciones que podemos llamar, en términos aproximados, moderados y extremistas.

Esta división no es, en primer término, una mera escisión en dos partidos. En la extrema derecha de los parlamentarios había unos cuantos episcopalianos moderados con algo de ideas puritanas; también algunos monárquicos constitucionales. Una gran parte de ese grupo era,

en general, indiferente a las cuestiones religiosas y pensaba que los asuntos eclesiásticos se arreglarían por sí solos lo suficiente si las dificultades políticas podían resolverse. Entre estas gentes y los realistas moderados, que prefirieron, aun con cierta vacilación, continuar al lado de su rey, había en realidad muy poca diferencia. Vino luego el gran partido moderado, presbiterianos de religión, puritanos de ética, monárquicos de corazón, pero monárquicos en el sentido que había de constituir la tradición de los *whigs*: el monarca que reina, pero no gobierna. El ala izquierda de los presbiterianos, pronto desilusionada con la idea de la monarquía por su aversión al rey Carlos, se fundió fácilmente con el grupo principal de los extremistas. En la revolución inglesa reciben estos el nombre de independientes, calvinistas extremados que insistían en la independencia de cada congregación aislada. Sus ideas sobre el gobierno de la Iglesia eran, en sustancia, las que se conocen en América como congregacionalismo. Junto a ellos, y para la mayoría de los fines políticos, había otros grupos que posteriormente dieron origen a los no conformistas o disidentes ingleses en especial los baptistas. El Nuevo Ejército, mediante el cual estos radicales lograron constituirse en una fuerza efectiva de la revolución, incluía individualidades que confesaban casi todos los tipos concebibles de creencias evangélicas y una gran variedad de opiniones económicas y sociales; pero el grupo actuó como tal y su núcleo era, sin duda, los independientes. En la izquierda existían otros grupos: los niveladores, las cavadores, los partidiarios de la Quinta Monarquía, a todos los cuales nos referimos en un capítulo posterior.

El hecho de que los episcopalianos, los presbiterianos y los independientes sean, respectivamente, en la Revolución inglesa, conservadores, moderados y extremistas, es algo confuso para el lector de nuestros días. Para los idealistas a la antigua, esos ingleses del siglo XVII luchan por cuestiones religiosas y por ideales, y le parece absurdo asimilarlos a los franceses que peleaban por la libertad, la igualdad y la fraternidad mundiales, y les sorprende que se les compare con los rusos, que luchan por crudos intereses económicos. Por otra parte, el moderno con-

verso a la interpretación económica de la historia es probable que considere esas diferencias religiosas como meras *ideologías* o pretextos para una lucha que, en realidad, era de mero carácter económico. Para él, los presbiterianos eran pequeños nobles o negociantes burgueses; los independientes, comerciantes de igual clase, artesanos y agricultores hacendados, que disputaban tras haberse desembarazado de las clases superiores feudales. Tanto los idealistas como los materialistas se equivocan aquí claramente. La política, la economía, el gobierno de la Iglesia y la teología están mezclados de un modo inexplicable en el pensamiento y en el corazón de los ingleses del siglo XVII. Sus conflictos son pugnas entre seres humanos, no entre abstracciones filosóficas, económicas o sociológicas. Habremos de observar aquí las formas en que se produjeron esos conflictos, a los cuales es conveniente considerar desde muchos puntos de vista, como la secuencia del dominio de los conservadores primero, de los moderados después y, por último, de los extremistas. Naturalmente, esos conservadores, moderados y extremistas, no fueron idénticos a otros grupos similares en ulteriores revoluciones. Comparados con los hombres de 1789 o de 1917, leían libros distintos, disputaban sobre diferentes ideas lo mismo que llevaban distintas tropas. Y, sin embargo, el curso de sus revoluciones ofrece una sorprendente identidad con las demás que estudiamos en el aspecto de la relación entre la organización política y los temperamentos humanos. Los *compromisarios* presbiterianos fueron desplazados por hombres más decididos y extremados, lo mismo que los *feuillants* y los girondinos en Francia y los cadetes y los grupos compromisarios socialistas en Rusia.

Bajo la dirección de la Asamblea de Westminster, un sínodo presbiteriano que empezó su reuniones en el verano de 1643, la parte de Inglaterra sometida al Parlamento fue incluida en el famoso convenio escocés. Se suprimieron cruces, imágenes y crucifijos; se quitaron las vidrieras de las iglesias; se alargó la duración de los sermones y se simplificó la liturgia. El Parlamento se trocó en la ley suprema del país; pero ya había síntomas de que el dominio presbiteriano no iba a continuar inatacado. La

batalla de Marston Moor no fue una victoria presbiteriana. Fue ganada por Cromwell y sus *ironsides,* y estas gentes no eran buenos presbiterianos, sino independientes, y algunos anabaptistas, antinomianos ¡y Dios sabe qué más! Se dice que alguien se quejó a Cromwell porque uno de sus oficiales era anabaptista, a lo que contestó: «Admitiendo que lo sea, ¿le hará eso incapaz de servir al público? Procure no ser tan exigente... con aquellos a los que solo se les pueda objetar que no estén de acuerdo en todos los puntos relativos a las cuestiones religiosas.»

Cuando el nuevo Ejército fue sacado del núcleo de los *ironsides* de Cromwell y ganó la batalla de Naseby, el ejército y el Parlamento, los independientes y los presbiterianos, los extremistas y los moderados, se vieron enfrentados en diversas cuestiones, especialmente en la tolerancia religiosa y en lo que había de hacerse con Carlos I. Los presbiterianos querían una Iglesia oficial del Estado, edificada según sus propias ideas del gobierno de la Iglesia y la teología con un mínimo de tolerancia frente a los papistas y prelatistas en el sector derechista y las sectas de izquierda, y lo que deseaban más abiertamente era un rey, aunque fuera Carlos Estuardo. Los independientes querían lo que ellos llamaban tolerancia. Cierto que ellos no entendían por tolerancia religiosa lo que un inglés o un americano del siglo XVIII, y cuando consiguieron el poder estuvieron muy lejos de practicar la tolerancia, ni siquiera en el sentido en que la habían predicado. Pero, al menos mientras estuvieron en la oposición, admitían que las creencias religiosas eran un asunto personal y que el Estado no debería pretender imponer idénticas prácticas religiosas y organización sobre sus ciudadanos. En cuanto al rey, la mayoría de ellos, en 1645, estaban seguros de que Carlos Estuardo nunca serviría. Cromwell no fue nunca, probablemente, un republicano doctrinario, pero sí lo era una gran mayoría de sus seguidores.

Ningún acontecimiento aislado señala con exactitud la transferencia del poder de los moderados a los extremistas en Inglaterra. El proceso había llegado bastante lejos cuando en 1646, en Holmby House, Cornet Joyce, miembro del ejército, capturó al rey mientras se disponía a ir

al Parlamento a consentir en gobernar tres años como rey presbiteriano. Dicho proceso estaba casi ultimado cuando dos meses más tarde el Parlamento, por dictado del ejército, aceptó, aun con desagrado, la exclusión de once de sus miembros, dirigentes caracterizados del grupo presbiteriano. El rey Carlos aprovechó la ocasión que esta disputa le brindaba para intentar aprovecharla en propio interés. Sus complicadas intrigas solo terminaron en una breve guerra entre los presbiterianos escoceses y los partidiarios de Cromwell, en la cual, por un momento, los moderados parecían llevar la mejor parte. Cromwell derrotó a los escoceses en Preston Pans, en agosto de 1648, y el ejército obtuvo el dominio indiscutido de la Gran Bretaña. Después de esto, el fin formal de los moderados en la purga de Pride, en diciembre, careció de importancia. El coronel Pride y unos cuantos soldados se estacionaron en la puerta de la Cámara de los Comunes para prohibir la entrada de los miembros indeseables a medida que fueron llegando. Noventa y seis presbiterianos fueron así excluidos, quedando un grupo de cincuenta o sesenta miembros con voto, en quienes podían confiar los extremistas. El Parlamento Largo se había convertido en el Parlamento Rabadilla (1).

En América, el conflicto no tuvo nunca perfiles tan claros. Puede decirse que los conservadores eran aquellos legalistas que nunca se quejaron, en realidad, del Gobierno imperial; los moderados fueron los comerciantes y ricos terratenientes, que, en cierto sentido, empezaron el movimiento mediante su repulsa de la Ley del Timbre, y los radicales estaban constituidos por un grupo desunido, que, por último, proclamó la Declaración de la Independencia. Había, pues, una especie de triple lucha entre esos grupos, en los diez años anteriores a la ruptura de las hostilidades con el ejército británico. En esta lucha, los radicales demostraron una extraordinaria habilidad técnica para la política práctica de la revolución. John Adams habría de escribir más tarde de las organizaciones que, partiendo de los comités de correspondencia y de seguri-

---

(1) *Rump Parliament*, Parlamento Rabadilla (o asentadera), llamado así por los realistas. *(N. del T.)*

dad locales, llegaron hasta los congresos continentales: «¡Qué mecanismo! Francia los imitó y produjo una revolución... y toda Europa se inclinaba a copiarlos con la misma finalidad revolucionaria.»

En realidad, los radicales obtuvieron su victoria decisiva al organizar, como lo hicieron, el primer Congreso continental en 1774. El profesor A. M. Schlesinger Sr. resume admirablemente la labor de este Congreso.

> Los radicales habían conseguido varios fines importantes. Reprodujeron en una escala nacional el tipo de organización y las clases de tácticas que en muchas partes de la América británica habían permitido a una minoría determinada hacerse con el dominio de los negocios públicos..., tomaron de la clase comerciante las armas de que se había valido esta en años anteriores para mejorar sus propios intereses y que luego volvieron contra ella en un intento para conseguir los fines que solo los radicales deseaban. Por último, habían definido—nacionalizado—la cuestión en peligro del modo conveniente para prestigiar los grupos radicales, dondequiera que estuvieran, y debilitar la situación de los elementos moderados sobre la base de que estos últimos estaban en discrepancia con el Congreso continental.

La toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789 selló en Francia la derrota del grupo más conservador, los auténticos realistas. No duró largo tiempo la armonía entre los revolucionarios victoriosos y el proceso de transmisión del mando a la izquierda empezó a los pocos meses. En octubre del mismo año, el rey y la reina fueron tempestuosamente devueltos a París desde Versalles; es lo que se conoce como los *días de octubre.* Estos acontecimientos enviaron al destierro a los dirigentes de los conservadores moderados, hombres como Mounier, gran admirador de la Constitución inglesa y que deseaba para Francia una legislatura bicameral con una Cámara de los Lores, otra de los Comunes y un rey auténtico. En los años inmediatos, un grupo de moderados, cuyo centro estaba constituido por regentes como Mirabeau, La Fayette y los Lameth, tropezaron con la oposición de un grupo de radicales encabezados por hombres—Pétion, Robespierre, Danton, Brissot—que pronto habrían de ser dirigentes de los grupos republicanos rurales de la Gironda y la Montaña, pero en aquel momento unidos contra los moderados. Estos

pudieron hacer la Constitución e iniciar el nuevo régimen; pero la guerra entre Francia y las potencias de la Europa central, Austria y Prusia, hizo que ciertas previsiones de la Constitución, en especial las relativas a la religión y la monarquía, fracasaran en la práctica. El propio rey Luis se hizo sospechoso de traición para muchos de sus súbditos, y en el desorden de la política general los activos y bien organizados radicales dieron al traste con la monarquía en el famoso ataque al palacio de las Tullerías en París, el 10 de agosto de 1792.

Los monárquicos declarados y los reformadores liberales templados por La Fayette quedaron así excluidos del poder y Francia se convirtió en una república. Pero la derrota final y crítica de los moderados en Francia tiene su verdadera fecha el 2 de julio de 1793. En cuestiones de esta naturaleza, como en todo fraccionamiento de los acaecimientos históricos en períodos, hay legítimas diferencias e interpretaciones. Los conservadores, los moderados y los radicales y extremistas no son en ninguna de nuestras sociedades grupos netamente destacados y definidos, ni tampoco el desplazamiento del mando de uno a otro es, a menudo, un acontecimiento simple en el que todos estén de acuerdo. Se podrá opinar que ningún moderado pudo haber votado el fin de la monarquía francesa. No obstante, parece que el ala derecha de los republicanos, que la Historia llama los girondinos y sus contemporáneos conocieron por los *brissotins,* fueron en realidad moderados, a los que las circunstancias obligaron a actuar en forma que para ellos fue radicalmente desagradable y extremada. En especial, no deseaban la muerte del rey. Eran en su mayoría burgueses prósperos, hombres de leyes e intelectuales, y después del proceso del rey, en enero de 1793, adquirieron la plena certeza de que la revolución había ido demasiado lejos y debía paralizarse. Cualquiera que hubiese sido su pasado, se habían convertido entonces en moderados. En los primeros meses de 1793 habían perdido el dominio del círculo jacobino de París y con él el de la mayoría de los demás círculos revolucionarios y de la totalidad de las organizaciones que ayudaron a los radicales a alcanzar sus objetivos en los primeros días de la revolución. Eran incapaces de

asegurarse el apoyo de la masa vacilante y más o menos neutral de los diputados de la Convención llamados *puros*. Sus enemigos estaban mejor organizados. Eran más agresivos y tal vez menos escrupulosos. Lo cierto es que tuvieron más éxito.

Lo mismo que con los presbiterianos en Inglaterra, surgió la petición de que estos dirigentes moderados fueran excluidos de la Convención y puestos en prisión. En una compulsa de fuerzas que tuvo lugar en dicha Convención el 2 de junio de 1793, los extremistas se ocuparon de rodear el lugar de la reunión con milicianos parisinos simpatizantes, respaldados por una muchedumbre grande y hostil. La Convención intentó mantener la dignidad de su representación y se negó a permitir la detención de los veintidós miembros que pedía la Montaña. Con su presidente a la cabeza, desfilaron solemnemente para asegurar el respeto a su posición como depositarios de la voluntad popular. Los diputados dieron una vuelta por los jardines, tropezando con un amenazador muro de bayonetas en cada puerta y un *pueblo* que tenía su propia voluntad. Retornaron adentro y votaron el arresto de los veintidós girondinos. Los radicales *montagnards* tenían ya el mando absoluto.

Los acontecimientos se movieron bastante más de prisa en Rusia, pero su consecuencia es casi idéntica a la de Inglaterra y Francia. El primer Gobierno provisional, encabezado nominalmente por el príncipe Lvov, en realidad, por Miliukov, se componía en su mayor parte de cadetes, el ala izquierda de los grupos de la clase media en la antigua Duma, pero que en la terminología política occidental se clasificarían de *progresivos*, *liberales* o *demócratas*. Había varias representaciones de grupos más conservadores y solamente un socialista, Kerensky. Después de menos de dos meses de vida, este Gobierno cayó frente al problema de continuar una guerra *imperialista* al lado de los aliados. Miliukov fue obligado a dimitir, por su excesiva complacencia para el imperialismo aliado, y cierto número de mencheviques y socialrevolucionarios aceptaron puestos en el nuevo Gobierno. En el mes de junio, Kerensky tomó la dirección formal tras una crisis, y en septiembre los cadetes fueron definitivamente desplaza-

dos, dejando a Kerensky al frente de un Gobierno socialista muy poco firme y moderado.

Los socialistas, que consintieron esta cooperación con los gobiernos burgueses para continuar la guerra, fueron bautizados por los bolcheviques como *transigentes*. Estos socialistas procedían de casi todas las facciones en las que se había fraccionado esta creencia política en el siglo XX en Rusia, donde las habituales diferencias doctrinales dentro del marxismo estaban complicadas con otras que, apoyándose en la historia rusa, pretendían un peculiar comunismo aldeano de raíces eslavas. En la situación rusa específica, estos socialrevolucionarios, trudoviques, narodniques y mencheviques, han de calificarse de moderados. No esperaban introducir la dictadura del proletariado; ansiaban ganar la guerra y estaban dispuestos a hacer uso de métodos prlamentarios para asegurar la reforma social. Durante largo tiempo habían desconfiado de los cadetes; pero, bajo la fuerza de los acontecimientos, aceptaron cooperar con ellos. Por su parte, los cadetes sufrieron la suerte de los episcopalianos puritanos y los *feuillants*; fueron empujados por sus colaboradores hacia la izquierda.

Los bolcheviques se negaron a tomar parte en cualquiera de estos gobiernos. Insistían en que la revolución burguesa de febrero habría de seguir, más pronto o más tarde, la revolución proletaria que Marx había predicado y predicho. Lenin, que regresaba de un destierro en Suiza en el mes de abril, para disfrutar de unos cuantos meses de libertad burguesa, decidió que la revolución proletaria podía estallar en Rusia. Su partido no estaba, ni mucho menos, en unánime acuerdo; pero bajo su dirección, la pequeña banda se mantuvo unida, y los desatinos de los transigentes, junto con la herencia de derrota y desorganización, le sirvió para su juego. En julio, un levantamiento prematuro de los obreros en Petrogrado, fue organizado con carácter local y de mala manera por alguien del partido, y su fracaso obligó a Lenin a esconderse y envió a la cárcel a Trotsky y a Lunacharsky. El subsiguiente movimiento pendular hacia la derecha terminó con el intento abortado del general Kornilov de marchar sobre Petrogrado, y en todo este proceso los bolcheviques lo-

graron, gradualmente, un nuevo valor y un nuevo apoyo. Desde su escondrijo, Lenin siguió siendo la mano directora. Trotsky fue libertado y elegido presidente de un Soviet de Petrogrado, ya bajo el dominio bolchevique. Lenin, que había regresado secretamente a Petrogrado, presidió una reunión final del Comité central del partido, donde se dicidió la insurrección. En una magistral exhibición de técnica revolucionaria, un Comité militar revolucionario se aseguró la guarnición de Petrogrado, mientras otros grupos urdieron desjarretar la prensa y las comunicaciones, y en el día convenido los bolcheviques se apoderaron de Petrogrado con dificultades sorprendentemente pequeñas y casi sin derramamiento de sangre. Incluso el sitio del Palacio de Invierno, que constituye el punto culminante del levantamiento, tiene un matiz de ópera cómica. La revolución de octubre en Petrogrado fue casi tan incruenta como la purga de Pride el 2 de junio de 1793 y los sucesos correspondientes en las revoluciones inglesa y francesa. En Moscú hubo verdadera lucha; pero también allí ganaron los bolcheviques en una semana. Kerensky huyó, y el dominio de los moderados terminó en Rusia.

III. DOBLE SOBERANIA

La Revolución rusa proporciona el ejemplo más claro de una uniformidad que existe bajo aquella otra algo superficial constituida por la secuencia del Poder, desde los conservadores a los extremistas, pasando por los moderados; desde la derecha, al centro y a la izquierda. Esto es, a la vez, una institución y un proceso, o, mejor dicho, un proceso que actúa a través de un conjunto de instituciones muy similares. Los teóricos e historiadores de la Revolución rusa lo denominan *dvoevlastie,* palabra que usualmente se traduce por doble mando, pero que encierra algunos matices que hacen que su mejor traducción sea, tal vez, la de doble soberanía. Tenemos que dedicarnos brevemente al estudio de la situación general a que esta palabra se refiere.

El problema de la soberanía ha sido suficiente en sí mismo, durante largo tiempo, para constituir la ocupación y la delicia de centenares de filósofos de la política. Otras tareas nos obligan también aquí a abstenernos de estos deliquios filosóficos. En una sociedad occidental normal es muy fácil tropezar con la dificultad o la imposibilidad de localizar a cualquier persona o grupo de personas que posea el poder autoritario definitivo para decidir cuestiones relativas a lo que la sociedad ha de hacer. Desde el punto de vista de la descripción de los procesos sociales, los pluralistas parecen estar del todo en lo cierto. Incluso las políticas más amplias de un Estado moderno resultan la consecuencia de un tal elaborado proceso natural de ajuste de los deseos de grupos de oposición, que constituye una insensatez afirmar que tales políticas están determinadas por un *soberano* único e identificable. Y, sin embargo, en una sociedad normal hay, cuando menos, una cadena coordinada de instituciones, mediante la cual los grupos en oposición ajustan finalmente sus conflictos, por el momento, al menos, a la acción. Esa coordinación puede parecer ineficaz e irracional cuando se la analiza académicamente, y puede ser también tan complicada que incluso los políticos que la hacen funcionar no la comprendan, porque, a menudo, los hombres no se dan cuenta de cómo hacen con éxito las cosas que hacen.

Pero funcionan, y mediante aquella cadena de cuestiones del día se deciden o se olvidan, que es también un modo de decidir. Los que no están conformes con la decisión pueden intentar modificarla según una gran diversidad de acciones, desde la citación a la conspiración o el sabotaje. Los grupos numerosos o socialmente potentes pueden, en condiciones favorables, ir más allá y anular una decisión adoptada: todo el mundo pensará en el ejemplo de la Enmienda Décimoctava de los Estados Unidos. Lo general, sin embargo, es que las decisiones se conviertan en ley y la desobediencia declarada constituya un delito.

Cuando otra cadena de instituciones de carácter contradictorio ofrece otro conjunto de decisiones opuestas, surge entonces la doble soberanía. Dentro de la misma

sociedad, dos grupos de instituciones, dirigentes y leyes exigen obediencia; no es un aspecto particular sino en las entrelazadas series que constituyen la vida del hombre medio. Así, la anulación de la Enmienda de la Prohibición por muchos ciudadanos en grandes sectores de los Estados Unidos, no significó en sí misma que existiera en ese país una situación revolucionaria de doble soberanía. Pero si una anulación semejante se extendiera, es decir, por una fuerte coalición de la Federación Americana del Trabajo y el Comité para la Organización Industrial desde la Enmienda Catorce al derecho común de la propiedad; si esta coalición impusiera sus leyes a los obreros en las fábricas; si absorbiera muchas de las funciones de la autoridad local relativas a los mercados, la sanidad, la policía y otras, tendríamos, sin duda, una doble soberanía. Estaríamos, en realidad, frente a un estado de cosas algo parecido al de Rusia en el verano de 1917.

Sin embargo, en *todas* nuestras revoluciones el Gobierno legal encuentra, una vez que ha dado los primeros pasos de auténtica revolución, una oposición que está constituida no solo por la hostilidad de partidos e individuos—cosa que ocurre a todo Gobierno—, sino por un Gobierno legal mejor organizado, con mejor personal y mejor disciplina. Este Gobierno rival es ilícito, desde luego, pero no todos sus dirigentes y seguidores pretenden, con plena conciencia, suplantar desde el principio al Gobierno legal. Muy a menudo se ven a sí mismos como un mero suplemento de aquel y quizá también como un modo de preservarlo en un proceso revolucionario. Y, sin embargo, son un Gobierno rival y no menos críticos u oponentes. En una determinada crisis revolucionaria ocupan, naturalmente, el lugar del Gobierno derrotado.

Es indudable que este proceso empieza a actuar por sí mismo en los antiguos regímenes antes de dar los primeros pasos revolucionarios. Los puritanos en Inglaterra, los *whigs* en América, el tercer Estado en Francia, los cadetes y socialistas transigentes en Rusia, todos tenían organizaciones que exigían su obediencia y que les permitían combatir al viejo régimen mediante la revolución, por lo menos en el fondo de su pensamiento. Pero el proceso es mucho más claro, más precisamente definido—ex-

cepto, tal vez, en América— en el estado en que ahora nos encontramos.

Una vez transcurrida la primera fase de la revolución, la lucha que surge entre moderados y extremistas se convierte en la lucha entre dos máquinas rivales de gobierno. La de los moderados, el Gobierno legal, ha elevado algo del prestigio que acompaña a la autoridad constituida, algo de los recursos financieros—efectivos o en potencia—del antiguo Gobierno, la mayoría de sus obligaciones y todas sus instituciones. Intenta alterar estas últimas, ya que sería en extremo difícil suprimirlas, y las encuentra de una persistencia nociva. El Gobierno legal es impopular para muchos por la misma razón de que la autoridad eminente y responsable, y por ello ha de soportar algo de la impopularidad del Gobierno del antiguo régimen.

Por el contrario, el Gobierno ilegal de los extremistas no se enfrenta con tales dificultades. Tiene el prestigio que los acontecimientos recientes han dado a los atacantes, a los que pueden atribuirse la vanguardia de la revolución. Tiene, en cuanto Gobierno, relativamente pocas responsabilidades. No tiene que intentar valerse, aunque solo sea temporalmente, de un mecanismo gastado: las instituciones del antiguo régimen. Por el contrario, tiene de momento la gran ventaja de utilizar el instrumento eficaz construido gradualmente por los revolucionarios, moderados y extremistas, desde el momento en que empezaron bajo el antiguo régimen a surgir como un grupo de presión e incluso, a semejanza de Rusia, como un grupo subterráneo de conspiradores. Es evidente que la apropiación definitiva de este mecanismo—o de esta organización, se prefiere—parece ser lo que realmente determina la victoria final de los extremistas sobre los moderados mucho antes que la victoria final empiece a manifestarse. Por qué los moderados no conservan el dominio de la organización que tanto contribuyeron a iniciar y moldear, es problema que no permite una respuesta sencilla. Cabe esperar que de un estudio más detallado del destino de los moderados surja alguna respuesta. Sin embargo, hemos de ver ante todo hasta dónde se adapta el análisis anterior a los hechos de nuestras cuatro revoluciones.

El rey Carlos y el Parlamento Largo fueron claramente

soberanías dobles desde la auténtica ruptura de hostilidades en 1642, si no desde la primera sesión en el año 1640. Una vez decidida la guerra civil contra el rey, el Parlamento, bajo el dominio de los moderados, se consideró el Gobierno legal. Pero casi inmediatamente se enfrentó con el nuevo ejército radical, que muy pronto empezó una actuación que en este mundo solo compete a un Gobierno. El hecho de que el rey Carlos estuviera todavía en escena y la existencia del ejército escocés, confirmó la situación en los tres o cuatro años anteriores a la ejecución del rey en 1649; pero son claras las líneas generales del duelo entre el nuevo Gobierno legal de los presbiterianos moderados en el Parlamento y el Gobierno ilegal de los independientes extremistas en el nuevo ejército.

En América esta doble soberanía es más obvia en los años anteriores a la ruptura definitiva de 1776. La línea divisoria entre el Gobierno legal y el ilegal estaba oscurecida, especialmente en una colonia como Massachussets, por el hecho de que las reuniones municipales y las legislaturas coloniales formaban parte del Gobierno legal, pero estaban a menudo reguladas por hombres con una participación activa en el Gobierno ilegal. No obstante, el mecanismo que culminó en los congresos continentales —organismos ilegales en sí mismos— fue claramente utilizado por los revolucionarios contra la autoridad constituida.

Mientras que los moderados en Francia, los *feuillants* o monárquicos constitucionales, dominaban aún el órgano legislativo y el mecanismo formal del Estado centralizado, los republicanos, en creciente oposición, regulaban la red de sociedades jacobinas que constituían el marco de un Gobierno distinto o ilegal. A través de sus dominios de esas sociedades intervenían en la regulación de muchas de las unidades de la autoridad local, y desde esta posición ventajosa pudieron desplazar a los moderados *feuillants* y destrozar la monarquía. El proceso se repitió luego con los girondinos moderados, que tenían el dominio del órgano legislativo, y con los *montagnards* extremistas, que gobernaban importantes unidades de la red jacobina, y, por lo menos, una unidad local de extraordinaria impor-

tancia: la Commune de París. En la crisis del 2 de junio de 1793, nuevamente el Gobierno ilegal venció al legal.

En Rusia, la *dvoevlastie* es clara. El Gobierno provisional que salió de la revolución de febrero tenía, por su relación con la Duma, cierta pretensión de legitimidad. Aunque absorbió cada vez más socialistas de varios matices en los seis meses siguientes, con lo que pone de manifiesto el movimiento izquierdista que hemos encontrado en todas nuestras sociedades, se mantuvo moderado y plenamente consciente de su legalidad.

Del lado opuesto, los bolcheviques y unos pocos grupos radicales aliados habían obtenido al final del verano el dominio de la red de soviets que formaba parte de la herencia de la revolución abortada en 1905 y que se mantuvo como ilegal frente al legítimo. La palabra soviets no quiere decir otra cosa sino *consejo*, y originalmente no tuvo en Rusia otros significados que los que su traducción tiene para nosotros. Los soviets eran consejos locales de sindicatos, soldados, marineros, campesinos e intelectuales adecuados. Brotaron de modo natural, con la disolución del poder zarista en 1917, y su más remoto antecedente alcanza al levantamiento del año 1905, en que un soviet de San Petersburgo había desempeñado un papel importante, fresco todavía en todas las mentes. Los bolcheviques, al concentrarse astutamente en los soviets, mientras que la preocupación de los transigentes era absorbida cada vez más por la participación en el Gobierno legal, pudieron hacerse con el dominio de los soviets clave en Petrogrado, Moscú y las ciudades industriales más importantes, arrancándolo a los transigentes. Hay en esto un paralelo curioso y preciso con la Revolución francesa. La victoria final de los bolcheviques insurrectos se logró sin el dominio completo de la red general de los soviets, lo mismo que la de los *montagnards* fue conseguida sin que dominaran toda la organización de los círculos jacobinos. En ambos casos fue suficiente con el dominio de las unidades más importantes del Gobierno ilegal.

IV. DEBILIDADES DE LOS MODERADOS

Por tanto, en esta fase de la revolución, los moderados, que dominan el mecanismo formal de gobierno, se enfrentan con los extremistas, que regulan el mecanismo elaborado por la propaganda, por la labor de los grupos de presión, incluso por la insurrección; pero que cada vez se utiliza más como mecanismo de gobierno. Esta fase termina con el triunfo de los extremistas y con la fusión de la doble soberanía en una sola. Debemos ahora investigar las razones del fracaso de los moderados para conservar el poder en estas revoluciones.

En primer lugar, existe la paradoja, antes observada, de que en los estadios preliminares de la revolución el dominio del mecanismo de gobierno es en sí mismo una fuerte debilidad para quienes lo poseen. Poco a poco, los moderados van perdiendo el crédito que habían ganado como enemigos del antiguo régimen y cada vez más incurren en el descrédito que muchas gentes esperanzadas asocian de modo inocente a la calidad de herederos del viejo régimen. Obligados a la defensiva, cometen falta tras falta, en parte por su poca costumbre de defenderse; se encuentran en una situación de la que solo podrían sacarle unas dotes sobrehumanas, y los moderados figuran en el sector más humano de los revolucionarios.

Enfrentados con la oposición de grupos más radicales y organizados en la maraña que hemos llamado Gobierno ilegal, los moderados solo tienen tres alternativas generales: pueden tratar de suprimir el Gobierno ilegal, pueden tratar de conseguir apoderarse del mismo o pueden dejarlo solo. En la realidad, su política se mueve según esas tres líneas, combinando una con otra. En tales circunstancias, el efecto neto es una cuarta política que se traduce en un positivo refuerzo de sus enemigos en el Gobierno ilegal.

En las revoluciones que estudiamos, los moderados se encuentran especialmente dificultados en sus esfuerzos

para suprimir esas organizaciones enemigas. Las revoluciones se hicieron todas en nombre de la libertad; todas —incluso la Revolución rusa de febrero—iban asociadas a lo que los marxistas llaman ideología individualista burguesa. Los moderados se ven obligados a conservar ciertos *derechos* de sus enemigos; en especial, la libertad de palabra, de prensa y de reunión. Y lo que es más, muchos, si no la mayoría de los moderados, creen sinceramente en varios derechos y sostienen que la verdad es importante y ha de prevalecer. ¿No ha sido así frente a la tiranía del antiguo régimen? Incluso cuando bajo la fuerza de las circunstancias el moderado intenta suprimir un período extremista, prohibir una reunión exaltada o encarcelar a unos cuantos dirigentes extremistas, su conciencia le molesta. Pero cualquier extremista sin reprimir lanza un poderoso alarido, y esto es más grave. Los moderados están traicionando a la revolución; están empleando exactamente iguales métodos que utilizaron los odiosos tiranos del antiguo régimen.

La Revolución rusa es, en esto, un ejemplo excelente. Los cadetes y transigentes, entre los meses de febrero y octubre, no pudieron suprimir de modo conveniente la propaganda bolchevique ni tampoco ninguna forma de su actividad política; cuando intentaron hacerlo así, después de un prematuro levantamiento bolchevique—los disturbios callejeros de Petrogrado, conocidos como los *días de junio*—, se encontraron con protestas de gentes de todas clases, especialmente de los bolcheviques. Esto era despotismo, zarismo de la peor clase. La revolución de febrero, ¿no había establecido en Rusia para siempre la libertad política, de prensa y de asociación? Kerensky no debía hacer uso de las clases de armas que habían empleado los zares. Claro que Stalin pudo utilizar más tarde métodos dignos de Pedro el *Grande* o Iván el *Terrible*; pero esto es decir solamente que la fase moderada, *liberal* de la Revolución rusa había pasado, sin discusión, en la época en que Stalin se apoderó del mando. Sin embargo, aun cuando Kerensky en 1917 hubiera sido de la clase de hombre para organizar con éxito medidas represivas—y es evidente que no era ese tipo—, lo que nosotros acostumbramos llamar opinión pública no habría permitido en

aquellos días llevar a cabo medidas de tal clase. Una situación muy semejante se encuentra en Francia, donde se permitió a los jacobinos libertad de palabra y de asociación, y en la que, firme y públicamente, insistieron en sus derechos, como hombres libres, de estar dispuestos a una dictadura.

Tampoco son más afortunados los moderados en conseguir—o mejor, retener—el dominio del mecanismo que ellos y los extremistas han construido conjuntamente como medio para expulsar al antiguo régimen. No parece existir para esto una única razón preponderante. Evidentemente, los moderados están ocupados en la tarea del Gobierno efectivo y tienen menos tiempo que dedicar a los comités del ejército, los círculos jacobinos o las reuniones de los soviets. Tal vez se sientan algo superiores a tales actividades. Por temperamento están menos adaptados a las labores más toscas y sucias de la política de la acción directa. Sienten escrúpulos morales. No son por completo las almas nobles que la leyenda histórica ha hecho de los girondinos moderados en la Revolución francesa; muchos de ellos, como Brissot y Kerensky, tienen, sin duda, muchas de las dotes del manipulador político, pero están en el poder y, al parecer, encuentran del todo natural dedicarse al cultivo de las sobrias virtudes que al poder acompañan. Sin embargo, estas virtudes les hacen ser inadecuados para dirigir sociedades revolucionarias militantes.

Sea cual fuere la explicación, la realidad de la uniformidad es clara. Este particular fracaso de los moderados es bien aparente en la Revolución francesa. La red jacobina de sociedades de los Amigos de la Constitución se hallaba en sus comienzos apenas a la izquierda de La Fayette y sus amigos. Sin embargo, cuando empezaron a moverse hacia la izquierda, los partidiarios de La Fayette hicieron unos cuantos esfuerzos débiles para mantener el dominio y más tarde se separaron y fundaron su propia sociedad, los *feuillants*. No obstante, estos no podían extenderse más allá de una reducida clase superior de los círculos intelectuales de París. Otros grupos fundados posteriormente y desperdigados por el país, como los Amigos de la Monarquía o Amigos de la Paz, trataron de

competir con los jacobinos; pero con escasa fortuna. Si daban pan a los pobres, los jacobinos clamaban que fomentaban el soborno; si no lo hacían, los jacobinos se quejaban de su falta de conciencia social. Por último, los jacobinos implantaron un procedimiento bastante sistemático. Alquilaron unos cuantos bribones—a veces no fue necesario alquilarlos—para irrumpir en una reunión de sus rivales Amigos de la Paz, enviando luego una comisión a las autoridades principales, pidiendo que los Amigos de la Paz fueran clausurados, por constituir un peligro público. Las autoridades que eran jacobinos o que les tenían más miedo que a los Amigos de la Paz, daban a la cuestión una solución revolucionariamente satisfactoria.

Análogamente, los presbiterianos se vieron indemnes para dominar el proselitismo de la independencia, no solo en el ejército, sino en las parroquias locales. Y en Rusia los transigentes se encontraron unos formidables bolcheviques en todos los soviets importantes. Un estudio detallado del soviet de Petrogrado, desde febrero a octubre, demostraría con cuánta astucia se aprovechó el partido de Lenin de todos los errores de sus contrarios, esparciendo su dominio desde los soviets de las fábricas, hasta que, por último, fue conquistado el soviet de la ciudad. Tal estudio demostraría también cómo iban perdiendo terreno gradualmente los transigentes, a pesar de las grandes dotes oratorias de algunos dirigentes, como Tseretelli, Chkheidze y Kerensky.

Hay, sin duda, una debilidad casi orgánica en la posición de los moderados. Están colocados entre dos grupos: el disgustado aunque no silencioso de los conservadores, y el confiado y agresivo de los extremistas. Todavía existen libertad de palabra y los demás derechos políticos, por lo cual tienen voz hasta los conservadores. Ahora bien: en todas estas revoluciones los moderados parecen haber seguido la consigna tan profusamente utilizada por la política francesa del *Cartel des Gauches* en 1924, consigna que todavía promueve dificultades para las izquierdas no comunistas del mundo occidental de hoy: «Ningún enemigo a la izquierda.» Desconfían de los conservadores, contra los cuales se levantaron hace poco, y se resisten a

admitir que los extremistas, con los que estuvieron unidos tan recientemente, puedan, en realidad, ser sus enemigos. Todas las fuerzas de las ideas y sentimientos con que los moderados intervinieron en la revolución le dan cierto giro hacia la izquierda. Emocionalmente, no pueden soportar la idea de quedarse retrasados en el proceso revolucionario. Además, muchos de ellos tienen la esperanza de ganarle a los extremistas el apoyo popular, de batirlos con sus propias armas. Pero solo en épocas normales se puede confiar en los tópicos políticos como el de *batirlos con sus propias armas.* Por esta política de «ningún enemigo a la izquierda», los moderados fracasan en su intento de reconciliarse con tales enemigos de la izquierda y hacen completamente imposible atraer en su ayuda a algunos conservadores que aún no son del todo despreciables; por tanto, después que los moderados conocen con temor la amenazadora actitud de los extremistas, se vuelven hacia los conservadores en demanda de auxilio, pero encuentran que ya no existen. Han emigrado, o se han retirado al campo, desesperanzados y con su espíritu deshecho. Innecesario es decir que un conservador deshecho ya no era tal conservador, sino solo otra persona desajustada. Sin embargo, este último viraje hacia los conservadores acaba con los moderados. Solos, desasistidos en su labor de gobierno, aunque sin el dominio seguro y habitual de su personal, civil o militar, sucumben fácilmente frente a la insurrección. Es significativo que la purga de Pride, la crisis francesa del 2 de junio de 1793 y la revolución de octubre de Petrogrado apenas fueron más que *coups d'état.*

En las Revoluciones inglesa, francesa y rusa es posible distinguir una medida crítica alrededor de la cual todas esas corrientes convergen; una medida que, propugnada por los moderados, marca la divisoria del apoyo de las derechas y deja a los radicales en situación de utilizar esta misma medida contra sus autores. Tales son: la ley de Raíces y Ramas (Root-and-Branch Bill), en la Revolución inglesa; la Constitución civil del clero, en la francesa, y la Orden número uno, en la rusa.

La ley de Raíces y Ramas tuvo su origen en una petición apoyada por quince mil firmas, presentada a la Cá-

mara de los Comunes a fines de 1640, solicitando la abolición del Episcopado «con todas sus raíces y ramas». Naturalmente, los episcopalianos moderados, desde Hyde y Falkland a Digby, eran contrarios a una medida que destruyó su Iglesia, lo mismo que los presbiterianos se inclinaban a su favor. Es posible que algunos moderados con mentalidad política como Pym hubieran negado el apoyo al proyecto; pero la negativa de los obispos a abandonar sus puestos en la Cámara de los Lores, parece que obligó a Pym a apoyarlo. Esta actitud hizo que casi todos los episcopalianos se volvieran realistas, y estalló la guerra civil en 1642; los presbiterianos se vieron desplazados a la extrema derecha de los grupos del partido dentro de la zona dominada por los parlamentarios. No pudieron encontrar ningún posible aliado, excepto en la izquierda. Los independientes de Cromwell habían presentado por primera vez a la Cámara la ley de Raíces y Ramas; podían ahora argüir que los presbiterianos no eran mejores que los obispos; que las razones que abonaban la supresión de unos se mantenían incontrovertibles para la abolición de los otros. Más tarde, cuando los moderados demostraron que eran incapaces de conducir la guerra a un final victorioso, ciertas medidas como el decreto de Autoprivación y la creación del nuevo ejército, tuvieron que ser aceptadas por una mayoría presbiteriana, aunque no una mayoría directora, y que les dejó sin posibilidad de contar con el apoyo conservador

La Constitución Civil del Clero surgió tras meses de discusión en la Asamblea Nacional, como la carta de renovación de la cristiandad en Francia. Los moderados que la llevaron a cabo parecen haber sido en su mayoría hombres sinceros, tal vez malos católicos en algunos aspectos, pero debido más bien a que hubieran absorbido algo del espíritu práctico mundial de la época antes que a un decidido anticlericalismo. Sin embargo, la medida les apartó a los buenos católicos y envalentonó a los anticlericales violentos para tratar de roer las *viles supersticiones* de toda la Cristiandad. La Constitución civil daba normas ingenuas para la elección de los párrocos por los mismos organismos electorales locales que elegían los funcionarios para los nuevos puestos oficiales y para la elec-

ción de obispos por el mismo órgano departamental que elegía a los representantes de la Asamblea legislativa. Arrancaba todas las diócesis históricas de la antigua Francia y las sustituía por otras claramente uniformes, idénticas a los nuevos *départements* en que se había dividido Francia a efectos oficiales. Se autorizó *notificar* al Papa tales elecciones.

Como la propiedad de la Iglesia en cuanto corporación, había sido incautada para servir de garantía al nuevo papel-moneda de la revolución, los *assignats*, el Estado tenía que sufragar los gastos del clero bajo la nueva Constitución. La elección de párrocos y obispos por organismos en los cuales eran elegibles los protestantes, los judíos y los ateos declarados, era tan completamente anticanónica que ningún Papa hubiera podido, ni por un momento, considerar la posibilidad de aceptarla. Aunque con el habitual retraso diplomático, era inevitable la ruptura entre el Papa y el Gobierno revolucionario, y, con ella, el grupo conservador y poderoso de los católicos fue empujado a la oposición irreconciliable. Se inició un cisma que se extendió a todas las poblaciones del país. Pero la nueva Iglesia constitucional apenas era más aceptable para los radicales auténticos que la antigua Iglesia católica romana, y a medida que se acercaban los días críticos del Terror, los moderados se encontraron cargados con la protección de una Iglesia que no les reportaba ningún apoyo importante.

La Orden número uno fue precedida de un debate tan largo como la ley de Raíces y Ramas y la Constitución civil del clero. Cierto que no es tan sencillo catalogarla como una medida definida amparada por los moderados, aunque el dirigente soviético más importante del grupo que la elaboró fue el moderado L. D. Sokolov, y los transigentes la promulgaron enérgicamente. La Orden apareció en los últimos días de la revolución de febrero, procedente del Cuartel General del Soviet de Petrogrado. Iba dirigido al ejército, y junto a las usuales medidas revolucionarias dirigidas a un ejército remanente del antiguo régimen—abolición de saludos, igualdad política y social de soldados y oficiales, etc.—, establecía la designación de comités de compañía y batallón que habrían de

tener por completo a su cargo las armas, sobre todo las de los oficiales; prescribía también que toda unidad militar obedeciera a los soviets en cuestiones políticas. El Comité militar de la Duma podría ser obedecido en los asuntos militares siempre que el soviet no tuviera objeciones en algún caso específico. La Orden fue dictada pensando, sobre todo, en la guarnición de Petrogrado; pero sus preceptos fundamentales fueron llevados rápidamente al frente. Esta Orden convenció inmediatamente a los conservadores de que nada había que esperar de la revolución, y provocó, incluso entre los oficiales más liberales, un estado de opinión que más tarde los habría de predisponer en favor de un *coup d'état*. Hizo más difícil que nunca la subsiguiente tarea de los moderados para dar a Rusia de nuevo la eficiencia militar para la guerra con Alemania, y no sirvió, en manera alguna, para reconciliar a los propios soldados con la continuación de la guerra. La mayor popularidad de la Orden número uno redundó, a la larga, en beneficio de los bolcheviques; la mayor parte de su impopularidad recayó sobre los transigentes. Esta es la típica suerte de los moderados en tales revoluciones.

Además, en nuestras cuatro sociedades, los moderados, más pronto o más tarde, se enfrentan con la tarea de hacer una guerra y demuestran ser malos dirigentes para ello. La lucha en Inglaterra empezó en 1642, y antes de terminada la primera guerra civil, Cromwell y los independientes se habían hecho indispensables y estaban en los umbrales del Poder. La guerra exterior en Francia estalló en la primavera de 1792, y unos pocos meses más tarde cayó la monarquía; la guerra iba muy mal en la primavera de 1793, y en el mes de junio, los moderados girondinos, que habían sido del lado francés los más ardientes partidiarios de la guerra, fueron desplazados por los *montagnards*. La Revolución rusa nació en medio de una guerra desastrosa, y los moderados rusos nunca tuvieron una oportunidad de administración pacífica. El hecho es claro: parece que los moderados son incapaces de triunfar en la guerra. Las razones de ello son menos claras; un factor es, sin duda, el compromiso de los moderados de proteger las libertades individuales. No se

puede organizar un ejército si se toman del todo en serio la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

Las guerras modernas parece que necesitan la organización de un gobierno civil, según normas militares para el ejercicio de la fuerza; de la autoridad gubernamental centralizada, en la cual la libertad del individuo está lejos de ser una cuestión de primer orden y en la cual caben discusiones, muy poco del gobierno por debate, tan caro a los moderados, y muy poco compromiso y moderación. La guerra, como dijo Madison, es la madre del engrandecimiento del poder ejecutivo, e incluso en América las guerras han servido para lo mismo. Pero, en medio de una revolución, el poder ejecutivo que se engrandece no es el poder ejecutivo moderado. Los reinados del Terror en Francia y Rusia son explicables, en parte, como la concentración del poder en un Gobierno de defensa nacional que el hecho de la guerra hizo necesario, aunque esto no sea, de ningún modo, una explicación completa de los reinados del Terror. Pero es cierto que la necesidad de un Gobierno fuertemente centralizado para conducir la guerra es una de las razones del fracaso de los moderados, que, al ser incapaces de provocar la disciplina, el entusiasmo y la lealtad sin límites necesarias para combatir en la guerra, quedan expulsados del poder.

V. EL FRACASO DE LOS MODERADOS

Para las almas ingenuas que escribieron la mayor parte de la Historia de la cual obtenemos nuestro conocimiento de las revoluciones modernas, este fracaso de los moderados fue una gran tragedia. Los moderados aparecen como buenas personas maleadas por las circunstancias y por unos oponentes sin escrúpulos. Parecen ser idealistas oprimidos por un mundo severo, pero, por ello, seguros de la resurrección que la Historia guarda para el justo. El amable Falkland y el doctor Condorcet se ríen de nosotros desde el único cielo del que los simples mortales tienen la llave. Cierto es que ni siquiera los historiadores

extranjeros han construido todavía un cielo para Miliukov o Kerensky. Por una parte, su fracaso es aún demasiado completo, y, por otra, los moderados rusos continúan todavía sin glorificar en su propio país.

Tal vez la mayoría de los moderados sean hombres mejores o al menos más normales que sus extremistas oponentes. Sin embargo, dirigentes y dirigidos forman un abigarrado conjunto sin ninguna catalogación fácil para los marxistas o psicólogos. Y en esto es especialmente perturbadora la noción tradicional de que fueron unos idealistas y que fracasaron porque en el toma y daca los idealistas tienen siempre que fracasar. Es más exacto aventurar esta paradoja: fracasaron porque en muchos aspectos eran lo que comúnmente se llama realistas; es decir, algunos de ellos estaban racionalmente adaptados para un mundo regido por el sentido común.

Pym y Mirabeau, que murieron en paz antes que fuera inminente la derrota de los moderados, gozan todavía de reputación como políticos hábiles, como moderados sensibles. Sobre la mayoría de los demás cuelga algo de la clase de reputación de la cual Kerensky es el ejemplo más definido y claro. El elocuente cabecilla intransigente nos resulta un hombre de palabra fácil; un orador susceptible de mover multitudes, pero no de guiarlas; una persona incompetente y poco práctica en el campo de la acción. Algo muy parecido resulta la Gironda, lo mismo que los dirigentes presbiterianos de segundo orden, como Holles. Resulta una paradoja sin sentido catalogar a esas gentes como realistas y, sin embargo, lo fueron en cierto aspecto. Empleaban términos grandiosos y frases grandilocuentes para consuelo y alegría de sus oyentes y de ellos mismos. Pero no creían en ellos, a diferencia de los radicales; no intentaban llevarlos hasta sus lógicas conclusiones en la acción. En resumen, empleaban las palabras lo mismo que la mayoría de los hombres de las sociedades normales, incluyendo políticos tan realistas como Gladstone. No hubieran resultado realistas para un zafio tratando en ganados; pero, dentro de los límites que la tradición y el rito han establecido para la labor de esas personas—sacerdotes en parte, y en parte también administradores, actores y maestros—, fueron prácticos buenos y tranquilos.

Pero los tiempos estaban trastornados, y a medida que se acercaba la crisis de la revolución solo el hombre con un toque —o más— de idealismo fanático o, cuando menos, con aptitud para desempeñar el papel de tal, podía lograr la dirección; en las frases agudas de la revolución, los papeles normales en la sociedad del realismo y del idealismo están invertidos. En el próximo capítulo habremos de volver sobre este tópico; aquí solo es necesario observar que los síntomas externos de la proximidad de esta clase de crisis se manifiestan como una forma incrementada del antagonismo de clases. Los moderados no sienten, por definición, grandes odios; no están afectados por la auténtica ceguera que mantiene imperturbables a hombres como Robespierre y Lenin en su ascenso al Poder. En épocas normales, la generalidad de los hombres no es capaz de sentir hacia otros grupos de sus congéneres odios tan intensos, continuos y perturbadores como los que predican los extremistas en la revolución. Tal odio es una emoción heroica y las emociones heroicas son exhaustivas. El pobre puede odiar al rico; el protestante, al católico; el burgués, al noble; el del Sur, al yanqui, etcétera; pero este odio es normalmente una rutina en los seres humanos y un consuelo, una parte de la vida, lo mismo que los alimentos, la bebida y el amor, integradas por una existencia tan ajena a la posibilidad de revolución como la de un vegetal. Por tanto, los moderados no creen realmente en las ampulosas palabras que precisan utilizar. No creen, en realidad, que repentinamente vaya a descender sobre los hombres una perfección celestial. Todos son partidiarios del compromiso, el sentido común, la tolerancia y la comodidad. En una sociedad normal, esos deseos son parte de su fuerza y les confieren poder sobre sus seguidores, que comparten, cuando menos, su ansia de comodidad. Pero en estas tres revoluciones, un gran número de hombres fueron de momento elevados por el deseo y la emoción hasta un punto en que parecen despreciar incluso la comodidad. Los moderados no podían tratar políticamente con tales hombres; no podían dar los primeros pasos necesarios para entenderlos. Los moderados quedaron separados de sus contrarios por un vacío que no podían llenar la filosofía y el sentido

común. Hay un adagio de que «en tierra de ciegos el tuerto es rey». En uno de sus cuentos más sutiles, *El reino de los ciegos*, H. G. Wells ha expuesto los puntos débiles de este apotema. En el calor de una revolución violenta su debilidad es tal vez más aparente que en el imaginario valle andino del cuento de Wells. Los moderados de que nos hemos venido ocupando fueron todos muy humanos y falibles; pero aun cuando hubieran sido tan prudentes como los héroes de Plutarco o como Washington, parece que tendrían que haber fracasado. Porque nos encontramos aquí en una tierra fabulosa, pero real, donde la prudencia y el sentido común del moderado no son prudencia ni sentido común, sino locura.

CAPITULO VI

EL ACCESO DE LOS EXTREMISTAS

I. EL «COUP D'ETAT»

La lucha entre moderados y extremistas, que empieza casi inmediatamente que se ha efectuado la dramática expulsión del antiguo régimen, está marcada por una serie de episodios excitantes; aquí, las luchas callejeras; allá, una forzada apropiación de bienes, debates ardientes por doquier, intentos de represión y una fuerte corriente de propaganda violenta. Los temperamentos están tensos hasta el límite de la locura en cuestiones que en una sociedad estable son susceptibles de solución casi automática. Ese estado de tensión es casi universal. La fiebre avanza hacia la crisis. Como muchas fiebres, su progreso es una circunstancia espasmódica con una aparente mejoría en cierto momento y una brusca subida más tarde. Pero el efectivo acumulativo es inconfundible: con el desplazamiento final de los moderados puede decirse que la revolución ha entrado en su fase de crisis.

Antes de intentar describir la conducta de los hombres en sociedades que atraviesan por tales crisis, hemos de profundizar algo más en el proceso por el cual los extremistas llegan al poder. En cierto sentido, semejante análisis no será más que observar el reverso de lo que se ha dicho sobre los moderados: las razones por la que triunfan los extremistas no son más que la otra cara de las razones por las que fracasan los moderados. Cuando los moderados eran débiles, los extremistas eran fuertes. Sin embargo, los pasos efectivos de los extremistas en su ascenso al poder son muy importantes para incluirlos dentro de esa afirmación general. Hemos de comparar nuestro análisis de las debilidades de los moderados con otro paralelo de las fuerzas de los extremistas.

Los extremistas ganan porque se aseguran el dominio del Gobierno ilegal y lo convierten en *coup d'état* decisivo contra la autoridad legal. El problema de la doble soberanía se resuelve por los actos de los revolucionarios con los cuales los independientes, los jacobinos y los bolcheviques capturan el poder. Pero los moderados compartieron con ellos, en tiempos, el dominio de las organizaciones que los extremistas han vuelto contra el Gobierno. La clave del éxito de aquellos estriba en su monopolio del dominio de tales organizaciones. El nuevo ejército y las iglesias independientes, los círculos jacobinos y los soviets.

Obtienen este monopolio por desahucio, usualmente por una serie de conflictos, todos y cada uno de los oponentes activos de esas organizaciones. La disciplina, la unidad de pensamiento y la centralización de la autoridad, que señalan el predominio de los extremistas triunfantes, se desarrollan primero y se perfeccionan en los grupos revolucionarios del Gobierno ilegal. Las características que se fueron formando en el desarrollo del Gobierno ilegal perviven en los radicales después que aquel Gobierno se convierte en la autoridad constituida. Claro que muchas de esas sutiles características se moldearon primeramente, incluso con anterioridad, en los días del antiguo régimen, cuando los extremistas eran grupos muy pequeños y concentrados sujetos a la plena tiranía de Gobierno.

Los independientes ganaron en disciplina y fervor en una larga serie de persecuciones que empezaron con la reina Isabel, cuyo proverbial amor a la tolerancia no se extendía a los católicos o brownistas. Los radicales franceses no fueron tratados tan mal bajo el antiguo régimen como sus descendientes, y los historiadores gustan de pensar, aunque la censura, la Bastilla y las *lettres de cachet* fueron algo real, aunque rara vez alcanzaron al conjunto del estado llano de los ilustrados. En cuanto a Rusia, sus extremistas se forjaron en las tradiciones más melodramáticas de la opresión y tenían tras de sí un siglo de organización secreta, conspiración, juramentos y martirios. Más tarde veremos que la gran revolución rusa ha pasado, sin duda; pero muchas de las circunstancias autoritarias del período extremista sobreviven en la Rusia de hoy. Una de las razones de ello—hay muchas, solo entendidas en parte—es la grandísima fortaleza de la autoritaria disciplina de los comunistas, forjada por años de conspiraciones subterráneas y por el dominio desde arriba y desde dentro.

De este largo pasado y del reciente conflicto con los moderados surge un grupo luchador con un hábito de victoria recién adquirido. No se puede decir exactamente por qué cierto equipo de futbol gana la mayoría de las veces, ni mucho menos por qué un ejército o un partido revolucionario obtiene la victoria Son tantas las variables, aun en el caso más simple, que ninguna persona consciente podría hacer predicciones basadas principalmente en la más aparente y tal vez más importante de todas ellas: la calidad del material humano. Algo saben de esto los jugadores, aunque no así los historiadores y los sociólogos. Sabemos que los revolucionarios fueron grupos triunfantes y admirablemente organizados, y podemos intentar destacar en qué formas triunfaron y qué especiales clases de fortaleza exhibieron. No nos es posible dar ninguna fórmula definida del éxito en la construcción de un grupo revolucionario, ni podemos medir exactamente por qué *esos* revolucionarios triunfaron y fracasaron otros.

II. ORGANIZACION DE LOS EXTREMISTAS

Lo primero que probablemente sorprenderá a un observador de los extremistas triunfantes en las Revoluciones inglesa, francesa y rusa y, desde luego, de los patriotas no del todo radicales que impulsaron la Revolución americana, es lo reducido de su número. La totalidad de los componentes de las organizaciones formales que llevaron a cabo la labor de derrotar a los moderados, nunca fue más que una pequeña minoría de la población total. Naturalmente, el número de sus miembros activos siempre fue menor que el de los que figuraban en los libros. No es fácil dar cifras exactas, ni del número de miembros ni de las poblaciones; pero las estimaciones que siguen no son tan inexactas como para inducir a error. El nuevo ejército se creó con un personal de 22.000 hombres y nunca llegó a más de 40.000 en sus épocas de auge. La población de Inglaterra oscilaba entre tres y cinco millones de habitantes. Los jacobinos, en la estimación más amplia, contaban en su lucha con los moderados con unas 500.000 personas. La población de Francia era probablemente algo más de 20 millones de habitantes. El partido comunista de Rusia se ha vanagloriado siempre de su escasez numérica; no es un recargado partido burgués, pleno de miembros indiferentes, que representan votos en blanco o que ni siquiera votan. Las cifras son también inciertas, pero parece probable que en ningún momento de la revolución activa—por ejemplo, hasta la definitiva conquista del poder por Stalin mediante la expulsión de la *oposición derechista,* en 1929—, el partido comunista tuvo siquiera un 1 por 100 de una población muy superior a los 100 millones de habitantes. En América es mayor la dificultad de dar cifras ni siquiera aproximadas, ya que los patriotas no estaban encuadrados en un organismo único. Es clara la inexactitud de considerar los ejércitos continentales, relativamente pequeños, como medida exacta de la fuerza del grupo de los patriotas o *whigs.* Sin

embargo, las máximas autoridades están de acuerdo en que si se cuentan los leales declarados y los muy numerosos indiferentes o neutrales, el grupo que en realidad preparó, apoyó y luchó por la Revolución americana es una minoría que probablemente no excede del 10 por 100 de la población.

Es fácil declarar que, aunque los hechos demuestran claramente que esos grupos revolucionarios son, sin duda, minorías muy pequeñas, todos los grupos políticamente activos son minoritarios, y que en esas revoluciones los radicales *representaban* o *realizaban* lo que demandaban el espíritu, el deseo o el genio de sus naciones. Esto puede muy bien ser así en términos familiares al metafísico, pero la relación que implica es de tal naturaleza, que no es posible pretender, en el momento actual, estudiarlas según los métodos establecidos en este libro. Tal vez los jacobinos fueran los agentes de la voluntad general del pueblo francés; pero la voluntad general es un concepto metafísico cuya relación con los jacobinos tangibles no podemos evaluar aquí.

Trotsky, en uno de sus métodos menos realistas, emplea un tiempo preciso para reconciliar la escasez de los bolcheviques en 1917 con la grandeza de Rusia y con los varios grupos claramente hostiles a aquellos. «Los bolcheviques—escribe con sutil anticipación a la obra de George Orwell, *Mil novecientos ochenta y cuatro*—tomaron al pueblo tal como lo había creado la historia anterior y como fue llamado a conseguir la revolución. Los bolcheviques vieron que su misión era estar al frente de este pueblo. *«Todo el mundo» estaba contra la insurrección, excepto los bolcheviques. Pero los bolcheviques eran el pueblo.*»

En realidad, ni los revolucionarios de la derecha ni los de la izquierda se habían atrevido del todo, en el siglo XX, a adoptar una posición decididamente nietzscheana en esta cuestión de la relación entre sus propios y escasos enemigos y sus masas adictas; esto es, no habían osado decir que los elegidos debieran ser los amos en la plena acepción de la palabra y que los restantes habrían de ser esclavos en igual amplitud del término. A menudo, Lenin parece estar en el borde de esta postura nietzscheana, y

con frecuencia Hitler, en *Mein Kampf*, cae en ella. Pero la posición oficial de los partidos comunistas, nazi y fascista era la de que el partido, los elegidos, la minoría en el poder, es, en realidad, un consorcio, un pastor del pueblo que gobierna para mejorar al conjunto del pueblo. Y en nuestros días, el comunismo sostiene la promesa de que eventualmente—en una larga *eventualidad*, después de la derrota del mundo capitalista—la distinción entre los dirigentes y dirigidos, entre el partido y el pueblo, se desvanecerá en la sociedad sin clases.

En todas las sociedades que estudiamos, estos radicales tenían plena conciencia de la pequeñez de su número, de lo que usualmente se vanagloriaban. Se sentían apartados, definitivamente, de sus compatriotas, consagrados a una causa que éstos no concebían con igual valía ni actividad. Algunos de los radicales podrán haberse satisfecho pensando que realmente representaban lo mejor de sus compatriotas, que eran la realidad de lo que los demás eran la potencialidad. Pero en todas partes estaban bien seguros de su superioridad frente a la mayoría inerte y fláccida. Los santos ingleses del siglo XVII, los elegidos de un Dios más exclusivista que ningún pobre rey de este mundo, no hicieron ningún intento para ocultar su descontento hacia la maldita masa, y duques y condes eran, desde luego, masas para estos decididos voluntarios. Los jacobinos heredaron de la Ilustración la creencia en la bondad natural o en el natural raciocinio del hombre común, y esta creencia pone un límite a su expresado menosprecio frente a sus congéneres. Pero el desprecio está ahí, y el jacobino estaba tan altamente consagrado como el independiente. Los bolcheviques se acostumbraron a pensar que el materialismo dialéctico actúa a través de una selección de las clases trabajadoras y que los campesinos, en particular, eran incapaces de elaborar su propia salvación. Por ello, los bolcheviques aceptaron su escasez como cosa tan natural como su superioridad.

Hay también buenas pruebas de que, a medida que la revolución avanza, un gran número de personas se desplaza en la política activa sin intentar el registro de sus votos. Puede ser que la mayoría de estas gentes simpaticen de corazón con los radicales activos; pero, en general, parece

que la mayoría de ellas fueran tímidos conservadores o moderados, hombres y mujeres sin ansia de martirio e incapaces por completo del agotamiento físico, así como mental y moral, para ser extremistas decididos en la crisis de una revolución. Tenemos pruebas claras de este apartamiento del hombre ordinario en *dos* de nuestras revoluciones, y podemos suponer, razonablemente, que constituye una de las uniformidades que perseguimos.

En Rusia, la revolución de febrero trajo el sufragio universal como cosa natural. Rusia, por fin, se había emparejado con el Occidente. En las primeras elecciones casi todo el mundo, hombres y mujeres, aprovechó la oportunidad de votar en varias elecciones locales. Pero en plazo muy corto se advirtió un notable descenso del número total de votos emitidos. En junio de 1917, durante las elecciones para las *Dumas* del distrito de Moscú, los grupos social-revolucionarios obtuvieron el 58 por 100 de los votos; en las elecciones de septiembre, los bolcheviques lograron el 52 por 100. ¿Es esto una neta ganancia de los bolcheviques obtenida por métodos democráticos? De ningún modo. En junio, los social-revolucionarios obtuvieron 375.000 votos de los 647.000 emitidos; en septiembre los bolcheviques lograron 198.000 de 381.000 votantes. En tres meses la mitad del electorado se abstuvo. El propio Trotsky da una simple explicación de esto: «Muchas personas de las ciudades pequeñas que, en el ardor de las primeras ilusiones, se habían unido a los compromisarios, cayeron poco después en la inexistencia política.» La misma historia se registra gráficamente en las elecciones municipales y nacionales, en Francia, entre los días rosados de 1789, cuando votó todo el que tenía acceso a los comicios, y 1793, en que, en algunos casos, solo votó efectivamente menos de una décima parte de los electores calificados. No votaron por los bolcheviques ni por los jacobinos, y es más que probable que si la mayoría de los ingleses pudiera haberlo hecho en 1648, no habría votado por los independientes, los niveladores, los cavadores, los hombres de la quinta Monarquía ni por los milenarios. El gran número de los votantes calificados no votó; según la densa frase de Trotsky, son políticamente inexistentes. Su inexistencia política no se logra sin una buena ayuda

por parte de los extremistas. En teoría, las elecciones son libres y abiertas; pero los extremistas no se dejan inquietar por ninguna de sus creencias en la libertad, que hubieran podido manifestar en otras épocas. Pronto adoptan medidas conocidas en América por la historia de algunos grupos como el Ku Klux Klan, y Tammany Hall. Derrotan a los aristócratas conocidos y a otros análogos enemigos; inician los disturbios en los comicios o en las asambleas electorales, rompen ventanas y provocan luchas callejeras; abuchean a los candidatos moderados; se atraen a los buenos periodistas hábiles en el libelo y la difamación, y con un centenar de procedimientos, que cualquier estudioso realista de la política puede descubrir con poco trabajo, dificultan al extremo a los hombres y mujeres, normales, pacíficos y cansados, que acudan a las urnas y voten a los moderados por quienes se sienten atraídos. No es solo que el terrorismo desplace al hombre común. La mera pereza, la incapacidad de conferir a los asuntos políticos la atención incesante que las revoluciones demandan, es también un instrumental para alejar al hombre de la calle de la posibilidad de expresar su deseo. Se siente hastiado de las continuas reuniones, las delegaciones, los periódicos, las elecciones de agentes, inspectores generales y presidentes, los comités, las ceremonias y el incesante ajetreo de autogobierno sobre una base más que ateniense. En una u otra medida se cansa y los extremistas tienen el campo despejado.

Su escasez es, sin duda, una de las grandes fuerzas de los extremistas. Los grandes números son en política casi tan difíciles de manejar como en el campo de batalla. En la política de las revoluciones lo que importa es la aptitud de desplazamiento, el formular decisiones claras y definitivas, el ir directo a un objetivo sin preocuparse de los perjuicios que ocasione. Para semejante propósito el triunfo político activo debe ser reducido; de otra manera no es posible obtener la unidad de pensamiento, la devoción, la energía y la disciplina necesarias para derrotar a los moderados. No se puede mantener en un gran número de personas la fiebre del fanatismo durante el tiempo necesario para asegurar la victoria final. Las masas no hacen las revoluciones: podrán reclutarse para alguna de-

mostración impresionante una vez que hayan ganado la revolución los escasos elementos activos. Las revoluciones del siglo XX, tanto de la derecha como de la izquierda, han conseguido milagros aparentes con la participación de las masas; pero las impresionantes demostraciones que ha recogido la cámara fotográfica en Alemania, Italia y Rusia no deben engañar al estudioso atento a la política. La victoria de los bolcheviques, de los nazis o de los fascistas sobre los moderados no fueron conseguidas por la participación de los muchos; todas se lograron gracias a organismos pequeños, disciplinados, reglamentados y fanáticos.

En esta fase de la revolución los radicales victoriosos tampoco hacen uso del plebiscito. No se atreven a arriesgar nada en una elección libre. Solo más tarde, cuando la crisis cede el paso a la convalecencia, mediante el retorno a los procedimientos normales, llega la fase del plebiscito. Este intervalo puede no ser muy largo, y en el caso de las revoluciones derechistas puede ser muy breve, ya que la furia del ideal inspira raras veces a los hombres de derechas. Pero, ciertamente, para las revoluciones que aquí estudiamos, la generalización es válida: el plebiscito honrado está ausente de la lucha entre extremistas y moderados, y aquellos no lo usan ni siquiera después de su llegada al poder. Esto es cierto también para Rusia y sus satélites.

No solamente son pocos los extremistas; son también devotos fanáticos de su causa. El hecho de que se den cuenta de su número reducido parece guardar una correlación con la intensidad de su patriotismo. Cada uno de ellos alimenta y favorece a los demás. Más tarde nos ocuparemos de sus objetivos y de la satisfacción de sus sueños de un mundo mejor. Para los que opinan que solo en el servicio de un Dios personal pueden suscitarse sentimientos, a los que sea adecuado definir propiamente como *fanáticos*, nuestra aplicación de la palabra a los jacobinos y bolcheviques puede resultar inadecuada. Pero es, sin duda, una limitación indebida de una palabra clara y útil. Los bolcheviques y los jacobinos estaban tan convencidos como cualquier calvinista de que solo ellos estaban en lo cierto, que lo que ellos proponían era la única línea

posible. Todos nuestros revolucionarios radicales demostraron una voluntaria aceptación de las tareas difíciles, del sacrificio de su paz y su seguridad, de someterse a la disciplina y de sumir sus personalidades dentro del grupo. Todos se daban plena cuenta de las dificultades materiales de mantenerse «siempre a la altura de las circunstancias revolucionarias», como acostumbran decir los jacobinos; pero, en una medida sorprendente, remontaron tales dificultades y mantuvieron un *esprit de corps,* una activa unión moral, que estaban mucho más allá de lo que en circunstancias ordinarias pueden conseguir y mantener las facultades del común de los hombres.

Y son disciplinados. Como hemos visto, esto es, en parte, una herencia de su pasado de opresión relacionada con su escasez y su fanática fortaleza. El nuevo ejército es un ejemplo excelente: derrotó a los contingentes reclutados al azar por los métodos ordinarios y que los realistas les pusieron enfrente; derrotaron asimismo a la crema de las fuerzas enemigas, la caballería reclutada entre la fiel nobleza campesina y sus mercenarios. El nuevo ejército estaba compuesto de ardorosos puritanos, como lo atestiguan los hombres que los conocían, y fue sometido a un proceso, breve, pero efectivo, de adiestramiento incomparablemente más severo que cualquier otro utilizado en la historia militar inglesa. El resultado fue un ejército excelente y un cuerpo compacto de revolucionarios endurecidos capaces de yugular las mejores intenciones y retórica de los moderados. La disciplina de los jacobinos no era militar, pero sí muy rigurosa y, desde luego, semejante a la clase de disciplina que una orden religiosa militante impone a sus miembros. Los jacobinos estaban continuamente investigando el número de sus miembros y sometiéndolo a un *épuration,* una *purificación* en sentido literal o, en la expresión rusa contemporánea, una *purga.* La más ligera desviación del orden del día establecido podía acarrear una advertencia y una posible expulsión. Para la mayoría de nosotros son familiares los métodos espartanos del partido comunista ruso en los primeros días del Estado soviético; es esta una cuestión en la que todos, quieran o no, están conformes.

Los extremistas aplicaron su disciplinada habilidad a la

realización de los objetivos revolucionarios. En los cien años anteriores se había elcborado una técnica complicada a la acción revolucionaria, de la cual fueron los últimos herederos los comunistas rusos. Mucho se ha escrito sobre esta técnica, que en parte es sencillamente la de cualquier grupo de presión triunfante: propaganda, elecciones, cabildeos, desfiles, luchas callejeras, labor de las delegaciones, presión directa sobre los magistrados y terrorismo esporádico del tipo del alquitrán y las plumas o del aceite de ricino. Jacobinos, comunistas e Hijos de la Libertad realizaron notables actividades de esta clase; pero es bastante sorprendente observar lo frecuente de esas técnicas en Inglaterra, y especialmente en Londres, ya en el siglo XVII. En este aspecto, como en otros muchos, la Revolución inglesa pertenece, sin duda, a un tipo moderno. He aquí algo que parece sacado de la Revolución francesa: durante el debate sobre el Decreto de Milicias, una muchedumbre de aprendices «entró en la Cámara de los Comunes, manteniendo la puerta abierta y con los sombreros puestos... gritando: «Votad, votad», y en esta postura arrogante se mantuvieron hasta que finalizó la votación». Cabe sospechar que estos aprendices no obraron espontáneamente; es esta una cuestión que requiere una organización previa.

Por último, los extremistas siguen a sus dirigentes con una devoción y unanimidad que no se encuentran entre los moderados. Las teorías de la igualdad democrática, que brotan en el inicio de nuestras cuatro revoluciones, no resultan ser ningún obstáculo para el desarrollo entre los extremistas de algo muy parecido al principio del *Führer* que asociamos a los movimientos fascistas. En esto, son los moderados los que vivifican sus teorías, y en las primeras fases de las revoluciones no es infrecuente encontrar quejas de que fulano y mengano se atribuyen poderes de que ningún hombre honrado quisiera disponer. Mirabeau y Kerensky, por citar dos ejemplos claros, fueron acusados por moderados y extremistas conjuntamente de pretender una dictadura personal. Sin embargo, Robespierre y Lenin, que siguieron sus huellas paso a paso, solo oyeron alabanzas, al menos en su tierra. Esta ampliación del principio de la dirección se conserva válido para

la organización, desde los subalternos a los grandes héroes nacionales: Cromwell, Robespierre, Lenin.

En general, esta dirección es eficaz, y especialmente en las alturas. Ahora bien: si se les considera pura y simplemente como seres humanos, hay diferencias incuestionables entre los hombres que componen el estado mayor general de los extremistas, y ni el psicólogo, ni el novelista, lo mismo que el historiador, pueden clasificarlos conjuntamente, aunque tenga un aspecto común, que es de gran importancia para el sociólogo: combinan en distintos grados muy altos ideales y un total desprecio para las inhibiciones y principios que sirven de ideales a la mayoría de los demás hombres. Ofrecen una extraña variante del esquema dilecto de Platón: no son reyes filosóficos, sino asesinos filosóficos. Poseen el matiz realista práctico, que tienen muy pocos de los dirigentes moderados, y, sin embargo, tienen también bastante del ardor profético que mantiene en sus seguidores la esperanza de la nueva Jerusalén a la vuelta de la esquina. Son hombres prácticos, despojados de sentido común: Maquiavelos al servicio de la Belleza y del Bien.

Algún recuerdo de Lenin aclarará la cuestión. En una reunión secreta del Comité Central del partido bolchevique, muy poco antes de la revolución de octubre, Lenin urgía la necesidad de la insurrección frente a sus colegas más tibios, que pensaban que los bolcheviques debían respetar la voluntad de la mayoría de los rusos que estaba claramente contra ellos. «Estamos inclinados a considerar la preparación sistemática de un levantamiento como algo parecido a un pecado político», decía. «Esperar a la Asamblea constituyente, que, sin duda, estará contra nosotros, es insensato.» Este es el Lenin práctico, despreocupado del dogma democrático que entorpece su camino. Después de la revolución de octubre escribe en *Pravda* sobre «la crisis que ha surgido como resultado de la falta de correspondencia entre las elecciones para la asamblea constituyente y la voluntad del pueblo y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas». Aquí la voluntad del pueblo aparece algo más abajo que la del partido minoritario de los bolcheviques. De nuevo estamos en medio del dogma democrático. Casos paralelos podrían

encontrarse fácilmente en Robespierre, Cromwell e incluso—hay que temerlo así—en Jefferson.

¿Hipocresía? Para los escasos de imaginación o de experiencia del mundo, tales actos han de resultar siempre hipócritas. Pero, en una escala menos heroica, está muy lejos de la acción normal humana para merecer calificativo tan oprobioso. El Robespierre que, como joven ilustrado, había postulado como un error la pena capital, no envió hipócritamente a sus enemigos a la guillotina. Se había convencido de que sus enemigos no eran hombres del todo; eran pecadores, almas corrompidas, enviados de algo peor que Satán, y su supresión de este mundo no era, en realidad, una pena capital en el pleno convencional sentido. Siempre se puede tratar a los criminales ordinarios en completo acuerdo con los principios más humanitarios de la jurisprudencia. La mayoría de nosotros formula esta especie de compromiso consigo mismo con bastante frecuencia en la vida diaria. Pero la comodidad, la conveniencia, el hábito e incluso el sentido común nos determina sus límites. Para los extremistas revolucionarios estos límites huelgan; en el delirio, en la crisis, existe una extraordinaria mutación de los papeles que en épocas normales desempeñan la realidad y el ideal. Aquí, en forma breve y decisiva, el ciego—o el profeta—es rey; la visión a ras de tierra, la especie que concierne al oculista es, por una vez, de muy poca utilidad. Los profetas tienen bastante con conservar sus puestos de mando. El propio Cromwell tiene bastante de lo que parece una noción inglesa de lo contingente, y Lenin no era, ciertamente, ningún idealista académico. Robespierre es, en algunos aspectos, el profeta más puro de los tres.

Sin embargo, todos ellos, incluso Robespierre, eran lo que el mundo llama hombres de acción. Podían hacer cosas y las hicieron; fueron administradores y realizadores, dirigieron organizaciones que la tradición y la rutina no habían sido capaces hasta entonces de edificar, por automático que fuera su funcionamiento. Si han dejado tras ellos una reputación de crueldad desacostumbrada, ello puede obedecer en parte al reflejo que para la mayoría de nosotros tiene la mala reputación del terrorismo. Y la crueldad, en el propio servicio del ideal, sirvió mientras

estuvieron vivos para construir su dirección. Cromwell se acreditó entre los santos por sus matanzas de irlandeses. Durante unos cuantos meses la guillotina fue *la santa guillotina.* Trotsky, en los comienzos de su famoso avance con las tropas bolcheviques en la guerra civil, ordenó fusilar al comandante, al comisario y diezmar a los soldados de un regimiento de trabajadores de Petrogrado que habían huido ante el enemigo, y para espanto de sus colegas más remisos no vaciló en continuar la sangrienta política de disciplina. Trotsky se convirtió pronto en un salvador y un héroe. ¡Estamos muy lejos de la Orden número Uno!

Para la mayoría de los hombres hay un abismo entre su modo de ser y su profesión, entre lo que son y lo que hubieran querido ser, entre lo que son y creen ser. Normalmente, sin embargo, tratan de reducir la distancia o dirigen su atención desde una orilla a la otra, a fin de no sentir preocupaciones injustificadas. Para los dirigentes de los extremistas en épocas de revolución la separación resulta, para un observador ajeno a ellos, más enorme que nunca lo fuera en épocas normales. Algunas personas, como Fouché, parecen haber sido terroristas para salvar la piel; pero, en general, solo un extremista sincero en una revolución puede matar hombres por amor al hombre, buscar la paz por la violencia y libertar gentes esclavizándolas. Tales contrastes en la acción paralizarían a un dirigente convencionalmente práctico; pero los extremistas parecen despreocupados por completo por ello. Donde el hombre normal chocaría con un fraccionamiento de la personalidad; donde su conciencia o su sentido de la realidad, o ambas cosas, estarían obsesionados, el extremista sigue adelante sin vacilar. Por grande que fuera la distancia entre la realidad y el ideal en el período de crisis, puede cruzarla según su conveniencia propia. Por el momento dispone de lo mejor de ambos mundos. Puede manipular con la misma habilidad seres humanos concretos y complejos en comités, delegaciones, oficinas y ministerios, todos los problemas no resueltos de la administración, y, sin embargo, utilizar graciosa y convincentemente las palabras abstractas, indispensables y subyugadoras que en la revolución ejercen un poder mágico sobre grandes grupos de hombres.

Este don es el que parece ocultarse casi totalmente tras la capacidad del hipócrita más ambicioso. Los grandes dirigentes del Terror son aptos para su tarea por una vocación genuina, vocación que en momentos ordinarios los excluirá del mando político. Su creencia en lo absoluto es un supuesto, y tan real como su aptitud para manejar lo contingente. Y por una vez lo absoluto es política práctica. F. W. Maitland, en un pasaje, sugerido por Coleridge, expone la cuestión claramente:

> Coleridge ha señalado cómo en épocas de gran excitación política, los términos en que se exponen las teorías políticas se hacen cada vez, no más prácticos, sino más y más abstractos e impracticables. En tales épocas es cuando los hombres tejen sus teorías en términos universales..., el espíritu absoluto está ausente. El bien relativo o parcial resulta un ideal pobre. No es de estos ni de aquellos hombres de los que hablamos, ni de esta nación o aquella época, sino del Hombre.

III. APTITUD DE LOS EXTREMISTAS

La transición de la oposición al poder no es algo repentino para los extremistas. Lo importante de la *dvoevlastie*, la doble soberanía, es que no se trata de una lucha entre el Gobierno y la oposición, entre los de dentro y los de fuera, sino entre los gobiernos dentro del mismo Estado. Bajo el antiguo régimen quizá solo un grupo de presión, la organización de los revolucionarios, asume gradualmente, en la confusión de las primeras fases de la revolución auténtica, poderes gubernamentales que más tarde no están jamás subordinados al Gobierno provisional, el casi heredero legal del antiguo régimen.

El proceso es especialmente claro en Rusia, aunque en lo sustancial sea uniforme en nuestras cuatro revoluciones. Prácticamente, todos los soviets, incluso en las ciudades mercado, realizaron tareas administrativas muy desde el principio. Trotsky, aquí como historiador, ofrece algunos ejemplos sucintos:

El soviet en Saratov se vio obligado a interferir en conflictos económicos, detener fabricantes, confiscar a los belgas la propiedad de los tranvías, introducir la intervención de los obreros y organizar la producción en las fábricas abandonadas... En los Urales, los soviets instituyeron con frecuencia tribunales de justicia para procesar a los ciudadanos; crearon sus propias milicias en varias factorías, pagando su equipo con la caja de la fábrica; organizaron una inspección de los trabajadores para el acopio de materias primas y combustible para las fábricas; vigilaron la venta de artículos manufacturados y establecieron una escala de salarios. En ciertos distritos de los Urales, los soviets arrebataron la tierra a los propietarios y la pusieron bajo el cultivo social.

Es obvio que en algunas partes de Rusia la frase «todo el poder para los soviets» había llegado a ser algo superfluo, incluso antes de la revolución de octubre.

En Francia, las Sociedades de Amigos de la Constitución, que al formarse en 1789 apenas eran algo más que grupos de presión o, posiblemente, variantes francesas de las juntas de partidos yanquis para la elección de cargos, el 2 de julio de 1793 habían absorbido una gran parte de las funciones desempeñadas normalmente por entidades oficiales. Cuando la *autoridad constituida*, como los jacobinos llamaban respetuosamente a los consejos y legislaturas gobernantes, no hicieron lo que querían los jacobinos, éstos continuaron y las hicieron por sí mismos. En especial, toda la legislación represiva sobre el clero católico no juramentado fue anticipada en la práctica por los círculos jacobinos de las provincias. Estos círculos estaban organizados como corporaciones parlamentarias, con reglas complicadas para los debates, comités, funcionarios, tiempos y todo el aparato de una auténtica legislatura. En ocasiones, un círculo tenía que intimidar o persuadir a los funcionarios municipales o provinciales sobre una política aprobada por los jacobinos; otras veces, si fallaba esto, el círculo tenía que dictar casi abiertamente leyes y decretos. Aquellos miembros que representaban contra esta abrupta oposición a las autoridades designadas por elección popular—y fueron muchas las protestas por tales motivos—, eran en lo sucesivo calificados de moderados y tuvieron suerte si más tarde escaparon a la guillotina.

Durante largo tiempo ha sido un tópico para los orgullosos escritores anglosajones de ambos lados del Atlántico que los hombres que hicieron la Revolución americana no estaban, en modo alguno, desacostumbrados a las artes del verdadero gobierno. Lo que habremos de notar aquí es que esa preparación no había sido ni mucho menos, de la clase convencionalmente llamada legal. No solo en las reuniones municipales y las legislaturas coloniales, sino en las juntas, los comités y los congresos, que muestran un cercano paralelismo con los soviets y los círculos jacobinos, los radicales americanos aprendieron a arrebatar el gobierno a los funcionarios de la Corona. En el próximo capítulo veremos que no vacilaron en utilizar medios terroristas para conservar, como los habían empleado para conseguir, ese poder.

En Inglaterra la situación está complicada por el hecho de que, aunque las organizaciones ilegales mandaban en el nuevo ejército, las distintas congregaciones independientes fueron también, a su manera, agentes de los extremistas en su acceso al poder. El mismo ejército, sin duda, empezó muy poco después de Naseby a interferir en la política en forma desusada en cualquier ejército convencional, y la primera expulsión de los presbiterianos del parlamento fue iniciada y llevada a cabo por decisión del ejército y por un comité del mismo. Pero los independientes, y en especial el clero independiente, hacía mucho que se dedicaban a cuestiones bien terrenas. Como ha dicho el profesor Grieson, «no es por lo que hizo Laud de lo que Baxter (un sacerdote puritano) parece quejarse, sino de lo que no les permitía a hacer a ellos, los párrocos; por ejemplo, ejercer una disciplina moral a través de la parroquia». Y para un puritano, disciplina moral quiere decir algo extensivo a toda la vida humana.

Por tanto, los extremistas no son políticamente ingenuos ni inexpertos; tuvieron una larga experiencia de opresión y una capacitación más breve, pero muy intensiva, en el gobierno efectivo antes de su total acceso al poder. Llamar a los dirigentes o al estado llano inexpertos, *teóricos puros* y *metafísicos,* como durante largo tiempo ha sido habitual, especialmente entre los escritores políticos de Inglaterra, es erróneo. Ni sus objetivos ni sus métodos

son los que los buenos victorianos como Bagehot o Maine aprobarían o simpatizarían con ellos. Hoy, sin duda, idealistas tempetuosos, enemigos del compromiso; pero no son teorizantes académicos inadaptados por completo para la acción. *Por el costrario, están almirablemente adaptados, casi en el sentido biológico de la palabra, al especial y único ambiente de la crisis.* Por eso triunfaron.

El desplazamiento efectivo de los moderados es, usualmente, una tarea muy clara, un ejemplo excelente de la habilidad de los dirigentes revolucionarios y de la estrecha adaptación de las organizaciones de esta clase a sus funciones. Como hemos visto, no es, en modo alguno, un gran levantamiento popular. Las masas, cuya confusa mezcolanza hace imposible al historiador formular un exacto relato de la toma de la Bastilla o de la revolución de febrero de Petrogrado, no intervienen en el trabajo profesional que acabó con la purga de Bride, la de los girondinos y la revolución de octubre. En Francia, los extremistas lograron el poder en dos *coups d'état* semejantes. El primero, la expulsión de la monarquía el 10 de agosto de 1792, se consiguió mediante una colaboración compleja, pero nunca confusa, de distintos organismos del Gobierno ilegal: los jacobinos y otros círculos políticos, los *fédérés*, las malicias sociales de toda Francia reunidas en París para celebrar el aniversario de la caída de la Bastilla, y las principales organizaciones que formaron la *Commune* revolucionaria en París. Casi los mismos elementos se integraron diez meses después para la tarea más sencilla de intimidar a la Convención para que abandonara a los girondinos. Danton, Marat, posiblemente Robespierre y cierto número de dirigentes secundarios, menos famosos, pero muy hábiles, formaron un estado mayor que tramó esos dos *coups*.

La revolución de octubre fue concienzudamente preparada, y ha sido descrita con claridad en la obra del propio Trotsky, *Historia de la Revolución rusa*. No es necesario entrar aquí en los detalles de esta preparación, pero una cita de Trotsky demostrará hasta dónde fueron cuidados los detalles:

Los obreros tipógrafos, a través de su sindicato, llamaron la atención del Comité (el Comité militar revolucionario de Petrogrado, el Estado mayor de la Revolución de octubre) sobre el incremento de los folletos y hojas de propaganda de los reaccionarios. Se decidió que, en todos los casos sospechosos, el sindicato de impresores debería solicitar instrucciones del Comité militar revolucionario. Esta intervención fue la más eficaz de todas las maneras posibles de vigilar la agitación escrita de la revolución.

Naturalmente, la agitación en la prensa precisa tener impresores a la vez que libertad legal de prensa. Perón, en la Argentina, ha empleado una técnica muy similar para desembarazarse del periódico independiente *La Prensa*. En los últimos días anteriores a la insurrección bolchevique, los moderados fueron perjudicados por multitud de prácticas análogas: no existía ninguna huelga general unánime; se trataba sencillamente de una serie coordinada de captaciones de los centros de mando, de la Prensa, Correos y Telégrafos, Bancos y Ministerios.

La dramática captura de Carlos I por Cornet Joyce el 3 de junio de 1647 en Holmby House es, tal vez, la primera decisión de poder soberano realizada por el nuevo ejército. Cuando el rey Carlos preguntó a Joyce de quién había recibido los poderes para destituirle, se dice que Joyce le replicó, señalando a sus soldados formados en la llanura: «He aquí mis poderes.» La réplica serviría para todas nuestras revoluciones. Una vez que los extremistas están en el poder se acabaron los fingidos respetos a las libertades del individuo o a las formas de la legalidad. Los extremistas, después de clamar por la libertad y la tolerancia mientras estuvieron en la oposición, se tornan muy autoritarios cuando alcanzan el poder. No es necesario averiguar las causas, ni indignarse o hablar de hipocresías; estamos intentando discernir uniformidades en la conducta de los hombres durante ciertas revoluciones en sistemas sociales específicos, y esta parece ser una de las uniformidades.

Apenas habían transcurrido seis meses—escribe Gardiner—desde que los dirigentes independientes (Cromwell y Vane), que ahora permitían que algunos cientos de damnificados fueran excluidos por motivos de conciencia de la Universidad de Oxford, habían luchado para establecer los fundamentos

de un amplio sistema de tolerancia en *The Heads of the Proposals* (Los Dirigentes de la Oferta) y habían incluso tomado en consideración un proyecto para extender esa tolerancia al propio clero católico romano.

Más tarde, bajo el *Rump* fue instituida una estricta censura de prensa, y los distintos cánones y preferencias del puritanismo se reforzaron todo lo posible por la política del Gobierno, Análogamente, en Francia y Rusia el nuevo Gobierno cayó desde el primer momento sobre sus enemigos y comenzó a articular el mecanismo del Terror que se avecinaba. Allí donde el ejército había perdido su disciplina, como en Francia y Rusia, bajo los activos intentos para introducir la libertad, igualdad y fraternidad, la disciplina se restableció mediante una buena dosis de firmeza. Mr. Chamberlin describe así la situación rusa:

> Las autoridades militares bolcheviques empezaron luego a hablar de la dañina y perturbadora influencia de los comités del ejército, de modo muy parecido a como lo habían hecho Kornilov, Denikin y los antiguos oficiales de 1917; y en la disciplina del ejército rojo se fue introduciendo gradualmente la obediencia estricta a las órdenes de los superiores.

The Heads of Proposals y *The Agreement of the people* (el asentimiento del pueblo), plataformas adoptadas por el ejército bajo la influencia del *Nivelador,* proponían algo muy semejante a lo que había de ser la convencional democracia del siglo XIX: igualdad de los distritos electorales, frecuentes parlamentos, limitaciones específicas al poder ejecutivo, incluso al sufragio universal. Cromwell no parece haber sido nunca, ni en un sentido, un rebelde doctrinario, y es muy probable que tuviera muchos de los sentimientos sobre la autoridad y la tradición que habría de esperarse de un noble rural. Si algo turbaba su pensamiento, la situación era probablemente por no poder restaurar las antiguas y aceptables organizaciones parlamentrias: ciertamente, lo último que podía hacerse era una elección abierta y libre sobre cualquier derecho comprensible. El llamado Parlamento de los Santos, que se reunió en 1653, tras la dislocación del *Rump,* apenas fue algo más que una asamblea formada por grupos independientes

de confianza y elegidos por métodos de juntas de partidos.

Lo mismo en Francia, los vencedores del 2 de julio no se atrevieron a llamar al pueblo Por simple apariencia promulgaron la llamada Constitución de 1793, basada en el sufragio universal, la Carta de Derechos y el resto de los ideales democráticos, que tuvieron buen cuidado de que no traspasaran los límites de la imprenta. Nunca entraron en vigor.

Los bolcheviques habían atacado durante meses al Gobierno provisional por no convocar una asamblea constituyente, la cual fue, al fin, elegida por sufragio universal, inmediatamente antes del *coup* bolchevique. En ella los bolcheviques eran una minoría, y Lenin la disolvió en enero de 1918 con alegría; pero muchos de sus seguidores, a pesar de su preparación marxista, repugnaron realmente tal desafío a los sentimientos y las tradiciones democráticas. Muchos de los buenos jacobinos se lamentaron también de su nueva victoria.

La teoría vino a proporcionar un bálsamo para las conciencias heridas. La teoría de la dictadura revolucionaria es casi idéntica en tres de nuestras cuatro revoluciones. La libertad para todo el mundo, libertad plena, libre y auténtica, es, sin duda, el objetivo final. Pero esta libertad en ese momento significaría que los hombres corrompidos por los antiguos procedimientos podrían realizar sus malévolos planes, restaurar las antiguas y perniciosas instituciones y frustrar a las gentes honradas. Si se reflexiona —continúan los extremistas—, es claro que debemos distinguir entre la libertad para aquellos que la merecen y la libertad para los que no, y esta última es, sin duda, falsa libertad, seudo-libertad, libertinaje. Dios ha dado la libertad a los santos—verdadera libertad, cual es la obediencia a El—; pero es claro que no la dió a los pecadores. Se persigue a los papistas como se perseguiría al demonio. Argüir que esos pecadores deben dejarse solos hubiera parecido a los puritanos ingleses del siglo XVIII tan absurdo como sugerir que se dejara en paz a los mosquitos portadores de la fiebre amarilla. El propio Robespierre lo expresó con nitidez clásica: el Gobierno revolucionario, decía, era el despotismo de la libertad contra la tiranía.

Para Marx, la dictadura del proletariado es una fase de transición necesaria, en la cual los últimos vestigios de los métodos y la mentalidad capitalista son barridos. El uso brutal de la fuerza habrá de ser necesario en este período de duración desgraciadamente indeterminado. Al parecer, el que una vez fue capitalista, lo será siempre; pero cuando los hombres sean, por fin, hermanos empezará la libertad de la sociedad sin clases

Halagados por la creencia de que sirven a la libertad —en el elevado y verdadero sentido de la palabra—mediante la aplicación rigurosa de lo que al no creyente le resulta tiranía, los extremistas siguen adelante para consolidar su poder a través de las instituciones. Antes de intentar una descripción sumaria y generalizada de estas instituciones, podemos anotar otra uniformidad: con el triunfo de los extremistas, tal como lo hemos definido, cesa el proceso de transferencia del poder de la derecha a la izquierda. Sin duda, los extremistas no están excluidos de la dificultad con que se han enfrentado otros grupos triunfantes desde el mismo momento en que se inicia el proceso revolucionario. Surgen los conflictos internos y la tendencia a fraccionarse en grupos demasiado hostiles entre ellos para poder cooperar; pero estos grupos no pueden alinearse indistintamente desde la derecha a la izquierda, y su distensión termina rápidamente, incluso sin el desorden y la confusión de un *coup d'état*. En esta fase, las disensiones son tan sutilmente doctrinales, tan distantes de las masas de población, que pueden centrarse en unos pocos dirigentes y se resuelven por el destierro o *el asesinato judicial*—como lo califican los derrotados— de algunos de esos dirigentes. Lo que empezó en grandes levantamientos populares ha venido a encerrarse ahora en la dramática intimidad de un tribunal de justicia.

Francia, en esto, es el ejemplo más claro. Los victoriosos *montagnards* del 2 de junio se dividieron en tres fracciones principales, de las cuales Robespierre, Danton y Herbert fueron las cabezas. Hubo, naturalmente, fracciones menores, mecanismos intermedios, y de no haber sido asesinado Marat en el verano de 1793, es posible que hubieran surgido nuevas complicaciones. Robespierre, definitivo vencedor, racionalizó la situación como un con-

flicto entre los verdaderos revolucionarios, de una parte, y los ultrarrevolucionarios (Herbert) y los citrarrevolucionarios (Danton), de la otra. Se consideraba él mismo el término medio, áureo y victorioso, entre el vicio proletario y la corrupción burguesa. La situación, en efecto, es casi increíblemente complicada, y solo los historiadores narrativos que disponen de amplio espacio pueden desarrollarla. Dantonistas y herberlistas, *traidores* y *anarquistas,* fueron condenados ante el tribunal revolucionario y marcharon a la guillotina en dos grandes lotes bastante mezclados. Durante los meses siguientes, la *fracción de Robespierre* tuvo el completo dominio de Francia.

En Inglaterra, los independientes victoriosos de 1649 se encontraron frente a un sorprendente variedad de sectas que habían logrado el triunfo dentro de la favorable tarea general, a causa de la completa tolerancia de todos los disidentes. Algo habrèmos de decir en su momento sobre los aspectos doctrinales de estos grupos; podemos observar, entre tanto, que Cromwell no solamente continuó reduciendo a los papistas, prelatistas y presbiterianos, sino que tanto él como sus seguidores procuraron que los hombres de la Quinta Monarquía, los cavadores, niveladores, milenarios y cuáqueros no pudieran estar en situación de llevar a la práctica sus malhadados proyectos. Los cavadores no podían cavar más en este mundo. La vieja táctica de «ningún enemigo a la izquierda», sostenida siempre desde el principio de la revolución, estaba ya definitivamente abandonada. Como escribe el profesor Trevelyan: «Todos los revolucionarios, desde el momento en que afrontan responsabilidades efectivas, se hacen conservadores en algún aspecto. Robespierre guillotinó a los anarquistas. El primer acto administrativo de los regicidas ingleses fue reducir al silencio a los niveladores.» Hay, por tanto, y si se prefiere, aquel grupo más extremo que el que hemos llamado de los extremistas. Pero sus hombres corresponden al sector de los lunáticos; son las gentes imposibles a las que algunos conservadores, con error, consideran típicos revolucionarios, y que, en definitiva, no tiene éxito para alcanzar el poder.

La situación rusa es aún algo más oscura en lo relativo a la oposición al bolchevismo oficial después de octubre

de 1917, y esta oscuridad parece hoy más densa que nunca, en ciertos aspectos. Sin embargo, es claro que incluso mientras Lenin estaba vivo, y especialmente en el año siguiente a la revolución de octubre, hubo mucho nerviosismo y tensión dentro del partido bolchevique. Lenin y sus seguidores suprimieron a los grupos contrarios aun cuando estos clamaran ser más *revolucionarios* que los leninistas. Se acabaron las simplezas de aspecto de «ningún enemigo a la izquierda». Gracias a la excelente disciplina del partido bolchevique y a la naturaleza especialmente apremiante de la guerra contra los blancos y los aliados, estas disputas no fueron tan públicas como lo habían sido en Inglaterra y en Francia. Pero tras la muerte de Lenin, estas luchas trascendieron al exterior, o a lo más parecido al exterior que es posible en Rusia. Trotsky, el *ultra,* y Bukharin, el *citra,* cayeron ante el ortodoxo Stalin lo mismo que Danton y Herbert habían caído ante el ortodoxo Robespierre. Los procesos y confesiones en Rusia en los últimos años de la década de 1930 y el terror que los acompañaba parecen pertenecer a una fase diferente de la revolución o ser también dificultades internas de una sociedad específica que ha superado un ciclo revolucionario. Pese a ciertas analogías superficiales, no parecen formar parte de la uniformidad que aquí discutimos, y más tarde habremos de volver sobre estos particulares.

Estas pequeñas facciones de oposición están íntimamente entrelazadas con varios grupos céntricos que no están por completo tranquilos hasta alcanzar la cima del terror, e incluso, ni aquí tampoco. Representan, como hemos visto, los sectores lunáticos común a cualquier civilización compleja, y son especialmente activos y vocingleros en las fases preliminares de nuestra revolución y mientras dura la lucha entre moderados y extremistas. Son menos importantes en el curso efectivo de estas revoluciones de lo que gustan destacar los historiadores conservadores y los conservadores en general. Pero constituyen variaciones interesantes en el cuerpo principal de la ortodoxia revolucionaria e iluminan en muchos aspectos la historia general de la herejía y los herejes.

«Nunca el pensamiento humano alcanzó altura tan soberbia de su propio valer como en Inglaterra hacia el año

1650», escribió Lytton Strachey. Y, ciertamente, lo que hoy creemos que es un amor de cierta raigambre británica hacia el término medio, no aparece muy evidente en estos años. Irónicamente Strachey anota la posibilidad de ser behmenista, bidelliano, coppinista, salmonista, dipperista, traskiteísta, tyronista, filadelfiano, cristadelfiano o baptista del Séptimo día, olvidándose de la cuestión sobre la que de hecho escribía Ludovico Muggleton, fundador de los recién aparecidos muggletonianos. Estos términos significan hoy para nosotros tan poco como aquellos a los que se refiere John Goodwin en el tercer volumen de *Gangraena*: «Una secta monótona compuesta de socinianismo, arminianismo, liberalismo, antinomianismo, independencia, papismo y excepticismo.» Es esto un maravilloso compuesto de contradicción, como si un hombre de hoy fuera calificado de una mezcla de comunismo, hitlerismo, fascismo, republicanismo y prohibicionismo. Como dice Mr. Gooch, la Revolución inglesa ofrece alguna de las especulaciones comunistas más notables en la Historia. Ya en 1647 John Hare publicaba un folleto, *Plain English to our Wilfull Bearers of Normanism*, en el cual atacaba la institución de la propiedad privada, sin acordar demasiado lo que podría ocupar su puesto. Chamberlin, en su *Abogado del pobre*, urgía la nacionalización de todas las posesiones de la Corona y la Iglesia y la reunión de todas las tierras comunales que habían sido deslindadas. Estos territorios habrían de llamarse la propiedad nacional y administrarse en beneficio del pobre.

Sin embargo, los cavadores son el más notable de estos grupos comunistas, aunque solo sea por su intento de llevar a la práctica sus ideas. El movimiento fue precedido por un oscuro folleto publicado en diciembre de 1648, con un título muy característico de la época, *La luz alumbra en el Buckinghamshire*. Ya en abril de 1649, un tal Everard, soldado mercenario del nuevo ejército, llegó con unos cuantos seguidores a St. Georges Hill, en Surrey, y empezó a cavar y a sembrar la tierra de chirivías, zanahorias y alubias. Una voz, afirmaba Everard, le había impelido a cavar y arar la tierra y recibir los frutos consiguientes. No intentaba entremeterse en las tierras deslindadas, sino simplemente tomar lo que era común y baldío para

hacerlo rendir frutos. En aquellos tiempos, el general Fairfax, que parece haberlos considerado como unos fanáticos inofensivos, los dejó que siguieran cavando. El matiz apocalíptico es aún más sorprendente, si ello es posible, en los milenarios o en los hombres de la Quinta Monarquía. Sostienen estos que la Cuarta Monarquía de la Biblia estaba llegando al final, y que la Quinta Monarquía, o Reinado de los Santos, estaba al caer... Naturalmente, los santos eran ellos. Sin embargo, se desunieron ante la cuestión de si era o no conveniente ayudarse con la divina Providencia. Algunos de ellos afirmaban que el Señor era, por sí mismo, muy suficiente para la tarea de acabar con los poderes de este mundo; sostenían otros que era lícito, y presumiblemente conveniente, combatir a los enemigos del Señor con una espada material, acelerando el día en que los santos poseyeran las riquezas y reinaran con El sobre la tierra. Su dilema recuerda algo al que se enfrentaban los socialistas del siglo XIX, forzados a escoger entre los militantes y los revisionistas.

En comparación con la riqueza imaginativa que los ingleses pusieron en juego para traer el cielo a la tierra, las otras dos revoluciones extremistas resultan indigentes. Tal vez sea válida la antigua creencia anglosajona en la carencia imaginativa de los franceses; pero, con seguridad, esto no puede invocarse frente a los rusos. Tal vez la respuesta sea simplemente que, en cuanto a las fuentes de inspiración imaginativa, ni la Ilustración de los *philosophes* del siglo XVIII ni el materialismo dialéctico de los marxistas valen nada frente a la versión de la Biblia del rey Jaime. A pesar de ello, Francia no es, ni mucho menos, improductiva en lo relativo a los lunáticos. Los *enragés* capitaneados por Varlet y Roux, cuyo apoyo principal se encontraba en los barrios más miserables de París, parece haber sostenido una doctrina vagamente comunista; en cualquier caso, estaban decididamente contra el rico y la nueva aristocracia mercantil. Los hébertistas, otro grupo popular de París, confundido a veces con los *enragés*, tenían como dirigentes a los periodistas sensacionalistas y a los *spoilsmen* (1). Pero su principal organismo

(1) Partidarios del *spoils system*, sistema de premiar servicios de partido con cargos públicos.

parece haber alimentado ambiguos sueños utópicos. Había luego el pequeño e increíble círculo alrededor de Catalina Théot, *Madre de Dios,* en donde Robespierre fue designado al final como una de las manifestaciones de Dios. Parece, sin duda, que están en lo cierto los profesores republicanos de Francia, y que mucho de todo esto se debe a los enemigos de Robespierre, que pretendían hacerle caer en ridículo. Porque, hasta en el período de crisis de las revoluciones, algunas gentes conservan el sentido del humor; pero siempre queda el hecho de que Catalina Théot y su círculo existieron.

En Rusia, la totalidad y rapidez de la victoria bolchevique explica, probablemente, la relativa ausencia de utopías rivales. Es cierto que desde 1918 a 1921 los bolcheviques fueron obligados a luchar contra los blancos y los aliados en una decena de frentes y que en una región como Ucrania, por ejemplo, se puede encontrar de todo, desde los gobernantes zaristas hasta los rojos y puros, pasando por los tibios *narodniks* y partisanos o los cabecillas guerrilleros. Pero hay una crueldad del hombre contra el hombre en la Revolución rusa que parece excluir los leves errores de un Everard o una Catalina Théot.

IV. EL MECANISMO DE LA DICTADURA

La dictadura de los extremistas se conforma, según formas gubernamentales, con una centralización brusca y expeditiva. Estas formas varían en detalle en las diferentes sociedades; pero la Commonwealth, en Inglaterra, el *Gouvernement Révolutionaire,* en Francia; la dictadura bolchevique durante el período de *comunismo de guerra,* en Rusia, ofrecen todas ellas uniformidades del tipo que la sistemática en biología o en zoología no vacilaría en clasificar como uniformidad. Sobre todo, la adopción de decisiones definitivas en un gran sector de problemas se aparta de las autoridades locales y secundarias, en especial si han sido elegidas *democráticamente,* y se concentran en unas cuantas personas en la capital de la nación.

Aunque algunos nombres como los de Cromwell, Robespierre y Lenin se destaquen como los dirigentes, y aunque esos hombres ejercieran en muchos aspectos un poder incuestionable, la forma característica de esta autoridad suprema es la del comité. El gobierno del Terror es una dictadura en comisión.

Esta comisión ejecutiva centralizada—Comité de Seguridad Pública, el Comité Ejecutivo Central de todas las Rusias (Vtsik)—se apoya en un organismo supino aunque locuaz—*Rump*, Convención, Congreso de los Soviets de toda Rusia—y sus órdenes son llevadas a cabo por una improvisación de burocracia, reclutada en su mayor parte entre los trabajadores del partido y aquel grupo sectario de los círculos de presión que hemos contemplado como el núcleo del grupo extremista. Los antiguos tribunales de justicia no podían actuar, al menos, a su modo tradicional, y por ello son complementados por tribunales extraordinarios o revolucionarios o transformados por completo por los nuevos nombramientos y por las jurisdicciones especiales. Aparece, por último, un tipo especial de Policía revolucionaria. La Cheka rusa es familiar a cualquiera que tenga el más ligero conocimiento de la historia reciente. Su supervivencia bajo distintos nombres (OGPU, NKVD, MVD) hasta el presente, es prueba no tanto de que Rusia atraviesa por una revolución continua, cuanto de que la Rusia de Stalin sigue pareciéndose en muchos aspectos a la Rusia zarista, que también tuvo su Policía secreta. En Francia, el *Comité de Sureté Générale* y los *comités révolutionaires* realizaron tales funciones policíacas; en la Revolución inglesa fueron desempeñadas, de modo muy efectivo, por el nuevo clero parroquial independiente, auxiliados por diversos comités *ad hoc* del ejército. Pero en Inglaterra, la estructura total de la centralización del Gobierno era sencilla y rudimentaria: la anómala dictadura del propio Cromwell, el nuevo tribunal creado por la *Rump* en marzo de 1650, en que los poderes legislativo, administrativo y judicial estaban tan mezclados como lo estuvieron siempre en la Cámara Estrellada de los Tudors y los Estuardos, el curioso experimento de los generales con mando en 1655-1656. Sin embargo, es incuestionable el hecho de la centralización en Inglaterra; hasta las sa-

gradas funciones de ese ángel guardián de las libertades locales inglesas, el juez de paz, fueron atacadas durante la dominación de los extremistas.

Estos extemporáneos dictadores tuvieron que hacer frente no solo a los problemas ordinarios de gobierno, sino a la guerra civil y a la exterior, valiéndose, cuando menos, de algunas medidas auténticamente reformistas que hubieran intentado evitar. Sobre todo, en las revoluciones francesa y rusa, el nuevo Gobierno hubo de arbitrar lo que, para evitar disputas con el significado socialista, podíamos llamar medidas de planeamiento económico: fijación de precios y salarios, intervención monetaria, racionamiento alimenticio, etc. No es preciso preocuparse aquí del problema de si en Francia tales medidas fueron puramente de guerra o no. La cuestión es que el Gobierno se vio obligado a intentar su establecimiento. En Rusia, naturalmente, se realizaron notables esfuerzos para incluir el socialismo marxista entre las instituciones laborales.

Mas todas las anteriores fueron manifestaciones de dictadura ruda, pero capaz. Los gobiernos del Terror fueron, en general, mucho menos eficientes, menos absolutos en realidad, que muchos gobiernos de paz que en nuestros días están próximos a ser reputados de arbitrarios y sangrientos. El Gobierno de Stalin fue infinitamente más centralizado que el de Lenin, y el de Napoleón más que el de Robespierre. Sin duda, una de las razones por las que los gobiernos del Terror resultan tan tiránicos y duros de soportar, aun considerados retrospectivamente, es precisamente por su ineficencia. Cumplieron sus enormes objetivos—salvaron a Inglaterra, Francia y Rusia de la disolución o la conquista—; pero lo hicieron muy embarulladamente y, en detalle, muy malamente. Los auténticos administradores carecían, por lo general, de experiencia; fueron a menudo modestos fanáticos y, con frecuencia, incompetentes, fanfarrones, que escalaron la cumbre en los círculos o en el partido. Estaban sometidos a una soberbia presión desde abajo para conseguir realidades. Con frecuencia, tenían a su cargo operaciones muy íntimamente unidas al núcleo de la revolución considerado como movimiento económico—confiscación de las propiedades realistas y de los haberes del clero, en Inglaterra; disposición

de las tierras confiscadas al clero y los *émigrés*, en Francia; nacionalización de la tierra y las fábricas, en Rusia—, lo cual ofrecía grandes oportunidades para el chanchullo. Tenían que operar sobre una población en gran parte, si no en su mayoría, desconfiada u hostil. No hay, pues, que sorprenderse demasiado de que tales regímenes de terror destaquen sobre todo por los actos irregulares de violencia y tampoco de que toda su historia muestre una complejidad increíble. Nada es más ilustrativo en el estudio de estas revoluciones que el conocimiento de la historia local. Aquí se aprecia que el Terror fue, no un régimen persistente y eficaz impuesto desde arriba, como en un ejército o en Esparta, sino un estado de temor y prevención, una disolución de las uniformidades, modestas y sobrias, de la vida provinciana. Mucho depende de factores accidentales de la personalidad: un noble sensible, uno o dos revolucionarios locales, moderados y capaces, y cualquier ciudad puede atravesar por una revolución con bastante serenidad. En otras, el Terror puede ser tan amargo como en la capital.

Esta ineficacia de los gobiernos del período de crisis destaca claramente en sus intentos para regular y dominar la vida económica del Estado. La cuestión, en general, tiene probablemente muy poco que ver con el problema genérico que se conoce como *planeamiento económico.* Una vez más hemos de insistir que solo nos importan las anatomías de ciertas revoluciones específicas. Es suficiente decir que en Francia, en los años 1793-1794, y en Rusia, entre 1918 y 1921, los ejércitos fueron avituallados y provistos de municiones, y que algunas personas civiles siguieron viviendo, por lo menos, bajo un dominio bastante absoluto de la actividad económica. El *máximum* francés significaba, sin duda, la fijación de precios y salarios, y en Rusia, el comunismo de guerra fue una forma aún más completa de planeamiento central. Sin embargo, la violación del *máximum* en Francia fue tan frecuente como el contrabando de bebidas en los Estados Unidos, y la historia pormenorizada del *máximum,* considerada como parte de la historia local, ofrecería, ciertamente, aspectos bastante divertidos. En Rusia, el tráfico ilegal en los años de guerra fue también muy semejante al contra-

bando en Norteamérica: el famoso mercado Sukharevka, de Moscú, fue perseguido en ocasiones, pero, en general, tolerado por el Gobierno de Lenin. Todos los habitantes de las ciudades que podían hacerlo, realizaban viajes al campo para negociar con los campesinos la compra de alimentos racionados. También aquí son fascinantes los pequeños detalles íntimos de la vida diaria que esperan un tratamiento hábil por parte de los historiadores sociales.

Parece existir entre los historiadores una aceptación casi unánime, incluso cuando se muestran hostiles a las revoluciones en general, que durante el período de crisis son raros los delitos de violencia ordinaria. Puede existir plena crueldad y corrupción entre los nuevos administradores y jueces; el nuevo régimen puede estar muy lejos de asegurar la paz y el orden; pero los ladrones, asesinos, secuestradores o sus análogos no se muestran muy activos. El conservador insensato tiene una explicación sencilla: todos tienen cargos en el Gobierno. Sin embargo, es difícil admitir esto como una explicación decisiva. Parece probable que los criminales ordinarios estén en ese momento bastante acobardados por la crudeza general contra el vicio y el crimen ordinarios, la cual es parte del período de crisis y de la que nos ocuparemos en breve. Los rateros, e incluso las prostitutas en algunos casos, fueron eliminados sumariamente durante la Revolución francesa por procedimientos semejantes al linchamiento, y casos análogos se encuentran en Inglaterra y Rusia. No se quiere decir que, por regla general, se pueda acobardar a los criminales con tales métodos; en esto, como en todo este libro, estudiamos un particular conjunto de acaecimientos, en busca de ciertas uniformidades aproximadas y sin intentar conclusiones generales en el terreno de la criminología. Podrá ser difícil que en medio de la tensión general, en el extraordinario ensanchamiento de las relaciones públicas, que hace casi imposible la intimidad, se manifieste algo tan íntimo como el crimen ordinario. El criminal está perturbado, no solo por el miedo al linchamiento, sino por un indefinible temor general que comparte con la generalidad de los ciudadanos. Porque el miedo no necesita objetivo y a menudo en el Terror no lo tiene. Ha de recordarse que este período de crisis es

breve, unos cuantos meses o, a lo más, unos pocos años. En cualquier caso, aparece una nueva y sencilla uniformidad: durante el período de crisis hay que registrar una disminución considerable del número de los crímenes ordinarios. Mr. Chamberlin observa que en 1918 y 1919 Moscú era un lugar muy seguro para vivir si se podía obtener comida y calor suficientes.

Por lo común existe un breve período entre el desplazamiento de los moderados y el pleno impacto del Terror. El mecanismo de este, pese a lo rápido de su estructuración, no puede articularse de la noche a la mañana. Y ello por una razón: aunque la primera etapa revolucionaria haya contribuido a la violencia, ha habido un intervalo de paz aparente mientras duraba la lucha entre moderados y extremistas. La presión de los enemigos del exterior y de sus aliados los *émigrés* no alcanza su plena fuerza inmediatamente; sin embargo, en el transcurso de los días las fuerzas que construyen el Terror entran en plena actividad.

En este capítulo hemos descrito brevemente la elevación de los extremistas e intentado analizar las razones de su victoria. Los hemos acompañado hasta el punto en que han dispuesto de todos los grupos importantes en lucha y en que han consolidado su posición, instalando un sistema centralizado de gobierno. Durante los pocos meses siguientes, o un año aproximadamente, los extremistas pueden ser tan extremados como gusten: nadie osará desafiarlos. Hemos llegado a esa crisis en la fiebre de los hombres de la revolución, llamada, por lo común, el reinado del Terror. Esta cuestión, muy importante, debe ser tratada en capítulo aparte.

CAPITULO VII

REINADOS DE TERROR Y VIRTUD

I. EXPANSION DEL TERROR

Día 8 de agosto de 1775. Los fusileros capturaron a un hombre en New Milford, Connecticut, un *tory* de lo más indócil, que los llamó rebeldes malditos, etc., y le hicieron marchar hasta Litchfield, a unas veinte millas, llevando todo el camino un pato en la mano. Cuando llegaron allí le embadurnaron de alquitrán y le obligaron a pelar el pato, esparcieron las plumas sobre él, le expulsaron de la compañía y le exigieron que se arrodillara para darles las gracias por su misericordia.» Los jacobinos de Rodez, en el mediodía de Francia, redactaron una lista de *perros malditos de la nobleza,* y otros indignos de llevar bigote, nuevo símbolo del patriotismo, la virilidad republicana y la ortodoxia. Ordenaron luego a su comité de vigilancia cuidara de que si alguna persona semejante se atreviera a llevar bigote fuera capturada y afeitada,

«teniendo buen cuidado de que el trabajo se hiciera con jabón y con la navaja más áspera disponible». Parece que el afeitado es, en ciertos aspectos, un rito por encima de los actos ordinarios de aseo, ya que el 3 de octubre de 1775, los Hijos de la Libertad de Nueva York, reunidos en solemne congreso, «acordaron un voto de gracias a Mr. Jacob Vredenburgh, barbero, por su conducta firme, valiente y patriótica al negarse a ultimar una operación, vulgarmente llamada *afeitado,* que había empezado sobre la faz del capitán John Croser, comandante... de uno de los transportes de Su Majestad... Sería de desear que todos los caballeros de la navaja siguieran este cauto, prudente e interesante ejemplo».

Los detalles pequeños e insignificantes tienen importancia porque contribuyen a familiarizarnos con la expansión del reinado del Terror. No es solo el melodrama del cepo, la guillotina y el pelotón de ejecución; no es sola la disputa encarnizada entre los grandes del nuevo orden por el poder; no es solo la tensión de las guerras dentro y fuera; hay también la tragicomedia de los millones de seres minúsculos absorbidos por empresas heroicas que, de ordinario, les son ajenas. El Terror alcanza a grandes y pequeños con la fuerza obsesiva de una moda; los hombres gozan de un bien público tan escaso como jamás gozaron, salvo los dedicados profesionalmente al estudio o la práctica de la política. Durante el Terror, la política se convierte en algo tan real, tan presionante, tan ineludible para Juan Pérez, o Jacques Dupont o Ivan Ivanovich como la comida y la bebida, la mujer o la amante, o su trabajo y el tiempo. La diferencia política, esa dejadez del estado moderno, se torna imposible aun para el más egoísta o el mayor inexpresivo.

Esta participación en la cosa común, en el drama del estado revolucionario, significa cosas diferentes para los que podemos llamar los de fuera y los de dentro. La oposición es algo de pura conveniencia. Sin duda, hay gradaciones insensibles, desde el ardiente extremista revolucionario—por ejemplo, Evaristo Gamelin, admirablemente dibujado por Anatole France en *Los dioses tienen sed*—hasta los disimulados y reprimidos antirrevolucionarios, pasando por los neutrales e incoloros del centro. Pero, en

líneas generales, vale la pena establecer la división entre la mayoría, ajena al culto revolucionario, y el sector reducido y activo, de los creyentes ortodoxos en la nueva situación. Veamos, primero, lo relativo al Terror, por sus efectos sobre la vida de los de fuera.

II. EL TERROR Y LOS PROFANOS

Este vulgar profano en política no es la persona activamente hostil, el auténtico *émigré* o, como dicen ahora los franceses, el *émigré d'esprit*, el *émigré* que es libre espiritualmente, aunque no carnalmente. No es el moderado descontento; es, sencillamente, el hombre que constituye la masa de las sociedades modernas, el que acepta, por lo general, lo que otros hacen en política, el hombre que con bastante rapidez se encuentra metido en el vagón del ganado. La revolución, sobre todo en su período de crisis, es tremendamente dura para este forastero. Podrá proporcionarle cierto número de espectáculos en formas de diversas conmemoraciones de los nuevos cultos revolucionarios: procesiones, árboles de la libertad, festivales de la razón, etc. Pero, ciertamente, en la Revolución francesa hay muchos signos de que los profanos se cansaron de esto y de que, a la larga, encontraban más de su gusto el antiguo ceremonial católico. Cabe preguntarse si a largo plazo las masivas ceremonias que Stalin parece manejar también no terminarán por fatigar un poco. Por otra parte, no hay duda de que los revolucionarios moderno son mucho mejores tramoyistas que sus predecesores y, claro es, que los moldes revolucionarios no son plenamente idénticos. En Rusia, sobre todo, algo de la atmósfera del Terror ha durado hasta el presente.

La manía revolucionaria de cambiar los nombres parece contribuir también a la confusión y malestar de los profanos. Los ingleses limitaron sus esfuerzos principales a los nombres y a las personas, alcanzando algunos resultados notables. Para los americanos es familiar el nombre de Praise God Barebone, y el de Put-thy-Trust-in-Christ-and-Flee-Fornication Williams es tal vez algo más que una

leyenda. Los puritanos, naturalmente, se surtieron sobre todo de la Biblia y de las abstracciones evangélicas: fe, prudencia, caridad, etc.

Los franceses acudieron a los días virtuosos de la república romana, a las abstracciones de la Ilustración y a sus propios dirigentes y mártires. Babeuf, el precursor del socialismo, se transformó en Graco Babeuf. Claude Henri, conde de Saint Simon, conservó sus nombres de pila, pero se zafó del comprometedor contacto con un santo y se convirtió en Claude Henri Bonhomme. Los desdichados Leroys (Reyes) estimaron oportuno cambiar su nombre por el de Laloys (Leyes) o algo igualmente práctico. Un ferviente jacobino bautizó republicamente a su hijo Libre Constitución Leturc. Sin embargo, los franceses no se pararon en las personas; se cambiaron nombres envilecidos de algunas calles: la plaza de Luis XV se convirtió en la plaza de la Revolución, y la calle de la Corona, en la de la Nación. Los nombres locales sufrieron cambios completos, lo que debió de presentar una nueva perturbación para el servicio de Correos, ya trastornado por la guerra. La mayoría de los santos fueron suprimidos, lo que por sí solo debió de causar muchas molestias. Lyon, que había pecado contra la revolución al sumarse a los federalistas, al ser ocupado por las tropas de la Convención, fue rebautizado Commune Affranchie (Ciudad Liberada); El Havre fue Havre-Marat. En el saludo convencional entre amigos, *citoyen* sustituyó a *monsieur*. Durante cierto tiempo la palabra *roi* fue un *tabú* tan definido como los que estudian los antropólogos y efectivamente eliminada de los autores clásicos como Racine. Hubo un intento, tal vez serio, tal vez periodístico, para cambiar *reine abeille* por *abeille pondeuse* (abeja reina por abeja ponedora).

En su determinación para desarraigar todo el pasado contaminado, los revolucionarios franceses decidieron revolucionar el calendario, acabar con nombres como enero, que recordaba al antiguo y vicioso dios Jano romano, o julio, que rememoraba al aún más vicioso tirano Julio César. Así elaboraron doce nuevos meses, a los que llamaron, en un francés melodioso, de acuerdo con las gloriosas obras de la Naturaleza: *germinal*, el mes de los

brotes; *fructidor,* el mes de la maduración, y *brumario,* el mes de las brumas. Aunque los franceses alardeaban de la universalidad de sus fines y principios revolucionarios, no se preocuparon, en apariencia, de la reducida limitación de su nuevo calendario a las condiciones climatológicas de Francia. El calendario es, evidentemente, lo más inadecuado para Australia e incluso para el occidente americano.

Los rusos, además de su afición por los *noms de guerre* personales y revolucionarios, han sido especialmente adictos al cambio de los nombres locales y, a diferencia de los franceses, los han hecho durar hasta ahora, por lo menos cuando los nombres correspondían a buenos stalinistas. Catalina la Grande, en particular, se había incluido en el mapa con el mismo éxito que Alejandro el Grande; pero ha desaparecido por completo de la Rusia soviética. Ekaterinodar se convirtió en Krasnodar; Ekaterineburg, en Sverdlovsk, y Ekaterinoslav, en Dnepropetrovsk. El conocido nombre de Nighni Novgorod se convirtió, con pérdida de su eufonía y de grandes asociaciones, en Gorki. Stalin se trató bastante bien: Stalinabad es tal vez la más exótica de las ciudades de Stalin; pero, sin duda, más efectivamente simbólico fue el cambio de Zaritsyn por Stalingrado, que no es el único sitio en que Stalin reemplazó al zar. Sin embargo, su papel en la última guerra ha fijado el nombre de Stalingrado frente a cualquier cambio, de no ser alguno inconcebiblemente revolucionario. El *ciudadano* de la revolución francesa fue sustituido por el *camarada,* de larga tradición socialista. También los niños recibieron nombres tan adecuados a la época como Praise God y Libre Constitución lo fueron en su momento. Vladilen, palabra compuesta de Vladimir y Lenin, es decididamente una de las más inconvenientes para un viejo ruso.

Estos cambios de nombres es claramente una de las uniformidades que podemos anotar en nuestras revoluciones. Incluso la moderada Revolución americana incurrió en ello. Boston presenció cómo la calle del Rey y la de la Reina cedieron sus puestos a la Federal y a la del Estado, muy adecuadas al nuevo régimen; pero, por unas razones o por otras, el nombre manido de la calle Hanover sub-

sistió. El nombre que los americanos dan a cierta mosca peligrosa es el de mosca hesiana, denominación que procede de los días revolucionarios. Una especie de pariente de esa mosca se conoce aún en algunas partes del Sur como la chinche Abe Lincoln, y ello es una comprobación del hecho de que lo que nosotros llamamos guerra civil fué, en esencia, una revolución abortada.

No es necesario preocuparse mucho en buscar una explicación a esta manía del cambio de nombres. Para los salvajes, los nombres van asociados a la magia y esos días nos recuerdan continuamente nuestra propia proximidad al salvajismo. Cámbiese un nombre y se ha cambiado la cosa: es bien sencillo. Aquí, sin embargo, nos interesa más el efecto de estos cambios sobre los profanos y podemos sentir cierta razonable seguridad de que ello constituye un ejemplo del tipo de cosas que empieza a tener que soportar. La revolución en los nombres es cuestión bastante insignificante. Pero para Juan Pérez la vida es una acumulación de cosas insignificantes y no está estructurado para soportar un sistema muy complejo de cambios en los detalles triviales que integran sus costumbres. Testigo, Rip Van Winkle.

Claro que hay también la tensión de vivir bajo la clase de gobierno que en el capítulo anterior hemos descrito como gobierno del Terror. Hasta la persona más humilde, la más indiferente a la política, no puede nunca decir cuándo caerá el rayo sobre él o sobre su casa, cuándo será posible que comparezca ante un tribunal como un enemigo de la clase o un contrarrevolucionario. El estudio detallado de esta amenaza constante, de esta omnipotencia del gobierno, no es posible intentarlo aquí. Podemos, sin embargo, considerar brevemente dos fases que afecten en especial a los profanos.

En primer lugar, como habremos de ver en seguida, desde el punto de vista de los afiliados, todas estas revoluciones tienen en su crisis una cualidad inconfundiblemente puritana o ascética, o, acudiendo al tópico, idealista. Los que constituyen la autoridad intentan seriamente desarraigar los vicios menores, lo mismo que lo que alguien podría sentirse inclinado a llamar los placeres mayores. Lo que se intentó hacer en Inglaterra con los santos, en el si-

glo XII, es familiar a la mayoría de los americanos, aunque solo sea por sus repercusiones en Nueva Inglaterra. Pero los americanos, que siempre han exagerado la capacidad francesa para los placeres de los sentidos, tal vez no se den cuenta de que, en 1793 y 1794, hubo un honrado intento de limpiar París, de acabar con los burdeles y las casas de juego y de suprimir el libertinaje existente. La virtud era la orden del día; no se podía ni siquiera ser perezoso. Siempre habría algún jacobino dispuesto a denunciar a quien fuera a su círculo, con la sugerencia de que el mejor sitio para curar la tibieza republicana era el ejército. El puritanismo de los bolcheviques podrá parecer aún más paradójico, pero su existencia es indudable, y en breve hemos de volver sobre su análisis.

Ahora bien: no hay duda de que en el mundo mejor a que aspiramos todos, en cierta medida, la embriaguez, la prostitución, el juego, la pereza, la jactancia y un conjunto de cosas que todos condenamos, sencillamente no existirán. Pero parece igualmente innegable que, en este lugar y momento, y para algunas generaciones pasadas, un número bastante considerable de seres humanos han sido y son adictos a una o más de esas lacras, considerándolas—no siempre con razón—como compensaciones necesarias de sus vidas sombrías o, en cualquier forma, desagradables. Una vez más hemos de recordar que no nos ocupamos de cuestiones morales que no alabamos ni condenamos, sino que nuestro intento es disponer los hechos según la ordenación útil. Parece entonces que la siguiente uniformidad es clara: el intento de los extremistas de mejorar la vida privándola de los vicios ordinarios, en un plazo bastante corto, determina una tensión sobre los profanos, muy dura de soportar.

No es solo que se suprima la posibilidad de lo que los profanos consideran probablemente un esparcimiento legítimo; las nuevas autoridades ni siquiera permitirán que se quede a solas consigo mismo. Ciertamente, las revoluciones son muy exigentes con la intimidad. Gorki escribía una vez que «Lenin fue un hombre que impidió al pueblo llevar su vida acostumbrada, como nadie fue capaz de hacerlo antes que él». Esto es, sin duda, una exageración retórica; pero se puede apreciar lo que Gorki quiere

decir. Y como el pueblo tiene cierta inercia en el sentido de llevar *su vida acostumbrada*, podemos quizá entender mejor por qué Stalin y no Trotsky resultó ser el sucesor de Lenin. En el período de crisis, la revolución cazará a Juan Pérez, haga lo que haga.

En toda revolución, aun las más vulgares, calumnias, comadreos y odios de la vida social corriente se intensificarán más allá del sufrimiento. Los jacobinos, especialmente en provincias, están más dispuestos a recoger cualquier chisme que a poner en práctica cualquier reforma necesaria. El ciudadano A debe tener atado su perro; el ciudadano B debe casarse con esa chica; el ciudadano C debe ser amonestado contra las explosiones de su mal humor; el opulento ciudadano E debe dar consentimiento para el matrimonio de su hija con el pobre pero honrado joven jacobino de buena reputación en su círculo. Esta clase de cosas podrá esperarse de la propia familia o de los amigos, pero no del Gobierno, ni siquiera en el Estado totalitario. Los alemanes tienen un refrán consolador: «La sopa no se toma nunca tan caliente como se cocina.» Pero, ciertamente, en el período de crisis de las revoluciones se produce un esfuerzo para hacerla pasar abrasando por la gargante del ciudadano ordinario. A la larga, no puede soportarlo, y sus cocineros aprenden la lección y dejan que se enfríe un poco. Pero esto ocurre en el período de convalecencia de las fiebres revolucionarias.

Privado de sus habituales vicios y placeres, obligado a luchar, o al menos a festejar, ruidosa y visiblemente, por el estado revolucionario en su lucha contra los enemigos exteriores e interiores, expuesto a las privaciones y a los sufrimientos deducidos de la escasez inherente a la guerra y a las deficiencias inevitables del nuevo gobierno, obligado a ponerse *a la altura de las circunstancias revolucionarias*, por cualquier cosa y a través de la prensa, el teatro, el púlpito, la tribuna, los desfiles masivos y, sobre todo, atrapado sin escape en la excitación nerviosa, general y exhaustiva que marcan el período de crisis, Juan Pérez, más pronto o más tarde, encuentra la tensión insoportable y está dispuesto a dar la bienvenida a cualquiera que sea capaz de acabar con los extremistas.

Es posible que *una* de estas tensiones fuera soportable, aunque parece probable la existencia de algo parecido a un punto de saturación en gran escala para la propaganda política obsesiva, superado el cual esa propaganda se torna, efectivamente, en contra. Cabe esperar que algo se aprenda a este respecto de la experiencia de los dictadores contemporáneos.

Es posible que el pueblo se canse de Evita Perón, incluso en la Argentina. En cualquier caso, la serie convergente de presiones antes esbozadas parece claro que ha determinado una gran tensión sobre los profanos de nuestras revoluciones.

III. EL TERROR Y LOS AFILIADOS
EL PARALELO RELIGIOSO

Para los afiliados, los verdaderos creyentes, la revolución aparece como algo muy distinto en este período de crisis, aunque pudiera pensarse que para algunos de los menos ardientes mucho de lo que se ha dicho sobre los profanos empieza, transcurrido cierto tiempo, a ser bastante aplicable. La revolución comienza a exigir demasiado y empiezan sus vacilaciones y sus dudas y el fastidio de las interminables ceremonias, delegaciones, comités, tribunales, tareas militares y las demás molestias necesarias para alcanzar el reinado de la virtud sobre la tierra. Ellos también se van pasando a los profanos. Tal debe ser nuestra gran esperanza en estos días de demasiada política para todo el mundo. Pero el verdadero creyente sigue hasta el final, hasta la cárcel, la guillotina, el pelotón de fusilamiento o el destierro.

Ahor bien: al parecer, los afiliados encuentran en su incondicional servicio a la revolución la mayoría de las satisfacciones psicológicas que ofrece, por lo común, lo que llamamos religión. Esta analogía con la religión ha sido formulada con frecuencia. Se ha aplicado, no solo a la Revolución inglesa, donde su exactitud es incuestionable, sino también a las Revoluciones francesa y rusa. Como

los jacobinos y los bolcheviques eran violentamente hostiles para la cristiandad y se vanagloriaban de su ateísmo o, al menos, de su deísmo, esta analogía ha ofendido gravemente tanto a los cristianos como a sus enemigos. Especialmente para los marxistas, afirmar que su conducta ofrece cierta semejanza con la de algunos hombres sometidos a la influencia conocida de la religión, es como un trapo rojo para un toro. La cólera del marxista no es por completo injustificada cuando los vanos conservadores le lanzaron con frecuencia a la cara, como un reproche y un desprecio, la voluble frase: «¡Oh, los comunistas solo son otra secta fanática!» En realidad, juzgando por la pasada experiencia, parece que un gran número de personas puede ser impulsada a hacer ciertas cosas muy importantes de las que los comunistas pretenden haber hecho, solo bajo la influencia de lo que llamamos religión; es decir, algo de sentimientos, aspiraciones morales y prácticas rituales más o menos semejantes. Como religión, el marxismo ha hecho ya mucho; como *teoría científica* apenas habría salido de las páginas de *Das Kapital* y de las revistas especializadas.

Pero la controversia anterior es inacabable y no somos tan temerarios para suponer que podemos terminarla. Los que emplean el término religión en este aspecto parece como si trataran de describir un fenómeno, el mundo de la experiencia sensorial, que precisa integrarse como otros fenómenos de las revoluciones. Sin embargo, es, sin duda, cierto que el uso de aquella palabra suscita, en apariencia, en muchas personas emociones perjudicales para el estudio continuado y objetivo de la cuestión. Cualquiera que pudiera sugerir un término neutral que, con igual efectividad, señalara el mismo fenómeno como lo hace la palabra *religión,* prestaría una gran servicio a la sociología. Hemos de insistir que este término no se refiere, necesaria y exclusivamente, a un culto formalmente teísta como el cristianismo y, sobre todo, que no implica, de modo necesario, ninguna creencia en lo *sobrenatural.* En el presente análisis lo que importa respecto de una creencia religiosa es que bajo su influencia los hombres laboran ardua y excitadamente en común para lograr aquí o en otra parte un ideal, un modelo de

vida que por el momento no se ha alcanzado de modo universal, y ni siquiera extenso. La religión intenta disminuir en favor de las esperanzas humanas la distancia entre lo que los hombres son y lo que quisieran ser y, al menos en su fase juvenil, fresca y activa, no admitirá ni por un momento que esta distancia pueda existir por largo tiempo.

Discernir el elemento religioso en la conducta del extremista ardoroso no es negar la existencia de motivos económicos. Ciertamente, en esta fase hay que registrar algunas de las facetas más agudas de la lucha entre clases y hacer de ellas una de las uniformidades que podemos claramente considerar establecidas. Sea cual fuere el papel de las luchas económicas de clase de los días inmediatamente anteriores a la revolución—y en las cuatro que estudiamos toma formas variadas que, en modo alguno, se resumen con frases tales como *nobleza feudal, clase media* y *proletariado*—, una vez que la revolución avanza, estas luchas de clases tienen cuando menos una fase común en nuestras cuatro sociedades. Los bienes de muchos, si no de la mayoría, de aquellos abierta y manifiestamente identificados con los partidos en derrota se confiscan en beneficio de los partidos triunfantes, identificados como *el pueblo.* Además, conforme van siendo derrotados los distintos grupos moderados, sus bienes son también confiscados de la misma forma.

En la Revolución inglesa, los realistas perdieron una gran parte de sus propiedades, especialmente rústica, y aunque los presbiterianos medios no estuvieran sujetos, por regla general, a la confiscación de sus bienes, a menes que se hubieran mostrado activos en los errores políticos, hubo una gran cantidad de ellos y de otros clérigos inaceptables privados de sus medios de subsistencia. Laurence Washington, un clérigo, padre de John de Virginia y directo antepasado de Jorge, fue *degradado,* según la frase en boga en 1643, por achacársele haber dicho que el ejército parlamentario tenía más papistas dentro de él que hubo alrededor del rey. Es decir, se le privó de sus medios de vida. No es preciso recordar que los bienes de los legalistas fueron confiscados en la Revolución americana. Cierto que J. F. Jameson afirmaba

que de una manera tranquila—por lo menos para las revoluciones—la Revolución americana realizó durante todo su curso una democratización muy sensible o un fraccionamiento en unidades más pequeñas de la propiedad en los Estados Unidos de América. Tanto en Francia como en Rusia, las revoluciones dieron lugar a la confiscación de la tierra, en primer término; pero también, incluso en Francia, se hizo extensiva en cierta medida al capital y a su redistribución. No habremos de entrar aquí en detalles sobre estos problemas agrarios; baste decir que muchos de los que llegaron a la cima en el período de crisis, tanto dirigentes como seguidores, tenían buenas razones para esperar que, manteniéndose a la cabeza, su estado económico habría de ser sustancialmente mejor de lo que había sido. Esto es cierto para cualquier teoría o ideal, *laissez faire* o socialismo, que se invoque como directriz para una nueva distribución.

Pero aunque hayamos de reconocer el motivo económico, como reconocemos la tendencia a la centralización para repeler los ataques desde dentro y desde fuera, nuestro cuadro es incompleto hasta que consideremos aquellos elementos llamados inevitablemente religiosos. En parte, porque los elementos económico y político son, en su sentido convencional, familiares hoy a la mayoría de la gente; en parte, porque esos elementos religiosos—en cualquier caso, psicológicos—parecen figurar entre las variables más importantes de la situación, y por ello destacamos aquí. Parecen figurar entre las variables más importantes, porque su presencia en forma aguda atribuye un tono diferente y mucho más penetrante a los elementos político y económico de la lucha, que con frecuencia se presentan por sí mismos en forma muy similar e incluso con intensidad análoga en situaciones que, por lo común, no se tildan de revolucionarias. También es cierto que en el crecimiento del metodismo wesleyano en el siglo XVIII, en Inglaterra, por ejemplo, en épocas que no pueden calificarse de revolucionarias, se encuentran conductas activamente religiosas entre gran número de personas, conductas semejantes en muchos aspectos a las que vamos a analizar en nuestros revolucionarios afiliados. Pero el wesleyanismo era políticamente conservador, por lo gene-

ral, y no perseguía ningún sistema social y político determinado.

Sin duda, la cuestión general de las tres revoluciones que vamos a analizar es que los entusiasmos religiosos, la organización, el ritual y las ideas aparecen inexplicablemente mezclados con objetivos económicos y políticos, con un programa para cambiar *cosas* y no meramente para convertir *gentes.*

En tres de las revoluciones que estudiamos, y también en cierta medida en la cuarta, la Revolución americana, los revolucionarios afiliados parecen haber querido poner en práctica en este mundo algo del orden, la disciplina y el desprecio por los vicios fáciles, que los calvinistas pretendieron colocar más allá. Por ello, nuestra primera revolución, la inglesa, se conoce comúnmente como la revolución calvinista o puritana. En este punto, hemos de esperar la protesta de los comunistas, la afirmación indignada de que Marx relegó a lugar muy secundario esa debilidad cristiana de menospreciar la carne, que sus seguidores son todos partidiarios de la abundancia de la comida y de la bebida y de las demás cosas buenas de este mundo. Dentro de un momento volveremos sobre esta cuestión; mientras tanto, podemos empezar a distinguir cierta tendencia ascética, secreta en el comunismo, si pensamos en la indignación de los buenos comunistas frente a la frase «vino, mujeres y música para todos».

A pesar de la tendencia actual a las preocupaciones semánticas, podemos aceptar como una afirmación razonable el puritanismo de los puritanos. Ni siquiera los obstruccionistas americanos contemporáneos pueden persuadirnos de que los puritanos fueran hermosos y forzudos libertinos. En cuanto a los jacobinos, su legislación y, sobre todo, su administración algo informal, de los años 1793 y 1794, tenía sorprendentes analogías con la clase de cosas con que querían acabar los puritanos ingleses. En principio, los jacobinos estaban contra el juego, la embriaguez, las irregularidades sexuales de toda clase, la pobreza ostentosa, la pereza, el latrocinio y, naturalmente, contra los crímenes de todo género. En la práctica, creían en la libertad para reforzar la abstención de tales vicios y para insistir por la fuerza en la realización de actos positivos

de virtud: vender siempre al precio máximo fijado por la ley, incluso aunque pareciera bastante segura alguna contravención; asistir a las ceremonias en honor al Ser Supremo, o expresar en público la opinión de que William Pitt era un corrompido villano y la nación inglesa un conjunto de esclavos patéticos. Pretendieron vigorizar tal sistema de acción haciendo de cada hombre su propio vigilante, el espía de Dios sobre uno mismo, en forma muy parecida a lo que se dice ocurrió en la Ginebra de Calvino.

La predicación fue llevada a cabo principalmente por los miembros de los círculos locales, presionados por los dirigentes también locales, lo mismo que con los puritanos realizó el clero parroquial, ayudado por los activos dignatarios de la Iglesia, que vieron que con ello el rebaño era fácil de manejar. Las cuestiones menos graves, en apariencia las más insignificantes también, podían, en tales condiciones, determinar el fin de una parroquia o una comunidad. Se dice que la primera disensión de la Iglesia separatista inglesa, en Amsterdam, no surgió por ningún punto de doctrina ni de ritual, sino por el encaje de la manga de Mr. Francis Johnson. Podrían encontrarse multitud de paralelismos análogos en la conducta de los jacobinos. Así, el animado debate en un pequeño círculo de Normandía sobre la cuestión de si el ciudadano doctor X, no hacía demasiado largas sus visitas profesionales a los aristócratas y muy cortas sus visitas a los patriotas. Y el gran tumulto en Bourgoin, cuando el secretario anunció que no llevaría el rojo gorro de la Libertad, porque no le sentaba bien. Esta sorprendente muestra de vanidad sobreponiéndose al patriotismo desató la furia de los virtuosos republicanos de Bourgoin, y el secretario tuvo suerte de escapar con vida.

La otra nimiedad de los revolucionarios rusos representa un problema más aparente que importante o que, incluso, real. Es del todo cierto que el comunismo *filosóficamente* moderno se basa en el materialismo, que niega la inmortalidad del alma y, naturalmente, la existencia de tal, que insiste en que los hombres han de ser felices aquí en la tierra, disfrutando de las cosas buenas de este mundo. Pero con seguridad es más importante—si se

desean entender los problemas de los hombres en sociedad— observar qué es lo que hacen y cómo se comportan, así como lo que dicen en los periódicos o en el púlpito; qué están haciendo, quieren hacer y deben hacer. También es del todo cierto que los comunistas, sus seguidores y, en general, los afines a las izquierdas tienden, en los Estados Unidos de América, a indignarse en extremo cuando se analiza su conducta tal como nos proponemos hacerlo. En esto, como en tantas otras cosas, indignarse no es refutar.

Tal vez sea un tópico decir que los dirigentes bolcheviques fueron casi todos ascetas. Lenin era señaladamente austero y despreciaba las comodidades ordinarias, y en la cima de su poderío sus habitaciones en el Kremlin eran de una simplicidad cuartelera. Algunas de sus frases recuerdan a los calvanistas burgueses, tal como las analiza Max Weber e incluso Mr. R. H. Tawney: «Llevad una cantidad de dinero apropiada y conveniente, administraos económicamente, no zanganeéis, ni robéis; mantened la más estricta disciplina en el trabajo.» Sin duda, el tono general entre el alto mando del bolchevismo, en aquellos primeros años, era el de un grupo consagrado y casi monástico. En una Rusia en la que los hombres morían de hambre o de frío, era bastante impolítico que los dirigentes resultaran demasiado acomodados y bien alimentados. Pero así como la presión de la guerra no es una explicación completa del Terror, tampoco la necesidad ni la política explican el ascetismo de los bolcheviques. Creían, como lo habían hecho los puritanos, que los vicios generales y las debilidades de los seres humanos son enojosos y que la vida buena no podría entronizarse hasta que se hubieran eliminado esas lacras. Desde el principio, los bolcheviques prohibieron la bebida nacional, el vodka, y casi todos los primeros soviets tomaron medidas contra la prostitución, el juego, la vida nocturna, etc. Teóricamente, los bolcheviques pensaban que las mujeres debían ser libres; libres, por ejemplo, de las absurdas limitaciones que las leyes burguesas les habían impuesto; de aquí la notable libertad concedida en el auge de la revolución en Rusia para el matrimonio, el divorcio, el aborto y otras fases de las relaciones de familia y de sexo. Pero los bol-

cheviques no pretendían con esto que las mujeres fueran libres para comportarse como ellos estaban seguros lo habían hecho—o deseado hacer—en la vieja y disoluta sociedad burguesa. Por el contrario, esperaban que sus mujeres se condujeran como lo harían en la sociedad sin clases, y este es un canon bastante estricto, aunque ambiguo.

Incluso en el decenio de 1930, cuando la fase de crisis había pasado aparentemente en Rusia, hubo numerosas reminiscencias del intenso ascetismo de los miembros antiguos del partido comunista del período de crisis. En un ingenuo libro sobre la Rusia soviética, el ingenuo Webbs declara que, naturalmente, no existe ningún ascético en Rusia, y pasa luego a explicar cómo los Komsomols (Juventudes Comunistas) son exaltadas a no beber, no por ninguna estúpida razón evangélica, ¿cielos, no?, sino porque beber algo alcohólico es «una contravención de la regla que exige mantener una salud perfecta». También se rechaza de modo muy definido el halago como indigno del joven comunista, sobre todo cuando se hace público. «Ni en la literatura ni en ninguna manifestación del arte se tolera nada pornográfico. Hay en Rusia menos manifestaciones públicas de atractivos sexuales que en cualquier país de Occidente.» Desde que los Webbs escribieron esto, los rusos parecen haber cedido algo en su retraimiento público, al menos en las diversiones oficiales para los extranjeros. Pero aún es cierto que la prensa rusa no tiene ningún equivalente de nuestra *quesadilla*. Para los herederos espirituales de los Webbs, Rusia parece, incluso hoy, dedicada al cultivo de las virtudes más simples.

Dada la notoria suciedad de los rusos antiguos en los lugares públicos—casi tanto como nosotros los americanos—, el nuevo régimen ha hecho cuestión de disciplina que ninguna basura, papeles ni latas se dejen en los parques públicos, las calles y las estaciones. Es incuestionable que los miembros del partido comunista, una minoría de siempre muy selecta y disciplinada, recibieron durante años, y en cierta medida aún los requieren, la práctica de una gran austeridad, de la conformidad a la vida sencilla, a la tarea penosa y a conformarse con unos patrones muy elevados de moralidad personal. Como es usual en tales

circunstancias—y como hemos observado ya respecto a los puritanos y a los jacobinos—, la austeridad no era suficiente en apariencia y de aquí el desarrollo en Rusia de toda clase de procedimientos oficiales o no para espiar, curiosear y comprobar las actividades de los individuos y para regularlas por procedimientos terroristas. La Cheka o Policía secreta, más tarde la NKVD, respaldó el resurgir del terror staliano en los años 1936 a 1939 con la misma fidelidad que si se hubiera tratado del terror nuevo y con la inspiración religiosa del período de crisis.

Ahora bien: durante períodos de relativa longitud han existido grupos ampliamente disciplinados, integrados por seres tan poco ascéticos por naturaleza como aquellos a los que pretendieron imponerse los puritanos, jacobinos y bolcheviques. Durante varios siglos, los espartanos aceptaron de buen grado el comunismo casi heroico; pero esta disciplina es de desarrollo lento, íntimamente ligada con el tipo de comportamiento de los hombres, que evoluciona con parsimonia geológica. Una revolución no puede elaborar esta clase de disciplinas de la noche a la mañana, y tal vez la violencia—aquí nos referimos más bien a la violencia espiritual que al mero derramamiento de sangre—del Terror es en cierto aspecto una compensación a la incapacidad de los extremistas para arrastrar con ellos a la generalidad de sus correligionarios. El Terror es un desesperado tiro al blanco. Asimismo la existencia en los individuos de cierta inclinación a entremeterse en las cuestiones privadas de sus vecinos es, probablemente, una cosa útil, una parte del aglutinante social. Pero también aquí los revolucionarios ardorosos sobrepasan la línea y hacen insoportable la vida para sus vecinos.

Hay vestigios de esta clase de ascetismo organizado, de esta cruzada contra los vicios habituales, incluso en la Revolución americana, en la que la fase de crisis nunca fue tan intensa como en las otras revoluciones que estudiamos. Hubo muchas medidas restrictivas justificadas especialmente, como necesarias para la continuación eficaz de la guerra contra el rey Jorge III. Hubo otras dictadas evidentemente por las tradiciones de la ética protestante de la clase media, que de antiguo se había establecido en las colonias del centro y Nueva Inglaterra. Pero, en

forma diseminada, se encuentra el verdadero acento del idealismo revolucionario. A continuación, vemos un pasaje digno de Robespierre:

> Los títulos son el fruto de los gobiernos monárquicos y arbitrarios. Mientras el objeto de la guerra actual con la Gran Bretaña fue la reconciliación, los títulos de excelencia, honorable, etc., fueron aceptados por el pueblo de América, pero desde la declaración de la Independencia, las colonias se han separado para siempre de la monarquía y convertido en Estados unidos e independientes. Se hace, pues, necesario adoptar el lenguaje sencillo de los gobiernos libres... Dejemos los títulos de excelencia y de honor para los solitarios servidores de un rey tirano... y sintámonos satisfechos al contar con senadores, gobernadores y generales ricos en honor y excelencia reales.

El comité de Baltimore, que en abril de 1775 «recomendaba al pueblo de la comarca no se entusiasmara ni esperase la próxima feria por su propensión a fomentar las carreras de caballos, el juego, la embriaguez y otras disipaciones», iba más allá de las necesidades estrictas de la situación. De nuevo hallamos un ejemplo claro en la pluma de un patriota de Connecticut, que en julio de 1775 escribía:

> El pasado miércoles por la tarde, unas cuantas señoras y caballeros se reunieron en un lugar llamado East Farms, en Connecticut, donde se divirtieron innecesariamente y se alegraron extremadamente con un buen vaso de vino. Tales distracciones y entretenimientos apenas pueden justificarse en ninguna ocasión; pero en un día como este, cuando todo lo que nos rodea tiene un aspecto amenazador, debiera disminuirse y cualquiera persona decente habría de utilizar su influencia para suprimirlos.

Así, pues, nuestros extremistas, ortodoxos y vencedores son cruzados fanáticos, ascetas, gente que pretenden traer el cielo a la tierra. No hay duda de que muchos de ellos son hipócritas, logreros disfrazados con la máscara de los creyentes, y que una mayoría trepan a la carroza del triunfador por móviles egoístas. Sin embargo, nada más alejado de la realidad que afirmar la imposibilidad de que los hombres reconcilien sus intereses con sus ideas. Más de un ardiente y sincero servidor de Robespierre, más de un partidario de la verdad calvinista pudo, sin escrúpulo

de conciencia, comprar tierras confiscadas a los antirrepublicanos o a los ateos. Nuestros extremistas son también, como lo revelan los detalles íntimos de su vida diaria, gentes completamente vulgares, en su mayor parte, con los afectos y los odios, las aspiraciones y las dudas y las esperanzas y temores de la gente común. Una vez que el período de crisis haya pasado, cesarán de ser cruzados, fanáticos o ascetas, salvo unos cuantos que nacieron para mártires. Sus creencias revolucionarias darán paso a un ritual cómodo, serán consuelo de un hábito más que un constante estímulo del ideal. Ahora bien: en el período de crisis, están en lo que podemos llamar fase activa de una religión. Examinemos brevemente algunas de las características más destacadas de esta fase en nuestras tres sociedades.

Calvinismo, jacobinismo y marxismo son formas todas rígidamente deterministas. Todas creen que lo que ocurre aquí abajo está previamente ordenado, predestinado a seguir un curso que ningún mero ser humano puede alterar y mucho menos aquellos que se oponen, respectivamente, al calvinismo, al jacobismo o al marxismo. En efecto, cuanto mayor sea la tormenta provocada por sacerdotes y prelados, más cierta es la victoria calvinista. La actividad de los aristócratas, de los traidores, de los Pitts y los Cobourgs, solo puede hacer más grande el triunfo de la República francesa. Cuanto más dura sea la actuación de los Rockfellers y de los Morgan, cuanto más capitalista sea su conducta, más pronto vendrá el inevitable, glorioso y definitivo levantamiento del proletariado. Dios, para el calvinista; la Naturaleza y la razón, para el jacobino, y el materialismo dialéctico o científico, para el marxista, proporcionan una confortadora seguridad de que el creyente está del lado que *debe* ganar. Y es obvio que la creencia de que no se puede ceder hará en la mayoría de los casos—no en todos—un mejor luchador.

Aquellos a quienes Dios, la Naturaleza o la ciencia han escogido, están del todo deseosos de anunciar esta elección, y, sin duda, muestran una inconsciencia que es puramente lógica—y no en todas las emociones—en cuanto parecen verdaderamente ansiosos de contribuir al inevitable resultado. Los deterministas rígidos son también, por

lo común, proselitistas ardientes, sobre la base presumible de que son instrumentos de lo inevitable, los medios a través de los cuales el inevitable cobra realidad. Sin embargo, no parecen conducirse como si admitieran que la resistencia a su proselitismo, la negativa de los incrédulos a aceptar su mensaje, estuviera también determinada y fuera inevitable e incluso perdonable.

En cualquier caso, nuestros revolucionarios buscan todos extender el evangelio de sus revoluciones. Lo que hoy llamamos *nacionalismo* está ciertamente presente como elemento en todos esos evangelios revolucionarios. Pero, al menos durante los primeros años y durante la crisis de una revolución, la cruda idea de expansión nacional no prevalece. El pueblo afortunado, al que le ha sido revelado el evangelio, desea extenderlo por doquier. En el fervor mesiánico del período de crisis, el agresivo no está en la superficie. Es indudable que este nacionalismo ayuda a los revolucionarios a proseguir, y en el período de reacción sale a la luz, desnudo, si bien disfrazado como el *destino* de un pueblo escogido y de su dirigente. Los jacobinos anunciaron que traían la bendición de la libertad para todos los pueblos del mundo, y es tal el poder de la imaginación, que algunos todavía piensan en Napoleón como un agente de la nueva libertad. Para nuestra generación, los bolcheviques aparecen siempre como grandes apóstoles de la revolución mundial; pero hoy, a diferencia de 1918, se ha convertido en un tópico, incluso entre los conservadores de Occidente, afirmar que lo que Stalin trató de extender es el imperialismo ruso más que el comunismo mundial. Los calvinistas, como cristianos que eran, fueron naturalmente ardientes proselitistas. Pero los victoriosos independientes ingleses mezclaron su propaganda religiosa con la política y ansiaban conquistar el mundo para la forma superior de su sociedad. El almirante Blake, famoso colaborador de Cromwell, acostumbraba predicar el evangelio en tierras extrañas. Gracias al ejemplo de Inglaterra, Blake decía: «Todos los reinos aniquilarán la tiranía y se convertirán en repúblicas.» Inglaterra ya lo había hecho así. Francia seguía sus huellas, y como la natural gravedad de los españoles los hacía más lentos, les dio diez años de plazo. Toda Europa iba a ser

republicana en breve, ¿y esto en el decenio de 1650? Los que hoy alardean o lamentan que el mundo occidental pronto será por completo comunista, o fascista, o demócrata, podían meditar un poco sobre estas observaciones de Blake.

Mucha tinta y mucha oratoria se ha gastado en este esfuerzo de los extremistas para propagar su fe entre las naciones. Los conservadores de otros países son, naturalmente, muy suspicaces. Moscú ha de estar presente en el fondo de cualquier movimiento liberal o radical; hay un complot internacional para establecer el dominio mundial del jacobinismo ateo a destruir la Cristiandad. Probablemente, en la mayoría de los casos tales temores y sospechas son, con mucho, exagerados. Por lo común, los revolucionarios en el período de crisis son muy pobres y están demasiado ocupados en casa para dedicar más de una pequeña parte de sus energías a estas misiones en el extranjero. Hay, además, en los demás países bastantes personas disgustadas para formar un núcleo sólido de acción revolucionaria. La importación en esos países de frases inglesas, francesas o rusas, o de cualquier otra moda revolucionaria, es la cosa más natural del mundo.

En todo caso, no hay duda sobre el hecho de esta uniformidad. Incluso en el siglo XVII, cuando el mundo era mucho mayor, mucho más lento de atravesar, la Revolución inglesa se extendió por sí misma en el exterior. Edward Sexby proponía en Burdeos a los radicales franceses una constitución republicana que habría de llamarse *L'Accord du Peuple*—adaptación del Acuerdo inglés del Pueblo—y, en consecuencia, se vio obligado a huir de la ciudad. En Holanda, al conocerse las noticias de los disturbios en Inglaterra, «el pueblo empezó a dividirse en favor de uno u otro partido, y con tal fervor, que en muchos casos llegaron a las manos». Esto se parece bastante a la conducta de los federalistas y republicanos de los Estados Unidos en el decenio de 1790, cuando la Revolución francesa suministraba la mayoría del material dramático de la política americana. Pero la cuestión no precisa mayor detalle. Y cualquiera puede pensar en ejemplos similares en la Revolución rusa.

El paralelismo religioso puede ser objeto de mayor

atención. Nuestros revolucionarios están convencidos de que son los elegidos destinados a realizar la voluntad de Dios, de la Naturaleza o de la ciencia. Este sentimiento fue particularmente fuerte entre los comunistas rusos, aunque en pura lógica hubiera debido ser mayor entre los calvinistas, creyentes en un Dios personal. Los oponentes a éstos revolucionarios no son solo enemigos políticos, ni hombres descarriados, chanchulleros, logreros o locos peligrosos; son pecadores y no basta solamente con derrotarlos: es preciso barrerlos. De aquí la justificación de la guillotina y del pelotón de ejecución. Porque nuestros revolucionarios muestran esa vigorosa intolerancia que en la lógica de las emociones, así como en la del intelecto, se adapta perfectamente a la convicción de estar absoluta, eterna y monopolísticamente en lo cierto. Si no hay más que una verdad, y esa verdad se posee por completo, tolerar las discrepancias significa fortalecer el error, el crimen, el mal, el pecado. Evidentemente, la tolerancia en este sentido es nociva para el tolerado, así como muy fatigosa para el que la practica. Como dice Belarmino, es un positivo beneficio matar al hereje obstinado, porque cuanto más viva mayor será la condenación que sobre él sobrevenga.

Esta fe revolucionaria es muy interesante en su escatología; su idea sobre los fines últimos como el cielo y el infierno. La Revolución inglesa estaba dominada por alguna de las más agudas y a la vez más convencionales escatologías cristianas. Los milenarios esperaban año tras año el segundo advenimiento. El dominio de los santos estaba a la vuelta de la esquina. Los jacobinos tenían una noción mucho menos concreta del cielo, y este cielo iba a estar, definitivamente, aquí en la tierra: la república de la virtud, que hemos visto como ideal de Robespierre. Tras la dictadura del Gobierno revolucionario habría de aparecer esta república perfecta, y la libertad, igualdad y fraternidad iban a ser algo más que una frase. Para los americanos, una república no suena a nada parecido al cielo, pero habremos de creer que esto era muy diferente para el honrado jacobino de 1794. El cielo ruso es la sociedad sin clases, que se alcanzará después que el purgatorio de la dictadura del proletariado haya acabado

lentamente con las miserias mundiales de la lucha de clases. Parece que incluso los stalinistas admiten estar aún en el purgatorio. El contenido específico de la vida en la sociedad sin clases lo describen la mayoría de los comunistas algo vagamente, y el propio Marx, a diferencia de Mahoma, no entró en detalles respecto de su paraíso. Habrá competencia, cabe pensar, pero no lucha, sobre todo por los bienes económicos. La competencia se desarrollará en un plano elevado, como entre los artistas. ¿Habrá, quizá, competencia en el amor? En todo caso, como en un cielo más robusto, el antiguo *walhalla* alemán, los héroes lucharán todo el día, pero sus heridas curarán durante la noche.

Todas estas fes se incorporaron a diversos grupos sociales, y de aquí que surgieran sus ritos. El autor, en otro lugar, ha descrito con cierta extensión el ritual jacobino, una extraña mezcolanza de elementos católicos, protestantes, clásicos y otros con credos republicanos, bautismos y sacerdotes de igual naturaleza e incluso con un signo revolucionario de la cruz en nombre de *Marat, Le Pelletier, la liberté ou la mort.* El ritual comunista es menos abiertamente imitativo y tal vez menos rico, pero es igualmente definido, lo que se aprecia al hablar con un comunista iniciado. Naturalmente, *Das Kapital,* de Marx, apenas se ha leído en los círculos ortodoxos, a excepción de los ritualistas. Los revolucionarios franceses tenían sus santos y sus mártires, especialmente el asesinado Marat. La apoteosis de Lenin, que empezó claramente durante su vida, se ha convertido en un culto centrado alrededor de su tumba en Moscú. Tal vez sea Lenin un santo puramente laico, como Jeremy Bentham, conservado en el University College, de Londres; pero un santo. Nosotros hemos sabido por alguien que Stalin tuvo que luchar duramente contra la tendencia del sencillo pueblo ruso a mezclar cierta dosis de superstición con su natural devoción hacia su actual gran jefe. A él no le hubiera gustado que lo colocaran entre los antiguos iconos. Los grupos menores, como el de la Juventud Comunista, han sido educados en una atmósfera de ritual, y tienen a este respecto más parecido con las actividades sociales de las iglesias protestantes norteamericanas que con otros grupos

comparativamente profanos, tales como el de los *boy-scouts*.

El simbolismo religioso acompaña a este ritual, y se desarrolló de forma especial en Francia. Durante el Terror, se encontraban los emblemas simbólicos por todas partes: el ojo de la vigilancia, espiando a los enemigos de la República; el triángulo de Libertad, Igualdad y Fraternidad; el gorro frigio de la libertad, el *bonnet rouge*; el nivel del carpintero, que simboliza la igualdad, y cualquier clase de montículo servía de símbolo a la beneficiosa Montaña, el partido que había conducido a la revolución a su fin lógico. La mayoría de estos símbolos, y muchos otros, se han encontrado en la bien organizada manifestación celebrada en París el 20 de pradial, cuando Robespierre supervisó personalmente el festival del Ser Supremo. Los rusos, ayudados por el moderno cartel técnico, han hecho un similar, aunque menos pedantesco, uso de los símbolos para agrupar al pueblo en una sociedad comunista.

Tal vez la más importante uniformidad de nuestras revoluciones sea que, como evangelios, como formas de religión, son todas universalistas en aspiración, y nacionalistas exclusivas en hecho consumado. Ellas acaban con un Dios, que, verdaderamente, sigue significando para todos la Humanidad; pero tienden a una Humanidad de pueblo escogido, aunque corrientemente no a una Humanidad totalmente deseada. Los norteamericanos podemos ver con más claridad todo esto en nuestros contemporáneos, los rusos comunistas. Pero, para muchos profanos, especialmente si toman en serio la frase «el siglo norteamericano», nosotros también somos nacionalistas que difunden un evangelio nacido de una antigua revolución, la del siglo XVIII. Un claro destino no quiere significar el más pálido de los dioses.

Sin embargo, tras esa uniformidad existe otra mucho más profunda que ayuda a explicar la más evidente y paradójica uniformidad del universalismo nacionalista nacido de la revolución. Nuestras cuatro revoluciones muestran una creciente y progresiva hostilidad hacia el cristianismo organizado, y particularmente hacia las formas más ecuménicas de dicho cristianismo organizado.

Existe un toque profano también en la Revolución inglesa del siglo XVIII y una abrumadora preponderancia de énfasis de la conciencia individual contra la Iglesia corporativa y sus tradiciones; la Revolución francesa, y aun la americana, se han alimentado de la corriente profana del siglo XVIII; la Revolución rusa es orgullosamente materialista.

Ahora bien: esta repudiación progresiva del cristianismo tradicional no ha sido inspirada—como el cristianismo tradicional está, quizá, demasiado inclinado a sentir—por los hombres diabiólicos y corruptos que desean excluir las mejores cosas de la vida humana. Muchos de estos revolucionarios han estado llenos de orgullo y de otros pecados. Pero su cielo ha estado, en verdad, muy cerca del cielo cristiano; su ética, muy cerca de la ética cristiana; es decir, de la ética de las religiones más elevadas. El *materialismo* marxista es, en realidad, muy abstracto, aunque elevado; es apenas más grosero, apenas está más cerca del sentido común que el materialismo del físico.

Lo que separa a estos revolucionarios del cristianismo tradicional es, evidentemente, su insistencia en tener su cielo aquí, ahora, en la tierra; su impaciente intento para derrotar la maldad una vez y para siempre. En sus formas tradicionales, y desde hace muchísimo tiempo. el cristianismo no ha desistido un ápice de su lucha moral ni de sus milenarias esperanzas, las esperanzas que también tenía cuando era joven y revolucionario, las esperanzas en una segunda venida de Cristo. El cristianismo, para hacer distinción entre este mundo y el futuro—el natural y el sobrenatural o divino—puede salvar el vacío entre lo que los hombres son y tienen y lo que los hombres quisieran ser y tener. Este vacío lo conocen bastante bien nuestros revolucionarios. Sin embargo, ellos proponen no salvarlo, sino llenarlo o saltarlo, y terminan con frecuencia en donde el místico empieza, es decir, por persuadirse de que el vacío no está allí.

Aún si se supone, como hace el positivista o el materialista, que el hombre es un animal y nada más, una parte de la Naturaleza—y esa Naturaleza es todo lo que hay—, parece razonablemente claro que el hombre sea el único en la Naturaleza y entre los animales capaz de concebir

un futuro. De todas formas, ningún otro animal parece capaz de sufrir, proyectar o pensar. Otros animales pueden fracasar; pero, aparentemente, no por el fracaso de sus ideas ni de los planes establecidos simbólicamente para trabajar. Muchos filósofos positivistas pueden, en verdad, consolarse con este mundo, tal y como ellos lo ven. Pero no una masa mayor de hombres. Y aquí es donde hace su aparición la impertinente y casi condescendiente advertencia de Voltaire: si Dios no existiera, habría que inventarlo.

Y esto es justamente lo que nuestros revolucionarios han hecho. Pero han tenido que inventar dioses abstractos, dioses gentilicios, dioses celosos. Sus nuevas fes no tienen la madurez de la antigua. No poseen, a pesar de sus aspiraciones, el universalismo de la antigua. No tienen por cansancio y frustración, el poder confortador de la antigua. Aún no han ganado el poder de sincretismo venturoso, la sabiduría de la edad. En resumen, son todavía fes revolucionarias más afectivas como acicate o aguijones que como pacificadoras. Esto es notablemente cierto en la más reciente de las revoluciones: la marxista comunista.

IV. ¿QUE HACE EL TERROR?

En los períodos de crisis de nuestras cuatro revoluciones podemos distinguir la misma serie de variables, diferentemente combinadas y mezcladas con toda clase de factores contingentes para producir las situaciones específicas que el historiador narrativo de estas revoluciones tiende a considerar como únicas. No hay duda de que existe un número considerable de estas variantes; pero, con objeto de una primera aproximación, podemos considerar aquí siete. No parece que estas siete variables guarden entre sí una relación causal importante. En realidad, parecen, más o menos, como las variables independientes de las matemáticas, aunque sea inconcebible que puedan ser estrictamente independientes. La tentación de considerar una de ellas como la *causa* del terror, es como la ten-

tación de encontrar un héroe o un malvado en cualquier situación difícil de reprimir Y cada una de ellas tiene historia que se remonta, por lo menos, a la última o dos últimas generaciones del antiguo régimen.

Todas juntas están urdidas en un complejo modelo de realidad; pero sin todas ellas—y este es un punto importante—no habría un reinado del Terror ni existiría una crisis completa en la revolución. El problema de su posible independencia no necesita preocuparnos. La temperatura y la presión son variables independientes en la fórmula matemática de las leyes de la termodinámica; sin embargo, el hielo toma forma a cero grados centígrados únicamente si la presión es despreciablemente pequeña. Nosotros ya hemos forzado este punto, tal vez más allá de los límites de la escritura correcta. Pero la vieja noción de causalidad vulgar, lineal y única, está tan arraigada en nuestras costumbres de pensar; es, en realidad, tan últil para nosotros en nuestra vida diaria, que casi instintivamente pedimos explicación de una situación compleja, como la del Terror, que nos capacitaría para aislar una causa malvada o una causa heroica.

Primera: Existe lo que nosotros podemos llamar el hábito de la violencia, la situación paradójica de un pueblo condicionado a esperar lo inesperado. Los períodos más violentos y terroristas de nuestras revoluciones surgen después que una serie de perturbaciones han preparado su camino. Hasta después de varios años de guerra civil en Inglaterra, los independientes no pusieron en práctica sus rigurosas medidas contra las habituales formas del Merrie England (la dulce Inglaterra). En Francia, el Terror no comenzó de manera formal hasta la terminación del año 1793; esporádicos estallidos, como el gran miedo de 1789 y las matanzas de septiembre de 1792, ayudaron simplemente a establecer el modelo necesario para un *terror*. Aun en Rusia, donde los acontecimientos se desarrollaron en un período más breve que en cualquiera de nuestras otras revoluciones, la violencia organizada bajo el patrimonio del Gobierno no aparece con toda claridad hasta el otoño de 1918, año y medio después del ataque contra el zar. Mr. Chamberlin cita un telegrama enviado desde Petrovsky a todos los soviets, y lo consi-

dera como la señal para el Terror organizado. «A fin de cuentas, la retaguardia de nuestros ejércitos ha de limpiarse de toda milicia blanca y de todos los truhanes que conspiran contra el poder de la clase trabajadora y de los campesinos más pobres. Ni la más leve vacilación, ni la más pequeña indecisión en la aplicación del terror masivo.»

Este telegrama conduce a una segunda y más importante variable: la presión de una guerra civil y extranjera. Las necesidades de la guerra explican: la rápida centralización del Gobierno del Terror, la hostilidad hacia los disidentes del grupo—ahora se llaman desertores—y la gran excitación que nuestra generación conoce bastante bien con el pomposo término de *psicosis de guerra.* Tanto en Francia como en Rusia existe una cruda relación entre la situación militar de los ejércitos revolucionarios y la violencia del Terror; a medida que aumenta el peligro de derrota, aumenta el número de víctimas de los tribunales revolucionarios. No obstante, en ambas revoluciones hay un momento de retroceso; pero el terror continúa después, cuando ya ha pasado el grave peligro militar. Repetiremos de nuevo que en Inglaterra, los irlandeses y los escoceses representaban el papel del enemigo exterior, a pesar de que Gran Bretaña se mantuvo libre del continente durante todo el período de su revolución puritana. Sin embargo, tanto en Norteamérica como en Inglaterra, el período de crisis fue acompañado de una guerra en serio; en gran parte, una guerra civil. Ninguna persona sensata negaría el importante papel que estas guerras tuvieron en la situación total que nosotros hemos llamado *período de crisis.*

Tercera: Existe la novedad en la maquinaria de este Gobierno centralizado. Los extremistas, ciertamente, no están—y ya hemos enfocado este punto—falto de experiencias en hombres hábiles, aunque han de tratar solo con *revolucionarios* y no *con todos los hombres.* Su largo aprendizaje en la causa de la revolución ha sido para ellos una especie de adiestramiento político. Y, en muchas formas, su nueva red de instituciones es capaz de utilizar algunos de los rutinarios medios empleados por el antiguo Gobierno. Esto es cierto, sobre todo, en los gobiernos

locales. No obstante, también es verdad que las instituciones del Terror poseen un nuevo sentido, no trabajan con tranquilidad, están encargadas de administrarse por sí mismas, y aunque no carezcan de experiencia política, sí les falta experiencia administrativa. La maquinaria del Terror trabaja a tontas y a locas, y con frecuencia se atasca de mala manera. Los conflictos surgen entre los administradores, y no se arreglan de forma normal, sino por la violencia. Cada fallo de la máquina irrita a aquellos que han intentado hacerla marchar y les impele a una nueva y rápida decisión, a otro acto de violencia. Lo cual da lugar a más atascos de la maquinaria Es nuestro viejo y conocido círculo vicioso.

Cuarta: También esta es una época de aguda crisis económica, no lo que nosotros llamamos meramente de depresión, sino de déficit definido de las necesidades de la vida. De nuevo hemos de decir que el Terror no surge de primera intención, al comienzo mismo de la revolución, sino que va precedido de una época de perturbaciones muy diferentes al proceso de producción corriente. El capital siente miedo y empieza a abandonar el país. Los negociantes dudan si emprender nuevos negocios o, si sobre la misma base, continuar con el antiguo. Los campesinos sublevados aminoran la producción agrícola. Entonces estalla la guerra con su demanda de hombres y municiones. La dictadura que surge de los extremistas victoriosos es, en parte, una dictadura económica, una supervisión de toda la vida económica del país: control monetario, precios fijos y alimentos racionados. De hecho, un socialismo muy anterior al de Marx. La difícil e inadecuada distribución de los suministros exaspera, por otra parte, el temple de los administradores, aumenta las oportunidades de los denunciantes y espías y sirve para mantener y agudizar este nerviosismo especial, dando lugar al universal salto hacia el Terror. Entonces aumenta la tensión de la lucha de clases, que ya hemos explicado en nuestro estudio sobre el antiguo régimen.

De una forma o de otra, nuestra quinta variable, la lucha de clases, aparece claramente en las crisis de nuestras cuatro revoluciones. El odio de los puritanos por los caballeros; el de los jacobinos por los aristócratas, fede-

rales y otros enemigos de la república de la virtud; el odio de los bolcheviques por los blancos, cadetes y transigentes; el de los *whigs* norteamericanos por los *tories* era, en sí, un compuesto elaborado. Probablemente uno de los elementos de este compuesto era lo que el marxista quiere dar a entender cuando habla de la lucha de clases. De todos modos, durante la época del Terror los diferentes grupos antagónicos dentro de la sociedad se han polarizado en los revolucionarios ortodoxos que ocupan el poder y, a veces, mezclados en el bloque de sus enemigos. Avivados, como las demás tensiones y conflictos por el curso de la revolución, estos antagonismos de clase adquieren entonces una acritud que normalmente solo se manifestaba en los escritos y discursos de los intelectuales y agitadores. El espíritu de partido, que es probablemente un elemento más que una forma del antagonismo entre las clases, emplea aquí los símbolos más triviales para hacer saber a los hombres cuáles son sus irreconciliables diferencias. Así, los jacobinos adoptaron el término *sans-culottes* como grito burlón para denominar a la lucha de clases. Los *culottes* eran los pantalones ajustados a la rodilla que, con medias de seda, usaban los caballeros del antiguo régimen, y esos *sans-culottes*, probablemente llevaban los pantalones largos del hombre corriente, del trabajador. La Revolución rusa se llenó de consignas de lucha de clases dentro del angosto sentido marxista. Ahora bien: aunque hubo muchas más cosas que lucha de clases en nuestras cuatro revoluciones, y aunque estas luchas de clases no están tan fácilmente definidas como muchos pensadores de la interpretación económica de la Historia han descubierto algunas veces, sería locura negar la importancia de estas variables del Terror: las antagonismo entre grupos o *clases*, que estaban íntimamente ligados a los intereses económicos y a una vulgar herencia intelectual y social, una forma de vida que nuestra generación conoce ya como *lucha de clases*.

Nuestra sexta variable es aún más evidente que las anteriores: una abstracción, una forma de acoplamiento presumiblemente útil, unida a un gran número de hechos concretos. Lógicamente, no se halla al mismo nivel de nuestras otras variables, y no encajaría dentro de unas

series exactas de categorías filosóficas. Es esta una variable basada en la observación de la conducta del grupo relativamente reducido de dirigentes formado durante la revolución y controlado ahora por el Gobierno del Terror. La mayor parte de esta conducta se halla afectada, como la conducta de sus seguidores y camaradas, por las otras variables de nuestra lista, y no hay duda de que por muchas otras variables que han escapado a nuestra observación. Sin embargo, algunos elementos muy importantes de esa conducta dependen del hecho de que sean dirigentes, que han seguido cierto aprendizaje de las tácticas revolucionarias, que han sido seleccionados, en un sentido casi darviniano, por su habilidad en manejar a un grupo revolucionario extremista. Esto no significa que hayan de ser necesariamente ni aun corrientemente hombres *faltos de práctica, teóricos, metafísicos* o cualquier otro de los meros nombres críticos que Taine inventó para ellos. Significa que esos hombres no están formados por compromiso, por los estúpidos expedientes de políticos de sociedades sin nervio, relativamente estables. Quiere decir que están formados para avanzar hacia los extremos, para emplear su influencia especial en alcanzar la ya alta tensión de la vida de sociedad. Como todos los políticos, han aprendido las mañas necesarias para alcanzar éxito en sus cometidos, los cuales han llegado a considerar como un juego, cosa que en realidad es. Pero son jugadores temerarios, aptos para ganarse a la galería y siempre intentando alcanzar una meta. Jamás se detendrá en su marcha un dirigente revolucionariamente bueno. Por otra parte, están celosos los unos de los otros, como, poniendo un ejemplo, lo están lo sactores de un drama, que cada cual hace lo posible por colocarse en el centro de la escena. Lo que en épocas más corrientes solo ha sido una lucha convencional entre políticos para conseguir el poder, en el período de crisis de la revolución ha llegado a alcanzar una intensidad asesina.

Finalmente, existe la variable que ya hemos estudiado con toda amplitud en una de las primeras partes de este capítulo. Es el elemento de fe religiosa compartido por los independientes, los jacobinos, los bolcheviques. No necesitamos repetir aquí lo que acabamos de decir sobre

el aspecto religioso de los reinados del Terror, también llamados reinados de la Virtud, intentos heroicos por cerrar, una vez para siempre, la brecha entre la naturaleza humana y las aspiraciones humanas. Aunque esta no es más que una variable, es muy importante. Las emociones y los fines religiosos ayudan a diferenciar las crisis de nuestras cuatro revoluciones de las vulgares crisis económicas y militares, y dar a los reinados del Terror y de la Virtud su extraordinaria mezcla de furia espiritual, de exaltación, de devoción y autosacrificio, de crueldad, locura y farsa de altos vuelos.

Ahora bien: todos estos elementos están en constante interacción unos con otros; cualquier cambio en uno de ellos afecta a cambios complejos correspondientes en todos los otros y, por consiguiente, a la situación total. No debemos pensar en ellos como algo semejante a caballo y carro, o pollo y huevo, o que una bola de billar golpea a otra. No es tan sencillo, sino tan complicado y desatinado como lo es para nosotros todo lo referente a las moléculas en el sistema fisicoquímico. Así, pues, las tensiones y nerviosismos de las primeras etapas de nuestras cuatro revoluciones hacen más fácil llevar a la nación a la guerra —prueba de ello: los girondinos, provocadores de la guerra en Francia—, y la propia guerra incrementa la tensión, acostumbra al pueblo a la violencia y a la ansiedad. La guerra da lugar a la penuria económica, y esta despierta la lucha de clases, y así, en una rueda sin fin. Todos estos efectos, hasta el final del período de crisis, son acumulativos. Se manifiestan los viejos hábitos; las roturas definitivas con el pasado invitan, de repente, a otras e incrementan la tensión en todos, o casi todos, en el interior del sistema social.

Parece que debiera haber un hecho observable de conducta humana para que un gran número de hombres pudiesen resistir solos tantas interferencias con las rutinas y los rituales de su diaria existencia. Parece también que la mayoría de los hombres no pueden resistir por mucho tiempo el exceso de un esfuerzo prolongado para vivir en concordancia con sus ideales más elevados. El profano, en el período de crisis, llega hasta el límite de su resistencia por mediación de algunas de sus más pre-

ciadas e íntimas rutinas; el afiliado alcanza un grado de excitación y esfuerzo espiritual que está más allá de su poder de resistencia. Para ambas clases de hombres parece que debería haber un límite a su acción social, tan real como el límite que el químico encuentra para una reacción química. Los seres humanos pueden ir solos, muy lejos y durante mucho tiempo siempre que marchen bajo el estímulo de un ideal. Los sistemas sociales compuestos de seres humanos pueden mantener durante un tiempo limitado el intento concentrado de traer el cielo a la tierra, es decir, lo que nosotros llamamos reinado del Terror y de la Virtud. El Termidor llega a las sociedades en revolución tan naturalmente como un reflujo, como la calma tras la tormenta, como la convalecencia tras la fiebre, como el retroceso de un elástico estirado al límite. Tales figuras de dicción, tomadas de las uniformidades establecidas en el mundo físico, parecen imponerse por sí mismas. Tal vez, a pesar de los esfuerzos de los filósofos, de los moralistas, de los teóricos de la política, de los científicos sociales y de muchos otros pensadores inspirados de los últimos doscientos años, los sistemas sociales están aún casi tan perversamente limpios de buenas intenciones revolucionarias como las mareas o los elásticos.

CAPITULO VIII

TERMIDOR

I. UNIVERSALIDAD DE LA REACCION TERMIDORIANA

Como ya hemos observado en nuestros anteriores intentos por adoptar nuestras cuatro revoluciones dentro de nuestro esquema conceptual, este intento no puede hacerse con una exactitud estudiada. Es completamente imposible decir que la crisis de una revolución dada terminó a las cuatro y media del seis de agosto de un determinado año. Claro está que Francia nos regala con un ejemplo casi tan preciso como este. El fin de la crisis de Francia puede fijarse con la caída de Robespierre, el 27 de julio de 1794, o noveno de Termidor, año segundo del poético y flamante calendario francés. La lenta sucesión y el desigual retorno a un tiempo más tranquilo y menos heroico es conocido desde hace muchísimos años por los historiadores franceses, como reacción termidoriana. Los marxistas o, mejor dicho, los trotskistas y otros heréticos

antiestalinistas, han aplicado con frecuencia este término a la Revolución rusa; así, pues, nosotros podemos adoptarlo, lo mismo que adoptamos el de *antiguo régimen* como término de aceptación general. Todas nuestras revoluciones tuvieron su Termidor, aunque en dos de ellas no hubiera la secuencia de los acontecimientos, los horarios, las altas y bajas de la vida diaria o algo parecido.

En términos de nuestro esquema conceptual, tendremos que llamar Termidor a la convalecencia de la fiebre revolucionaria, aunque *convalecencia* sugiera algo agradable y parezca, por otra parte, una forma de exaltar la reacción termidoriana. Nosotros no hacemos sino repetir, con un sentido no tan elogioso, las afirmaciones previas que aquí se hacen. Continuamos intentando descubrir las primeras aproximaciones de uniformidades en los fenómenos, que no pretendemos elogiar, ni detractar, ni estimar, ni despreciar.

En Inglaterra, el comienzo del período termidoriano, la convalecencia, no se puede determinar con precisión. El año y pico que sigue a la ejecución de Carlos I representa la cima de la crisis de Inglaterra, y mientras el Rump está en el poder, continúan algunos fuertes chispazos de revolución. Tal vez, la mejor fecha para fijar el Termidor inglés sea la disolución del Rump por Cromwell, el 20 de abril de 1653, cuando el gran general hace algunas celebradas y antibritánicas observaciones acerca de la semejanza entre la maza y la porra del bufón. Con Cromwell instalado como Protector bajo el *instrumento de gobierno,* en 1653—el inglés por una vez se mima en una Constitución escrita—, puede decirse que el Termidor está en marcha. En 1657, Cromwell se convierte en Lord Protector, medio rey por lo menos, y con la restauración de los Estuardos, en 1660, puede decirse que acaba la gran Revolución inglesa.

En Francia, la caída de Robespierre se logra por una amplia conspiración entre jacobinos aparentemente ortodoxos, diputados de la Convención, hombres en su mayor parte gravemente complicados en lucros de guerra, corrupciones parlamentarias, especulación de mercancías y otras actividades indignas de ciudadanos de la República de la Virtud. El miedo al *incorruptible* Robespierre parece que

fue una de las principales razones para esta acción. Tuvieron éxito, gracias a la falta de inteligencia política de Robespierre. Los propios termidorianos, aparentemente, no habían intentado acabar con el Terror. La muerte de Robespierre en la guillotina fue una más en una larga lista de revolucionarios guillotinados, a lo cual, entonces, se estaba muy acostumbrado. Sin embargo, por primera vez, la opinión pública se puso a actuar, y los franceses dieron a entender claramente que estaban en contra de los *tigres sedientos de sangre*. La reacción continuó durante algunos años en proporción continua, tanto bajo la decadente Convención como bajo el nuevo gobierno del Directorio. Hubo recaídas definitivas, como pueden esperarse en toda convalecencia. Especialmente, hubo un destello de reacción jacobina, durante el verano de 1799, después de la derrota francesa del exterior. Los clubs reabrieron sus puertas y las viejas y sabrosas consignas aparecieron, una vez más, en las salas públicas, en los cafés y en las esquinas de las calles. Unos cuantos meses después, Napoleón Bonaparte asestaría su *coup d'état* del 18 brumario, y los franceses convalecientes casi se acabaron. La restauración de los Borbones, en 1814, es apenas una parte del curso de la Revolución francesa. Fue más bien un accidente, una consecuencia de factores tan puramente personales como la megalomaníaca insistencia de Napoleón en luchar contra toda Europa en el amargo final de 1813-14, el acierto de Talleyrand por obligarle a marchar y las pías intenciones de Alejandro I de Rusia.

La Revolución rusa puede considerarse, en cierto sentido, que aún continúa. Los trotskistas señalan que Stalin y su pandilla son termidorianos, y que *esta* Revolución rusa, sea como sea, está ya terminada. Una completa separación en tales asuntos es, en estos momentos, muy difícil. Pero parece claro que ha terminado el período de crisis de Rusia, que la mayor parte de Rusia se halla en estos momentos en una convalecencia de la fiebre revolucionaria más bien larga y perturbada. Quizá podamos considerar el período de guerra comunista, 1917-21, como la primera y principal crisis de la Revolución rusa. Con la nueva política económica de 1921 empieza el Termidor ruso. La muerte de Lenin y la subsiguiente rivalidad en-

tre Stalin y Trotsky nos llevan a la segunda crisis, o más bien a una recaída en la convalecencia, que podemos considerar como el período más agudo de ejecución violenta del primer plan quinquenal. Pero, como más de un observador ha notado, esta segunda crisis careció del idealismo esperanzador de la primera, careció de sus improvisaciones y sus aventuras, careció de su actividad extranjera y de sus enemigos de la guardia blanca, y, considerada desde nuestra aún breve perspectiva histórica, muchos de sus actos característicos son semejantes a los de los *tiranos* que llegaron al poder durante otros termidores: por ejemplo, la implantación cromwelliana en Irlanda o la imposición napoleónica del sistema continental. Sin embargo, la cuestión de cómo Rusia volvió a la normalidad—a la normalidad rusa—en mitad del siglo XX, requiere un capítulo aparte.

II. AMNISTIA Y REPRESION

Políticamente, la uniformidad más asombrosa que ha de notarse en el período de convalecencia es el establecimiento fundamental de un *tirano,* vocablo algo similar al antiguo sentido griego de la palabra; un gobernante no constitucional llegado al poder por revolución o *stasis.* Esta uniformidad se ha observado con frecuencia. Cromwell, Bonaparte, Stalin, parecen confirmarla. En realidad, durante el período federalista de los Estados Unidos hubo bastantes jeffersonianos desagradecidos que sugirieron que Washington era un magnífico ejemplo de tirano nacido de la revolución. No es extraño este fenómeno. Después que una revolución ha superado la crisis y su natural acompañamiento, la centralización del poder, algún dirigente osado y capaz, cuando la insana y religiosa energía del período de crisis ha pasado, debe tomar en sus manos ese poder centralizado. Las dictaduras y las revoluciones están íntima e inevitablemente asociadas, porque las revoluciones destruyen en cierta magnitud, o al menos debilitan, las leyes, las costumbres, los hábitos y las creencias

que ligan a los hombres en sociedad; y cuando estas leyes, costumbres, hábitos y creencias son insuficientes para mantener unidos a los hombres, se necesita emplear la fuerza para remediar esta insuficiencia. La fuerza militar es, por breve plazo, la más eficiente y valiosa para restaurar usos sociales y políticos, y la fuerza militar pide una jerarquía de obediencia que culmina en un generalísimo. Como Ferrero ha señalado, cuando se han roto los *hilos de seda* de las costumbres, de la tradición y de la legalidad, los hombres han de atarse con las *cadenas de hierro* de la dictadura. Sin embargo, todo esto es un lugar común muy conocido y corriente en nuestra época.

El gobierno de un hombres no surge inmediatamente con la reacción termidoriana. Aun Cromwell, el primero establecido de los tres, no se convirtió en un gobernante indiscutido hasta la disolución del Rump. La reacción a la crisis es, al principio, lenta e incierta. El hábito a la violencia está completamente arraigado. En las crisis existe una tendencia a dar pasos drásticos y a emplear medidas extremas. Hasta los hombres sobrios y amantes de la paz tienen momentos de excitadas recaídas en los nerviosismos del Terror. Contempladas a esta luz, las purgas de Moscú y los juicios de 1930 no son señales de que la Revolución rusa haya tenido una vida excesivamente larga, ni que falle en ajustarse a nuestro modelo. Estos despliegues melodramáticos no son otra cosa que el esperado otoño de la revolución en un país y entre personas no bendecidas con una Carta Magna, un Blackstone y un Gilbert y Sullivan.

A medida que pasa el tiempo se relajan las presiones del Terror aplicadas al hombre corriente; los tribunales especiales dejan sitio a otros más regulares; la policía revolucionaria es absorbida por la policía regular, que no son necesariamente el equivalente de los *bobbies* londinenses; pueden ser agentes del N. K. V. D., y el cepo, la guillotina y el pelotón de ejecución están reservados para criminales más dramáticos. Por supuesto, no es que esta vida política asuma en breve la estabilidad idílica que algunos de nuestros propios contemporáneos gustan describir como regla de la Ley, y que uno sospecha que nunca fue tan agradable como aparece en los libros, ni en el

serio siglo XIX inglés, ni en el siglo XIII, en el cual vivía tan placenteramente Santo Tomás de Aquino. El gusto y el hábito de la violencia política residen en los *coups d'état,* en las purgas, en los juicios amañados. Pero John Jones, Jacques Dupont, Ivan Ivanovich, es decir, el hombre de la calle, no se halla incluido por mucho tiempo en el reparto—ahora está a un lado de su normal papel de espectador o de supernumerario.

Gradualmente también, los proscritos políticos son amnistiados y regresan a su patria; algunas veces, para volver a tomar parte en las luchas políticas; otras, para formar en ese estado mayor de la vida moderna que es la burocracia; otras, para vivir tranquilamente como ciudadanos particulares. El proceso, como es natural, es el reverso del proceso en que estos hombres y mujeres se vieron incursos. Fueron de la derecha a la izquierda y vuelven de la izquierda a la derecha: primero fueron casi radicales puros; después, moderados; más tarde, moderados conservadores, hasta que al final, la restauración hace que regresen los restos del antiguo grupo. Al menos, tal fue el proceso seguido en Francia e Inglaterra. Después de 1653, los presbiterianos se sintieron tocados en el corazón y empezaron a emerger a la vida política, seguidos de los episcopalianos y realistas más moderados; hasta que, en 1660, regresan los Estuardos y sus cortesanos. En Francia, la sucesión fue más precisa, ratificada por los derechos de amnistía: primero, los girondinos—los que sobrevivieron—regresaron, y mientras se vertían lágrimas sobre ellos, se erigían estatuas a las víctimas inocentes de Robespierre, el tigre sediento de sangre; luego, los *feuillants,* los La Fayettes-Lameths; más tarde, los realistas legítimos y los llamados *émigrés* quienes no obstante, Napoleón fue capaz de controlar perfectamente bien; al final, en 1814, los propios Borbones.

Sin embargo, los Romanoff no han regresado a Rusia y apenas nadie cree en serio que sean restaurados algún día. No debemos pedir a nuestras revoluciones que formen un cuadro demasiado nítido. No obstante, está claro que, excepto para una final restauración monárquica, el proceso que hemos señalado anteriormente se ha llevado a cabo muy lentamente en Rusia, al menos desde la

muerte de Lenin. Hasta los aristócratas pueden regresar si hacen adecuada sumisión al régimen y una publicidad honrada, que fue la verdad de la Francia napoleónica. Hasta el ahora santificado Gorki fue lo que en Francia hubiera sido llamado un *rallié*, un hombre que se alió al régimen comunista solo después que hubo pasado lo peor del terror inicial. Por otra parte, casi todos los antiguos bolcheviques, los hombres que gobernaron a Rusia en el período de crisis, han sido liquidados. En 1952, Stalin apenas puede establecer contacto humano directo con su pasado revolucionario. Otro aserto que se corre por Occidente es que el propio Stalin es el actual heredero de los zares y que la realeza, aunque no el nombre, de los Romanoff se ha restaurado.

Los componentes del Gobierno durante el período termidoriano y durante el nuevo-viejo régimen que, al fin, emerge de la revolución, han de cambiar, como es lógico, sus orígenes. Napoleón fue servido por antiguos aristócratas de la *noblesse d'épée*, por burócratas formados en el antiguo régimen, por lafayettistas, por girondinos y hasta por unos cuantos jacobinos, en cierta época muy violentos. De hombres como Albemarle, Shaftesbury y Downing, que ocuparon altos puestos en el Gobierno de Carlos II después de su restauración, se ha escrito: «Eran de la misma escuela que Blake y Vane; representaban la más sólida adquisición política del partido cromwelliano.» Especialmente, la carrera de Downing es un buen ejemplo de cómo hombres de habilidad y de cierta elasticidad moral pueden atravesar las revoluciones sin que les hagan mella. En 1642 salió graduado por Harvard y fue a Inglaterra en el momento feliz de la supremacía puritana. Pronto se situó en un alto puesto de las filas cromwellianas, dedicando con preferencia su talento a la diplomacia. Se ingenió para «volverse la chaqueta» en el momento oportuno, y se le aceptó al servicio del nuevo rey. De este primitivo y poco típico hombre de Harvard ha tomado su nombre la calle Downing, de Londres. Aun en Rusia, a pesar de que los viejos bolcheviques están casi por completo alejados de los consejos supremos, existen indudablemente muchos de estos hombres, con sus fuegos bien alimentados en la grande y nueva burocracia. Pero

el ruso es todavía un burócrata sin derechos hereditarios de propiedad plenamente reconocidos, lo cual, con toda probabilidad, es también otra razón para el período de terror comprendido entre 1936 y 1939. La convalecencia rusa ha sido una convalecencia de perturbaciones.

Las nuevas clases gobernantes de nuestras cuatro revoluciones son, pues, un grupo muy heterogéneo, con muy poco de común en lo que respecta a origen social, educación y primeras afiliaciones de partido. Tienen en común cierta adaptabilidad. Han sobrevivido a una rigurosa, aunque a veces arbitraria, selección. Aparecen, tras los héroes del Terror, amansados y con pocos arrestos en muchos aspectos. Pero, corrientemente, desempeñan una buena labor creando instituciones, leyes, costumbres, todas las formas reguladas de hacer las cosas, trabajando necesariamente en ello una vez más.

Junto con la amnistía para los primitivos moderados, marcha un proceso inverso de represión y persecución de impenitentes revolucionarios de toda clase. A lo largo, la reacción se mueve hacia la derecha; a lo ancho, su definición de revolucionario ha de ser debidamente limitada, como reacción satisfactoria a los horrores del reinado del Terror. Incluso los propios termidorianos están dispuestos a aplicar métodos terroristas de su propia cosecha. Los terrores blancos son tan reales como los rojos. Hasta en Inglaterra, donde el bien conocido Código Clarendon de la revolución se ajusta bastante al modelo general de represión que más adelante se implantó en Francia y en Rusia. El extremista malvado e inteligente casi siempre es capaz de capear el terror blanco—ejemplo, Fouché otra vez—. Solo lo sufre el extremista convencido y persistente.

En cuanto a los dirigentes más activos y violentos de los primeros tiempos del Terror, son eliminados por descontado y mandados al exilio o a la muerte. Y entonces se dice de ellos que fueron unos fanáticos, unos viles, unos sanguinarios, unos tiranos y unos truhanes. Se convierten en cabeza de turco muy conveniente y sirven como explicación a las dificultades que el nuevo régimen encuentra para poner en orden las cosas. Si existe una cabeza de turco verdaderamente espeluznante y que ade-

más haya muerto, tanto mejor. El cadáver de Cromwell fue desenterrado después de la restauración de los Estuardos y colgado en Tyburn, junto con los de Ireton y Brandshaw. Se transformó en aquellos momentos en un tirano, en un ogro, en un blasfemo, y así continuó siendo para el pueblo inglés hasta que en el siglo XIX Carlyle comenzó su rehabilitación, rehabilitación que ha hecho de él un héroe nacional. Excepto para un pequeño sector dirigido por el hoy difunto Albert Mathiez, Robespierre no ha recuperado nunca su figura de héroe. Los termidorianos hicieron de Robespierre cabeza de turco de primera categoría: jefe de la banda de terroristas, tirano caprichoso, vano y vil sanguinario. Lenin, por supuesto, murió santo; pero, afortunadamente para Stalin, Trotsky fue un maravilloso cabeza de turco. En realidad, en Rusia parece inagotable el suministro de cabezas de turco.

Por ahora, el esfuerzo para levantar el ideal se ha ido enfriando en el ritual, aunque aún existan en él las frases retumbantes y pomposas. La nueva clase gobernadora intenta hacer una labor tan buena como le sea posible. Pero intentando también para alegrar la vida, poseer los privilegios y las riquezas que siempre han acompañado a la clase gobernante. Esta nueva clase regidora no intenta seguramente alcanzar la libertad, la igualdad y la fraternidad para cada componente de la sociedad. Está satisfecha con la estratificación que ha logrado, a fuerza de fatigas, durante la revolución. Planteará sus propios conflictos internos tanto como pueda, como ha sido siempre tradición en las clases gobernadoras. No habrá consultas, directas y peligrosas, al pueblo, ni riesgos de un gran levantamiento popular. Ya hemos visto cómo al aproximarse el período de crisis, el pueblo abandona cada vez más la actividad política, cómo los extremistas alcanzan el poder a través de lo que solo es un *coup d'état.* Este proceso continúa con los termidorianos hasta que los cambios políticos, las transferencias de poderes durante este período—y son numerosas y, sin duda alguna, siempre regulares y ordenadas—apenas son otra cosa que revoluciones palaciegas. Cuando todo está en calma y a salvo, los victoriosos correrán el riesgo de hacer un plebiscito. Han de guardarse las apariencias, y en la mente de John Jones

habrá de fijarse cierto número de frases hechas acerca de la voluntad del pueblo. De aquí, la *democracia* de la constitución establecida por Stalin en 1936.

De alguna manera, John Jones puede sentirse fatigado a causa del torbellino político. Pero seguramente no en el período termidoriano, en condiciones generalmente prósperas. Una de las más asombrosas uniformidades que nosotros podemos percibir en este período es que, notablemente en Francia y en Rusia, pero en cierta forma también en la Inglaterra de 1650 y en la América de los artículos de la Confederación, hubo un sufrimiento económico mucho más afectivo, especialmente entre las clases más pobres, que durante el Terror o durante los últimos años del antiguo régimen. En Francia, cuando los termidorianos abandonaron el precio fijo y el racionamiento, los precios se elevaron exorbitantemente, el papel moneda comenzó su clásico declive y los pobres se encontraron en una situación angustiosa. Parece ser clamor general que en Francia hubo más sufrimiento económico durante los inviernos de 1795 y 1796 que en cualquier otro momento de la era revolucionaria. Sin embargo, excepto unos cuantos motines pidiendo patéticamente pan en París y en algunas de las grandes ciudades francesas, los motines fueron sofocados con facilidad por el Gobierno y nada sucedió. En Rusia parece igualmente que no hay duda de que la liquidación de los *kulaks* y la gran hambre del primer plan quinquenal dio lugar a un porcentaje mucho mayor de muerte y miseria que, incluso, en el período de guerra comunista. Posiblemente, la explicación del fracaso de este sufrimiento en producir un levantamiento sea que el sufrimiento no es en sí un acicate para una revuelta en serio; quizá sea solo que la nueva clase dirigente durante el Termidor pueda hacer uso de la fuerza con una efectividad que la antigua clase gobernante no poseía; tal vez sea también que, en el Termidor, la gran masa del pueblo, ni rica ni pobre, aunque de ningún modo al margen de la existencia, se halla agotada, exhausta, alimentada con las experiencias de la cruzada por la República de la Virtud.

El alza del ideal ha surgido también de las guerras que los revolucionarios han sostenido para extender sus doc-

trinas. Es indudablemente cierto que estas guerras nunca fueron por completo dedicadas a la propagación de esta doctrina, y seguramente el señuelo del evangelio revolucionario continuó usándose mucho tiempo después del heroico período de crisis. Pero el nacionalismo agresivo suplanta gradualmente al espíritu misionero; una cruzada mesiánica se convierte poco a poco y claramente en guerra de conquista. Cromwell llevó las energías inglesas a la reconquista de Irlanda, y luego, al restablecimiento del prestigio inglés en el extranjero. La captura de Jamaica es poca cosa comparada con las conquistas de Napoleón, pero está cortada por el mismo patrón sociológico. Con Sexby y Blake en los primeros tiempos, el patriotismo tomó la forma de deseo o afán de hacer a toda Europa republicana; en la mitad de la década del cincuenta, el patriotismo inglés se deslizaba por cauces más normales. Para los idólatras de Napoleón estará perfectamente claro que bajo el Directorio y Napoleón el nacionalismo francés se convirtió en el modelo que hemos esquematizado anteriormente.

En los primeros días de la Revolución rusa, el nacionalismo, en su sentido agresivo, fue virtualmente abandonado de acuerdo con las mejores doctrinas de Marx; en sentido puramente cultural, el nacionalismo se transformó en la base preciada del federalismo soviético. Para muchos admiradores de la Revolución rusa no estará claro que Rusia se haya ajustado también a nuestro modelo, que se haya revestido de las uniformidades con que el proselitismo revolucionario mesiánico en otros países transforma el nacionalismo agresivo en lo que a nosotros nos era familiar. El escéptico solo puede replicar que la ostentosa igualdad federal de los grupos nacionales dentro de la Unión Soviética no se ha mostrado incompatible con la denominación práctica de los grandes rusos, aunque indudablemente el Gobierno ruso ha sido, en muchos aspectos, más *liberal* hacia los otros grupos nacionales que lo fue la Rusia zarista, y que ha tenido más éxito en integrarlos dentro de la más amplia unidad de la U. R. S. S. Incluso en la antigua U. R. S. S. hubo, no obstante, necesidad de suprimir a los alemanes del Volga y a algunos grupos autónomos en el Cáucaso después de

ser obligados a retirarse los ejércitos alemanes en 1943-44.

Más importante para nuestros propósitos es la clara reaparición del nacionalismo vulgar en la Rusia de Stalin. Al final de 1930, un cordial observador de Rusia pudo explicar los evidentes síntomas de resurrección nacionalista: la rehabilitación de los antiguos héroes zaristas, la vuelta al tradicional equilibrio de poder público y las apasionadas aunque puramente defensivas medidas contra la amenaza de Hitler. Sin embargo, desde 1939, solo un viajero muy poco sensible puede dudar de que la Rusia marxista es, por lo menos, tan ardientemente, tan sencillamente y tan agresivamente nacionalista como siempre lo fue la Rusia zarista, pese a esos periodistas de Occidente, estúpidamente conservadores, que se relamen de gusto diciendo que eso no es cierto y alteran desgraciadamente la verdad de este aserto.

El profesor N. S. Timasheff, de Fordham, escribió en 1943, perfilando con sobriedad el proceso del resurgimiento nacionalista ruso:

> Rusia no se ha disgregado en la Sociedad Internacional que fracasó al nacer. Es cierto que, durante cierto período de tiempo, el nombre de Rusia fue cuidadosamente evitado, al menos como relacionado con la totalidad de la entidad política gobernada desde Moscú: en 1932 se creó la U. R. S. S., de la cual solo era una parte la República Socialista Rusa. Sin embargo, aproximadamente diez años más tarde, los dirigentes empezaron a emplear el vocablo Rusia como sustituto de U. R. S. S. Muy pronto, el término *patriotismo* reapareció para designar el amor a un país particular. Al principio la frase era «patriotismo soviético»; pero al cabo de unos años, el número de casos aumentó cuando comenzó a emplearse la frase «patriotismo ruso». En el transcurso de la última guerra, el nombre de Rusia ha prevalecido definitivamente sobre el de U. R. S. S. en las proclamas oficiales, en los trabajos literarios alentando el esfuerzo de guerra, en los discursos pronunciados por el mismo objeto y en todos los casos semejantes: evidentemente el vocablo Rusia posee un efecto emotivo mucho más elevado y una fuerza motriz mucho más potente que la palabra U. R. S. S. Ahora bien: corrientemente el pueblo habla de las gloriosas hazañas de «los pueblos de Rusia», de su incomparable producción artística, de su valor, etc. La frase «los pueblos de Rusia» señala hacia una fase muy significativa de la situación: el nuevo nacionalismo no es un nacionalismo racial o étnico limitado a la mayoría de los grupos étnicos que viven dentro de las fronteras del Estado soviético; es una especie

de nacionalismo corporativo, que envuelve a todos los grupos que forman la familia de «los pueblos de Rusia». Este neonacionalismo es más consanguíneo a la política «imperial» más antigua que prevaleció en Rusia hasta 1880 que a la política «nacionalista» más angosta de las últimas décadas anteriores a la revolución.

En resumen, y a pesar de las teorías de Lenin, la U. R S. S. parece, al igual que la Francia de Napoleón, haber encontrado en su revolución triunfante un impulso hacia el imperialismo.

III. RETORNO DE LA IGLESIA

El reconocimiento de las religiones de los antiguos regímenes es uno de los mejores síntomas de la naturaleza y alcance de esas reacciones termidorianas. Vimos en el capítulo anterior que los extremistas habían desarrollado lo que nosotros llamábamos una religión a su imagen y semejanza; una fe activa, intolerante, de cruzada, que ponía al alcance de sus impetuosos devotos las puertas del cielo. Era bastante natural que, durante la supremacía, los extremistas persiguieran las antiguas fes establecidas, como la católica y la protestante. Los independientes ingleses persiguieron a los papistas, prelatistas y presbiterianos con celo tal vez aminorado en este aspecto. En Francia, la Iglesia católica fue durante mucho tiempo un excelente blanco para los *filósofos*. Los jacobinos triunfantes no estuvieron nunca de acuerdo en el trato hacia la Iglesia católica ni en el sustitutivo que podía buscarse a ella. Los cultos de la razón, de la patria, del Ser Supremo, todos tenían sus defensores. La mayoría de ellos podían estar de acuerdo en anatematizar a los católicos no juramentados, leales al Papa. En la cima del Terror, los más violentos *descristianizadores* tenían su modo de actuar en algunas regiones, destrozando y destruyendo iglesias, guillotinando o deportando a los sacerdotes, haciendo burla de las ceremonias católicas. Fouché, en Nevers, indicó que debería escribirse en la verja del cemen-

terio la siguiente frase consoladora: *La muerte es un sueño eterno.*

Los bolcheviques demostraron un odio feroz por la Iglesia ortodoxa griega, casi tan violento como el que los jacobinos sintieron por la católica romana. Tenían la firma creencia, nutrida por muchos ensayos, de que la religión era *el opio del pueblo.* Pensaban de sí mismos que eran hombres de ciencia y, por consiguiente, ateos. Una vez en el poder, los bolcheviques empezaron una activa campaña contra las iglesias, aunque tuvieron otras muchas cosas que hacer, especialmente durante los primeros días de la guerra comunista, y dejaron a la clerecía que luchase por sí misma. Se registraron los actos de violencia corrientes contra las personas de los sacerdotes y contra los edificios de las iglesias, arrojándolos de los monasterios y haciendo otras cosas análogas. Los clérigos, naturalmente, fueron clasificados dentro del grupo *no productor,* y sufrieron más que otros hombres de la escasez de alimentos durante la gran hambre. Sin embargo, se tiene la impresión de que en Rusia el terrorismo puro dirigido contra el cristianismo organizado no fue tan intenso como lo fue en Francia. Los bolcheviques creían en el poder de la educación adecuada, y proyectaron desde el primer momento un monopolio de estado que asegurara a la juventud contra la exposición hacia el peligro de infección que significaban las doctrinas cristianas. Para los adultos, el Gobierno confiaba en la propaganda antirreligiosa, en exponer en los museos las falsedades y horrores de la antigua religión, y en el desarrollo general de la cultura y en el afán hacia las cosas buenas de este mundo. La *Liga de los sin Dios* se formó con apoyo del Gobierno; las imprentas y los artistas pintores trabajaron en la confección de rótulos, los periódicos tomaron parte entusiásticamente en este propósito relativamente sano, y durante 1920 los observadores extranjeros informaron, no sin razón, que el cristianismo en Rusia parecía en camino de extinguirse.

En 1952, no parece estar en lo cierto una conclusión tan confiada. Verdaderamente es muy difícil conseguir información de confianza sobre el estado actual del cristianismo organizado en Rusia. En este aspecto, aún más que

en otros muchos, el telón de acero es difícil de atravesar. Pero parece definitivamente establecido que ahora, después de treinta y cinco años de supremacía bolchevique, el cristianismo no ha sido borrado por completo de Rusia ni está limitado únicamente a los ancianos, a los nacidos antes de la revolución. Durante la reciente guerra, parece claro que el Gobierno ruso estaba deseoso de encontrar ayuda, manteniendo la moral a través de lo que había quedado del cristianismo ortodoxo. Incluso en el año 1930 hubo síntomas de que la Iglesia estaba haciendo las paces con el comunismo. Continúa siendo cierto que el comunismo, como antes el jacobinismo, toma muy en serio su misión anticristiana. Puede ser que dentro de una o dos generaciones el cristianismo haya sido barrido por completo de Rusia, aunque esto sea de muy difícil consecución en muchos de los actuales satélites de Rusia, tales como Polonia y Hungría. Quizá sea más verosímil que en Rusia, como en Francia, el cristianismo y el materialismo anticristiano militantes puedan continuar existiendo, uno al lado del otro, en mutua y descontenta tolerancia. Sin embargo, es evidente que ese *modus vivendi* aún no ha cuajado en Rusia. En 1952 era aún posible asistir a los servicios de la Iglesia oriental ortodosa en el país de la triunfal revolución marxista. El Politburó no podía asistir; pero tampoco los jefes de Gabinete de la Tercera República francesa asistían a la misa... oficialmente. El comunismo oficial puede ser aún tan piadosamente materialista, positivista y anticlerical como el oficial radical-socialismo francés lo ha sido en nuestra época... y deseando particularmente congraciarse con los cristianos que habían tratado de eliminar.

Por otra parte, se encuentran síntomas evidentes que señalan hacia la misma conclusión: bajo el gobierno termidoriano de Stalin, la Iglesia ortodoxa va volviendo a una posición reconocida, aunque aún insegura, en la vida rusa. Esto no quiere decir que los militantes sin Dios no se hallen en activo o que, a su vez, se encuentren perseguidos. No se puede afirmar que la Iglesia ortodoxa sea hoy exactamente igual a como lo era en tiempo de los zares. Por el contrario, es evidente que sus sacerdotes, en ciertos momentos conocidos por su conservadurismo

y su inactividad, se han visto obligados a realizar un esfuerzo de adaptación real a las nuevas circunstancias. Pero eso significa que los ritos de la Iglesia aún continúan en una Rusia que no es, tal vez, exactamente la antigua Santa Rusia, aunque de ningún modo separada de una institución identificada con miles de años de su historia.

En Francia la reconciliación de los termidorianos y la antigua Iglesia llegó tan rápidamente que, en menos de una década desde el movimiento de *descristianización* del Terror, Napoleón pudo firmar un Concordato con el Papa, que restableció oficialmente el catolicismo romano como Iglesia del Estado francés. Durante los peores días del Terror, los católicos franceses habían tenido que celebrar sus ceremonias en secreto, a pesar de que la libertad de cultos estaba garantizada por la ley. Con la caída de Robespierre empezaron a atreverse a celebrar ceremonias públicas en los edificios de que aún disponían. Cuantos más moderados eran amnistiados, más cordial se hizo el Gobierno, y los últimos años del siglo XVIII vieron a Francia con completa libertad religiosa y con casi una completa separación de la Iglesia y el Estado. Napoleón y muchos de la nueva clase gobernante sintieron la necesidad de ganarse a los católicos por completo y se negoció un Concordato formal. La restablecida Iglesia católica no estaba, sin embargo, en la misma posición legal como bajo el antiguo régimen, cuando era la única fe reconocida. Los protestantes y los judíos, gracias a las nuevas leyes promulgadas, se encontraron en igual situación de privilegio que los católicos.

El cristianismo organizado no sigue el mismo curso en la Revolución norteamericana. En Inglaterra, sin embargo, existe una similitud asombrosa con las amplias líneas del desarrollo en Francia y en Rusia. La fe establecida del antiguo régimen era que la Iglesia en Inglaterra, en los aspectos litúrgicos, teológicos y gubernamental, no se apartara mucho de la tradición católica. La nueva fe revolucionaria era calvinista en sus diferentes formas, de la que al final triunfaron los independientes. Bajo el régimen de estos, la religión anglicana y las formas rivales de la religión calvinista fueron suprimidas. En el papel, al menos, esta persecución religiosa fue aún más violenta

que la de Francia y Rusia. Los contendientes en la guerra de panfletos entre las sectas eran hombres instruidos, con abundante vocabulario y firmes convicciones. Por otra parte, excepto en Irlanda, hubo casi menos violencia y derramamiento de sangre en las contiendas religiosas durante la Revolución inglesa que en las de la francesa y rusa. Con la represión de las sectas más radicales, y en especial los cuáqueros, comenzó en Inglaterra la marcha atrás. En los últimos años de Cromwell, los presbiterianos, y aun los anglicanos, se reintegraron a la vida pública y celebraron sus ceremonias religiosas en un régimen de libertad virtual. Cuando regresó Carlos II, fue restablecida la Iglesia de Inglaterra con casi todo su antiguo prestigio y privilegios, y el ciclo tomó su forma usual con la persecución de las sectas que habían hecho la revolución

La historia de las aceptadas fes religiosas de los antiguos regímenes es, pues, una de las uniformidades más claras que nuestro estudio de las revoluciones proporciona. Se puede casi hacer un gráfico, en el que podría verse cómo el prestigio de la antigua fe organizada seguía una curva regular y clara, más baja en lo peor del Terror, subiendo gradualmente durante la reacción termidoriana hasta una posición casi tan alta como la que había alcanzado en el antiguo régimen. Tal gráfico sería ilusoriamente sencillo, especialmente si su interpretación envolvía la noción de que la Iglesia restablecida conservaba una vez más sus antiguas prerrogativas. Ni los hombres ni las instituciones pasan a través de la crisis de la revolución sin cambiar. Los sacerdotes, que sufrieron persecución, no fueron nunca después los mismos hombres que, una vez, habían gozado de la seguridad del antiguo régimen, ni tampoco los *émigrés* que retornaban del exilio fueron los mismos hombres que, cierta vez, habían sido miembros sin tacha de una clase gobernante. Nosotros consideraremos más adelante las transformaciones de las instituciones aparentemente restablecidas después de la revolución. Aquí podemos decir algo acerca de los sacerdotes, nobles y ricos *émigrés,* cuya vuelta a la vida pública es uno de los fenómenos característicos del Termidor.

Moralmente, sería más satisfactorio admitir que la antigua clerecía retornaba purificada y fortalecida por la prueba de la persecución y el exilio; que los antiguos gobernantes represaban depurados e inteligentes. Pero tal conclusión no es posible. Hay excepciones, como el duque de Richelieu, quien aprendió la moderación y el arte de gobernar a los hombres durante su largo exilio en Rusia y que regresó para servir a Luis XVIII fielmente, pero bien. No obstante, en general, los sentimientos religiosos, así como los morales y políticos, juntos con las ideas de los *émigrés,* estaban menguados, intensificados, forzados a una completa inflexibilidad por la amargura de su destino. El catolicismo de Joseph de Maistre tiene una rigidez y aspereza no comunes a la fe en que él había vivido durante el antiguo régimen.

En los libros árabes se dice siempre que la adversidad es una buena maestra. En el mundo a que fueron empujados los realistas ingleses y los *émigrés* franceses y rusos, la adversidad, en total, les enseñó que la romántica e incuestionable aceptación de las lealtades, que ellos pensaban pasadas de moda, solo eran abstracciones nuevas y poderosas obtenidas de sus recientes experiencias en la liza, regresaron habiendo olvidado mucho y habiendo aprendido más, pero la mayor parte de su conocimiento no servía para nada ni era realista. Este tema de lo que sucedió a los *émigrés* y a los moderados derrotados y acobardados es un tema fascinante y que merece ser estudiado con más amplitud por personas competentes. A pesar de muchas y buenas investigaciones en el plano de la historia narrativa, este tema permanece como una de las partes más oscuras de la sociología de la revolución. Pero, de todas formas, los *émigrés* que regresaron no tenían el campo para sí ni determinaron el curso final de la reacción a la revolución. Aun en la Inglaterra de 1660 y en la Francia de 1814, el más extremista de los *émigrés* regresados no alcanza a hacer las cosas como ellos las querían. Los Downings y los Albermales, los Talleyrands y los Fouchés, los hombres de la escena política, habían avanzado demasiado por delante de ellos mismos.

IV. LA BUSQUEDA DEL PLACER

El gran gustillo de la reacción termidoriana se reserva para el historiador social. En los vestidos, en las diversiones, en los pequeños detalles de la vida cotidiana de las personas corrientes se manifiesta claramente la gran amplitud del abandono popular de la República de la Virtud. Tan marcado está este bajo nivel, que hasta los historiadores lo sienten, y la mayor parte de los historiadores del siglo XIX, apenas borrado su disgusto y su contrariedad, registran los deshonestos placeres de la Restauración inglesa o del Directorio francés. Las austeridades de la vida buena, según Calvino o Robespierre, parecían un modelo de nobleza, un fin por el cual los hombres podían luchar con un heroísmo que hermosea cualquier trabajo histórico. Los hechos de una sociedad en la que una Nell Gwyn o una Teresa Cabarrús eran, aparentemente, los más importantes actores, apenas podían ser edificantes para nadie, y solo serían hechos instructivos añadiéndoles adecuados sermones. Los escritores escandalosos, los biógrafos románticos y otros proveedores de la corrupción del gusto público han caído, desde luego, con deleite en la azucarada golosina de los termidores; pero los hombres de elevado pensamiento, que escriben la Historia en serio, han pasado por estos períodos tapándose las narices con las manos. No obstante, podemos encontrar, ya de una fuente, ya de otra, lo que necesitamos saber acerca de la historia social de nuestras sociedades en esa fase especial de la revolución. Trataremos de evitar el encontronazo o la vacilación, y ver cómo la evidente relajación moral de las reacciones termidorianas concuerda con las uniformidades que hemos estudiado. Pero, antes que nada, hagamos una breve revisión de los hechos.

Pocos días después de ser guillotinado Robespierre, sus seguidores parisienses más conspicuos empezaron a condescender pública y gustosamente con una serie de placeres que habían denegado durante la tensión del Terror.

Los políticos habían pensado que «el terror no dejaría de ser el orden del día hasta que el último enemigo de la República hubiese perecido», pero las personas vulgares impusieron, por una vez, sus claros deseos y necesidades por encima de los políticos. Esto nos da la impresión de que unos cuantos fenómenos durante el curso de la Revolución francesa fueron más genuinamente *populares* y *espontáneos* que la reacción de los atenazados por el Terror. El pueblo de París tomó la muerte de Robespierre como señal de que la tapadera había sido quitada de la olla.

En París se abrieron todas las salas de baile, las prostitutas empezaron a operar *con su anterior audacia* (frase de un informe policíaco), jóvenes con dinero y bien vestidos, la mayoría de ellos borrachos de antirrepublicanismo, empezaron a verse en todos los sitios, alborotando sin cautela y dando en la cabeza a los virtuosos republicanos. Estos jóvenes componían la famosa *jeunesse dorée,* una juventud dorada que no sentía ilusiones hacia una República de la Virtud, y que, seguramente, hoy día sería considerada en seguida como fascista. Los trajes de los hombres y de las mujeres habían tendido hacia la sobriedad durante el período de crisis. Las mujeres se envolvían en vaporosas túnicas romanas y en una virtud más que romana. Ahora todo había cambiado. Los trajes de los hombres se transformaron, haciéndose extremadamente amanerados, con pantalones ajustados, chalecos abigarrados y cuellos que sobresalían de la barbilla. Los vestidos de las mujeres todavía estaban inspirados en las líneas clásicas, pero con tal sentido erótico, que todos sus esfuerzos se concentraban en enseñar profusamente el pecho. El *vestido Directorio* es un excelente símbolo de aquel período.

Con el abandono del precio fijo, y dentro de la inflación que a ello siguió, surgieron los especuladores nuevos ricos, los logreros de guerra y los políticos taimados. En los primeros tiempos de las revoluciones, y aun en los períodos de crisis, brotan espontáneamente los escándalos parlamentarios. Hasta en los días más gloriosos del Parlamento Largo inglés y de la Convención francesa existieron miembros que hicieron buen acopio de corrupción.

Sin embargo, en estos primeros momentos de las revoluciones, la revelación de un hecho delictivo iba seguida de un castigo seguro y rápido. No obstante, durante el Termidor, nadie parecía cuidarse mucho, y con toda seguridad no se hacía nada. Existe la murmuración, y en algunas partes la indignación; pero la mayoría de los políticos, que malversaban con éxito, eran muy admirados, de la misma forma que lo fueron más tarde los de los Estados Unidos.

Aunque había terminado el nerviosismo por el terror, temiendo su vuelta, inseguros de su riqueza y de su posición, y con frecuencia poco educados en las artes patricias, los termidorianos gastaban su dinero con prodigalidad y de forma vulgar. Jugaban a los naipes, apostaban en las carreras de caballos y en las peleas de gallos y se volvían locos por el baile. Todo esto lo hacían ruidosamente y sin tener en cuenta la decencia tradicional del siglo XVIII. En estos pocos años se echó a perder la base real en que se sustentaba el gusto romántico del siglo XIX francés. Las damas de la época eran famosas por su alegría y su abandono. Su jefa era Teresa Cabarrús, en cierto momento amante de Tallien, el representante de la corrupción, y luego su esposa. Era universalmente conocida por una frase que mostraba el cinismo de aquella época: «Nuestra Señora de Termidor.»

Todos conocemos la época de Carlos II como la reacción extrema del Gobierno de los Santos. La Comedia de la Restauración ha sido, especialmente desde la época victoriana, símbolo de maldad, esa especie de comedia que ninguna persona decente puede contemplar sin ruborizarse. De la memoria nacional no se borra Nell Gwyn, que gobernó triunfalmente sobre una corte en donde el vicio era tan aristócrata como el más virtuoso miembro de los Comunes hubiera deseado y ansiado ser. En realidad, el Código puritano sobre las costumbres y la moral no fue establecido nunca perfectamente, ni aun en los años que siguieron a la muerte de Carlos I. Siempre fueron posibles los bajos placeres públicos, y las prohibiciones contra las carreras de caballos, las luchas de los perros contra un oso, las fiestas navideñas y otros festivales paganos estaban sujetos a la misma clase de anulación que la en-

mienda dieciocho recibió en este país. La severidad de algunas de las prohibiciones puritanas era en sí una indicación de que los puritanos estaban pasando una época difícil en su afán de llevar a todos los ingleses a comportarse de una forma «que no oliese mal a las narices del justo».

A pesar de todo, el Gobierno puritano fue lo bastante severo y rígido para no dar grandes motivos de queja a los no puritanos, y en sus líneas principales, la reacción termidoriana fue en Inglaterra tan real como en Francia. En Gran Bretaña no hubo nunca la misma mezcolanza entre *parvenus* y aristócratas afortunados y agotados como la hubo en Francia, y, estéticamente hablando, la reacción inglesa estuvo a un nivel mucho más elevado que la francesa. Pero en el franco retorno a los placeres de los sentidos, al juego, a la bebida, al baile, al amor libre, a la literatura cínica y ligera, a una franca alegría en los vestidos y otras vanidades, los dos países presentan un paralelo muy semejante. La Restauración inglesa no estuvo del todo desprovista de una falta de gusto que encontraron ofensiva las almas más castas. Especialmente en los vestidos femeninos, el contraste con la sobriedad del primer período fue muy grande. Las damas usaban trajes de colores llamativos y con frecuencia complicados, altos adornos de cabeza llenos de encajes, fantásticos postizos, gran cantidad de maquillaje en su rostros y unas enaguas de brocado que exhibían con descocada complacencia

Apenas necesitamos tocar este punto referente a la relajación de las costumbres morales durante el período termidoriano inglés y francés. Hemos de cuidarnos más de establecer los hechos acerca de tal relajación moral en las costumbres de la Unión Soviética. Los hechos en este país no son tan claros y aún no ha podido establecerse con toda claridad en las historias. No obstante, antes que la amenaza de guerra contribuyese a dar lugar a nuevas austeridades, hubo en Rusia muestras palpables de un retorno a los más vulgares placeres de la carne. Allí no aparecieron las Nell Gwyn ni las Teresas Cabarrús. Pero, una vez más, no podemos esperar que nuestras uniformidades sean rigurosamente exactas. En sus líneas más

amplias, el Termidor marcha hacia formas morales y sociales tan seguro como lo hemos visto marchar hacia sus formas políticas.

En primer lugar, el Termidor ruso empieza en la misma época de Lenin, con la implantación en 1921 de la Nueva Política Económica. La propiedad privada y la libertad de comercio fueron permitidas de nuevo en Rusia. La nueva clase de *entrepreneurs* (patronos) que surgieron de esta situación, el *nepman*, recordaba forzosamente a la clase similar de patronos que aparecieron en Francia cuando se abandonó el precio fijo después de la caída de Robespierre. Nunca estuvieron seguros de su posición social, y establecieron dentro de sus nuevas actividades legales muchas de las costumbres que habían adquirido en sus días fraudulentos bajo el Terror. Como clase, eran «excepcionalmente vulgares, aprovechados, crudos y ruidosos». Pocos años después, la prostitución, el juego y otros placeres antimarxistas retornaron tan a las claras en Moscú y en Leningrado, que solo los más convencidos *compañeros de viaje* eran incapaces de verlo. Desde 1917, a la mayoría de los extranjeros en Rusia quizá le había impedido el uso normal de lo que nosotros llamamos esperanzadoramente vista, las actividades de los funcionarios comunistas, entregadas a la tarea de guiar a los extranjeros, más que su propia y fuerte convicción religiosa de que todo estaba bien en el paraíso marxista. Sin embargo, hasta que se inició el plan quinquenal, el retorno de los vicios burgueses era tan evidente, sobre todo durante la tercera década del siglo XX, que hasta los comunistas extranjeros se dieron cuenta de ello.

En 1928-29, el aparente retorno de Stalin al comunismo no es, en realidad, más significativo que el aparente repudio de Napoleón, una vez que estuvo seguro del Poder por el *coup d'état* del 18 de Brumario, de la corrupción y de la relajación moral del Directorio. Parece ser que siempre hubo en nuestras cuatro sociedades cierta reacción hacia la reacción termidoriana, muy notable en este aspecto de la persecución pública del placer. En gran número, los hombres no pueden dedicarse más heroica y permanentemente al pecado que a la santidad. Los millares de salas de baile que se habían abierto en París inme-

diatamente, según se dice, después del Terror, se habrían afianzado e ido adelante provechosamente solo si la mayoría de la población parisiense hubiera deseado bailar la mayor parte del tiempo. A pesar de las ideas en contra de los anglosajones, los parisienses no son, en realidad, de esa manera de ser.

Lo que sucedió durante los años que siguieron a la crisis del Terror es una especie de balanceo entre la reserva moral y relajación moral, al final de la cual surgió un equilibrio en el que la mayor parte de los hombres y mujeres se comportaban con respecto a asuntos tales como el juego, la bebida, la prostitución, el lujo y el empleo del ocio, de la misma forma que se comportaron sus abuelos y abuelas. Si observamos atentamente a la Rusia de Stalin antes de la guerra y nos preguntamos cuán lejos parecía estar para el viejo Adán y la anciana Eva la oportunidad de manifestarse en la vida de los rusos, conseguiremos una medida más exacta de la realidad del Termidor ruso que pudiéramos obtener de cualquier cantidad de teoría marxista o antimarxista.

Mr. Eugene Lyons cuenta con malicioso deleite la historia del desconcierto y la rabia de un corresponsal del *Freiheit*, de Nueva York, periódico comunista, cuando fue excluido de una recepción dada por el Gobierno ruso porque no tenía traje de etiqueta. ¡Ser el traje de etiqueta prenda importante en una dictadura del proletariado! Nada podía ser más absurdo, ilógico, y, sin embargo, completamente natural. El traje de etiqueta satisface cierto número de necesidades humanas—el antropólogo podría analizar muchas de ellas—y no parece evidente que cualquiera de nuestras revoluciones se haya preocupado mucho por estas necesidades. Un comisario necesita para cenar un traje de etiqueta, lo mismo que puede necesitarlo un diputado o un catedrático de Universidad.

Detalle tras detalle, pueden sacarse a la luz para demostrar cómo la dictadura del proletariado, durante el período anterior a la guerra, era, sin duda alguna, la dictadura de la virtud que vemos prevalecer en los períodos de crisis de nuestras revoluciones. Por ejemplo, el *jazz* estuvo mucho tiempo prohibido en Rusia. El *jazz* era, bien a las claras, el producto de una civilización bur-

guesa decadente, una forma indecente de estimular lo que ningún buen marxista necesitaba o quería que le estimulasen, una de las formas protéicas de *opio para el pueblo* empleadas en los países capitalistas. Los comunistas podían bailar al son de músicas alegremente sanas e inocentes y primaverales. Sin embargo, durante los últimos veinte años, el *fox-trot* y otros bailes análogos empezaron a escurrirse dentro de la Rusia comunista, y hasta que la actual crisis trajo consigo una renovada y clara hostilidad hacia Occidente, la música de baile americana se interpretó en Rusia con tanta frecuencia y tan mal como en el resto de Europa.

Ningún acontecimiento dramático, como la caída de Robespierre, puede tomarse como punto de partida que señale el Termidor ruso. Sin embargo, se combinan una serie de pequeños hechos de la vida cotidiana para formar un impresionante marco a la realidad rusa. Un dirigente de la juventud se presentó con corbata en un Congreso nacional de juventudes, hecho que en este país había de causar un efecto semejante al que produciría en Norteamérica si uno que fuera a recibir su diploma universitario se presentara en la ceremonia con un *mono* de mecánico. En Moscú se celebró una exposición de modas y, efectivamente, las maniquíes desfilaron, contoneándose y sonriendo con una falta de desenvoltura tradicional, como si fueran pobrecitas esclavas del jornal en París o en Nueva York. Los lápices de labios y otras pinturas hicieron su aparición hasta en los almacenes favorecidos por las trabajadoras. Los cuentos policíacos, los cuentos de *interés humano,* aparecieron en las páginas de los periódicos, hasta entonces por encima de tales boberías capitalistas y hasta entonces también consagrados a la exclusiva ponderación de la política. Se hicieron películas en las que podían verse verdaderos seres humanos, insignificantes, cómicos, estúpidos, celosos, hasta rusos, y no ideas abstractas faltas de sangre, que representaban al capitalismo, a los propietarios, al comunismo, al proletariado y al revolucionario.

Los bolcheviques habían sido muy especiales respecto a la familia. Era la familia una institución del antiguo régimen, entrelazada con toda clase de elementos religiosos,

inevitablemente conservadores en sus acciones sociales. La familia era un pequeño nido lleno de egoísmos de casta, celos, amor a la propiedad e indiferencia hacia las grandes necesidades de la sociedad. La familia mantenía al joven adoctrinado con las estupideces del viejo. Los bolcheviques destruirían la familia, alentarían el divorcio, educarían a los niños en la verdadera religión del comunismo, acostumbrándolos a utilizar las empresas y la vida social colectivas, apartándolos de la influencia de la Iglesia en sus relaciones familiares. Ahora bien: parece no haber duda de que en la Rusia contemporánea de Stalin existe un deliberado propósito de inculcar las antiguas virtudes de la familia. Las películas, las comedias y las novelas han restablecido de nuevo el respeto hacia los padres, los viejos lazos familiares y el prestigio. La galantería hacia la mujer ha vuelto, y la galantería es una supervivencia chocante del feudalismo, un símbolo de su inferior posición en la sociedad. El divorcio, que en una época era tan fácil de obtener y tan poco costoso, cuesta ahora mucho y es difícil de conseguir. Más importante todavía es que el Gobierno parece estar decidido a que se extienda la idea de que el matrimonio es una institución permanente y seria, algo hecho en el cielo, ahora que el cielo se comprende en Rusia. El aborto, que los antiguos bolcheviques consideraban orgullosamente una operación tan legal y tan fácil como una de apendicitis en Norteamérica, y casi tan frecuente, ha sido prohibido en la actualidad por una ley, salvo en los casos en que se considere necesario para salvar la vida de la mujer. En los momentos presentes, Stalin toma medidas para fomentar las familias numerosas. Se pueden explicar estas medidas a causa de la hostilidad de las naciones capitalistas, contra las cuales los niños rusos deberán luchar algún día. Sin embargo, permanece el hecho de que el fomento de las familias numerosas no está en la tradición del credo socialista o comunista anterior a Stalin. Y, fundamentando estas medidas diversas, existe una atmósfera que pudiéramos llamar victoriana, mucho más importante como síntoma general de lo que sucede en Rusia que cualquiera de ellas. Los actuales gobernantes de Rusia parece que están intentando deliberadamente cultivar los

sentimientos característicos de toda sociedad equilibrada: el efecto doméstico, el patriotismo, el amor al trabajo y a la rutina, la obediencia a los que están en el Poder, el malestar por las excentricidades individuales; en resumen, lo que Pareto llamaba los agregados persistentes.

Al perseguir estos fines, Stalin decretó, antes que cesara la paparrucha marxista de la historia de Rusia, que los rusos aprendieran los hechos gloriosos de la Rusia del pasado. Los misioneros bizantinos, que llevaron el cristianismo a Rusia, ya no eran considerados como unos locos ni como unos villanos, agentes de lo que claramente era el capitalismo imperialista, personas abyectas como los actuales misioneros, que llevaban consigo la Biblia, el ron y la sífilis a los mares del Sur. Por el contrario, el cristianismo en Rusia se consideraba como un paso esencial para preparar a los bárbaros eslavos para cosas más elevadas. Pedro el *Grande* y Catalina ya no eran crueles déspotas. Sino que fueron, además, los grandes arquitectos del destino de Rusia, y sin los cuales, millones de eslavos y asiáticos no gozarían ahora de la bendición del comunismo. Tal vez Stalin espera que su pueblo le ame más cuando aprenda cuántos Stalin más han gobernado sobre ellos en el pasado con el título de zares.

V. RUSIA, ¿REVOLUCION PERMANENTE?

Todavía es difícil para nosotros considerar como terminada la Revolución rusa, o tan terminada como lo fueron nuestras otras revoluciones en un intervalo de tiempo conmensurable—treinta y cinco años—desde su comienzo. En Rusia, como acabamos de ver, hubo en realidad desde 1921 muchos síntomas de reacción termidoriana. Pero no ha habido restauración formal del antiguo régimen. Este hecho en sí no es significativo, porque ninguna de las otras restauraciones restablecieron, en realidad, el antiguo régimen tal y como había sido antes de la revolución. El aforismo francés dice: *Toute restauration est révolution.*

Para hacer el tema más sencillo, ha sido corriente que

todo extranjero crea siempre que en Rusia existía algo parecido a un reinado del Terror y de la Virtud, especialmente en el sentido de presión continua sobre lo individual para participar en la cosa común y estar «siempre a la altura de las circunstancias revolucionarias». Los horrores de la colectivización a la fuerza en el campo durante los primeros treinta años, los juicios, las confesiones, las *purgas* de los años 1936-39, llevados a cabo por el asesinato de Kirov, aun la corriente tirantez de la línea entre Oriente y Occidente, de lo que existen ejemplos tan patentes como el lysenkoísmo y el partidismo en música y pintura, todo hace pensar que existe algo semejante a *una revolución permanente.*

Primero, una advertencia que hemos repetido muchas veces en el transcurso de este estudio: no debemos esperar que nuestras revoluciones sean idénticas. Las uniformidades que hemos procurado encontrar en nuestras revoluciones no han de convertirse en identidades, o sospecharán, con razón, que somos falsos a las tradiciones del método científico. Segundo, con frecuencia hemos hecho otra advertencia: no debemos caer en el error de asumir una causación en un solo sentido. Si la anatomía de la Revolución rusa no es idéntica a la de otras, no debemos deducir que hay una variable única en la situación rusa—el héroe o el villano variable—que lo explica todo. Aquí, como ocurre siempre en las situaciones políticas complicadas, hay muchas variables trabajando. Los señores F. Beck y W. Godin, en su reciente libro sobre *Russiam Purge and the Extraction of Confession* (*La purga rusa y la confesión a la fuerza*), tratan de explicar ese recrudecimiento del Terror ocurrido en 1936-1939, al que ellos llaman, por el jefe de la Policía de aquella época, el *período Yezhov.* Registran no menos de quince *teorías* para explicar este recrudecimiento del Terror en Rusia, que se apunta más víctimas que el Terror de 1918-1921 probablemente. En todo ello se encuentra, al menos, algún grano de verdad.

Una de sus teorías puede darnos una explicación de por qué la Rusia de 1952 parece encontrarse aún, digámoslo suavemente, en el estadio de convalecencia de la fiebre revolucionaria. La llaman *teoría Asia,* teoría en sus formas

más sencillas, de que Rusia es una nación asiática, en la que hasta una revolución *popular* hecha en la gran tradición occidental de nuestras otras revoluciones, posiblemente no puede desembocar en una benévola sociedad democrática occidental como la inglesa, la francesa o la norteamericana. Concedido que las revoluciones terminan en un retorno, no al *statu quo ante*, sino a un equilibrio, a un estado de normalidad relacionado claramente con el del antiguo régimen, el final de la Revolución rusa sería, pues, algo mucho más semejante a la Rusia de los zares, con Policía secreta, violencias civiles, tiranía de arriba, hasta la pobreza e ignorancia de las masas, que a la Inglaterra del *habeas corpus*, a la Norteamérica de la Constitución de 1787 o a la Francia de la *Charte* y del rey-ciudadano Luis Felipe. «Un presbítero nuevo no es otra cosa que el antiguo sacerdote, pero escrito en forma más larga.» «Cuanto más se cambia, más sigue siendo lo mismo.» Estos trasnochados aforismos de otras revoluciones quieren decir que en Rusia se ha vuelto en 1952 a la normalidad..., *a la normalidad para Rusia.*

Ahora bien: como única explicación, esta *teoría Asia* no satisface más que como una de las variables que entran en una explicación elaborada, que sería aceptable incluso para los liberales, los cuales, por temperamento y educación contrarios, la aceptarán. A los señores Beck y Godin—seudónimos de un científico alemán y de un historiador ruso detenidos durante el período Yezhov y que después tuvieron la suerte de huir de Rusia—no les gustan los tonos de superioridad occidental que la *teoría Asia* lleva en sí, pero de ninguna manera los rechazan por completo. En 1917 Rusia no era una sociedad con una clase media vigorosa, educada en las costumbres políticas occidentales ni en otros *derechos* civiles, y sería verdaderamente extraordinario que una revolución dirigida por Lenin y Stalin hubiera producido una sociedad de tal clase en Rusia.

Además, es preciso observar aquí una natural y evidente uniformidad entre nuestras cuatro revoluciones. El esquema concebido de la fiebre es inadecuado si se toma en el sentido de que todo el proceso termina en una simple *cura*. Mejor dicho, en todas nuestras revoluciones exis-

te claramente *sequelae*, una serie de revoluciones menores en las que las fuerzas presentes en la revolución inicial están bien adiestradas. Después de 1640 se llevó a cabo en Inglaterra *la gloriosa revolución* de 1668; tuvieron lugar las grandes luchas del siglo XVIII y los proyectos de leyes de reforma del XIX. Después de la Revolución norteamericana, hubo la década crítica de 1790; las leales, aunque casi pacíficas agitaciones que dieron el Poder a Jefferson y a Jackson, y la larga y penosa prueba de la guerra civil. Como todos sabemos bien, después de la Revolución francesa hubo, durante el siglo XIX, una serie de perturbaciones tanto en Francia como en la Europa central y occidental, influidas en gran parte por el ejemplo francés. Ya hemos observado que el tiempo-secuencia de la Revolución rusa original representa una especie de marcha forzada del proceso de la revolución, comparada así con las revoluciones primitivas. Parece verosímil que, para los historiadores del futuro, las agitaciones rusas de los últimos veinte años serán, de hecho, una especie de *sequelae*: la preparación de los problemas no solventados por completo en el primer combate de la revolución, exactamente como lo fueron los años 1820, 1830 y 1848 para la historia europea.

Aún queda el problema de explicar la forma específica del largo acceso ruso de fiebre revolucionaria. Admitido, como ya lo hemos hecho, que la estable sociedad rusa que surgiría al final no sería una sociedad como la nuestra, hasta parece inverosímil que tal sociedad estable estuviera realmente sujeta a tantos disturbios básicos y que el hombre corriente tuviera una superparticipación en la política, como en la Rusia de Stalin. Bordeamos aquí el campo no científico de la profecía. Puede ser que la Rusia del lysenkoísmo, del *telón de acero,* la Rusia que han combatido un Orwell o un Koestler con más ahinco que los buenos conservadores norteamericanos, esta Rusia tal vez continuará indefinidamente en un mundo donde las palabras *estabilidad, equilibrio, paz, orden* hayan perdido su significado. Pero, por el momento, debemos solicitar una Rusia y un mundo que no estén sumergidos en una perpetua pesadilla.

El tema es ambicioso y no podemos desarrollarlo por

completo en este intento de estudio de cuatro revoluciones. Pero tal vez pueda sugerirse que las claves de estas continuadas crisis rusas sean, en parte, domésticas, internas a Rusia y, en parte, ligadas con la situación internacional.

Las razones internas son muy numerosas. Al azar se puede hacer la conjetura de que una de las claves más importantes está relacionada con las promesas concretas de la religión marxista. Hemos observado que en todas las otras revoluciones nuestras, a pesar de su apocalíptico fervor durante el período de crisis, a pesar de sus locas ambiciones pidiendo el cielo en la tierra al mismo tiempo, al hombre vulgar *no* le habían prometido, específicamente, una igualdad económica, ni la sociedad sin clases, ni la fórmula marxista «de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades». *A los rusos les prometieron todo eso.* El marxismo fue mucho más específico en lo que prometió a Ivan Ivanovich, que el puritanismo en lo que prometió a John Jones o el jacobinismo a Jacques Dupont.

Es cierto que todas nuestras revoluciones tuvieron que transigir con sus ideales y convertir en ritual las buenas palabras. Las de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» acabarían como inscripción en los edificios públicos y—no seamos cínicos—en el corazón de los buenos republicanos franceses; pero decimos que no serían llevadas a cabo, literal ni concretamente, en las clases de las escuelas francesas en que fueron escritas, pues, entonces, las escuelas francesas hubieran sido manicomios *lícitos,* sobrepasando la cruda realidad de las escuelas privadas norteamericanas más progresivas. Los norteamericanos nunca han tomado la autoevidente verdad de que todos los hombres han nacido iguales en derechos, en el sentido de que todos los hombres nacen—o debieran haber nacido—con capacidad suficiente para dirigir la familia en los asuntos domésticos.

Pero la Revolución rusa hizo promesas, no solo de igualdad espiritual o política, no solo de carrera abierta a todos los talentos, sino de una sociedad económicamente igual. Ahora los rusos tienen una sociedad, como cada compañero de viaje sabe, en la que la desigualdad de

distribución de los alimentos—o los *sueldos* individuales—es visiblemente grande. Un dirigente político ruso, un director de empresa, un comediógrafo o una bailarina populares, un científico de fama, gozan de un dominio sobre la riqueza material, que hace de la sociedad rusa una sociedad tan desigual económicamente como cualquier sociedad capitalista de hoy; mucho más que la inglesa, por ejemplo.

Cierto que no es posible para los dirigentes rusos decir a su pueblo que tales desigualdades suponen meramente un estadio de transición, hecho necesario por la oposición de los malvados capitalistas del mundo exterior. La dictadura del proletariado, preludio esencial a la sociedad sin clases, ha tenido que prolongarse un poco. Algún día, cuando la revolución comunista haya conquistado al mundo, el barrendero gozará de la misma igualdad económica que un miembro del Politburó. Pero ahora no. Sin embargo, este es, en el fondo, un débil argumento, y hay señales de que en la Rusia actual se está haciendo un esfuerzo para predicar como ideal algo tan extraordinariamente cercano a la actual realidad norteamerican, según opinión de los editores de *Fortuna*; esto es, una sólida línea básica de plenitud material compartida por todos, con especial recompensa material para aquellos dirigentes capaces en todos los aspectos de la vida y cuya pericia eleva constantemente el nivel de esta línea básica para todos o, al menos, edifica el espíritu de todos.

Mientras tanto, la actual línea básica en Rusia es muy baja. Este hecho nos llega claramente a través del telón de acero. Sus más cordiales simpatizantes occidentales no pueden sostener que lo que ellos consideran como fin básico de la Revolución rusa para mejorar el medio de vida del hombre corriente haya alcanzado ya al de la mayoría de los pueblos de Occidente. Esto es, en cruda actualidad, algo parecido a lo que los marxistas llaman histórica *acumulación primitiva* burguesa de capital; es decir, obtenido mediante grandes producciones conseguidas por el sacrificio de la producción inmediata para el consumo, y que en Rusia han tenido que llevar a cabo bajo la dirección del propio Gobierno; eso, añadido a la guerra contra Hitler y a la preparación para una posible

guerra contra los norteamericanos, ha encauzado la producción rusa en otra dirección que la de la producción de alimentos. Estos hechos pueden explicar bien, dentro de términos estrictamente económicos, por qué no ha llegado todavía para el hombre de la calle ruso una vida de más abundancia. No se necesita recorrer el camino con los amargos y conservadores enemigos del experimento ruso para admitir que algo de la persistente aversión occidental, algo de la sostenida tensión de una sociedad aún consciente de estar en revolución, puede explicarse como un esfuerzo por distraer la atención del hombre corriente de su falta de abundancia material.

Aún puede ser posible para los actuales dirigentes rusos volver a las creencias del credo marxista, sazonadas abundantemente con el nacionalismo ruso, dentro de una especie de nuevo *opio para el pueblo.* Parece como si estuvieran intentando conscientemente hacer esto. Quizá sean capaces de conservar la línea básica de alimentos materiales, *el medio de vida,* en un nivel aproximado adonde está ahora. Lo que es tal vez más importante en la continuamente escasa estabilidad de Rusia es el problema de los que están por encima de la línea básica, el problema de la nueva clase dirigente. Esa clase es aún una clase esencialmente directora, bien remunerada, de prestigio social y poder político; pero hasta ahora sin verdaderos derechos de propiedad, de herencia, y, en general, sin ese complejo de prescripción que siempre ha tenido en Occidente una nueva clase dirigente—o, más bien, nueva en parte—para consolidar su posición.

Hubo siempre en los países occidentales, especialmente desde el Renacimiento y aún sin existir revolución, muchos caminos abiertos a los talentos. En nuestra cultura occidental se empleó una igualdad de oportunidad mucho antes que en los Estados Unidos se convirtiera en uno de los grandes artículos de fe social. Sin embargo, aquellos que se destacaron con éxito en el mundo tuvieron mucho cuidado y suerte en consolidar rápidamente su posición por medio del seguro de propiedad, fundando una familia y convirtiéndose en parte integrante de la clase gobernante aceptada como tal sin demasiada oposición y odio de las clases que, claramente, fueron excluidas de la cum-

bre de la pirámide social. Esto ha sido verdad hasta en los Estados Unidos, en donde existe, sin lugar a dudas, la fórmula efectiva de «tres generaciones de mangas de camisa a mangas de camisa». Todo el problema de la relación entre la movilidad social individual y la estabilidad social dentro del grupo es muy difícil y en modo alguno bien comprendido. No ha sido resuelto en el Occidente, pero llegaremos de alguna manera a buen término en ello, y no de forma sencilla, como algunos cínicos observadores de la vida norteamericana en particular han intentado insinuar, pretendiendo que ese problema no existe; que nosotros, en realidad, somos una *sociedad sin clases.*

Pero en Rusia la nueva clase gobernante no está bien consolidada. Primero, porque muchos de sus miembros deben de tener todavía sus conciencias inquietas por haber alcanzado esos nuevos privilegios y por la brecha abierta entre los hechos de la vida rusa y los primitivos ideales del comunismo. Segundo, y esto es más importante, porque no están seguros de persistir en sus cargos, conscientes de la gran presión de los jóvenes ambiciosos que les siguen. Beck y Godin han tratado este tema con energía:

> Las nuevas castas de funcionarios gozaban ampliamente de las ventajas materiales que arribaban con el control de la propiedad socializada. Esta casta, que no era aún una antigua generación, no tuvo oportunidad de constituirse en una verdadera clase dirigente. También estuvo bajo la presión de la masa de los miembros del partido, que los empujaban a puñetazos por detrás y se hallaban envidiosos de los privilegios de sus superiores. El poder central pronto se dio cuenta de la posición, descubrió una amenaza a su propia seguridad en el desarrollo de una nueva casta mandarina, y nada fue más fácil y sencillo que embarcarse en la liquidación de esa gente. Fue una brillante estratagema, que dejó inamovible la estructura social del Estado burocrático. Los sucesores de los dignatarios desposeídos y detenidos gozaron incuestionablemente de los privilegios que estaban en manos de sus predecesores, anduvieron por terreno llano y entraron en la plana mayor. La perspectiva de brillantes carreras se abrió ante una multitud de bajos funcionarios, quienes, de otra forma, hubieran tenido que esperar décadas y décadas para un nuevo ascenso. Sin embargo, los miembros de la casta gobernante se veían envueltos en una tremenda inseguridad. Esto tenía un efecto de gran valor en las masas.

Nadie envidiaba a los mandarines una vida que vinculaba tener dispuestas perpetuamente dos maletas —una en la oficina, otra en casa— conteniendo las ropas y las provisiones imprescindibles ante un eventual arresto.

Verdaderamente, a esta distancia, el recrudecimiento del terror en el período Yezhov empieza a parecer cada vez menos semejante al clásico terror del verdadero período de crisis, al terror cuando los hombres están aún inflados con el ideal de una nueva sociedad perfecta, y más semejantes a las perturbaciones del original Termidor francés, cuando los nuevos dirigentes estaban aún maniobrando entre ellos mismos para conseguir una posición privilegiada, conspirando para nuevos *coups d'Etat*, incapaces todavía de arreglar sus rivalidades sin desatadas violencias e irregularidades. Es cierto que las purgas de los últimos treinta años se llevaron a cabo en Rusia sobre una gran cantidad de territorio y población en escala mucho más amplia que antes; en parte, porque la amenaza exterior, especialmente de Alemania, aumentó más que disminuyó, como ocurrió en otras revoluciones que ya hemos estudiado; en parte—debemos conservar nuestro método de las variables múltiples—, porque la propia Rusia revolucionaria no era un país de libertad.

Seguramente es muy significativo que Stalin solo haya permanecido en la cumbre rusa. Por debajo de él ha habido una lucha de rivalidades entre contendientes por puestos y privilegios. La alta política es, en cualquier parte, aun en las sociedades más estables, una carrera muy segura; pero existe un punto tras el cual la inseguridad personal se convierte, efectivamente, en inestabilidad social y general, o en la constante amenaza de tal inestabilidad. El fracaso en gran escala dentro de la política rusa, en los negocios, aun en las artes y en las ciencias, parece significar la desaparición literal sin rastro de la escena, o también la llamarada de publicidad por los juicios, las confesiones y la purga. No hay que pedir a Rusia las amables cortesías de la Inglaterra victoriana con su «oposición a Su Majestad»; pero, antes de poder deducir que la convalecencia rusa, el Termidor ruso, está terminada por completo, debe al menos ser posible para un compositor ruso fracasar en una sinfonía o desagradar

a un gusto altamente cultivado en música sin desaparecer; para un biólogo ruso, no estar de acuerdo con Lysenko sin sufrir una suerte semejante, y para un director de fábrica, cometer un error sin que nada más pierda su puesto.

Aun para aquellos de nosotros que creen que es de Rusia la culpa principal de la actual tensión en las relaciones políticas mundiales, concederían que esta tensión es, en sí, parte de la explicación del largo y continuado período termidoriano ruso. Hay tan buenas razones internas como externas para la continuada inestabilidad rusa. En nuestro resumen de razones para el terror en nuestras cuatro revoluciones observamos, como clara uniformidad, la existencia de lo que ahora es moda llamar *psicosis de guerra.* Los gobiernos del terror son, en parte, gobiernos de defensa nacional contra la guerra o la amenaza de guerra, contra la amenaza de un enemigo. Que la revolución puede haber sido más larga por culpa del levantamiento de ese enemigo, puede ser verdad; pero eso no altera el hecho de la presión creada por el peligro que el enemigo representa. Ahora bien: la Inglaterra, la Norteamérica y la Francia revolucionarias lo resuelven todo —Francia, solo después de veinticinco años—para volver a ser, una vez más, respetables, o casi respetables, miembros del sistema estatal e internacional de nuestra época. No tenían que temer nada más que a los peligros corrientes que se enfrentan a una política estatal en equilibrio de poder. Pero no ocurrió lo mismo en Rusia. Todavía al principio de estos últimos treinta años, incluso en 1942-44, cuando estaba aliada con las potencias occidentales, Rusia no estuvo nunca dentro del círculo. Repitámoslo: la falta pudo ser de Rusia o, al menos, de Stalin y sus colegas. Pero persiste el hecho de que la Rusia comunista, excepto en sus relaciones con sus satélites, desde Checoslovaquia a China, está fuera de cualquier comunidad de naciones que haya, de cualquier *sistema* que exista en las relaciones internacionales. Las antiguas tensiones originadas por el sentimiento ruso de estar cercado, de estar constantemente amenazado por todos lados, continúan aún para impedir la consecución de su estabilidad interior. En verdad, puede asegurarse

sin riesgo alguno que Rusia saldrá de su estadio termidoriano de revolución si sus relaciones con los Estados Unidos mejoran considerablemente. Esas relaciones no necesitan ser la perfecta amistad de retórica en las relaciones internacionales, sino que deben ser, por lo menos, una especie de mutua aceptación, común a los miembros del sistema estatal occidental como lo fue durante los siglos XVIII y XIX.

Así, pues, el Termidor ruso aún existe en esta segunda mitad del siglo XX. Su terminación depende de muchos factores para que cualquier persona pueda fijar la fecha. Pero es también cierto que la revolución ha seguido su curso normal. La crisis, el reinado del terror y de la virtud, ha terminado. El virus marxista—y recordemos una vez más que solo empleamos este término en forma puramente descriptiva—casi ha recorrido su curso. En realidad, Rusia está en parte transformada por la fiebre, pero eso también es virus. Aunque el virus haya perdido fuerza en el cuerpo ruso, está actuando con ahínco en sociedades como China, Asia del Sudeste y hasta en el Oriente Medio, y eso quiere decir que continúa su curso. Pero estas revoluciones se salen ya del marco de este libro. Necesitan una cuidada atención de nuestros mejores expertos, y sugieren unas palabras finales: las *ideas* y las *promesas* del marxismo ortodoxo, que ahora están reencarnadas en la Rusia de Stalin, demostrarán dentro de unos cuantos años cómo han entorpecido tanto a la política interna de Rusia como a su política exterior. El paraíso marxista en la Tierra continuará siendo mera promesa en Indochina o en el Irak durante una temporada; pero en Moscú estas promesas han de convertirse pronto en parte visible, o la totalidad de la doctrina sufrirá una transformación difícil de predecir.

A menos que nos encontremos en Rusia con algo completamente nuevo, completamente sin precedentes; en resumen, algo que pudiera invalidar cualquier clase de ciencia social, las amplias líneas de esa transformación no son, al menos, *completamente* difíciles de predecir. Si el período de crisis de la Revolución rusa ha terminado, como aquí afirmamos; si Rusia se halla ahora en medio de las *sequelae*, atendiendo a su mayor ataque

de fiebre, más pronto o más tarde se verá obligada a alcanzar un equilibrio, un estado de salud o normalidad, en realidad no como el de Francia o el de los Estados Unidos, sino algo, digamos más cercano a la Rusia del siglo XIX, la Rusia de Turgueniev y Dostoyevski, de Pavlov, Yersin y Bakunin; en resumen, de una variedad de hombres en completo contacto con el enconado, pero también ordenado y razonable Occidente.

Lo que mantiene a Rusia aún aparte, todavía en los últimos estertores de una revolución, es la incompleta reconciliación social y ritual entre verbo y carne, ideal y realidad, paraíso marxista de sociedad sin clases y esta tierra áspera, pero no sin interés. Una Rusia simplemente expansionista, una Rusia que tratara de asirse más al mundo, se pondría al mismo nivel del resto del mundo sin más perturbación—a pesar de lo grande que es tal perturbación—que el resto del mundo tuvo con agresores tales como la Francia o la Austria de la historia contemporánea. Pero una Rusia que se extiende, como se extendieron los árabes, en nombre de una fe intolerante y fiera, es asunto diferente. Sin embargo, en los árabes no existe fanatismo eterno o, en todo caso, no ha habido aún fanatismo eterno. Cristianos y mahometanos no han llegado a entenderse mutuamente, pero se han abstenido de declararse guerras santas los unos contra los otros. Lo raro es que, aun con Lenin y Stalin como sus profetas, Marx ha demostrado ser un dios menos pródigo que Alá.

Pero nosotros podemos estar equivocados. Los rusos pueden haber encontrado una forma, una fórmula no encontrada por puritanos ni jacobinos, de mantener al hombre de la calle siempre de acuerdo con las intensidades, las conformidades, la participación perpetua en el ritual del Estado, la agotadora devoción sacramental, el incansable redoble del tambor sagrado, el constante avance de la debilidad común y del sentido común, la *locura,* que ya hemos analizado como reinado del Terror y de la Virtud. El totalitarismo puede, en efecto, ser tan nuevo en la tierra como algunos escritores muy prestigiosos de nuestra época creen que lo es. Mas el historiador debe poner en duda no solo las utopías *à rebours,* tales como las *1984,* de Orwell, sino también análisis tan persuasivos y profundos

como los *Origins of Totalitarianism,* de mis Hannah Arendt. De todas formas, el problema está claro: si la Revolución rusa en sus últimos años sigue el modelo de las otras revoluciones tan claramente como lo hizo en sus comienzos y en sus primeros años, entonces la mayoría de los rusos no estarán más locos que el resto de nosotros, y podremos comunicarnos con ellos dentro de nuestras mutuas incomprensiones... y destellos de comprensión; si en realidad hay algo nuevo en Rusia, un elemento totalitario que ciertamente tranforma a los seres humanos, podemos esperar más períodos Yezhovs, más Lysenkos y más Stalines; es decir, *una revolución permanente.*

VI. RESUMEN

El Termidor no es, pues, algo único, limitado a la Revolución francesa, de la que toma el nombre. Podemos encontrar en nuestras tres sociedades, que sufrieron el amplio ciclo de revolución, una baja moral semejante, un similar proceso de concentración del Poder en las manos de un *tirano* o *dictador,* una parecida filtración subrepticia de exilados, una revulsión semejante contra los hombres que implantaron el Terror y un similar retorno a las viejas costumbres en la vida cotidiana.

Aun en los Estados Unidos, que no padecieron la misma crisis que los otros países, que no tuvieron un verdadero reinado del Terror y de la Virtud, la década de 1780 muestra, en forma incompleta, algunos de los síntomas del Termidor. Hubo relajación de disciplina de guerra y de tensión de guerra, y una renovada y enorme confusión de riqueza y placer. La rebelión de Shay, uno de los gestos más ineficaces, recuerda a uno de los débiles intentos de franceses y rusos para protestar contra los nuevos ricos de sus termidores. Incluso hubo en este país una moral más baja. «Los sobrios americanos de 1784—escribe Jameson—lamentaban el espíritu de especulación que la guerra y sus perturbaciones ajenas habían engendrado, la inquietud de la juventud, la falta de respecto hacia la

tradición y la autoridad el incremento de los delitos, la frivolidad y la extravagancia de la sociedad.» Todo esto suena de forma muy parecida al original Termidor francés.

En algún sentido, el fenómeno de reacción y restauraración parece casi parte inevitable del proceso de revolución. De todas formas, parece duro para los más optimistas amantes de la Revolución rusa negar que hemos encontrado tal fenómeno en las cuatro sociedades que hemos elegido para nuestro estudio. Los muy fanáticos pueden sostener aún que la gran Revolución rusa se ha mostrado libre de esta reacción, que los nobles fines de los revolucionarios de las sociedades occidentales han llegado a ser en Rusia una realidad sin mancha. Nosotros no podemos dar interpretación a los hechos del régimen de Stalin. El hecho de Termidor, incluso el hecho le la restauración formal, como en 1660 o en1814, no significa que la revolución haya cambiado nada. Intentaremos contestar en el próximo capítulo a una pregunta muy difícil: ¿Qué cambios efectivos hicieron exactamente estas revoluciones?

CAPITULO IX

RESUMEN DE LA OBRA DE LAS REVOLUCIONES

I. CAMBIOS EN INSTITUCIONES E IDEAS

ESA tendencia al absolutismo con que el sentido común participa con algunos de los más serios metafísicos, nos hace pensar de la clase de revolución que hemos estudiado, como si fuera una ruptura cataclísmica con el pasado. La revolución «marca una nueva era», o «termina para siempre los abusos del antiguo régimen», o «cava un abismo entre la nueva x y la vieja y». Por una parte, cuando liberales desilusionados, como míster E. D. Martín, se vuelven contra la tradición revolucionaria, determinan desoladoramente que, en efecto, las revoluciones no hacen cambios de importancia—excepto, quizá para lo peor—; que las revoluciones son desagradables y tal vez, evitables intermedios en la historia de una nación. Ahora bien: sería magnífico que nuestro estudio sobre las revoluciones inglesa, francesa, norteamericana y rusa pudieran per-

mitir unas contestaciones absolutas a la pregunta: ¿Qué han cambiado, en realidad, estas revoluciones? Algunas instituciones, algunas leyes, tal vez algunas costumbres humanas, las han cambiado de forma muy clara y muy importante; otras instituciones, leyes y costumbres también las han cambiado con el tiempo, pero más levemente, si es que ha sido algo en definitiva. Tal vez eso que ellas cambiaron sea más—o menos—significativo para el sociólogo que lo que no cambiaron. Pero nosotros no podemos empezar por decidir esto último hasta que hayamos conderado directamente los cambios actuales. Consideraremos aquí, por supuesto, los cambios que son evidentes al final de la fiebre revolucionaria, los cambios que los libros de historia han catalogado como *permanentes*. Los cambios prometidos, pero no cumplidos, por los extremistas, así como los muchos cambios dramáticos en la vida de los actores de la revolución, de momento no nos interesan directamente.

Debemos repetir que tanto las ciencias sociales como las naturales se dan completamente por satisfechas si pueden establecer uniformidades elaboradas estadísticamente. La experiencia individual pude ir en contra de esa uniformidad; puede ser más estimulante, más dramática, que la uniformidad. Ciertamente será más real y dirá más al individuo que todas las estadísticas. Sin embargo, las estadísticas existen y son inevitables. Así, pues, cualquier método de anticoncepcionismo, aun el más tosco, reducirá significativamente, si se practica ampliamente en un *grupo* dado, la natalidad de ese grupo. Sin embargo, para cualquier *individuo* determinado que practique este tosco método de anticoncepcionismo, incluso un método refinado en manos poco cuidadosas, puede resultar fácilmente, por supuesto, un método de concepción.

Así ocurre en las revoluciones. Al sacerdote anglicano *saqueado* y expulsado de su vivienda en 1648; a la *marquise* francesa, cuyo marido fue guillotinado en 1794 por traidor; al americano legalista agazapado en los selváticos y fronterizos bosques de New Brunswick, después de las comodidades gozadas en Boston o en Cambridge; al aristócrata ruso blanco exiliado, que conducía su taxi en París el año 1919, sería un ultraje decirles que, en reali-

dad, esas revoluciones no ocasionaron grandes cambios. Los autores del *Libro de Job* se hubieran extrañado mucho—y si hubieran entendido la pregunta, ultrajado—al preguntarles si creían que las experiencias de Job habían sido típicas estadísticamente.

Afortunada o desgraciadamente, nuestro sentido de la moral y del drama no está fundado en las uniformidades científicas. Hasta donde el recuerdo de una revolución se halla, en realidad, incorporado, dentro de las emociones humanas, su significación real y permanente puede ser muy bien la forma estadísticamente falsa, o no real, que toma en tales emociones y en el estímulo moral—o solaz—que proporciona. De una forma u otra, quizá, toda gran revolución termina con la custodia de algo semejante a las Hijas de la Revolución Norteamericana, o la *Légion d'Honneur,* o la *Historik Marksist.* La leyenda es el hecho, para siempre a salvo, de las *naïvetés* del embaucador.

Políticamente, la revolución termina con los peores abusos, con las peores deficiencias del antiguo régimen. Pone en orden, por cierto tiempo al menos, el conflicto interno que surge de la *doble soberanía.* La máquina del Gobierno trabaja con más suavidad después de la revolución que inmediatamente antes. Francia es un caso típico. Las antiguas jurisdicciones superenmarañadas, los embrollos y los compromisos heredados de los mil años de lucha entre las fuerzas centrípetas de la Corona y las fuerzas centrífugas de la nobleza feudal; los cenagales acumulados de antes, todo fue reemplazado por la labor de la Revolución francesa. Una burocracia capaz que operaba dentro de áreas administrativas perfectamente subordinadas; un sistema legal eficientemente codificado; un excelente ejército con buenos jefes y bien equipados, capacitó a Napoleón para hacer mucho de lo que a sus predecesores, los Borbones, no les fue posible hacer. Tocqueville señaló hace mucho tiempo que la Revolución francesa vino a complementar la labor en gran escala de los monarcas francesas, a centralizar el poder en una Francia efectiva y completa.

Aquí tenemos un detalle entre muchos. En la antigua Francia los pesos y medidas variaban de región a región; en realidad, de ciudad a ciudad. Una fanega en Toulouse

podía ser mucho más que una fanega en la vecina Montauban. Peor aún, los nombres de las medidas podían ser completamente diferentes. El sistema monetario era, como el actual inglés, duodecimal en parte y muy difícil de manejar en las grandes divisiones. Lo que la revolución hizo con respecto a esto lo saben al dedillo todos los colegiales. Implantó el sistema uniforme de pesas y medidas conocido por el sistema métrico decimal, un sistema que ha ganado su puesto sin necesidad de revolución en todos los países del mundo, excepto en los Estados Unidos y el Imperio británico.

Este conjunto de eficiencia gubernamental es realmente la más asombrosa uniformidad que podemos observar en los juiciosos cambios políticos realizados por nuestras revoluciones. Con concesiones adecuadas para cada discrepancia local, para los accidentes y para los inevitables residuos de lo único que con toda historia y sociología debe tratar, Inglaterra, Norteamérica y Rusia surgieron también de sus revoluciones con más eficiencia en gobiernos más centralizados. El proceso está menos claro en Inglaterra, en parte porque tuvo lugar antes de la completa madurez de las fuerzas económicas y culturales, que tienden a promover tales formas de eficiencia, como el sistema métrico decimal o el *Code Napoleón*. Y, a pesar de todas sus complejidades, el Gobierno inglés anterior a 1660 estaba mucho mejor engranado a las necesidades de la nación de tenderos que era la Inglaterra del año 1620, con honorarios de caballeros, dinero abundante, benevolencias, Cámara Estrellada, Tribunal de Alta Junta y los demás mecanismos del poco maduro despotismo de los Estuardos. El Parlamento, después de 1660, fue más dueño de Inglaterra que lo habían sido los dos primeros Estuardos.

Rusia es a este respecto, como en tantos otros, un tema aún por discutir. Los violentos oponentes de Stalin insisten en que los nuevos burócratas son tan ineficaces, mezquinamente tiranos y estúpidos como se los calificaba bajo los zares. Algunos de los sentimientos comprendidos en declaraciones de esta clase pudieran más o menos parecer una constante de la vida rusa, y hasta cierto grado, de la vida bajo cualquier Gobierno. La admirable come-

dia de Gogol *El inspector general* trata uniformidades tan ciertas como cualquier científico pudiera hacerlo. A pesar de esto, todos los historiadores futuros tendrán probablemente que admitir que, como pieza de maquinaria política, el sistema soviético trabaja mejor que el de los zares.

Puede no gustarnos el plan quinquenal; pero debemos admitir que tras su desfile de estadísticas existe una concreta realización económica, mucho mayor que cualquiera otra que el antiguo régimen pudiera mostrar en un período de tiempo semejante. En resumen, los comunistas han llevado a Rusia la revolución industrial. Tal vez estaba llegando bajo Stolypin; tal vez, los comunistas la han llevado más dura y cruelmente. Pero la han llevado.

Todas estas revoluciones se hicieron en nombre de la libertad, dirigidas todas contra la tiranía de los menos y hacia el gobierno de los más. Toda esta fase de revoluciones está particularmente ligada a la existencia de ciertos sentimientos humanos, que hacen muy difícil aplicar los métodos de las ciencias al estudio de los hombres en sociedad. Sin embargo, parecería que la gran importancia de materias, tales como democracia, derechos civiles, constituciones escritas y, por supuesto, todo el aparato de gobierno popular, permanecen más bien dentro de ese vago e importante campo, que los marxistas gustan de llamar ideología, que en el campo de los medios políticos concretos que estamos estudiando. Ciertamente, se siente uno sorprendido ante el hecho de que todas nuestras revoluciones alentaban la eficiencia del gobierno más bien que el *derecho* del individuo a una romántica libertad para sí mismo. Incluso el tradicional aparato de gobierno popular puede analizarse como un instrumento para hacer algo en una situación especial; sin embargo, un análisis tal podría parecer extraño a los convencionalmente inteligenes contemporáneos de Mussolini, Hitler y Stalin. Los derechos, los códigos y las constituciones fueron, en efecto, cartas de las nuevas clases gobernantes. La libertad como ideal era una cosa; la libertad en política, por otra parte, era un asunto de menos elevación.

Todas estas revoluciones presenciaron muchas transferencias de propiedades por confiscación o venta forzada; la caída de una clase gobernante y su sucesión por otra

novata en parte o, por lo menos, constituida por individuos que antes de la revolución se hallaban fuera de esta clase regidora. Se vieron acompañados de una demanda definida y concreta de abolición de la pobreza, para una participación equitativa de la riqueza; los hombres que dirigieron la Revolución rusa continuaron mucho tiempo después de su período de crisis insistiendo en que ellos eran igualitarios económicamente, que Rusia no reconocería la propiedad privada en el campo ni en la capital. El pensamiento marxista separa aún nuestras cuatro revoluciones en dos clases diferentes: la inglesa, la francesa y la norteamericana, las cuales considera que tuvieron sus finales resultados *burgueses,* revoluciones con inevitable victoria de negociantes e industriales sobre la aristocracia terrateniente; y la Revolución rusa, con sus fases finales de verdadera revolución *proletaria.* No obstante, podemos impresionarnos más con el hecho de que en nuestras cuatro revoluciones el poder económico cambió de manos y que una *clase gobernante* recientemente amalgamada en la nueva Rusia como en la nueva Francia dirigió la economía, así como la vida política de lo sociedad.

Más detalladamente, la Revolución inglesa se apropió de tierras que pertenecían al más devoto caballero y de propiedades eclesiásticas de los episcopalianos y presbiterianos más rebeldes, y se las entregó a los típicos puritanos, ya fueran hombres de negocios o sacerdotes. Los bienes de la Iglesia volvieron a manos de los anglicanos cuando la restauración de 1660; pero, salvo las propiedades de algunos grandes lores muy íntimos de Carlos II, las tierras confiscadas a los realistas continuaron en posesión de sus nuevos propietarios. Muchos de estos propietarios habían hecho las paces con el gobierno Estuardo, y así se llegó a la fundación de una clase gobernante bajo la cual Inglaterra ganó un imperio durante los dos siglos siguientes, una clase gobernante donde las riquezas territorial e industrial estaban muy mezcladas, y que demostró ser una primerísima clase gobernante.

En Francia, los cambios económicos concretos siguieron un ejemplo similar. Las tierras confiscadas a los sacerdotes y nobles *émigrés* fueron adquiridas por los revo-

lucionarios y, en su mayor parte, permanecieron en poder de sus compradores aun después de la restauración de 1814. No hay duda de que muchas de estas tierras terminaron, al final, en manos de pequeños campesinos independientes y ayudaron a dar los toques finales al establecimiento de esa clase francesa universalmente considerada entre los escritores y políticos como el corazón de la Francia moderna. Pero muchas de estas transacciones beneficiaron también a la clase media, y seguramente la clase gobernante francesa *después* de la revolución representa una mezcolanza tan extraña de riquezas viejas y nuevas, de tierras y comercio como la inglesa.

En Rusia las diferencias no son tan grandes como ellos piensan que son según la teoría marxista. Hubo, de un grupo a otro, una transferencia de poderes económicos más bien que una equitativa participación de poder económico, una igual distribución de bienes de consumo y una lucha final por los bienes económicos o el poder; pero se puede interpretar la fórmula marxista como mejor le guste a uno. La nueva burocracia rusa es, como ya hemos visto, una clase privilegiada que goza de la riqueza en forma de bienes de consumo sin poseerlos aun en las formas que, convencionalmente, nosotros llamamos *propiedad.* Una clase que es aún muy inestable y nada segura de sí misma. Sin embargo, los hijos de estos privilegiados muestran ya los síntomas hereditarios de la posición social de sus padres, y no es inconcebible que la herencia de la propiedad llegue a ser muy pronto una realidad. Lo que sí parece haberse realizado es un desarrollo de las líneas de movimiento de la historia económica de Rusia. Igual que la Revolución francesa dio los últimos toques a la situación del campesino, aunque no les *dio* las tierras en seguida, así el actual estado de la industria y de la agricultura rusas parece ser un desarrollo de eslavofilia y otros elementos favorables a la granja colectiva sobre los *kulaks* y de amplias tendencias casi universales, que favorecen a la industria dirigida burocráticamente en gran escala sobre los pequeños negocios independientes en competencia. Aquí, como en los otros países, la revolución no saca instituciones de un

sombrero ni de un libro, aunque este sea tan imponente como *Das Kapital*.

Ninguna de estas revoluciones sustituyó por completo la antigua clase gobernante por otra nueva, al menos por lo que uno entiende como una *clase* sin preocupaciones acerca de los seres humanos que la integran, procedimiento favorito de los marxistas. Lo que sucede es que, desde final del período de convalecencia, empieza una amalgama en donde los emprendedores, adaptables y afortunados individuos de la antigua clase privilegiada, están ligados, para muchos propósitos prácticos, con esos individuos de la antigua clase suprimida, los cuales, probablemente por sus mismas dotes, son capaces de surgir de nuevo. Esta *amalgama* se observa notablemente en el ejército y en el servicio civil, pero es casi tan notoria en los negocios y en la industria como en la alta política. Se conformaría este análisis con uno detallado de los orígenes sociales de los oficiales de Bonaparte, o de los oficiales del actual ejército rojo, o de los hombres que, de hecho, dirigieron los gobiernos de Inglaterra en 1660, de Francia en 1810 y de Rusia en al actualidad, aunque en el caso de Rusia se manifieste menos, porque ha pasado menos tiempo. De cualquier forma, los hombres de las clases gobernantes posrevolucionarias han concertado siempre claros compromisos con las antiguas, con ese viejo mundo que el período de crisis de la revolución rechaza tan decididamente. Sus Downing, Fouché y Kalinin no gozaron mucho tiempo de la hermosa libertad que Trotsky gozó. No fueron mucho tiempo revolucionarios, sino gobernantes, y, como tales, están en algunos aspectos obligados a *aprender* de sus predecesores. Entre ellos se encuentran los que piensan que Stalin ha aprendido demasiado bien.

En los convenios sociales, que el hombre medio toca más íntima e inmediatamente, es donde parecen más desdeñables esos claros cambios efectuados por nuestras revoluciones. Los grandes intentos de reformas durante el período de crisis tratan de alterar las relaciones de John Jones con su esposa e hijos, tratan de darle una religión nueva, unas costumbres personales nuevas. Los termidorianos abandonan la mayor parte de estos intentos y, al final, John Jones continúa, con respecto a ciertos asun-

tos, en el mismo lugar en que estaba cuando la revolución empezó. Nuestro estudio de las revoluciones pudiera confirmar algo de lo que esos hombres sensibles han sabido siempre y que los desesperados reformadores han venido a admitir, en ocasiones al menos, para sí mismos: que en algunos aspectos muy importantes, el medio ambiente de los hombres cambia con una lentitud casi comparable a los cambios que estudian los geólogos.

Podemos tomar como muestra de las inevitables uniformidades los intentos de algunos de nuestros revolucionarios por alternar radical y rápidamente las fases de la ley de la familia. Le Play ha demostrado que las uniformidades de la familia están entre las cosas más estables y persistentes de nuestra civilización occidental. El ardiente revolucionario izquierdista de los últimos siglos ha tendido con bastante naturalidad a sentir desagrado hacia esta monógama familia cristiana, para él un baluarte del egoísmo individual, del *esnobismo* social, de la estupidez intelectual, remachada con rojo balduque testamentario, dedicada al mito de la superioridad masculina, endurecida en la rigidez de las sanciones religiosas, un centro supurante que debe limpiarse antes que los hombres y las mujeres puedan vivir como Dios, la Naturaleza y la Ciencia intentan que vivan. La Revolución francesa no hizo un intento tan amplio por destruir la familia, y es cierto que el curso de su clase media se halla, en general, ocupado por las piadosas alabanzas sobre las virtudes familiares. Los humanistas interpusieron a este curso alguna que otra legislación sacada a la fuerza, tales como generosas leyes de adopción y otras medidas que tendían a echar por tierra la rígida, casi romana, ley de familia del antiguo régimen. Intentaron de manera visible que los hijos ilegítimos tuvieran exactamente los mismos derechos que los legítimos. Como se aprobase la ley que daba efectividad a ese intento, un acalorado orador observó: «Ya no hay más bastardos en Francia.» Ni siquiera necesitamos añadir que estaba equivocado. En una monografía sobre *Legislación revolucionaria francesa sobre la ilegitimidad (French Revolutionary Legislation on Illegitimacy)*, el autor de este libro ha tratado de demostrar cómo incluso los buenos burgueses que aprobaron esa ley

estaban sensiblemente demasiado aprisionados en los sentimientos tradicionales de la familia para ponerla en vigor. *Decían* que los bastardos eran libres e iguales a los hijos legítimos; pero no podían llevarlos a *actuar* como si en realidad creyesen o deseasen que lo fueran. En su totalidad, la familia tradicional en su forma francesa salió sin daño de la revolución.

Rusia ha presenciado un ataque más decidido contra la monógama familia cristiana cuando la legislación aprobó el divorcio, cuando lo hizo más fácil que en Nevada, legalizando el aborto, animando los convenios domésticos colectivos, estableciendo *creches* y guarderías, teniendo a los niños fuera del hogar el mayor tiempo posible, y muchas cosas más. No seamos incomprensivos. Los idealistas rusos, que soñaban con hacer todo eso posible, no eran mentalidades groseras que buscaban hacer la vida más fácil para los sensuales. Todo lo contrario; poseían, como hemos demostrado con ahínco, una fuerte dosis de puritanismo. Aun hoy en día, cualquier joven comunista ruso se sentiría dañado en las fibras sensibles de su ser a la vista de cualquier puesto de periódicos y revistas norteamericanos. Estos idealistas creen que la familia burguesa está corrompida, y están de acuerdo con míster Shaw en que el matrimonio combina el máximo de tentación con el máximo de oportunidad. Su legislación estaba dirigida a alcanzar los ideales tras la monogamia cristiana, aunque destruyendo lo que consideraban como las corrompidas instituciones familiares dentro de las cuales estaban vallados.

De nuevo no nos hallamos aquí en la misma situación de historiadores que exploran en buenas fuentes, sino que a través de las informaciones opuestas que nos llegan de Rusia hemos conseguido descubrir que los reformadores fracasaron, que la monogámica familia cristiana ha sobrevivido al bolchevismo en Rusia. La legislación, como hemos visto, no solo ha cercado al aborto legalizado tanto como para limitarlo a casos de estricta necesidad médica, sino que otorga premios a las familias numerosas. El divorcio se ha hecho más difícil. El cariño filial y, en realidad, todas las convencionales virtudes de la familia bur-

guesa gozan de un alto prestigio en la prensa, en el cine, en el Estado y en las escuelas.

Para dar un ejemplo muy particular, diremos que la homosexualidad para los antiguos bolcheviques era una anormalidad, sujeta posiblemente a tratamiento médico; pero, por supuesto, no un delito. No podía ser un delito para ellos, justamente porque lo era en el malvado y estúpido mundo que ellos iban a cambiar de punta a rabo. Naturalmente, ellos, con la práctica de la homosexualidad, no sufrían ninguno de los incontables disgustos burgueses. Pero en marzo de 1934 la homosexualidad fue considerada un delito, castigado con una pena de tres a ocho años de prisión. No podemos evitar añadir que los bbs explicaban esto con su característico comedimien- «Es incomprensible que a esta acción siguiese el descubrimiento de centros de desmoralización de los muchachos, debido a la influencia de ciertos extranjeros, que fueron inmediatamente expulsados del territorio soviético.» Pero, a pesar de la expulsión de estos extranjeros, Rusia continúa teniendo vigente la ley. El hecho es que los *sentimientos* rusos sobre el tema de la sexualidad son casi constantes; solo las *ideas* rusas sobre el tema son variables y, a lo largo, la constante prevalece.

Todo tema del cambio en la rutina de la vida diaria de John Jones, en sus relaciones más íntimas con sus compañeros y su medio ambiente, nunca ha sido explorado concienzudamente. De nuevo el sentido común, con su decisivo *la naturaleza humana no cambia,* es aquí demasiado absoluto. Sin embargo, sí parece que nuestras revoluciones han tenido apenas un ligero efecto permanente para John Jones en lo referente a los pequeños, aunque importantes hechos de la vida. Lo que se llama, tal vez con poca exactitud, *la revolución industrial* sí ha tenido un efecto mayor y ha obligado a John Jones a una serie de difíciles reajustes que no tuvo con nuestras revoluciones. Y ninguna de nuestras sociedades, ni aun la rusa, parece haber padecido cambios tan completos como los soportados por la sociedad turca desde las grandes y verdaderas medidas revolucionarias tomadas bajo el régimen de Mustafá Kemal, o por la sociedad japonesa durante la revolución Meiji..., sin hablar de la revolución MacArthur.

Es tentador recordar la aparente paradoja de que la sociedad occidental es, en algunos aspectos, más lenta para los cambios que la oriental. Pero la verdad es mucho más compleja que cualquier paradoja. Tanto los turcos como los japoneses parecen haber conservado intactas, a través de los cambios económicos y sociales, una serie de disciplinas nacionales. En nuestras sociedades occidentales, las disciplinas familiares, morales y religiosas han servido en una forma semejante como equilibrio para los muy importantes cambios económicos y sociales, de los que son solo una parte de las revoluciones que hemos estudiado.

Por supuesto, la moderna sociedad occidental ha sufrido durante los últimos siglos tan continuos cambios que, si adoptamos el muy plausible concepto del equilibrio social, debemos esperar encontrar algunas fuerzas que empujan en dirección contraria, en dirección a la estabilidad. Por regla general, estas fuerzas no están articuladas. No parecen interesar tanto a los intelectuales como las fuerzas que producen el cambio. Quizá sean un poco indignas, y, con toda seguridad, poco dramáticas. Pero, como han de ser trasladadas al idioma, aparecen en una variedad de disfraces lógicos, difíciles de penetrar. Mas están allí y, como hemos visto, establecen un límite definido a lo que el reformista o el revolucionario puede hacer. La bastardía apenas puede enfrentarse con la lógica y la biología; no obstante, la bastardía existe, no por virtud de la lógica ni de la biología, sino de sentimientos humanos paulatinamente cambiados y bien establecidos. Los hombres pueden sentir lástima hacia los pobres niños estigmatizados desde su nacimiento por algo que, a las claras, no es culpa de ellos; pero, hasta ahora, ni aun la revolución ha prevalecido contra esos sentimientos, tal vez innobles, pero ciertamente persistentes tras la distinción *elaborada por el hombre y artificial* entre los niños nacidos después que se ha celebrado cierto rito y los niños nacidos sin los beneficios de tal rito. El rito parece frágil, cambiable, sin importancia, un mero asunto de palabras y gestos triviales. En realidad, ha demostrado efectividad contra palabras mucho mayores y gestos mucho más chocantes, así como contra todas las baterías de la lógica. Porque está asociado, empleando la terminología de Pareto, con los *agregados persistentes,*

formas de sentimientos y conducta muy lentas de cambiar.

Todo esto aumenta la creencia de que los hombres de nuestra sociedad occidental han continuado conservando ciertos sentimientos y conformándose a ciertas formas establecidas de actuar, aun después de haber cambiado, según decían, esos sentimientos y esos actos. En muchos aspectos, nuestras revoluciones parecen haber cambiado más ampliamente las ideas de los hombres que sus costumbres. Desde luego, esto sirve para decir que no han cambiado en absoluto y que lo que piensan los hombres no tiene importancia. En este mundo las ideas no tienen nada de mágicas, porque entonces ni Robespierre hubiera caído, ni Trotsky hubiera salido de Moscú, y ahora continuaría, quizá, vivo en la capital de Rusia y no muerto en Méjico. Pero no hay que ignorarlas como partes activas del cambio social. En realidad, lo que nuestros amigos marxistas llamarían cambios *ideológicos* efectuados por nuestras revoluciones merecen cuidadosa atención.

Se pueden distinguir dos papeles opuestos interpretados por estas ideas nacidas de la revolución. Primero, a su terminación, nuestra revolución parece haberse sacado la espina de las ideas radicales y de las consignas de sus primeros días. Consiguieron el milagro necesario de reconciliar a los hombres ambiciosos con el fracaso sustancial de sus aspiraciones. Cambiaron lo que originalmente eran instrumentos de revuelta, medios de mover a los hombres hacia una acción social contra el orden existente, en algo que pudiéramos tener hasta la fecha, y llamarlos mitos, el folklore, los símbolos, los estereotipos, los rituales de sus respectivas sociedades. El lema *Libertad, Igualdad, Fraternidad,* que una vez fue el trompetazo de la tormenta sobre la tierra, es ahora, en la Cuarta República francesa, no más que un poco de liturgia nacional, un reconfortante recuerdo de que los franceses son los herederos privilegiados de un heróico pasado. Existieron señales, hasta la actual crisis de los asuntos mundiales, de que en Rusia una frase tan explosiva como «¡Proletarios de todos los países, uníos!», podía acomodarse a las necesidades conservadoras y restringidas del ritual. Después de todo, como los radicales demasiado lógicos habían señalado, la propia Biblia está llena de buenas doctrinas revoluciona-

rias; lo que el cristianismo organizado había hecho con la Biblia, bien podía hacerlo el comunismo organizado con un libro mucho más simple como *Das Kapital.*

El segundo papel es más positivo. Incluso en su empleo como ritual, estas ideas no son puramente pasivas, meros pedacitos de una barahúnda. Hemos observado que la idea de sociedad sin clases pesaba mucho sobre la nueva clase dirigente de Rusia. No podemos tratar aquí de una cuestión tan importante y enmarañada como la del papel que estos mitos y símbolos han representado en la sociedad. Es cierto que tenemos que eludir la estúpida pregunta de si tales símbolos *causan* alguna clase de cambio social. En las ciencias sociales, como en casi todas partes, la forma de causación de carro y caballo es inútil y, por supuesto, equívoca. Es suficiente para nosotros encontrar que en nuestras sociedades el recuerdo de la gran revolución está ensalzado en las prácticas que parecen ser una parte esencial del estado nacional, algo así como un interés continuo. De todas formas, los hombres están animados hoy en Inglaterra, en Francia, en Norteamérica y Rusia por el conocimiento de ser miembros de una nación; quizá guiados y ciertamente consolados por las ciencias más nobles y más abstractas; asociados a toda clase de actos rituales con el Estado o con la Iglesia como departamento del Estado; conscientes de una especie de seguridad, de un estatuto; fortificados por las esperanzas aún mantenidas firmes por las excelsas palabras de un Milton, de un Jefferson, de un Danton y de un Lenin. Al mismo tiempo que los hombres se convencen, las revoluciones que hemos estudiado dan con amplitud el volumen de sus emociones. En Inglaterra, en Norteamérica y en Francia, el recuerdo de sus grandes trastornos se ha convertido en un factor de la estabilidad de la sociedad existente; en Rusia, a menos que todos los síntomas fallen, más pronto o más tarde se alcanzará un estado semejante en sus problemas.

Sin embargo, nuestras revoluciones han dejado atrás también una tradición de revueltas triunfales. Lo que para los hombres convencidos, conformes, contentos y estables es solo una satisfacción meramente ritual, sigue siendo para los descontentos un acicate para estimular su

descontento. Nuestra moderna tradición occidental revolucionaria es, en ciertos aspectos, acumulativa, y los últimos revolucionarios de la tradición, los rusos, han transformado casi en obsesión su concepto de historia revolucionaria. Trotsky, por ejemplo, aunque, como es natural, nunca empleó el esquema ideal de la fiebre como nosotros lo hemos utilizado, aparece en sus escritos como si vigilara casi clínicamente el curso de la Revolución rusa, buscando constantemente las consecuencias que se sacaron de los cursos observados con anterioridad en Francia, en Inglaterra o en dondequiera que los hombres se hayan sublevado en nombre de los muchos contra los pocos.

Por otra parte, esta tradición de revuelta es un imponderable; pero parece haber penetrado en la hechura de las democracias occidentales y ser uno de los elementos que, hasta ahora, ha escaseado en sus formas más amplias en el desarrollo de Italia, de Alemania, donde las revoluciones han abortado o, a lo más, han sido poco impresionantes. Para establecer la existencia de esta tradición revolucionaria no es necesario hacer un juicio de valoración. Nosotros lo producimos como hecho observable, hecho que no puede ser denegado de forma efectiva por los partidarios de cualquier bando. Su exacta influencia en el complejo equilibrio de nuestras sociedades actuales es imposible determinarlo aquí. Encontramos grandes dificultades en calcular las raíces que ha echado en Rusia. Tal vez, el comunismo de Stalin no sea en la prática más que un *fascismo de izquierda* En idea y durante los esperanzadores días del año 1917, la Revolución rusa era claramente la sucesora de las revoluciones inglesa, norteamericana y francesa. Todo el temperamento de las democracias occidentales estuvo influido, seguramente, por el hecho de que hubiera nacido de una clase de revolución, con una clase de *ideal* que puede todavía resumirse bien como *Libertad, Igualdad, Fraternidad.*

II. ALGUNAS UNIFORMIDADES DE ENSAYO

Cuando se han hecho todas las concesiones necesarias a aquellos que insisten que, en la historia, los acontecimientos son únicos, queda la verdad de que las cuatro revoluciones que hemos estudiado muestran algunas uniformidades chocantes. Nuestro esquema ideal de la fiebre puede hacerse de forma que estas uniformidades aparezcan con toda claridad al entendimiento. Lo consideramos que vale la pena, en espera de hacer el resumen de la labor de estas revoluciones, para recapitular brevemente los principales puntos de comparación sobre los que están basados nuestras uniformidades.

Debemos prestar mucha atención a los síntomas prodrómicos de la revolución. Incluso retrospectivamente fue muy difícil el diagnóstico de nuestras cuatro sociedades, y existe poca base para creer que cualquier día habrá capacidad y conocimientos suficientes para aplicar métodos precisos de diagnóstico a una sociedad contemporánea y decir al instante si, en este caso, habrá o no revolución. Sin embargo, algunas uniformidades surgen del estudio de los antiguos regímenes francés, inglés, norteamericano y ruso.

Primero, todas ellas eran sociedades que, antes de estallar la revolución, se hallaban en un evidente auge económico, y los movimientos revolucionarios parecían originarse en el descontento de personas no carentes de prosperidad, quienes sentían la restricción, la sujeción y la molestia, más bien que una clara y subyugante opresión. Seguramente estas revoluciones no las empezaron ni los de abajo ni los de fuera; es decir, los hambrientos y miserables. Estos revolucionarios no eran gusanos que se revuelven en el cieno ni hijos de la desesperación. Nacieron de la esperanza, y sus filosofías eran formalmente optimistas.

Segundo, encontramos en nuestra sociedad prerrevolucionaria una clase definida y verdaderamente muy amarga de antagonismos, aunque estos antagonismos parezcan

casi más complicados de lo que los más reacios marxistas permitirían. No es un caso de nobleza feudal contra la burguesía de 1640, 1776 y 1789, o de burguesía contra el proletariado en 1917. Los sentimientos más vigorosos parecen originados en el seno de los hombres y de las mujeres que habían hecho fortuna, o, al menos, que poseían lo suficiente para vivir y contemplaban amargamente las imperfecciones de una aristocracia socialmente privilegiada. Las revoluciones parecen más verosímiles cuando las clases sociales están íntimamente unidas entre sí que cuando están alejadas unas de otras. Los *intocables* rara vez se sublevan contra una aristocracia *por la gracia de Dios*, y Haití dio uno de los pocos ejemplos de revoluciones de esclavos con éxito. Pero los ricos negociantes, cuyas hijas pueden casarse con aristócratas, tienen verosímilmente que creer que Dios está por lo menos tan interesado en los negocios como en la aristocracia. Es difícil decir por qué la amargura de sentimientos entre clases *casi* iguales socialmente parece mucho más intensa en unas sociedades que entre otras; por qué María Antonieta, por ejemplo, había de ser más odiada en la Francia del siglo XVIII que una rica, ociosa y muy popularizada heredera de la Norteamérica contemporánea; pero, de todas formas, la existencia de tal amargura puede observarse en nuestras sociedades prerrevolucionarias, lo cual es, clínicamente hablando, bastante por el momento.

Tercero, existe lo que hemos llamado la deserción de los intelectuales. En algunos aspectos, este es el más serio de los síntomas que verosímilmente habremos de encontrar. De nuevo, no necesitamos intentar explicar aquí todos los cómos y los porqués; no necesitamos tratar de ligar la deserción de los intelectuales a una amplia y completa sociología de las revoluciones. Necesitamos, sí, establecer simplemente lo que puede observarse en nuestras cuatro sociedades.

Cuarto, la maquinaria de gobierno es claramente insuficiente; en parte, por negligencia y por error al hacer los cambios en las antiguas instituciones; en parte, a causa de las nuevas condiciones—en las sociedades que hemos estudiado, condiciones muy especiales que acompañan a la expansión económica y al crecimiento de la

nueva clase adinerada, a las nuevas formas de transporte y los nuevos métodos de negocio—; estas nuevas condiciones producían un intolerable esfuerzo en la maquinaria gubernamental, adaptada a condiciones más sencillas y primitivas.

Quinto, la antigua clase gobernante—o, mejor dicho, muchos individuos de la antigua clase gobernante—, al llegar a desconfiar de sí misma, al perder la fe en las tradiciones y en las costumbres de su clase, se hace intelectual, humana, o pasa por encima de los grupos atacantes. Tal vez un número de ellos, mayor de lo corriente, hacía una vida que llamaríamos inmoral, disoluta, aunque no se puede, de ninguna manera, asegurar que esto fuera un síntoma como el de la pérdida de las costumbres y de la tradición de mando efectivo entre una clase dirigente. De todas formas, la clase dirigente se hizo políticamente inepta.

Los dramáticos acontecimientos que emperazon a poner las cosas en movimiento, que desataron la fiebre de la revolución, están, en tres de nuestras revoluciones, íntimamente ligados con la administración financiera del Estado. En la cuarta, la rusa, la quiebra de la administración bajo las tropelías de una guerra sin suerte es, en parte, solo financiera. Sin embargo, en las cuatro sociedades la ineficacia y la suficiencia de la estructura gubernamental de la sociedad sale a luz con toda claridad en las primeras etapas de la revolución. Existe un tiempo —las primeras semanas o meses—en el que parece como si un determinado empleo de la fuerza por parte del Gobierno pudiera prevenir la creciente excitación que ha de culminar en una derrota del Gobierno. Estos gobiernos intentaron un empleo semejante de fuerzas en los cuatro ejemplos, y en los cuatro fracasaron. Este fracaso daba lugar, por supuesto, a un viraje durante las primeras etapas y aseguraba a los revolucionarios en el Poder.

No obstante, uno se siente, en las cuatro revoluciones, más impresionado con la ineptitud del empleo de fuerzas por el Gobierno que con la habilidad del empleo de fuerzas de sus oponentes. Estamos hablando de la situación desde un punto de vista militar y policíaco totalmente. Puede ser que la mayoría de la gente esté descontenta,

abomine del Gobierno existente y anhele su derrota. Nadie lo sabe. No se organizan plebiscitos *antes* de la revolución. En el conflicto presente —incluso en la toma de la Bastilla, la Concordia, los días de febrero en Petrogrado, etcétera—solo se ve envuelta activamente una minoría del pueblo. Pero el Gobierno, que se sostiene en sus propias tropas, es pobre; sus tropas luchan con coraje o desertan; sus mandos son ineptos; sus enemigos adquieren un núcleo de las tropas desertoras o de una milicia previa, y lo viejo deja el lugar a lo nuevo. Sin embargo, es tal la naturaleza conservadora y rutinaria del rebaño humano, es tan fuerte en él la costumbre de obedecer, que es casi seguro afirmar que ningún Gobierno está verdaderamente derrotado hasta que pierde la habilidad en emplear adecuadamente sus poderes militares y policíacos. Esa pérdida de habilidad puede mostrarse en la efectiva deserción de los soldados y policías hacia las filas revolucionarias, o en la ineptitud con que el Gobierno dirige a sus soldados y policías, o en ambos casos.

Los acontecimientos que hemos agrupado bajo el nombre de primeras etapas no se desarrollan, como es lógico, en el mismo orden ni en el mismo tiempo, ni tampoco con la misma solución en nuestras cuatro revoluciones. Sin embargo, hemos hecho una lista de los mayores elementos—y caen dentro de un modelo de uniformidades—como quiebra financiera, organización de los descontentos para remediar esta quiebra (o amenaza de quiebra), demandas revolucionarias sobre la parte de estos descontentos organizados, preguntas sobre si la concesión significaría la abdicación de esos gobernantes, intento de empleo de fuerza por el gobierno, su fracaso y, por último, asalto al Poder por los revolucionarios. Estos revolucionarios han estado actuando en todo momento como grupo organizado y casi unánime; pero con el asalto al Poder se comprueba que no están unidos. Llamamos *los moderados* al grupo que domina en estas primeras etapas. No son siempre mayoría numérica en esta etapa; en realidad, está claro que, si se limitan los moderados a los *cadetes* rusos, se ve que no fueron mayoría en febrero de 1917. Pero parecen los herederos naturales del antiguo Gobierno y tienen su oportunidad. En tres de nuestras revolu-

ciones, estos moderados, más pronto o más tarde, van desde la administración del Estado al patíbulo o al exilio. En Inglaterra, Francia y Rusia hay que observar un proceso en el cual una serie de crisis, tales como luchas callejeras, violencias, etc., depone a un conjunto de hombres y coloca en el Poder a otros más radicales. En estas revoluciones el Poder pasa por la violencia o, al menos, por métodos extralegales, de la derecha a la izquierda, hasta que en el período de crisis, los radicales extremistas, los completos revolucionarios, están en el Poder. En realidad, existen corrientemente unos cuantos grupos de violentos extremistas más lunáticos y más salvajes, pero no son numerosos ni fuertes, y por lo regular son suprimidos o convertidos en seres inofensivos por los radicales dominantes. También puede asegurarse que el Poder pasa de la derecha a la izquierda hasta que alcanza a la extrema izquierda.

Al Gobierno de los extremistas lo hemos llamado período de crisis. Este período no llegó a alcanzarse en la Revolución norteamericana, aunque en el trato a los leales, en la presión por sostener el ejército, en algunas fases de la vida social se pueden distinguir muchos de los fenómenos del terror que aparecen en las otras revoluciones. No podemos intentar aquí hacernos las complicadas preguntas de ¿por qué la Revolución norteamericana paró en seco ese período de crisis?, ¿por qué los moderados no fueron nunca expulsados de este país? Debemos repetir que solo estamos tratando de establecer algunas uniformidades de descripción y que no intentamos una completa sociología de las revoluciones

Los extremistas alcanzaron el Poder, sin duda, por la existencia de una poderosa presión hacia un Gobierno fuentemente centralizado; algo que, en general, los moderados no son capaces de hacer; mientras que los extremistas, con su disciplina, su desprecio por las medias tintas, su buena voluntad para tomar firmes decisiones, su falta de escrúpulos liberales, están completamente capacitados y dispuestos para centralizar. Especialmente en Francia y Rusia, donde poderosos enemigos extranjeros amenazaban la existencia de la nación, la maquinaria del Gobierno durante el período de crisis estaba, en parte,

construida para servir como Gobierno de defensa nacional. Aunque las guerras modernas, como hemos visto en este país, requieren una centralización de la autoridad, la guerra sola no parece que fuese suficiente para todo lo que sucedió en estos países durante el período de crisis.

Lo que sucede puede resumirse de forma sencilla como sigue: urgente centralización del Poder en una administración, corrientemente un concejo o comisión, y más o menos dominada por un *hombre fuerte*: Cromwell, Robespierre, Lenin; Gobierno sin ninguna protección efectiva para los normales derechos civiles del ciudadano—o bien, si esto suena de manera irreal, sobre todo para Rusia, digamos la normal vida del ciudadano—, establecimiento de tribunales especiales y de una policía revolucionaria especial para hacer cumplir los decretos del Gobierno y suprimir todo grupo o individuo disidentes. Esta maquinaria está construida por un grupo relativamente pequeño—jacobinos, independientes, bolcheviques—que monopoliza toda la acción gubernamental. Finalmente, la acción del Gobierno se transforma en una parte de acción humana mucho mayor en estas sociedades que dentro de su condición normal. Este aparato del Gobierno está construido para trabajar indiferentemente sobre las montañas de vida humana; se emplea para espiar y remover todos los rincones corrientemente reservados al sacerdote o al médico, o al amigo, y se utiliza para regular, controlar, planear la producción y distribución de la riqueza económica en una escala nacional.

Esta expansión del reinado del Terror en el período de crisis es explicable, en parte, por la presión de las necesidades de la guerra y de las luchas económicas, también como por otras variables. Pero, probablemente, también puede explicarse en parte como la manifestación de un esfuerzo para lograr aquí en la tierra, fines intensamente religiosos. El pequeño bando de revolucionarios violentos, que forma el núcleo de toda acción durante el Terror, se conduce como los hombres que, según hemos observado antes, actuaban cuando se estaba bajo la influencia de la activa fe religiosa. Los independientes, los jacobinos y los bolcheviques suspiraban por desarrollar aquí, en la tierra, todo género de actividad humana con-

forme a un modelo ideal que, como todo modelo de esa clase, parece profundamente arraigado en sus sentimientos. Una chocante uniformidad en todos esos modelos es su ascetismo o, si se prefiere, su condena de lo que nosotros llamamos vicios mayores y menores. Sin embargo, esos modelos están esencialmente vivos y todo recuerda muy de cerca lo que nosotros podríamos llamar ética cristiana convencional. Los independientes, los jacobinos y los bolcheviques, al menos durante el período de crisis, hacen realmente un esfuerzo por encauzar la conducta en conformidad literal con esos códigos o modelos. Tal esfuerzo significa severa represión de muchas cosas que muchos hombres han estado considerando como normales; significa una especie de tensión universal en la que el individuo corriente no se puede sentir nunca protegido por las humildes rutinas en que ha sido formado; significa que la intrincada red de interacciones entre individuos—red que es todavía un complejo misterio para unos cuantos hombres dedicados a su sensato estudio—está temporalmente rasgada. A John Jones, el hombre de la calle, el hombre corriente y vulgar, le dejan que se atasque.

Estamos casi a punto de ser apartados de la creencia de que nuestro esquema ideal es algo más que una mera conveniencia, que describe de algún modo *la realidad.* En la crisis, el paciente colectivo no está desamparado, recorriendo su camino a través del delirio. Sin embargo, no podemos intentar eludir la llamada emotiva y metafórica y concentrarse en aclarar lo que aquí parece ser el punto realmente importante. La mayoría de nosotros estamos familiarizados con la antigua y favorita metáfora *tory*; el revolucionario violento echa abajo el noble edificio de la sociedad en que vive o lo quema, y luego fracasa en edificar otro, y los pobres seres humanos quedan a la intemperie. Esta metáfora no es buena, salvo quizá para los propósitos de propaganda *tory.* Incluso en la cima de un período de crisis revolucionaria, los antiguos edificios deben permanecer en pie y no destruirlos. Pero toda metáfora del edificio es mala. En su lugar podemos tomar una análoga del sistema nervioso humano y pensar en un enrejado de comunicaciones eléctricas inmensamente com-

plicado. Entonces la sociedad aparece como una especie de red de interacciones entre individuos, interacciones en su mayor parte fijadas por la costumbre, endurecidas y tal vez adornadas como ritual, dignificada en significación y belleza por los hilos de interacción perfectamente entretejidos y que nosotros conocemos como la ley, la teología, la metafísica y las nobles creencias similares. Ahora bien: algunas veces, muchos de estos hilos entretejidos de nobles creencias, incluso algunas de esas costumbres y tradiciones, pueden cortarse o insertarse otros. Durante el período de crisis de nuestras revoluciones puede haberse realizado algo de tal proceso; pero toda la red misma nunca parece haber sido, hasta ahora, alterada, repentina y radicalmente, y con suavidad las nobles creencias tienden a adaptarse en los mismos lugares de la red. Si se mata a *todas* las personas que viven dentro de la red, no se cambia el rumbo de la red tanto como destruyéndola. Y, a pesar de nuestros profetas del destino, este tipo de destrucción es muy raro en la historia humana. En nuestras revoluciones nunca se llegó a nada que se le pareciera.

Lo que sucedió bajó la presión de la lucha de clases —la guerra, el idealismo religioso y muchas cosas más— fue que los cursos ocultos y oscuros que siguieron muchas de las interacciones de la red fueron rápidamente aclarados, y hecho, por tanto, difícil el paso a lo largo de ellos dentro de la publicidad no corriente y, digámoslo así, de la autoconsciencia. Los cursos de otras interacciones fueron bloqueados, y a causa de toda clase de desvíos, las interacciones continuaron su marcha con muchas dificultades. Aun el curso de otras interacciones se hizo confuso, de corto circuito, aparejado en extraños rumbos. Finalmente, las pretensiones de los fanáticos cabecillas de la revolución implicaban la esforzada creación de un vasto número de nuevas interacciones. Ahora bien: aunque la mayor parte de estas nuevas interacciones afectaban principalmente a esos hilos que hemos llamado nobles creencias—la ley, la teología, la metafísica, la mitología, tradiciones populares, las abstracciones del alto poder en general—, todavía algunas de ellas penetraban, en un plano experimental, dentro de las partes más oscuras y

menos dignas de esta red de interacciones entre seres humanos y ponían en ello un esfuerzo excesivo. Seguramente no es nada extraño que, en estas condiciones, los hombres y las mujeres del período de crisis se portaran como no se portarían en épocas normales; que en el período de crisis nada aparecía como aparecía de costumbre, y que, en realidad, un famoso pasaje de Tucídides, escrito dos mil años antes de nuestras revoluciones, pueda parecer una especie de informe clínico.

> Una vez que las revueltas habían empezado en las ciudades, aquellos que las seguían llevaban el espíritu revolucionario cada vez más adelante, y determinaban sobrepasar el informe de todo aquel que los había precedido en la ingeniosidad de las empresas y en las atrocidades de sus venganzas. El significado de las palabras no tenía ya la misma relación hacia las cosas, pues era cambiado por ellos como mejor creían. La temeraria osadía era considerada como noble y leal valor; la prudente demora era la excusa del cobarde; la moderación era el enmascaramiento de una debilidad viril; saber todo no era hacer nada. La frenética energía era la verdadera cualidad de un hombre. El amante de la violencia era siempre digno de confianza y su oponente sospechoso. Un conspirador que necesitaba ponerse a salvo era un desleal encubierto. Al que tenía éxito en un complot se le consideraba docto, pero un gran maestro en astucia era quien lo descubría. Por otra parte, el que desde un principio estaba en contra de los complots era un perturbador del partido y un cobarde que temía al enemigo. En una palabra: el que podía despojar de algo a otro por medio de una mala acción era aplaudido, y así lo era también quien animaba a hacer mal a quien no tenía idea de ello... El lazo de partido era más fuerte que el lazo de sangre, porque un camarada estaba más dispuesto siempre a actuar sin preguntar por qué.

Junto a esto podemos hacer una cita de fuente más humilde: la protesta de un oscuro dirigente siberiano cooperativo contra el terror rojo y blanco. Míster Chamberlin cita:

> Y nosotros pedimos y demandamos a la sociedad, a los grupos y partidos políticos: ¿cuándo saldrá nuestra muy sufrida Rusia de esta pesadilla que la ahoga? ¿Cuándo cesarán las muertes por violencia? ¿No le embarga el horror a la vista de que están pereciendo las más profundas, las más elementales bases de existencia de la sociedad humana, como el sentimiento de humanidad, la consciencia del valor

de la vida, de la personalidad humana; el sentimiento y la consciencia de la necesidad de un orden legal dentro del Estado?... Escuchad nuestro grito y nuestra desesperación: retornaremos a los tiempos prehistóricos de la existencia de la raza humana; nos encontraremos al borde de la muerte de la civilización y de la cultura; estamos destruyendo la gran causa del progreso humano, por la que colaboran muchas generaciones de valiosos antepasados nuestros.

A pesar de todo, es seguro que ninguna de nuestras revoluciones acabó en la muerte de la civilización y de la cultura. La red era más fuerte que las fuerzas que trataban de destruirla o de alterarla, y en nuestras cuatro sociedades al período de crisis siguió una convalecencia, una vuelta a la mayoría de los cursos más sencillos y fundamentales asumidos por interacciones en la antigua red. Más especialmente, el vehemente deseo religioso por la perfección, la cruzada por la república de la Virtud, murió incluso entre una íntima minoría cuyas acciones no podían ya realizarse directamente en política. Una fe activa, intolerante, proselitista, ascética y escalofriante, se transformó, clara y rápidamente, en una fe inactiva, indiferente, ritualista y mundana.

Había sido restablecido el equilibrio y acabado la revolución. Pero eso no significa que nada hubiese cambiado. En la red de interacciones que forma la sociedad se establecieron algunos rastros o cursos nuevos y útiles; otros, viejos e inconvenientes—que también pueden llamarse si se quiere—, se eliminaron. Hay algo de crueldad al decir que se hizo la Revolución francesa para establecer el sistema métrico decimal y destruir *lods et ventes* y parecidas inconveniencias feudales, o la Revolución rusa para que en Rusia se empleara el calendario moderno y se eliminaran del alfabeto ruso unas cuantas letras fuera de uso. Estos resultados, tangibles y útiles, parecen casi insignificantes al compararlos con la hermandad entre los hombres y el establecimiento de la justicia en la Tierra. La sangre de los mártires no es necesaria para establecer un sistema decimal.

Así, pues, no desesperen aquellos que consideran la revolución como una necesidad heroica. La tradición revolucionaria es una tradición heroica; son, en nuestras democracias occidentales, un producto, en parte, de las re-

voluciones que hemos estudiado. Nuestras revoluciones han hecho tremendas y valiosas adiciones a esos hilos de la red de las interacciones humanas, que pueden aislarse como la ley, la teología, la metafísica y, en sentido abstracto, la ética. Si no hubieran estallado nunca esas revoluciones, podríamos todavía golpear a nuestras esposas o hacer trampa en los naipes o evitar el paso por debajo de una escalera de mano; pero, en nuestra posesión, no podríamos regocijarnos de ciertos hechos inalienables a la vida, a la libertad y a la persecución de la felicidad, o a la confortante seguridad de que un empujón más traerá la sociedad sin clases.

Cuando se compara el curso de estas revoluciones, ellas mismas sugieren algunas uniformidades de ensayo. Si la Revolución rusa, al final de nuestra serie de revoluciones, se compara con la inglesa en sus comienzos, parece que es un desarrollo de consciente técnica revolucionaria. Por supuesto, está bien claro, ya que Marx hizo de la historia de los movimientos revolucionarios una preparación necesaria para los revolucionarios del presente. Lenin y sus colaboradores poseían un adiestramiento en la técnica de la insurrección que faltaba a los jacobinos y a los independientes. Robespierre parece un político casi inocente cuando se compara su adiestramiento revolucionario con el de algunos de los buenos dirigentes rusos. San Adams, hay que admitirlo, parece mucho menos inocente. A pesar de todo, es probable que esta diferencia en la lucidez de la preparación autoconsciente para la revolución, en ese crecimiento de la copiosa literatura de la revolución, en esa familiaridad inusitada de las ideas revolucionarias, no sea una de las uniformidades más importantes que hemos de recordar. Es una uniformidad visible, pero no importante. Las revoluciones no tienen todavía la forma de una acción lógica. Los bolcheviques no parecen haber guiado sus acciones, por el estudio *científico* de las revoluciones, hacia un grado más apreciadamente grande que los independientes o los jacobinos. Adaptaron simplemente una técnica vieja a los días del ferrocarril o del telégrafo.

Esto último sugiere otra visible, aunque no muy importante, tendencia en nuestras cuatro revoluciones. Tuvo

lugar en las sociedades influidas incesantemente por la *revolución industrial*, sujetas incesantemente a esos cambios de escalas que nuestras modernas conquistas en tiempo y en espacio han traído a las sociedades. Así, pues, la Revolución rusa afectó directamente a más personas y a más kilómetros cuadrados de territorio que cualquiera revolución anterior; su secuencia de los acontecimientos condensa en unos cuantos meses lo que en Inglaterra del siglo XVII tardó años en conseguirse; en su empleo de la imprenta, telégrafo, radio y aeroplanos y lo demás parece, comparado con nuestras otras revoluciones, un asunto definitivamente aerodinámico. Pero de nuestro bien podemos dudar si tales cambios de escalas son en sí factores realmente importantes. Los deseos de los hombres son los mismos, ya se dirijan hacia su realización en aeroplano o en caballo. Las revoluciones pueden ser mayores hoy día, pero no mejores seguramente. Nuestros profetas del destino, a pesar de todo, dicen lo contrario; el altavoz no cambia las palabras.

Finalmente, a riesgo de ser tediosos, debemos volver a algunos de los problemas de método en las ciencias sociales, que fueron sugeridos en el primer capítulo. Debemos admitir que los teoremas, las uniformidades que hemos sido capaces de poner en términos de nuestro esquema ideal, son vagos y faltos de dramatismo. De todas formas, son tan interesantes o tan alarmantes como las ideas de revolución expuestas por el difunto George Orwell, quien creía, en realidad, que los dirigentes totalitarios revolucionarios habían aprendido cómo cambiar a los seres humanos en algo completamente diferente de sus inmediatos predecesores. No pueden exponerse en términos cuantitativos, no pueden emplearse para propósitos de vaticinio o control. Al principio, ya advertimos a nuestros lectores que no esperasen demasiado. Incluso un teorema tan vago como el de la deserción de los intelectuales, el del papel de la fuerza en las primeras etapas de la revolución, el de la parte interpretada por el entusiasmo *religioso* en el período de crisis, el de la persecución del placer durante el Termidor, en espera de que tenga algún valor para el estudio de los hombres en

la sociedad. En sí mismo, valen poco; pero sugieren ciertas posibilidades en trabajo más amplio.

En primer lugar, por las muchas ineficiencias que señalan la necesidad de un tratamiento más riguroso de los problemas contenidos, desafiando a aquellos que los encuentran incompletos y poco satisfactorios para hacer una labor mejor. En segundo lugar, servirán el propósito de toda primera aproximación en la labor científica, sugerirán un estudio más extenso de *los hechos,* especialmente en aquellos campos donde los intentos por hacer primeras aproximaciones han descubierto un insuficiente acopio de hechos necesarios. Aquí, los hechos para un estudio de antagonismo de clases son desgraciadamente inadecuados. Así son también los hechos para un estudio de la circulación de la *élite* en las sociedades prerrevolucionarias. Pero existe un centenar de tales agujeros, algunos de los cuales pueden llenarse seguramente. Nuestra primera aproximación dirigirá entonces la forma hacia otra segunda aproximación. Ningún científico pedirá más, aunque el público lo hiciera.

III. UNA PARADOJA DE LA REVOLUCION

A juzgar por el pasado de las ciencias, algún día surgirán uniformidades más amplias de un estudio más completo de la sociología de las revoluciones. Ahora bien: no nos atrevemos a aventurar nada de lo que no hayamos averiguado ya en el transcurso de nuestros análisis de las cuatro revoluciones especiales. Después de todo, no son más que cuatro revoluciones, al parecer del mismo tipo, revoluciones en las que, tal vez, no exista lo que poco críticamente se ha llamado la tradición democrática. *Revolución* es una palabra tan preciosa para muchos dentro de esa tradición, especialmente para los marxistas, que, indignados, se niegan a aplicarla a movimientos tales como la relativamente sin derramamiento de sangre, pero ciertamente violenta e ilegal subida al poder de Mussolini o

de Hitler. Se nos dice que tales movimientos no fueron revolucionarios, porque no quitaron el poder a una clase para dárselo a otra. Es evidente que con una palabra de significado tan impreciso como *revolución* se pueden hacer toda clase de travesuras como estas. Pero para el estudio científico del cambio social parece más sensato aplicar la palabra revolución al derrocamiento por los fascistas de un Gobierno parlamentariamente establecido y legal. Si esto es así, entonces nuestras cuatro revoluciones no son más que una clase de revolución, y no debemos intentar que aguanten el esfuerzo excesivo de las generalizaciones que se aplican a todas las revoluciones.

Es aún más tentador tratar de ajustar estas revoluciones a algo como una filosofía de la historia. Pero la filosofía de la historia está casi obligada a sobresalir en esa especie de actividad profética que ya hemos rechazado con firmeza. Tal vez esa humanidad se halle ahora en el centro de una *época de perturbaciones* universal, de la cual surgiría algún orden autoritario universal. Tal vez la tradición revolucionaria democrática no sea ya una tradición viva y efectiva. Quizá las revoluciones que hemos estudiado pudieran realizarse solo en sociedades donde el *progreso* era una cosa concreta hecha de oportunidades para la expansión económica, a las cuales no podemos recurrir en nuestro mundo contemporáneo, con no más fronteras ni más familias numerosas. Puede ser también que los marxistas tengan razón, y que el imperialismo capitalista se esté ahora cavando su propia fosa, preparando la inevitable, aunque por largo tiempo demorada, revolución mundial del proletariado. Hay muchas posibilidades en cuanto a que es cierto casi que la suposición de un hombre es tan buena como la de otro. Seguramente un esfuerzo consciente para estudiar como científicas cuatro grandes revoluciones en el mundo moderno podía no terminar en algo tan ambicioso y tan poco científico como la prognosis social.

No obstante, no necesitamos terminar con una nota de vacío escepticismo. Del estudio de estas revoluciones se deduce que existen tres conclusiones mejores que señalar: primera, a pesar de sus innegables y dramáticas diferencias, presentan algunas sencillas uniformidades, las cuales

hemos intentado agrupar bajo nuestro esquema ideal de la fiebre; segunda, de que señalan claramente hacia la necesidad del estudio de las acciones y de las palabras de los hombres, sin dar por supuesto que hay siempre una conexión sencilla y lógica entre las dos, puesto que a lo largo de sus cursos, y en especial de sus crisis, frecuentemente se demuestra que los hombres dicen una cosa y hacen otra; tercera, que indica que, en general, muchas de las cosas que los hombres hacen, muchas costumbres humanas, sentimientos, disposiciones, etc., no pueden cambiarse en absoluto rápidamente; que el intento hecho por los extremistas para cambiarlos por medio de la ley, del terror y de las exhortaciones fracasó, y que la convalecencia los hace volver no muy cambiados.

Sin embargo, puede hacerse aquí, de acuerdo con las primeras anticipaciones hechas en este libro, una generalización más dudosa que une a nuestras cuatro revoluciones. Estas cuatro revoluciones muestran una escala creciente de promesas hacia el *hombre vulgar*—promesas tan vagas como las de *completa felicidad* y tan concretas como la de completa satisfacción de todas las necesidades materiales—, en toda clase de revanchas agradables sobre la marcha. El comunismo solo es el límite actual de este creciente conjunto de promesas. Para nosotros no es este un lugar de alabar o de protestar, sino de recordar simplemente. Además, estas promesas en su forma extrema no han sido cumplidas en ninguna parte. Lo que ellas han hecho ofende por completo al cristiano tradicional, al humanista, tal vez también al hombre de sentido común. Pero lo han hecho, con más vigor tal vez, hoy en China, en Asia del Sudeste, en el Oriente Medio, en dondequiera que el comunismo sea una fe joven, fresca y activa. No es bastante para nosotros, los norteamericanos, repetir que las promesas son imposibles de cumplir y que no deben hacerse. Sería locura en nosotros decir al mundo que los norteamericanos podemos cumplir esas promesas, especialmente si no las hemos cumplido en nuestra casa. La revolución no es una fiebre que cede ante remedios tan inocentes y engañosos. Al menos por cierto tiempo, debemos aceptarla como algo tan incurable como el cáncer.

En cuanto a lo que la experiencia de una gran revolución hace a la sociedad que la experimenta, nosotros no podemos concluir aquí con demasiada amplitud sin traspasar los extensos campos de la historia y de la sociología. Así, pues, parece que el paciente sale más fortalecido, en algunos aspectos, de la fiebre conquistada, inmunizado de esto y de los ataques que pueden ser más graves. Es un hecho observable que en nuestras sociedades hubo un florecimiento, un punto máximo de diferentes realizaciones culturales, después de la revolución. Cierto que no podemos moralizar demasiado acerca de las estupideces y crueldades de las revoluciones ni levantar nuestras manos llenos de horror. Es muy posible que un estudio más extenso demuestre que las sociedades débiles y decadentes están libres de las revoluciones; que las revoluciones son, perversamente, un síntoma de fortaleza y de juventud en las sociedades.

De su estudio surge una individualidad tranquila, por supuesto no carente de una parte de horror y de malestar, pero que admira también la profunda e indomable fortaleza de los hombres, a la cual, por causa de las designaciones más suaves de la palabra, se opone a llamar espiritual. Montaigne lo vio y lo sintió hace mucho tiempo.

> No veo una acción, ni tres, ni ciento, sino un estado de moralidad aceptado comúnmente, tan falto de naturalidad, especialmente tocante a inhumanidad y traición, que son para mí lo peor de los pecados, que no tengo la fuerza de pensar en ello sin horror y excitan mi admiración tanto más que mi desprecio. *La práctica de estas egregias villanías lleva en sí tanto la marca de fortaleza y vigor de alma como de error y desorden.*

El anarquista Berkman, que abominó de la Revolución rusa, cuenta una historia que puede representar solamente su propia inclinación, pero que, sin duda alguna, sirve como breve epílogo simbólico a este estudio. Dice Berkman que preguntó a un bolchevique de los buenos, conocido suyo, en el período en que se intentaba una comunidad completa bajo Lenin, por qué los famosos cocheros de Moscú, los *izvoschiks,* que continuaban en número cada vez menor recorriendo las calles de Moscú

y cobrando enormes sumas en rublos-papel por sus servicios, no estaban nacionalizados como lo estaba, prácticamente, todo. El bolchevique replicó: «Nosotros consideramos que si no se alimentan los seres humanos, ellos continúan viviendo de algo. Pero si no se da de comer a los caballos, las estúpidas bestias se mueren. Esa es la causa de que no hayamos nacionalizado a los cocheros.» Esta no es una historia jocosa en su conjunto; pero, en ciertos aspectos, se puede lamentar la capacidad humana para vivir sin comer. Pero está claro que si nosotros fuéramos tan estúpidos—o tan sensibles—como los caballos no habría revolucionarios.

FIN DE
«ANATOMIA DE LA REVOLUCION»

APENDICE BIBLIOGRAFICO

APENDICE BIBLIOGRAFICO

La bibliografía que va a continuación no intenta ser una bibliografía erudita. Tampoco incluye todas las diferentes fuentes que han servido de base a este estudio de las revoluciones. Solo tiene el próposito de servir de guía a los individuos o a los grupos que deseen intentar el difícil, aunque recompensado, estudio de las revoluciones. Como tal, es solamente sugestivo, pero bastante completo para que cualquiera que utilice todos los títulos que estos libros y *sus* bibliografías ofrecen, pueda encontrarse en seguida sumergido por completo en el tema.

I. ESCRITOS HISTORICOS SOBRE LAS CUATRO REVOLUCIONES

La primera parte de esta bibliografía trata de poner en contacto al lector con algunos de los escritos históricos más conocidos acerca de las cuatro revoluciones

que aquí hemos tratado. También hubieran podido incluirse algunos de los escritos más recientes, aún no comprobados, sobre estos períodos. Pero aquí, menos que en ningún otro lugar, podía incluirse algo que no estuviera completo. Una extensa bibliografía de la historia francesa, que comprenda solo de 1750 a 1815, podría formar un catálogo de libros suficientes para llenar una biblioteca; es de suponer que, si se incluyesen panfletos y artículos periodísticos, se llegarían a reunir más de trescientos mil títulos. Los escritos sobre la Revolución rusa son ya casi tan numerosos, y aún más variados. No obstante, el lector encontrará en estos libros una oportunidad para comprobar el surtido de hechos, de los cuales hemos intentado descubrir uniformidades en el curso de nuestras revoluciones.

A) INGLATERRA

W. C. ABBOT: *The Writings and Speeches of Oliver Cromwell.* 3 vols. Cambridge, Mass., 1937-1945.

Un trabajo espléndido y erudito.

J. W. ALLEN: *English Political Thought*. 1603-1660. Londres, 1938.

Historia de la forma tradicional de las historias de pensamiento político formal—es decir, un tanto interesado exclusivamente en cómo las ideas engendran ideas avanzadas—, pero muy complejo. Desgraciadamente solo ha aparecido un volumen, que comprende hasta el año 1644.

EDUARD BERNSTEIN: *Cromwell and Communism*. Londres, 1930.

Tardía aunque útil traducción de *Sozialismus und Demokratie in der grossen englischen Revolution*, del famoso revisionista, que apareció en alemán antes de la guerra. Es una corrección necesaria a los intereses convencionales y puramente políticos de Gardiner e incluso de Firth.

LOUISE F. BROWN: *The Political Activities of the Baptists and Fifth Monarchy Men in England during the Interregnum*. Washington, 1912.

GODFREY DAVIES: *The Early Stuarts, 1603-1660.* Oxford, 1937.

Un volumen de la colección *Oxford History of England.* Excelente, con una extensa y útil bibliografía.

C. H. FIRTH: *Oliver Cromwell and the Rule of the Puritans in England.* 3.ª ed. Londres, 1924.

El gran libro de nuestra generación sobre Cromwell.

S. R. GARDINER: *A History of England, 1603-1642; A History of the Great Civil War, 1642-1649; A History of the Com-*

monwealth and Protectorate, 1649-1656.

Varias ediciones y volúmenes. Toda la obra comprende unos 17 volúmenes. Es la historia clásica del período, escrita en la última mitad del siglo XIX. Es una historia política sensata, aunque sin brillo, porque no trata en absoluto de muchos aspectos que pudieran interesarnos en el campo de la historia económica, intelectual y social.

G. P. GOOCH: *English Democratic Ideas in the Seventeenth Century.* 2.ª ed., con notas y apéndices por H. J. Lasky. Cambridge, Inglaterra, 1927. Indispensable.

H. J. C. GRIERSON: *Cross Currents in English Literature of the Seventeenth Century.* Londres, 1929.

Excelente historia intelectual.

MARGARET JAMES: *Social Problems and Policy During the Puritan Revolution.* Londres, 1930.

Sostiene que las consecuencias sociales y económicas de la revolución puritana fueron, a diferencia de las políticas, realmente revolucionarias.

DAVID MATHEW: *The Social Structure in Caroline England.* Oxford, 1948.

Conferencias sugestivas acompañadas de información concreta.

J. E. MORPURGO, Ed.: *Life under the Stuarts.* Londres, 1950.

Examen colaborativo en un plano elemental, con mucho material interesante y una excelente y sencilla «relación de obras para lectores que quieran ampliación».

T. C. PEASE: *The Leveller Movement.* Washington, 1916.

Una monografía muy útil, especialmente como corrección al punto de vista socialista sobre Lilburne y los Leveller, de Bernstein.

LEOPOLD VON RANKE: *A history of England principally in the Seventeenth Century.* Traducción inglesa. 6. vols. Oxford, 1875. Otro clásico de la historia narrativa.

G. M. TREVELYAN: *England under the Stuarts.* 15.ª ed. Nueva York, 1930.

Tal vez el mejor de nuestros manuales modernos, aunque atenido a la tradición liberal británica, que siempre se muestra asombrada por los hechos de la revolución. Este libro posee una bibliografía muy conveniente.

BASIL WILLEY: *The Seventeenth Century Background.* Londres, 1934.

Indispensable para la historia intelectual.

B) NORTEAMERICA

R. G. ADAMS: *Political ideas of the American Revolution.* Durham H. C., 1922.

Un estudio muy útil.

C. W. ALVORD: *The Mississippi Valley in British Politics.* 2 volúmenes. Cleveland, 1917.

Importante monografía que

abre un importante campo descuidado en los primeros estudios de la Revolución americana.

C. M. ANDREWS: *The Colonial Background of the American Revolution.* New Haven, 1924.

C. A. BARKER: *The Background of the Revolution in Maryland.* New Haven, 1940.
Un estudio regional muy cuidado.

C. L. BECKER: *The Eve of the Revolution* (Vol. XI de las *Chronicles of America).* New Haven, 1918. *The Declaration of Independence.* Nueva York, 1922.

Estos dos libros traen al estudio del campo político un raro y acabado conocimiento de cómo piensan y sienten los hombres.

G. L. BEER: *British Colonial Policy. 1754-1765.* Nueva York, 1907.

El último volumen de un completo tratado monográfico del antiguo Imperio británico, especialmente con respecto a asuntos de comercio e impuestos.

CATHERINE D. BOWEN: *John Adams the American Revolution.* Boston, 1950.

Vívido y cuidado. Su forma, tirando a *biographie romancée*, no aburrirá al estudiante.

CARL y JESSICA BRIDENBAUGH: *Rebels and Gentlemen.* Nueva York, 1942.

Estudio sociointelectual de Filadelfia en la «época de Franklin» y, por tanto, del fondo intelectual de la Revolución norteamericana, no diferente del de Francia hecho por D. Mornet. Se necesitan muchos libros semejantes.

W. A. BROWN: *Empire or Independence.* University, La., 1941.

Estudio muy cuidado de los esfuerzos para unir a Inglaterra y las colonias, que arroja luz sobre el papel de los moderados y de los extremistas.

PHILIP DAVISON: *Propaganda and the American Revolution. 1763-1783.* Chapel Hill, N. C., 1941.

BERNARD FAY: *The Revolutionary Spirit in France and America.* Traducción inglesa. Nueva York, 1927.

Extremadamente valioso para el estudio de las ideas.

L. R. GOTTECHALK: *The Place of the American Revolution in the Causal Pattern of the French Revolution.* Easton, Pa., 1948.

Un interesante estudio de las interconexiones.

E. B. GREENE: *The Revolutionary Generation.* 1763-1790. (Volumen IV de *A History of American Life.*) Nueva York, 1943.

Volumen típico para una serie de historia social. Bibliografía muy útil.

J. F. JAMESON: *The American Revolution Considered as a Social Movement.* Princeton, 1926.

Sugestivo y, en muchos aspectos, un ensayo explorativo. Pero una monografía más extensa y completa con el mismo título, sería utilísima. Los recientes intentos marxistas por hacer algo pare-

cido no han tenido mucho éxito.

Bernard Knollemberg: *Washington and the Revolution.* Nueva York, 1940.

Tratado muy equilibrado y erudito.

J. C. Miller: *Sam Adams: Pioneer in Propaganda,* Boston, 1936; *Origins of the American Revolution,* Boston, 1943; *Triumph of Freedon,* 1775-1783. Boston, 1948.

Estos tres estudios son una revisión muy importante de la historia erudita del tema.

Max Savelle: *Seeds of Liberty; the Genesis of the American Mind.* Nueva York, 1948.

Para el fondo de la época de las luces en las colonias norteamericanas. Los lectores pueden ampliar sus consultas en la bien conocida *Historia general e intelectual de los Estados Unidos,* de Parrington Gabriel y Curt.

A. M. Schlesinger: *The Colonial Merchants and the American Revolution.* Nueva York, 1918.

Esta monografía hizo que el estudio realista de la Revolución norteamericana diese un gran paso hacia adelante.

G. O. Trevelyan: *The American Revolution, George III and Charles James Fox,* parte final de *The American Revolution.* Juntas en una edición uniforme de 6 vols. Nueva York, 1920-22.

Este es un «clásico» con las ventajas de estar citado frecuentemente con palabras de alabanzas. Escrito por un distinguido historiador *whig,* es más favorable a los «derechos» americanos en la guerra de independencia que la mayoría de los libros norteamericanos. A nuestra generación le parece que omite muchas y muy interesantes consideraciones económicas y sociales.

M. C. Tyler: *The Literary History of the American Revolution.* 2 vols. Nueva York, 1897.

También un «clásico», aunque no citado.

C. H. Van Tyne: *The Causes of the War of Independence* y *The War of Independence,* vols. I y II de *The Founding of the American Republic,* Boston, 1922-1929; *The Loyalists in the American Revolution.* Nueva York, 1929.

Modelos de erudición histórica profesional.

W. M. Wallace: *Appeal to Arms: A Military History of the American Revolution.* Nueva York, 1951.

No dedicado directamente al estudio de las revoluciones, pero posee interesante material sobre los generales ingleses y sus actitudes hacia los revolucionarios. Importante para el estudio de la clase dirigente inglesa y de la revolución.

C) FRANCIA

A. AULARD: *The French Revolution: A Political History.* Traducción inglesa. 4 vols. Nueva York, 1910.

El mejor ejemplo de la historia oficial republicana de la gran revolución, por uno que es, en algunos aspectos, descendiente espiritual de los girondinos. De inclinación anticlerical e izquierdista.

C. L. BECKER: *The Heavenly City of the Eighteenth Century Philosophers.* New Haven, 1932.

Una tesis de pensamiento provocador en cuanto al papel de las ideas en el siglo XVIII.

CRANE BRINTON: *The Jacobins.* Nueva York, 1930.

Con énfasis especial sobre la red provincial de los círculos.

AUGUSTIN COCHIN: *Les sociétés de pensée et la démocratie.* París, 1921.

Esencial para el estudio de la labor de los grupos de presión en la preparación de la revolución. Tendencia conservadora.

PIERRE GAXOTTE: *The French Revolution.* Traducción inglesa. Nueva York, 1932.

Tal vez la más sensata de las obras modernas, escrita desde un punto de vista derechista; monárquico, en realidad. Pero, puesto que casi todos los norteamericanos conocen la Revolución francesa por mediación de los profesores republicanos y anticlericales de la tercera República, se recomienda la obra de Gaxotte como un antídoto.

MARTIN GÖHRING: *Geschichte der grossen Revolution.* 2 vols. Tubinga, 1950-51.

Una de las importantes síntesis históricas de nuestro tiempo. Ha prometido un tercer volumen con *bibliographie raissonée.*

DONALD GREER: *The Incidence of the Terror during the French Revolution.* Cambridge, Mass., 1935. *The Incidence of the Emigration during the French Revolution.* Cambridge, Mass, 1951.

Dos importantes estudios estadísticos, con muchas sugerencias para un estudio más amplio de las demás revoluciones.

DANIEL GUÉRIN: *La lutte des classes sous la première République bourgeois et «bras nus».* París, 1946.

Interpretación marxista, más avanzada que la de Mathiez. Los *bras nus* son, en efecto, los *verdaderos* proletarios.

PAUL HAZAR: *La crise de la conscience européenne,* 3 volúmenes. París, 1946. *La pensée européenne au XVIII*[e] *siècle* 3 vols. París, 1946.

El más completo examen de toda la escena intelectual.

O. E. LABROUSSE: *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII*[e] *siècle,* 2 vols. París, 1933. *La crise de l'économie française à la fin de l'ancien régime*

et au début de la révolution. París, 1944.

Estos dos libros ponen de manifiesto muy claramente la tesis desarrollada de la República francesa sobre las «causas» de la revolución. Ha prometido otro volumen sobre la *Crise de l'économie.*

W. L. LANGER, ed.: *The Rise of Modern Europe.*

En esta serie, tres volúmenes son importantes para nuestro estudio: LEO GERSHOY: *From Despotismo Revolution, 1763-1789.* Nueva York, 1944. CRANE BRINTON: *A decade of Revolution, 1789-1799.* Nueva York, 1934. GEOFFREY BRUNN: *Europe and the French Imperium, 1799-1814.* Nueva York, 1938.

G. LEFEVRE: *La Révolution française (Peuples et Civilisation, XIII).* París, 1951.

Una obra admirablemente equilibrada.

GASTON MARTIN: *La franc-maçonnerie française et la préparation de la Révolution.* París, 1926.

Obra modelo; un claro equilibrio hacia Cochin.

ALBERT MATHIEZ: *The French Revolution.* Traducción inglesa. Nueva York, 1928. *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur.* París, 1927.

Mathiez fue el heredero de la Montaña, como Aulard lo fue de la Gironda. Era un digno investigador de los hechos y se interesó por la clase de hechos en que ahora estamos nosotros interesados. Sus generalizaciones son regidas por una versión extremadamente ingenua de la doctrina de la interpretación económica de la Historia. Aunque niega con indignación ser un *partisan,* se inclina más bien hacia la izquierda.

DANIEL MORNET: *Les origines intellectuelles de la Révolution française.* París, 1933.

Gran parte del material implicado en el título, convenientemente conjuntado. Mornet tiene nociones convencionales de republicano francés acerca del papel de los *philosophes* en la preparación de la revolución. Excelente bibliografía.

FÉLIX ROCQUAIN: *The Revolutionary Spirit preceding the French Revolution.* Traducción inglesa, abreviada. Londres, 1894.

Intento de detenida atención sobre los escritos de los *philosophes* y las disputas polémicas de los últimos años del antiguo régimen.

PRESERVE SMITH: *A History of Modern Culture.* Vol. II, *The Enlightenment.* Nueva York, 1934.

Manual esencial de historia intelectual.

H. A. TAINE: *The Origins of Contemporary France.* Traducción inglesa. 6 vols. Nueva York, 1876-94.

Clásico ataque a la revolución y a todas sus obras por un liberal desilusionado y patriota francés, después de la guerra de 1870. Sin embargo, una mina de información, aunque sus opiniones particulares no son ya compartidas por muchos en el mundo moderno.

J. M. THOMPSON: *The French Revolution*. Nueva York, 1945.

Estudio admirable, especialmente bueno sobre la política parisiense local.

GÉRARD WALTER: *Histoire des Jacobins*. París, 1946.

Una reconstrucción de la historia del círculo de París solamente.

D) RUSIA

Es enorme la cantidad de libros que sobre Rusia se han publicado desde 1917, y pocos de ellos cumplen las más rigurosas normas que los historiadores académicos gustan imponer. Se sugiere, sin embargo, que un lector inteligente de las obras expuestas a continuación no se vería defraudado acerca del movimiento, y podría intentar ampliar su conocimiento de lo que ha sucedido en Rusia con lo que ha sucedido en otras revoluciones modernas.

F. BECK y W. GODIN: *Russian Purge and the Extraction of Confession*. Nueva York, 1951.

Los autores son un científico alemán y un historiador ruso huidos a Occidente. Utilizan seudónimos. El capítulo VIII, «Las teorías», es un intento de lo más interesante para explicar la vuelta al Terror en 1936-1939.

E. H. CARR: *The Soviet Impact on the Western World*. Londres, 1946.

Breve, aunque enjundioso libro. Mr. Carr, como muchos intelectuales ingleses, exagera el papel de las ideas en las relaciones humanas. Pero escribe admirablemente y descubre una tesis que, básicamente, contradice la de nuestro libro. Mr. Carr cree que Rusia está realmente *revolucionada*.

W. H. CHAMBERLIN: *The Russian Revolution*. 2. vols. Nueva York, 1935.

Libro muy cuidado, escrito por un norteamericano con dominio de las fuentes rusas. Chamberlin no es comunista; pero, salvo para los marxistas más rigurosos, su libro parecerá bastante imparcial. Buena bibliografía.

ISAAC DEUTSCHER: *Stalin. A Political Biography*. Nueva York, 1949.

Hostil, casi inevitablemente, o, al menos, poco simpático; pero un admirable trabajo erudito.

M. H. DOBB: *Soviet Economic Development since 1917*. Londres, 1948.

Por uno de los más eruditos marxistas ingleses.

HARVARD UNIVERSITY. Centro de investigación ruso.

Este centro trata de enfocar objetivamente nuestro conocimiento de las ciencias sociales sobre la U. R. S. S. Sus publicaciones pueden ser estudiadas por todos los interesados en comprender a la mo-

derna Rusia. A continuación damos sus primeras publicaciones:

H. J. Berman: *Justice in Russia, An Interpretation of Soviet Law.* Cambridge, Mass., 1950.

Alex Inkeles: *Public Opinion in Soviet Russia.* Cambridge, 1950.

Barrington Moore, hijo: *Soviet Politics. The Dilemma of Power.* Cambridge, 1950.

Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética. Curso abreviado. Nueva York, 1939. (Ediciones internacionales.)

Esta es una traducción «oficial» de una historia también «oficial».

Eugene Lyons: *Assignment in Utopia.* Nueva York, 1937.

Lyons es un radical norteamericano cuya larga residencia en Rusia como corresponsal le puso en contra del Gobierno de Stalin. Por culpa de esto fue relevado; el libro continúa siendo uno de los mejores estudios en inglés del «Termidor en Rusia», aunque visto desde un punto de vista trotskista.

P. E. Mosely, ed.: *The Soviet Union since World War II* (Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales, *Annals*, CCLXIII, mayo 1949).

Miscelánea, pero con muchas y buenas orientaciones para un estudio más amplio.

Bernar Pares: *A History of Russia,* 5.ª ed. Nueva York, 1947.

Buen estudio introductor para el lector general que necesite ampliar su conocimiento de Rusia.

M. N. Pokrovsky: *Brief History of Russia.* Traducción inglesa de D. Mirsky. Nueva York, 1933.

El vol. II trata de la preparación de la revolución de octubre, en un estilo claramente marxista.

C. H. Radkey: *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917.* Cambridge. Mass., 1950.

Estudio monográfico y completo, muy orientado sobre la contienda entre extremistas y modernos.

David Shub: *Lenin.* *Nueva* York, 1948.

Hostil, pero cuidado, erudito y minucioso.

N. S. Timosheff: «The Russian Revolution: Twenty-Five Years After», *Review of Politics,* V (1943), págs. 115-440.

Reimpreso en W. Gurian, ed. *Soviet Union: Background, Ideology, Reality.* Notre Dame, Ind. Un estudio en colaboración, muy útil, de la Rusia actual.

Julian Towster: *Political Power in the U. R. S. S. 1917-1947. The Theory and Structure of Government in the Soviet State.* Nueva York, 1948.

Cubre admirablemente el campo indicado en el subtítulo.

Léon Trotsky: *The History of the Russian Revolution.* Traducción inglesa. 3 vols. Nueva York, 1936.

Seguramente la obra maestra de Trotsky. Una narración ví-

vida, realzada por excursiones al interior de la interpretación marxista, muy aguda, aunque sensata. Chamberlan y Trotsky, leídos juntos, son la mejor introducción posible al estudio de la Revolución rusa. *The Revolution Betrayed*, de Léon Trotsky, Nueva York, 1937, es un ataque amargo e interesante del actual régimen ruso, que él mismo ha bautizado *termidoriano*. Finalmente, hay un interesante *suplemento* sobre la reacción termidoriana en *Stalin*, de Trotsky, traducido por Charles Malamuth, Nueva York, 1941, páginas 374-410. Como es natural, este último gran libro de Trotsky es muy interesante.

O. UTIS: «Generalissimo Stalin and the Art of Governement». *Foreign Affairs*. XXX (enero, 1952).

El autor, que se oculta bajo el seudónimo (*outis* es palabra griega y significa *nadie*), está claramente familiarizado con la Rusia contemporánea y tiene presentes algunas ideas interesantes sobre el problema de cómo la Revolución rusa ha seguido su curso.

SIDNEY Y BEATRICE WEBB: *Soviet Communism: A New Civilization?* 2 vols. Nueva York, 1936.

Para los lectores americanos probablemente este libro es la mejor y más persuasiva defensa del actual régimen ruso y puede ser recomendado como antídoto a los escritos de los liberales desencantados y de los coléricos trotskistas. Pero es un libro muy sensato y académico, y los Webb son tan doctrinarios, por lo menos, como cualquiera otro que haya escrito sobre Rusia. ¡Y, por supuesto, se ha escrito mucho!

ALEXANDER WEISSBERG: *The Accused*. Nueva York, 1951.

Admirable y detallado conjunto de experiencias de una persona acusada de crimen de alta política durante el período Yezhov, y un suplemento muy útil al libro de Beck y Godin antes citado.

B. D. WOLFE: *Three Who Made a Revolution. A Biographical History*. Nueva York, 1948.

Lenin, Trotsky, Stalin. Míster Wolfe ha simpatizado con Stalin y la U. R. S. S. mucho más de lo que ahora simpatiza. Pese a su amplitud de ideas no es, en modo alguno, un radical *desilusionado*.

II. LA SABIDURIA DE LAS EPOCAS

El estudio preciso de las revoluciones como parte de la ciencia de la Sociología es cosa muy reciente. Mas las revoluciones no son nuevas. Desde Platón y Aristóteles puede recogerse una cantidad valiosa de informes sobre diferentes fases de la revolución, principalmente de libros que nada tienen que ver con las revoluciones. Solo hemos intentado dar una muestra al azar de lo que puede hacerse con estas cosas. La mayoría de los hombres que hemos elegido para citar a continuación no son intelectuales puros en el sentido moderno, y pudiera parecer que, a pesar de ser esta sección de nuestra bibliografía ajena a todo sistema, contiene más sabiduría acerca de las revoluciones que nuestra cuarta sección, en la que hemos catalogado unas cuantas obras contemporáneas relacionadas con la sociología de las revoluciones. Claro que la mayor parte de los escritores modernos sobre la materia son intelectuales.

PLATÓN: *La República.*

Especialmente los libros VIII y IX.

ARISTÓTELES: *Política.*

El libro V es la famosa discusión de las revoluciones; pero todo el libro, especialmente el II, es el más pertinente.

POLIBIO: *Historia.*

El libro VI contiene el relato bien conocido de las razones para la estabilidad de la política romana, que por contraste arroja gran cantidad de luz sobre nuestro tema de inestabilidad política.

TUCÍDIDES: *Historia.*

En el libro III, 82,2, empieza uno de los mejores informes clínicos escritos sobre lo que hemos llamado crisis de las revoluciones.

MAQUIAVELO: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio.*

Casi todos los capítulos contienen algo útil para los estudiantes de la Revolución. El libro I, caps. XXV y XXVI, se recomienda especialmente por la luz que arroja sobre las diferencias entre revoluciones como la inglesa y la francesa y las de Turquía o Italia contemporáneas.

SAINTE-BEUVE: «El cardenal de Retz», en *Causeries du Lundi*, vol. V.

Especialmente el pasaje que empieza «*Ces pages de ses Mémoires qu'on pourrait intituler: Comment les revolu-*

tions commencent». El lector interesado puede que desee seguir este tema hasta leer las propias memorias de De Retz, que se obtienen fácilmente en numerosas ediciones francesas. Hay una versión inglesa de Everyman's Library.

BURKE: *Reflections on the Revolution in France*.

Este desapasionado libro contiene gran cantidad de lo que ningún estudiante de las revoluciones debe ignorar. Los escritos políticos de Burke pueden estudiarse en conjunto en la ed. de R. J. S. Hoffman y Paul Levack, *Burke's Politics: Selected Writings and Speeches on Reform, Revolution, and War*. Nueva York, 1949.

BAGEHOT: *Physics and Politics*.

Este libro, junto con *Ancient Laws*, de Maine, mantiene un fuerte punto de vista acerca del cambio social que niega la posibilidad de alcanzar para la revolución reformas en amplia escala. Como el libro de Burke, que ellos complementan y aclaran, se debe estudiar y entender antes que el estudio objetivo de las revoluciones lleve más adelante.

PARETO: *The Mind and Society*.

Este es un estudio de sociología general, y casi todas sus partes son válidas para nuestros propósitos en este libro, estrechamente emparentado con las doctrinas de Pareto. Los capítulos IX y X se relacionan especialmente con el problema de la estabilidad y de la inestabilidad sociales, pero son difíciles de comprender sin referencia al resto de la obra. Un cuidadoso estudio de L. J. Henderson: *Pareto's General Sociology: A Physiologist's Interpretation*, Cambridge, Mass., 1935, sirve para paliar estas dificultades. A Pareto se le cita aquí en el sentido de recapitular, de aclarar y codificar los puntos de vista sobre la revolución contenidos en esta sección de nuestra bibliografía. Tales puntos de vista—ni los *anti intelectualistas* ni los *conservadores* los describen adecuadamente—son anatemas para la mayoría de los marxistas y *liberales* que actualmente residen en Norteamérica. Pero han sido sostenidos durante tanto tiempo y tan firmemente por hombres que no fueron ni locos ni viles que, por lo menos, el hombre liberal está en el deber de examinarlos.

LE PLAY: *L'organisation de la famille*. También los volúmenes de *Les ouvriers européens*.

Le Play y su escuela merecen nuestra atención por la misma razón que Polibio. Le Play estudió la familia con sumo cuidado, y llegó a algunas conclusiones acerca de la persistencia de ciertos sentimientos y acciones entre los hombres, que ningún estudiante de los intentados cambios sociales debe desconocer.

WILLIAM GRAHAM SUMNER: *Folkways*.

Existe una edición con una introducción de W. L. Phelps, Boston, 1940. Sumner, que inventó esa frase, es en algunos círculos intelectuales de hoy *un hombre olvidado*. Este gran estudio de la forma en

que la gente se reúne en agrupaciones es una de las obras precursoras del anti intelectualismo moderno.

F. S. OLIVIER: *The Endless Adventure.*

Olivier fue un inglés poderosamente conservador, que en este volumen escribió acerca de uno de los hombres de Estado menos revolucionarios: Robert Walpole. También es útil para nosotros, porque, si no comprendemos la estabilidad social, no podemos esperar que comprendamos la inestabilidad social. El propio Walpole es un ejemplo tan perfecto del hombre a propósito para preservar una sociedad caduca, como Lenin es el hombre adecuado para guiar a una sociedad nueva.

La mayoría de los escritores mencionados dudan del mágico poder de la palabra y de la razón humanas; son, en cierto sentido, antiintelectuales. Las revoluciones se hacen, por lo menos al principio, por intelectuales. El lector que quiera ampliar lo dicho puede ver la influencia de este antiintelectualismo (que no termina en totalitarismo necesariamente) en libros tan recientes como: *On Power*, de Bertrand de Jouvenel, Nueva York, 1948; *The Governing of Men*, de A. H. Leighton, Princeton, 1945; *Mirror for Man*, de Clyde Kluckhohn, Nueva York, 1949; *Georges Sorel*, de Richard Humphrey, Cambridge, Mass., 1951. Véase también *Ideas and Man*, de Crane Brinton (1), Nueva York, 1950, caps. XIV y XV, y la bibliografía, págs. 562-63.

---

(1) Hay traducción española, con el título *Las ideas y los hombres*, publicada por nosotros en nuestra colección Cultura e Historia. *(N. del E.)*

III. LOS MARXISTAS

No hay duda de que Marx y sus seguidores han contribuido mucho a que comprendamos nuestras revoluciones—contribución casi tan grande como la que ellos prestaron para hacer la revolución—. Sin embargo, no podemos considerar aún los mejores escritos marxistas como una aproximación altamente satisfactoria al estudio científico de la revolución. El pensamiento marxista es una mezcla de observaciones útiles y genuinamente objetivas dispuestas como uniformidades, y de profecías, exhortaciones morales, especulación teológica y filosófica y otros elementos que con poca exactitud podemos llamar «propaganda». El concepto de lucha de clases, por ejemplo, pertenece a la primera categoría; en sí, es una noción fructífera que ha enriquecido a la sociología, a pesar de las exageraciones y simplicidades con que ha sido aplicada por muchos marxistas. La noción de la dictadura del proletariado pertenece, en cierto modo, a ambas categorías. Es un título útil en el estudio de las revoluciones pasadas, pero es también en manos marxistas un ideal, una meta, una profecía. Finalmente, la noción de sociedad sin clases es casi por completo una parte de la teología o, más concretamente, de la escatología.

En cualquier obra escrita por un marxista, el desenmarañamiento de lo que nosotros llamaríamos *elementos científicos* de lo que llamaríamos, con un deseo semejante de emplear palabras buenas en vez de malas, *elementos moralistas*, es casi tan difícil como una operación similar en la obra de los economistas clásicos. En tal caso, ha de hacerse por separado. Aquí solo necesitamos precaución contra alguna de las formas más especiales en que las buenas intenciones y el fervor moral marxistas pueden encontrarse falseando su labor como científicos.

Primero existe puro fervor; la escritura evidentemente resuelta por la fe; escritura que, en sus propias formas, es claramente una especie de rapsodia. Luego está la escritura definidamente dirigida a alcanzar un fin específicamente revolucionario, la escritura íntimamente dirigida a la acción; la escritura que nunca es considerada por el escritor como objetiva y destacada. Existe la

aplicación mucho más sencilla de formas y clisés a las situaciones especiales. Muchos de estos escritos son sinceros y serios, y los escritores creen realmente que han aplicado métodos científicos a los problemas sociales. La limitada aplicación de la interpretación económica de la historia es un ejemplo muy frecuente de esta clase de asuntos. Toda la acción humana es interpretada por el marxista más inocente como la aplicación lógica de intereses económicos a una situación concreta. Debe decirse, en justicia a Marx, Engels y sus grandes continuadores, que no son, por lo regular, culpables de simplificación tan irreal.

Finalmente, el escrito del marxista corriente es confuso por el número de sectas que se han desarrollado dentro del movimiento, cada una de las cuales clama que es ortodoxa. De la secta que en forma de *facto* puede pregonar ortodoxia con mayor claridad—la establecida en el poder actualmente en Rusia—, debe decirse que representa una especie de doctrina severa, una fijación de teoría dentro del dogma que, a la larga, permitirá mucha mayor expansión de pensamiento y de experimento de lo que ahora es posible. Mientras tanto, el marxismo oficial se ha transformado en una creencia conservadora y establecida—que puede muy bien explicar por qué en Norteamérica buenos rebeldes, como Mr. Max Eastman, y sutiles aunque conscientes teóricos, como Mr. Kenneth Burke, están tan molestos por sus insuficiencias—; verdaderamente ha empezado un *revisionismo* más radical que cualquier otro intentado ya con anterioridad. Inevitablemente también, el stalinismo actual padece solamente un conjunto de creencias enemigas, en perfecta similitud con cualquier otro *totalitarismo*.

La literatura es enorme; pero no intentamos hacer otra cosa que una lista con unas cuantas discusiones elementales del marxismo y otra con unas cuantas de las obras más importantes de los más destacados hombres de la tradición. Hemos elegido deliberadamente, dentro de lo posible, obras en donde es más importante la discusión concreta de las actuales revoluciones de la teoría pura.

M. M. BOBER: *Karl Marx's Interpretation of History*. Edición revisada.

M. H. DOBB: *Studies in the Development of Capitalism*. Londres, 1946.

Típico análisis marxista, avanzado y sutil, de los primeros tiempos de la historia económica moderna.

MAX EASTMAN: *Marx and Lenin: The Science of Revolution*. Nueva York, 1927.

KARL FEDERN: *The Materialist Conception of History*. Londres, 1939.

SIDNEY HOOK: *Towards the Understanding of Karl Marx*. Nueva York, 1933.

H. J. LASKI: *Karl Marx's Capital. An Introductory Essay*. Nueva edición. Oxford, 1937.

VILFREDO PARETO: *Les systèmes socialistes*. 2 vols. París, 1902-1903.

J. A. SCHUMPETER: *Capitalism, Socialism and Democracy*. 3.ª edición. Nueva York, 1950.

Este libro está en la tradición, en realidad, de «La sabiduría de los tiempos». Schumpeter ha sido uno de los pocos economistas nutridos en la tradición *clásica* que pudo estudiar el marxismo firme y sensiblemente.

P. M. SWEEZY: *The Theory of Capitalist Development: Principles of Marxian Political Economy*. Nueva York, 1942.

Admirable y equilibrado análisis hecho por un marxista norteamericano muy competente.

(E. BURNS): *A Handbook of Marxims*. Nueva York, 1945.

Este libro es también uno de los más útiles dentro de la variada colección de escritos de los grandes marxistas. Incluye algunos de los trabajos más importantes de Marx, Engels, Lenin y Stalin.

KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS: *The Communist Manifesto*. Ed. por D. Ryazanoff. Londres, 1930.

Las ricas notas de este voluminoso libro desarrollan el breve y original *Manifiesto* dentro de un comentario crítico sobre el marxismo.

OBRAS DE MARX:

Las que se indican a continuación son un comienzo sugestivo que se aparta por completo del pesado *Kapital*: *El 18 Brumario de Louis Bonaparte; Revolución y contrarrevolución, o Alemania en 1848; Guerra civil en Francia* (por algunos llamada *La Comuna de París*), y *La miseria de la filosofía*.

OBRAS DE ENGELS:

La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra, Etapas del socialismo científico (Anti-Düring).

OBRAS DE LENIN:

Imperialismo, El Estado y la Revolución. (Ambas están en un libro editado por la Vanguard Press, Nueva York, 1926.)

OBRAS DE STALIN:

Leninismo. Londres, 1940. Colección de los escritos de Stalin, que incluye su famoso y breve comentario: *Los fundamentos del leninismo*. Una muestra adecuada.

IV. LA SOCIOLOGIA DE LAS REVOLUCIONES

La sección siguiente contiene una lista seleccionada de los libros modernos sobre las revoluciones en general. Tales escritos son, por supuesto, necesariamente muy variados. Algunos de los libros expuestos en la lista que sigue son cuidados estudios de sociólogos competentes; otros, son libros de alucinados que emplean una variedad de instrumentos cortantes para dañar; otros de tradición marxista, parecen estar aquí más apropiadamente que en la sección anterior a causa de su directa preocupación por la sociología de las revoluciones. Nos hemos visto obligados a limitarnos en nuestra interpretación del tema. En cierto sentido, casi todo lo que aparece hoy en día sobre los problemas políticos y sociales puede catalogarse como relacionado en algún punto con la sociología de las revoluciones. Si hacemos al azar una selección de las figuras más conocidas, la mayor parte de las obras de hombres como Spengler, H. G. Wells, Ortega y Gasset, Max Weber, Tawney, Mannhein y A. J. Toynbee trata de la cuestión de las revoluciones y del camino social. Pero una bibliografía que incluyera a todas estas personalidades no tendría fin. Hemos hecho, pues, una selección de libros generales sobre el tema especial del estudio comparativo de la revolución. El lector que desee una guía preliminar para un estudio más extenso del cambio social en la historia, encontrará una admirable *lista selecta* de Ronald Thompson en el *Bulletin 54* del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales, *Theory and Practice in Historial Study*, Nueva York, 1946.

BROOKS ADAMS: *The Theory of social Revolutions*. Nueva York, 1913.

Una de las primeras predicciones sobre la decacencia de Occidente. Debe leerse con el libro de Mr. Georges Soule inserto más adelante.

ARTHUR BAUER: *Essai sur les révolutions*. París, 1908.

Trata del problema de la psicología del individuo y su actividad en los grupos. Posee un interesante esquema ideal de las revoluciones como fenómeno general.

WULF BLEY. ed.: *Revolutionen der Welgeschichte; Zwei Jahtaisends Revolutionen und Burgerkrieege*. Munich, 1933.

Trabajo en colaboración, dirigido al comercio del libro alemán, pasado de moda, pero valioso para el estudiante

por sus ilustraciones (casi 1.000) sacadas de fuentes contemporáneas. En su totalidad pone de manifiesto el horror de las revoluciones.

JEAN DE BOISSOUDY: *Le phénomène revolution.* París, 1940.

CARL BRINKMAN: *Soziologische Theorie der Revolution.* Göttingen, 1948.

Breve y muy cuidadoso ensayo de un culto sociólogo alemán, especialmente sobre la tradición occidental.

C. D. BURNS: *The Principles of Revolution.* Londres, 1920.

D. W. BROGAN: *The Price of Revolution.* Londres, 1951.

Ensayo estimulante, principalmente para los jeffersonianos.

E. H. CARR: *Studies in Revolution.* Londres, 1950.

Todas las grandes virtudes expositivas de Mr. Carr, pero muy excesivamente intelectualista.

LAWRENCE DENNIS: *The Dynamics of War and Revolution.* Nueva York, 1940.

Este libro, impreso particularmente, es una explosión altamente colorista del fascismo norteamericano en el universo. Se trata de una muestra muy interesante de un individuo perteneciente al grupo de los alucinados.

Editores de FORTUNE: U.S.A.: *The Permanent Revolution* (1). Nueva York, 1951.

Este libro no debiera estar aquí, pues no es una sociología de la revolución. Pero el empleo de la palabra por los editotres es interesante e importante, si estamos dispuestos a comprender los muy sutiles significados de la palabra *revolución* en la Norteamérica de hoy.

L. P. EDWARDS: *The Natural History of Revolution.* Chicago, 1927.

Sin pretensiones, sugestivo, tentador. Una de las mejores introducciones de que se dispone en inglés. Mr. Edwards solo pretende esbozar los problemas esenciales e indicar posibles libros más extensos. Completamente libre de argumentos especiales.

CHARLES A. ELLWOOD: «A Psychological Theory of Revolution». *American Journal of Sociology,* XI (julio 1905).

Esta interesante interpretación ha sido explicada en numerosos libros del profesor Ellwood sobre sociología, como, por ejemplo, *The Psichology of Human Society* (Nueva York, 1925) y *Sociology: Principles and Problems* (Nueva York y Cincinati, 1943).

GUGLIELMO FERRERO: *The Principles of Power.* Nueva York, 1942.

La trilogía, de la cual este libro es el último—los otros, sobre Napoleón y Talleyrand, tratan de la era revolucionaria francesa—, es una de las mejores generalizaciones acerca de los hombres en socie-

(1) Hay traducción española, con el título *Los Estados Unidos de Norteamérica. Una revolución permanente,* publicada en nuestra Biblioteca de Ciencias Sociales. *(N. del E.)*

dad. Padece de la aversión de Ferrero a admitir que otros antes que él han estudiado la revolución como él lo ha hecho, pero es obra interesante.

THEODOR GEIGER: *Die Masse und ihre Aktion: Ein Beitrag zur Soziologie der Revolutionen.* Stuttgart, 1926.

Estudio psicológico, con toques marxistas. Para quien no sea alemán, un poco nebuloso.

ERIC HOFFER: *The True Believer: Thoughts in the Nature of Mass Movements.* Nueva York, 1951.

Un librito poco presuntuoso, con mucho más sentido que la mayoría de los pesados estudios sociológicos. Básicamente escéptico, realista, incluso maquiavélico.

H. M. HYNDMAN: *The Evolution of Revolution.* Londres, 1920.

Por uno de los precursores del socialismo marxista en Inglaterra. No muy claro para hoy.

GUSTAVE LE BON: *The Psychology of Revolution.* Traducción inglesa. Nueva York, 1913.

La reputación de Le Bon como psicólogo social se ha hundido considerablemente. Es la obra de un luchador antiintelectual.

ARTHUR LIEBER: *Von Geist der Revolutionen.* Berlín, 1919.

Una breve discusión sobre los orígenes racionales y emotivos de la revolución y un análisis del período de crisis.

J. J. MAGUIRE: *The Philosophy of Modern Revolution.* Washington, 1943.

Un claro informe hecho desde el punto de vista de un competente universitario católico.

CURZIO MALAPARTE: *Coup d'Etat: the Tecnique of Revolution.* Traducción inglesa. Nueva York, 1932.

Un modesto y brillante joven intelectual fascista italiano escribe sobre la *única* forma de hacer la revolución. Tan limitado y, en cierto falseado sentido, idealista como cualquier escritor marxista.

E. D. MARTIN: *Farewell to Revolution.* Nueva York, 1935.

Escritor muy sensato y capaz sobre los problemas políticos y sociales, ha permitido aquí que sus temores le conduzcan a escribir un libro malo. Míster Martin, como indica la elección del título, ha escrito un libro *contra* toda clase de revoluciones. Conjunto apresurado de materiales inadecuados. En comparación con el libro de L. P. Edwards, reseñado anteriormente, es muy endeble.

ALFRED MENSEL: «Revolution and Counter-Revolution», *Encyclopedia of the Social Sciencies,* XII, págs. 367-76. Nueva York, 1934.

Muy breve, pero con buena y selecta bibliografía.

W. M. F. PETRIE: *The Revolution of Civilization.* 3.ª edición. Nueva York, 1922.

Escrito por un distinguido egiptólogo. En realidad, no pertenece a esta lista, pero se incluye para recordar al lector el gran alcance y significado—incluso en la histo-

ria—de la palabra «revolución».

G. S. Pettee: *The Process of Revolution.* Nueva York, 1938.

Un cuidado estudio comparativo de las principales revoluciones modernas, no tratadas nunca en las grandes generalizaciones filosóficas.

Léon de Poncins: *Les forces secrètes de la révolution.* París, 1929.

Un buen ejemplo de esa clase de escritos que atribuyen las revoluciones modernas a malvados conspiradores; en este caso, judíos y masones. Véase también. Mrs. Nesta H. Webster.

R. M. Postgate: *How to Make a Revolution.* Nueva York, 1934.

Izquierdista inglés, antes comunista, y ahora, al parecer, laborista, que escribe melancólicamente acerca de las posibilidades de una revolución respetable y decente en los países occidentales. Hay mucho de la útil discusión de las técnicas de los partidos revolucionarios modernos de izquierda, con toques de muy buen humor inglés.

— *Revolution from 1789 to 1906.* Londres, 1920.

Mr. Postgate hace aquí una colección manual de constituciones, leyes, manifiestos, documentos similares que se refieren a los importantes movimientos revolucionarios de ese período.

S. A. Reeve: *The Natural Laws of Social Convulsion.* Nueva York, 1931.

Un intento más ambicioso para aplicar los métodos de las ciencias físicas al tema. Míster Reeves no es lo bastante escéptico para ser científico. Surge con cuarenta y cinco leyes «naturales» o «cósmicas», de las cuales la XLV es un ejemplo nada claro: «El hombre debe morir, incluso con *prolongada agonía,* antes de *pensar.*» Libro de un doctrinario al límite de la monomanía, y muy influida por la posición de hombres como Herbert Spencer. Sin embargo, posee el libro una buena cantidad de material útil.

Eugen Rosenstock-Hüssy: *Out of Revolution: Autobiography of Western Man.* Nueva York, 1939.

Obra confusa para un norteamericano, escrita por un alemán con ideas hermosas e inexactas, que elige hechos convenientes y rechaza los inconvenientes; algo de la tradición de Spengler, pero con las suaves esperanzas de un hombre de buena voluntad. Lleno de interesantes sugerencias y destellos de perspicacia, poético para una naturaleza prosaica.

S. D. Schmallhausen, ed.: *Recovery through Revolution.* Nueva York, 1933.

Capítulos redactados por Louise Fischer, Harold Laski, Carleton Beals, Robert Briffault, Gaetano Salvemini y otros. Rápido relato de la actividad revolucionaria en los principales campos desde la guerra: Alemania, Rusia, China, Sudamérica, Italia y España.

H. E. SEE: *Evolution et Révolutions*. París, 1929.

Un examen algo pedestre de las revoluciones inglesa, francesa y norteamericana, las del siglo XIX y la rusa. Una breve y excelente bibliografía de las revoluciones indicadas.

P. A. SOROKIN: *Social and Cultural Dynamics*. Vol. III. *Fluctuation of Social Relationships, War and Revolution*. Nueva York, 1937.

La posición general de Mr. Sorokin es un malestar emotivo por el mundo contemporáneo, que está abocado—según piensa—a padecer una serie de guerras y revoluciones como nunca antes la especie humana ha padecido. Este vol. III comprende un conjunto de estadísticas para demostrar que las revoluciones han sido más o menos endémicas en la civilización occidental. Tal conclusión podría haberla hecho sin tantas estadísticas, porque en detalle no son dignas de confianza en conjunto. Tienden a exagerar la cantidad de violencia y derramamiento de sangre desde 1900.

GEORGE SOULE: *The Coming American Revolution*. Nueva York, 1934.

Un libro sensato y sobrio, escrito por uno de los más sensatos «liberales» norteamericanos. El libro se refiere más al tema general de las revoluciones que lo que su título indica.

NESTA H. WEBSTER: *Secret Societies and Subversive Movements*. Londres, 1924.

Un ejemplo necesario en esta enumeración. Mrs. Webster se inclina excesivamente a sobreestimar el papel de las «intrigas» en las revoluciones.

INDICES

INDICE AI

.FABETICO

INDICE GENERAL